

# HISTORIA DEL MARXISMO



(4)

EL MARXISMO EN LA ÉPOCA DE  
LA II INTERNACIONAL (II)



EDICIONES  
DOS CUADRADOS



*Luxemburg pronuncia un discurso en un evento paralelo al Congreso de Stuttgart (1907)*

## **HISTORIA DEL MARXISMO**

El marxismo en los tiempos de la II  
Internacional (II)

---

VV.AA. (Ed. ERIC HOBSBAWM)

*Edición de*  
DOS CUADRADOS

*Portada: 2Cuadrados*  
*Diseño interior y maquetación: 2Cuadrados*  
*Revisión y corrección de la traducción: 2Cuadrados*

Impreso en Madrid, Estado español  
Primera edición  
Abril de 2024

## *Índice*

OSCAR NEGTE

<b>El marxismo y la teoría de la revolución en el último Engels</b>	<b>3</b>
1. La necesidad de una respuesta estratégica a las nuevas exigencias del movimiento obrero de masas	4
2. Necesidad y límites del «objetivismo»	13
3. Ley del valor y revolución: el problema del impulso revolucionario	27
4. Orígenes políticos de la dialéctica de la naturaleza	51
5. Crítica de la economía política del capital. La economía política de la fuerza de trabajo y su escaso desarrollo. Problemas de la subjetividad revolucionaria	63

HANS-JOSEF STEINBERG

<b>El partido y la formación de la ortodoxia marxista</b>	<b>89</b>
---	-----------

MAREK WALDENBERG

<b>La estrategia política de la socialdemocracia alemana</b>	<b>111</b>
1. «La revolución no es algo que se hace»	113
2. Gradualismo y alianzas en la concepción revisionista	129
3. Las hipótesis revolucionarias de la izquierda	133
4. Renovación moral y mito en el pensamiento de los sindicalistas revolucionarios	137
5. Insuficiencias históricas y estrategias inadecuadas	141

IRING FETSCHER

<b>Bernstein y el reto a la ortodoxia</b>	<b>147</b>
1. La táctica del partido y la oposición de los «jóvenes»	148
2. La crítica burguesa a Marx y la defensa de la ortodoxia marxista por Bernstein	158
3. La revisión del marxismo por Bernstein	164
4. La crítica al revisionismo de Bernstein	178
5. La réplica de la izquierda: Rosa Luxemburg y la Neue Linke	184

MAXIMO SALVADORI	
<b>Kautsky entre ortodoxia y revisionismo</b>	<b>193</b>
1. Marxismo y darwinismo	195
2. El conocimiento histórico como arma revolucionaria	203
3. La batalla ideológica de Kautsky desde los años ochenta a la polémica antirrevisionista	208
4. La vía al poder	219
5. Estrategia del desgaste y super imperialismo	225
6. «No hay socialismo sin democracia». Kautsky después de 1914	231
OSKAR NEGTE	
<b>Rosa Luxemburg y la renovación del marxismo</b>	<b>237</b>
1. Un punto de ruptura en el movimiento obrero internacional	238
2. El «luxemburguismo»: ortodoxia crítica o herejía	242
3. «La acumulación del capital» y la fuerza revolucionaria del desarrollo desigual	253
4. Dialéctica y politización de los intereses cotidianos	256
5. Disciplina como autorreglamentación	259
6. La democracia consejista	263
7. La organización, forma de mediación entre el ser social y la conciencia	267
8. La esfera pública proletaria	275
9. «La libertad es solamente libertad para los que piensan de otro modo»	277

OSKAR NEGTE

## *El marxismo y la teoría de la revolución en el último Engels*

El derecho a la revolución es el único «derecho histórico» real, el único en el que se basan, sin excepción, todos los estados modernos.

F. ENGELS, *Introducción a Las luchas de clases en Francia*, 1895.

Nosotros reivindicamos el contenido de la historia.

F. ENGELS, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, 1844.

En sus últimos años Engels se encuentra en una situación histórica que lo sitúa frente a tareas completamente nuevas, debido al trabajo de defensa de la teoría que, tras la muerte de Marx, hubo de afrontar por sí solo. En efecto, se va dibujando cada vez con mayor claridad una situación en la cual, pese a la innegable influencia del pensamiento de Marx sobre toda una serie de intelectuales socialistas, sobre los cuadros de partido y sobre una parte de la misma ciencia burguesa, el proceso estrictamente político de transformación de la clase obrera en una potencialidad material de acción amenaza con desarrollarse con independencia de la teoría marxiana de la sociedad, e incluso de un modo abiertamente hostil a ella. Cuando contra esta constatación se argumenta que, tras la fundación de la Liga de los comunistas, Marx y Engels habían logrado, en la Primera Internacional (y también luego) una influencia permanente y progresivamente eficaz en el proceso político de organización de la clase obrera en todos los países, se presupone una continuidad en la difusión del pensamiento marxista, presunción que es en realidad un mito construido retrospectivamente. En general, tales ideas de continuidad implican una filosofía de los orígenes a la que puede contestarse que también el bien y lo verdadero tienen sus constelaciones histórico-materiales de formación, de reconocimiento y de difusión. En realidad, apenas está en sus comienzos la investigación empírica de las relaciones entre marxismo y lucha de clases.

Una difusión de algún relieve y una reelaboración teórica adecuada del marxismo no se inician hasta finales de los años setenta del siglo XIX. Es en Alemania la época de las leyes contra los socialistas, cuando el nú-

mero de afiliados y de electores del partido socialdemócrata alemán aumenta hasta alcanzar imponentes proporciones, y cuando se asiste a la constitución de toda una serie de nuevos partidos socialdemócratas, y cuando el movimiento sindical logra un gran desarrollo. En la base de estos fenómenos encontramos una transformación decisiva de la situación general de la sociedad.

*1. La necesidad de una respuesta estratégica a las nuevas exigencias del movimiento obrero de masas*

Entre 1873 y 1896 transcurre un largo período de depresión económica: los salarios reales se estancan, sobre todo en los años ochenta, se agudizan las crisis económicas y políticas, se produce un rápido e imprevisto salto hacia delante en el proceso de concentración de capitales, la cual adquiere la forma organizativa de las sociedades por acciones, los trust y los cárteles, que a su vez traen consigo un endurecimiento de la concurrencia de los mercados y las esferas de influencia. Estas alteraciones y conflictos, que también encuentran expresión en la fiebre de las nuevas iniciativas industriales y en las pretensiosas reestructuraciones de las grandes ciudades burguesas, han contribuido a crear un clima de mayor receptividad hacia todas aquellas concepciones filosóficas que permiten una interpretación orgánica de la vida social en su relación con la naturaleza y con la historia. Los obreros de la industria y las capas sociales proletarizadas no permanecen ajenos a este clima de expectativa. Una serie de fantasiosos programas y de perspectivas históricas, por lo general caracterizados por ideas evolucionistas, suscitan la esperanza en una rápida superación de las condiciones en que vive el proletariado y en unas condiciones de vida más seguras. Pero, por otra parte, también se manifiestan tendencias a un desencanto práctico: la actividad ilegal, necesaria en el período de las leyes de excepción antisocialistas, ha resquebrajado la confianza de amplios grupos de la socialdemocracia en el programa lassalliano y ha borrado la esperanza puesta en sus respuestas sobre el Estado, favoreciendo una mayor comprensión de la tesis marxiana según la cual el Estado es un aparato de opresión de clase por parte de la clase dominante.

Engels se muestra muy sensible a esta atmósfera política y socialmente tensa. Critica la afirmación mecanicista contenida en el borrador del programa de Erfurt de 1891 (afirmación ligada a secretas esperanzas revolucionarias), según la cual no sólo el número de los proletarios sino también su miseria serán cada vez mayores. «La organización de los obreros y su resistencia creciente sin cesar levantarán en lo posible cierto dique ante el crecimiento de la miseria. Pero lo que crece, indiscutiblemente, es el carácter precario de la existencia.»<sup>1</sup>

Son palabras que tocan un punto decisivo del nuevo problema de la mediación entre teoría y praxis. En efecto, cuando las condiciones de existencia de los hombres no se estructuran ya sobre la base de una miseria elemental y de una opresión directa, y cuando en su fantasía comienza a hacerse presente la idea de una transformación revolucionaria, las masas están más expuestas a esas interpretaciones globales que ofrecen aparentes soluciones a las contradicciones sociales y panaceas a los males del mundo. En tales arsenales hay promesas de índole varia, pero todas tienden al objetivo de superar rápidamente la miseria y la inseguridad de vida mediante el aumento del rendimiento individual, subiendo en la jerarquía de la sociedad existente mediante la pequeña propiedad o el pequeño comercio, mediante reformas sociales (arrendamientos, previsión social de la enfermedad y la vejez) y cooperativas de consumo o de producción.

Esta necesidad de una solución individual a los problemas de la vida obrera es, sin duda, el síntoma de una tendencia a la fuga y a la evasión, y la expresión de ilusiones que bloquean la formación de la conciencia de clase; se observa una espontánea orientación material en el comportamiento real de los hombres, orientación que sólo puede desviarse si es absorbida (en el sentido de la dialéctica materialista), o sea negada y a la vez conservada y guiada en una dirección distinta. Cuando son ignoradas estas tendencias, suele nacer un peligroso paralelismo entre comportamiento real e ideas revolucionarias de escasa fuerza propulsora. En tales circunstancias los intereses revolucionarios objetivos, nacidos de las situaciones de clase, pueden unirse a motivaciones subjetivas, a «sistemas», a utopías en las que un radicalismo pseudocientífico se mezcla con

---

<sup>1</sup> F. ENGELS. *Zur Kritik des sozialdemokratischen Programmentwurf 1891*, en K. Marx y F. Engels, «Werke» («MEW», vol. 22. p. 231) Trad. cast, en MARX y ENGELS, «Obras escogidas», Moscú, 1973, vol. 3, p. 453.

fantasías capaces de adaptarse a la experiencia práctica y a la mentalidad populares. Se trata de ideologías y programas políticos completamente heterogéneos que prometen satisfacer estas necesidades de interpretación nacidas en la vida cotidiana de los trabajadores.

Recordemos, por ejemplo, el mutualismo de Proudhon, el calor de la ayuda recíproca y las cooperativas de producción apoyadas por el Estado, de las que habla Lassalle; la «sociedad socialitaria» de Dühring y el «enigma cósmico» de Haeckel; ciertas formas de materialismo «vulgar», tomadas del modelo de las ciencias naturales; formas de evolucionismo inspiradas en Darwin; incluso los ideales de las filosofías burguesas de la libertad. Admitamos, no obstante, que el «socialismo» ético (inspirado en el neokantismo y en gran medida dirigido explícitamente contra el marxismo) sea una escuela cerrada, que no haya tenido ninguna influencia de relieve en las teorías y las estrategias del movimiento obrero; pese a ello, resulta indiscutible que las categorías de responsabilidad, libertad, justicia individual y otros conceptos similares que aparecen en el socialismo ético han entrado a formar parte de la estructura del comportamiento real de los proletarios conscientes, por no estar éstos en disposición de comprender el socialismo científico mientras su lenguaje fuera tan difícil, duro y hermético.

Así, cuando Engels se convenció finalmente, de la necesidad de una crítica general de las ideas de Dühring, que habían llegado a penetrar hasta en el vértice del partido (convencimiento al que contribuyó Wilhelm Liebknecht, que a su vez no fue del todo inmune a la influencia de cierta charlatanería), no consiguió limitarse a precisar el verdadero significado del pensamiento de Marx recurriendo a un lenguaje más popular y accesible, demostrando con riqueza de indicaciones la ausencia de rigor científico en el sistema de Dühring; al seguir precisamente la lógica del problema de la traducción del lenguaje marxiano a un lenguaje vulgarizado, la misma teoría sufrió una transformación estructural, determinada por el contacto con el objeto criticado. No es que tal transformación se produjera porque Engels hubiera adoptado algo del pensamiento de Dühring, pero al redactar el *AntiDühring* Engels debió darse necesariamente cuenta de que una terminología científica que llevaba a condenar precisamente esos contenidos utópicos de la conciencia cotidiana (entre ellos, la necesidad del proletariado de tener una visión orgánica del mun-

do, por tanto no científica, o sea, «ciega a la historia») acabaría disminuyendo sus probabilidades de ser comprendida y adoptada por las masas y, por consiguiente, de convertirse en una fuerza material. Que tales transformaciones no se realizan naturalmente, sino que requieren el trabajo preparatorio de organización y mediación en los diversos planos de la experiencia llega a ser algo claro para Marx y Engels cuanto más tarde, tras la redacción del *Manifiesto*, cuando, en contra de todo sectarismo de vanguardia, subrayan la necesidad de un partido capaz de expresar los intereses generales del proletariado e incluso de expresar a la clase misma como sujeto políticamente activo. Para Engels lo históricamente nuevo era sólo el problema de las consecuencias que comporta para la propia forma una teoría convertida en fuerza material. Por tanto, carece de sentido acusar a Engels de haber falseado la dialéctica marxiana; al contrario, en su utilización estratégica de las categorías marxianas, Engels expresa una nueva fase del desarrollo del proletariado europeo.

En 1867, en una reseña del primer libro de *El Capital* (probablemente convenida con Marx), Engels, convencido sin duda de que la verdad histórica de la teoría y los intereses objetivos de la emancipación han de coincidir en una crítica radical de lo existente, había puesto en guardia contra la desilusión en que podía caer el lector que se hubiera aproximado a *El Capital* con esperanzas milenaristas; así lo preparaba a las renunciaciones y los sacrificios de la crítica inmanente. Quedará decepcionado quien espere aprender los secretos de la «verdadera doctrina socialista» o quien quiera saber

cómo advendrá el reino milenario comunista. Estas esperanzas son infundadas y deben ser desmentidas. Ciertamente el lector aprende cómo no deben ir las cosas... y quien tiene ojos para ver, reconoce con bastante claridad la exigencia de una revolución social. No se trata de crear organizaciones de trabajadores con capitales estatales, como propone Lassalle, sino de suprimir toda forma de capital. Marx es y sigue siendo el mismo revolucionario de siempre... Pero acerca de la situa-

ción que se creará después de la revolución social, se limita a darnos algunas oscuras sugerencias.<sup>2</sup>

Esta crítica de una descripción abstracta y positiva del reino milenario del comunismo, descripción que surge de las «tertulias de café», sobre todo en los períodos de crisis, no toca de hecho el problema que puede interesar a un proletariado consciente: ¿cómo es posible imbricar en un proceso colectivo de emancipación (con la función de impulsos prácticos, de motivaciones) esas utopías positivas, esas imágenes de justicia y de felicidad, esos sueños y fantasías diversos que aparecen necesariamente en una existencia donde ni siquiera están satisfechas las necesidades vitales y que actualmente están ligados al momento privado, en el que surgen como consecuencia del trabajo asalariado y de la producción de mercancías? ¿Cómo es posible liberarlos de este contexto en que están hoy insertos?

Ciertamente la «supresión del capital» es el objetivo histórico global, pero no constituye una motivación concreta. Sin una reelaboración teórica y organizativa de tales fantasías instintivas, sin una liberación consciente del elemento utópico que trasciende, al menos subjetivamente, la alienación objetivamente existente, es imposible que el trabajador vea en la miseria algo distinto de la miseria misma. En otras palabras: sin la dimensión de las utopías prácticas la consciencia cotidiana se expresaría inevitablemente de un modo no dialéctico y dualístico. Pero como las utopías cotidianas no pueden eliminarse con facilidad, y como no basta para extirparlas con la demostración científica de su irrealizabilidad, llevan precisamente a una existencia subversiva, escindida de la ciencia, que ha favorecido, en la historia del movimiento obrero, la tendencia significativamente constante al «eterno retorno» del anarquismo, del extremismo de izquierda, del socialismo ético, del idealismo y subjetivismo de toda especie, tendencia que agudiza aún más, en todos los sentidos, una ortodoxia rígidamente hostil a cualquier compromiso.

Contrariamente a las previsiones de Engels en 1867, las masas no tenían en realidad ojos para ver las consecuencias que para ellos se des-

---

<sup>2</sup> «Mew», vol. 16, p. 216 (en «*Düsseldorfer Zeitung*», 16 de noviembre de 1867).

prendían de los «oscuros designios» del futuro y de las instancias de la revolución social: pasaron cuatro años y no se vendieron más de mil ejemplares del libro primero de *El Capital*; además, los compradores fueron mucho más intelectuales burgueses que proletarios. Tal vez ésta sea una objeción débil, y en todo caso es una objeción que concierna únicamente a la problemática de la mediación y la información y no a los análisis internos de *El Capital*; de todos modos, tiene mayor peso el hecho de que, aun después de 1875, los escritos de Lassalle tuvieran amplia difusión y continuaran representando un presupuesto fundamental de los programas culturales socialistas.

En un sentido completamente distinto, y contra las intenciones del autor, la recensión de Engels (1867), en la cual la forma de la crítica inmanente implica directamente el veto a las imágenes, posee no obstante un contenido utópico. Esta forma de exposición científica es utopía concreta en el sentido de que en la voluntad no condicionada de acceder a la verdadera realidad, en el conocimiento de sus leyes históricas y en el interés de una nueva fuerza histórica se realiza un trabajo no alienado, que precisamente por ello es vivido como autorrealización investida de libido. En realidad, no se trata de una cuestión que concierna solamente a la psicología del conocimiento, y menos aún de una disminución del contenido de verdad en teorías que tienen un alcance histórico; al contrario, es un momento de su auténtica validez. Para aquellos cuya fantasía productiva se ha formado en el ámbito del modo de producción de la inteligencia, el procedimiento de la crítica inmanente, de la «negación determinada», no significa, de hecho, una abstracción de su ambiente práctico y social. Sin duda Marx mantiene un pie en la tradición de los estudiosos alemanes que no descansaron hasta escribir su obra maestra.

Cuando, desagradablemente sorprendido por la enorme desproporción entre la sustancia científica de los escritos de Dühring y su difusión, Engels se dispone a «destruir» científicamente y políticamente, en cada detalle, al profesor berlinés<sup>3</sup>, en el que veía uno de los «tipos más signifi-

---

<sup>3</sup> Por lo demás, el trágico destino de Dühring no tiene que ver solamente con la crítica destructiva de Engels; ciego y completamente solo, vivió hasta 1921; su odio se revolvió, sobre todo, contra sus colegas de la Universidad, a los que había desafiado en duelo, dando contracursos libres que querían imitar las viejas secesiones universitarias, y que luego lo expulsaron de la cátedra. Engels menciona

cativos» de esa «industria intelectual alemana» que producía docenas de sistemas de cosmogonía, de filosofía de la naturaleza, de política y de economía, le fue imposible limitarse a mostrar de qué modo no debían ir las cosas. No fue ciertamente el interés científico lo que lo empujó a adentrarse en todos los temas propuestos por Dühring, de la moral a la violencia, del socialismo a la justicia y la libertad, pasando por el problema de las verdades eternas; fue más bien la sensación de que en este amplio espectro se reflejaba la amplia gama de representaciones precientíficas de un proletario que está adquiriendo la propia conciencia de clase, y que en esta situación se plantea preguntas y busca respuestas.

El «sistema» del señor Dühring aquí criticado abarca un campo teórico muy amplio; esto me obligó a seguirle por todas partes y a contraponer en cada punto mis concepciones a las suyas. Con ello la crítica negativa se hizo positiva; la polémica se convirtió en una exposición más o menos coherente y sistemática del método dialéctico y de la concepción comunista del mundo sostenidas por Marx y por mí, y esto ocurrió en una serie bastante amplia de campos temáticos<sup>4</sup>.

En qué medida esta exposición «positiva» y orgánica de la dialéctica materialista y de la concepción del mundo comunista, que a primera vista parece tan sólo una síntesis de la teoría marxiana de la sociedad, está impregnada del sentido estratégico de la función delimitadora que las categorías han ido asumiendo en el último Engels lo muestra una comparación entre dos textos (uno, del tercer libro de *El Capital*, y el otro, del *Anti-Dühring*) que tal vez fueron escritos en la misma época y que se refieren al mismo pasaje de la *Lógica* de Hegel: el paso del reino de la necesidad al reino de la libertad. Marx desarrolla el pensamiento antiutópico de que la esfera de la producción material, determinada por la persistente necesidad de conservación de la vida humana y por la finalidad externa, sólo conoce la libertad en el sentido de que

---

este hecho, no sin simpatía por el comportamiento de Dühring. Cf. a este propósito el eficaz ensayo de T. LESSING, *Dührings Hass*, Hannover, 1922, en el que se expresa también la amargura personal del autor por una experiencia análoga.

<sup>4</sup> F. ENGELS, «Anti-Dühring», en K. MARX, F. ENGELS, «Obras», Barcelona-Buenos Aires-México, 1976 ss. («OME»), VOL 35, p.6.

el hombre socializado, es decir los productores asociados, regulan racionalmente este intercambio orgánico con la naturaleza, lo realizan bajo su control, en vez de ser dominados por él como una fuerza ciega; realizan su tarea con el menor empleo posible de energía y en las condiciones más adecuadas a su naturaleza humana y más dignas de ella.<sup>5</sup>

Como que el trabajo humano no se ha convertido aún en la primera necesidad vital, en una forma de actividad comparable al juego, y por consiguiente no ha perdido el carácter coactivo de la autoconservación física y del dominio (bien en el control racional del intercambio orgánico con la naturaleza, bien en la forma socializada de los productores asociados), la libertad humana no es entonces expresión de la autorrealización autónoma, sino más bien de la percepción de la necesidad, que significa también extrañidad, por cuanto no se identifica con esa realidad objetiva que está inevitablemente presente en el sujeto mismo.

Nos encontramos todavía en el reino de la necesidad. Más allá empieza el desarrollo de las capacidades humanas, que es un fin en sí mismo, el verdadero reino de la libertad, que sólo puede darse, sin embargo, sobre la base de aquel reino de la necesidad. La reducción de la jornada de trabajo es una condición fundamental del mismo<sup>6</sup>.

El contenido materialista contingente del desarrollo revolucionario, que confiere al rechazo de la utopía su legítimo sentido político, queda señalado con gran exactitud en el plano teórico, en dos sentidos: la situación resultante de la subversión revolucionaria queda abierta, o sea ya no está determinada por las «leyes naturales» de la prehistoria ni por los límites de su horizonte ideal; por tanto, no es posible describirla ahora, pues siempre sería una prolongación de la historia pasada y presente, aun en su total negación mental. En segundo lugar, la transformación de las condiciones de vida (por ejemplo, la reducción de la jornada de trabajo) crea nuevas motivaciones imprevisibles. Por ambas razones queda destrozada y trascendida la lógica idealista del progreso, que no es más que el

---

<sup>5</sup> K. MARX, «El Capital». *Crítica de la economía política*, México, 1971, libro tercero, p. 759.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 760. Cf. N. BADALONI, *Marx y la búsqueda de la libertad comunista*, en esta Historia del marxismo, vol. 2, páginas 11-18.

fenómeno complementario del desarrollo natural y mecánico de la sociedad. Sin embargo, por muy eficaz y exacta que pueda ser esta descripción de la insuprimible fuerza de gravedad de las relaciones materiales, de ese momento que puede envolver todas las formas de sociedad imaginadas y proyectadas en el futuro, de ese «tormento de la materia» bóhmiano de que habla Marx en sus escritos juveniles, difícilmente podrá dicha descripción hacer que las masas proletarias se entusiasmen por una sociedad en la que el reino de la libertad solamente puede alcanzarse tras el fatigoso camino a través del reino de la necesidad, del que nunca llega a distanciarse del todo.

Cierto que Engels recurre a argumentos análogos para indicar el fin de la prehistoria: supresión del dominio del producto sobre los productores; en lugar de la anarquía de la producción de mercancías, una organización planificada y consciente de la producción social; control y dominio de los hombres sobre las condiciones de su propia vida, sobre su socialización. Pero no se trata solamente de diferencias lingüísticas en la exposición del contenido histórico específico de la teoría, cuando Engels, en el *Anti-Dühring*, vuelve a recurrir al pathos idealista de la transición de la *Lógica objetiva* a la *Lógica del concepto* hegeliana («esto es el concepto, el reino de la subjetividad o de la libertad», dice Hegel), cuando Engels habla de un salto de la humanidad.

La propia asociación de los hombres, que antes parecía impuesta y concedida por la naturaleza y la historia, se hace ahora acción libre y propia. Las potencias objetivas y extrañas que hasta ahora dominaron la historia pasan bajo el control de los hombres mismos. A partir de ese momento irán teniendo predominantemente y cada vez más las causas sociales que ellos pongan en movimiento los efectos que ellos deseen. Es el salto de la humanidad desde el reino de la necesidad al reino de la libertad.<sup>7</sup>

La introducción, aunque filtrada por la forma científica de la exposición, aparece impregnada de elementos pragmáticos utópicos; ello, junto

---

<sup>7</sup> ENGELS, «Anti-Dühring», cit., p. 294.

a la adopción de contenidos de la experiencia práctica de la existencia proletaria oportunamente dosificados, hizo que el *Anti-Dühring* de Engels adquiriera no sólo la fama de una «enciclopedia marxista», sino también de un curso elemental de educación política, cuya sola lectura convertía en verdaderos marxistas a los teóricos de la socialdemocracia, hasta entonces caracterizados por un considerable eclecticismo; con la publicación del *Anti-Dühring* se inicia, en general, una mayor difusión del pensamiento marxista en el movimiento obrero. Desde entonces, y hasta hoy, la obra se convierte en uno de los libros más leídos del marxismo<sup>8</sup>.

## 2. Necesidad y límites del «objetivismo»

De todos modos, incluso el último Engels se abstiene de extraer las importantes consecuencias que para la teoría de la revolución comporta la aplicación, a la misma clase revolucionaria, de la concepción materialista de la historia y de la ley del valor, en la medida en que concierne a las distorsiones de la conciencia que se manifiestan en el fetichismo de la mercancía y de la productividad. Ciertamente sería por completo injustificado acusar a Marx y Engels de hacerse ilusiones sobre el proceso de autoeducación de la clase obrera (sujeto material de la revolución política y social), infravalorando su lentitud y la posibilidad de rupturas, desviaciones y recaídas. Sus afirmaciones apuntan, por el contrario, en la dirección opuesta: competencia de los trabajadores entre sí, escisión de la clase obrera en fracciones, especialmente tras la formación de una aristocracia obrera, aburguesamiento y mentalidad pequeño-burguesa, y hasta permanente influencia ideológica de la escuela, el ejército y otras instituciones de la clase dominante sobre los trabajadores; todas estas fuerzas obstaculizan en gran medida la capacidad de acción revolucionaria de la clase obrera.

El modo en que se configura la estructura temporal de tales procesos de autoexperiencia de las masas lo formula ya Marx, con gran eficacia, al comienzo de los años cincuenta, a propósito del proceso contra los comu-

---

<sup>8</sup> Cf. sobre este punto H. J. STEINBERG, *Einleitung zu Engels*. Herrn Eugen Dühring Umwälzung der Wissenschaft, Hannover, 1967. Eduard Bernstein definió el «Anti-Dühring» como «el más importante escrito polémico del socialismo moderno» («*Neue Zeit*», XIII, vol. I, p. 101). De ese momento, o sea, de 1878, parte, a mi juicio, la última fase del pensamiento de Engels.

nistas en Colonia: «Habéis de afrontar quince, veinte, cincuenta años de guerra civil y de luchas del pueblo, no sólo para cambiar la situación real, sino también para cambiaros a vosotros mismos y adquirir la capacidad de ejercer el poder político.»<sup>9</sup> Cuando, menos de diez años después, Engels constata la presencia de tendencias al aburguesamiento en el seno del proletariado inglés, tal juicio no se limita ciertamente a las condiciones concretas que saltan a la vista; al contrario, tal observación señala un peligro general de aburguesamiento que amenaza a todo el proletariado. En una carta a Marx, del 7 de octubre de 1858, Engels formula por vez primera un pensamiento que luego adoptará repetidas veces para explicar la posición particular del proletariado inglés: Engels pone de manifiesto

el efectivo aburguesamiento progresivo del proletariado inglés, de modo que esta nación, que es la más burguesa de todas, parece que quiera hacer llegar las cosas hasta el punto de tener una aristocracia burguesa y un proletariado *al lado* de la burguesía. En una nación que explota a todo el mundo, resulta en cierto modo explicable. Aquí la única salvación sería un par de años pésimos, pero desde que se descubrió el oro, no parece que vayan a darse tan fácilmente.<sup>10</sup>

Parece como si en este pasaje Engels, con su esperanza en «un par de años pésimos», se limitara a caracterizar la excepcional situación de un proletariado que participa de los especiales beneficios de una clase del país industrial más avanzado, que explota a todo el mundo; un proletariado que por ello casi no es ya capaz de advertir la vulnerabilidad del sistema capitalista a las crisis y la explotación a que están sujetos sus propios miembros, en cuanto asalariados. Pero en tal pasaje se dibuja ya un problema general. De hecho, cuando en el marxismo posterior se habla de los mecanismos que bloquean la consciencia de clase revolucionaria, de aburguesamiento, de competencia entre los mismos trabajadores, de conciencia meramente sindical, de traición de los dirigentes del movimiento obrero, no resulta difícil ver que se trata sólo de síntomas, de manifestaciones superficiales de procesos objetivos, aún oscuros.

---

<sup>9</sup> K. MARX, *Enthüllungen über den Kommunistenprozess in Köln*, Berlín, 1952, p. 32.

<sup>10</sup> K. MARX y F. ENGELS, «Opere», Roma, 1970, ss., vol. 40, p. 373.

Es interesante observar cómo Engels constata que el nacimiento de la conciencia de clase puede sobrevenir si se crean determinadas condiciones normales, o sea características del capitalismo (por ejemplo: crisis, un año especialmente malo, expansión de las fuerzas productivas, degradación de ciertas capas sociales), mientras que la inhibición de dicha conciencia sigue siendo algo subjetivo. La destrucción de formas tradicionales de existencia y de vida crea las condiciones objetivas de la acción revolucionaria del proletariado; el partido proletario, las subjetivas; ambas tendencias convergen. «Máquinas de vapor, electricidad e hiladoras fueron elementos revolucionarios de carácter mucho más peligroso que los mismos ciudadanos Barbes, Raspail y Blanqui». <sup>11</sup>En cierto sentido, todo el proletariado participa de la impotencia de estos exponentes radicales de los trabajadores parisienses y de los revolucionarios de 1848, en comparación con la potencia elemental de la fuerza productiva y de su capacidad para transformar la conciencia:

Para arrebatarse el timón a las clases poseedoras, necesitamos en primer lugar una revolución dentro de las cabezas de las masas obreras, tal como se está produciendo una actualmente (con una lentitud relativa, es cierto) y para realizarla se precisa un ritmo todavía más rápido en la revolución de los métodos de producción, más máquinas, más despidos de obreros, más quiebras de campesinos y de pequeños burgueses, necesitamos que las consecuencias inevitables de la gran industria moderna sean más palpables y más masivas. (...) Las masas obreras se harán escuchar por medio del sufragio universal. (...) Pero mi punto de vista es que no podrán ejecutarse acciones realmente liberadoras hasta tanto la revolución económica haga que la gran masa trabajadora tome conciencia de su situación, abriéndole así el camino hacia el poder político.

Las demás clases no pueden hacer más que remiendos o un trabajo de meras apariencias: «Y ese proceso de esclarecimiento en las cabezas de los obreros se acelera actualmente de día en día; dentro de cinco o diez

---

<sup>11</sup> K. MARX, *Rede auf der Jahresfeier des «People's Paper» am 14. April 1856 in London*, «Mew», vol. 12, p. 3.

años, los distintos parlamentos presentarán un aspecto completamente diferente.»<sup>12</sup>

Más tarde Brecht radicalizaría este pensamiento: Quien ha conocido su propia situación no puede seguir ya quieto.

Engels examina de modo diferenciado, y subrayando los puntos esenciales de tales procesos, las condiciones sociales requeridas para que las capas tradicionales sean absorbidas por el proletariado, se rompa el secular velo de las relaciones familiares, se destruyan las ilusiones de autonomía de las profesiones intelectuales y sean expulsados de sus lugares de origen los campesinos: se trata de condiciones mediante las cuales el trabajo asalariado se convierte en el destino de las grandes masas de la población. Indudablemente, si se abstrae del contexto social en que están situadas las afirmaciones de Marx, ya citadas, y las de Engels, todavía más drásticas, puede hablarse de un objetivismo, de una radical e inquebrantable confianza en la eficacia de la situación económica y del desarrollo de las fuerzas materiales de producción, en su decisiva capacidad para transformar la conciencia.

Este objetivismo, que se manifiesta de manera especial en el último Engels, pero que está presente incluso en Marx, en su tenaz afirmación de que el desarrollo capitalista posee el carácter de una ley natural, es una categoría afirmativa que no es posible transformar en una categoría crítica, como creen algunos «marxistas occidentales» marcados por el rechazo del estalinismo. Naturalmente, cuando se sirven de conceptos propios de las ciencias de la naturaleza para explicar fenómenos sociales, Marx y Engels entienden siempre estos conceptos en un sentido crítico, ya que las cosas contenidas en ellos pueden ser cambiadas o eliminadas; la «falta de conciencia de los interesados», a que aluden estas categorías de las ciencias naturales, debe ser superada.

Pero éste es sólo un aspecto del problema. De hecho, el objetivismo tiene un sentido histórico mucho más concreto, precisamente en su función afirmativa, pues indica lo inevitable del nacimiento del proletariado y de su crecimiento constante, debido a la proletarización de otros estratos dependientes del capital. En este caso la conciencia no desempeña en

---

<sup>12</sup> Engels a Oppenheim, 24 de marzo de 1891, «Mew», vol 38, pp. 64 y ss. (trad. cast, en K. MARX, F. ENGELS, *Cartas sobre El Capital*, Barcelona, 1968, pp. 282-283).

realidad un papel pequeño: lo quieran o no, estas capas acaban siendo absorbidas; pero esta preponderancia de la objetividad, de la violencia del trabajo inerte sobre el trabajo vivo, resulta mediatizada por una dinámica histórica de la destrucción visible de viejas situaciones existenciales, una dinámica con la cual están relacionadas experiencias individuales por completo diferentes de las que el trabajador vive durante su existencia proletaria. En el primer caso las experiencias personales conectan con el recuerdo del pasado, con la añoranza de otras formas de vida que, aun cuando no tienen ya razón de ser individual, influyen aún en el clima de las transformaciones históricas.

El carácter objetivista de la teoría de la revolución tiene en el último Engels carácter de proceso y está condicionado, en la fase de la constitución política del proletariado, por la forma de experiencia específica de los sujetos interesados. Pero en el momento en que la producción capitalista asume un carácter estacionario y se alcanza un determinado grado de polarización de las clases, dibujándose en el seno de la clase de los asalariados una clara diferenciación (asalariados del Estado y del sector comercial), una teoría que sigue obstinadamente ligada a una experiencia de los sujetos, basada en las tendencias económicas, corre el riesgo de perder su carácter científico y de asumir, respecto de las ideas, las imágenes y las formas de experiencia de los trabajadores, un carácter de utopía abstracta.

Aunque el último Engels pudo renunciar con cierta legitimidad a desarrollar conscientemente la dialéctica inmanente a la universalización de la producción de mercancías, la aceptación acrítica de esta laguna ha tenido, no obstante, consecuencias fatales sobre el desarrollo posterior de la teoría marxista. La expectativa de una mejor comprensión de la situación de explotación (expectativa ligada a la tendencia a la proletarización, a la inseguridad económica de la existencia y al aumento del número de los asalariados) ha ocultado por completo el problema de si no crecían también, y al mismo tiempo, junto a la penetración de la producción de mercancías en la conciencia y en el comportamiento de los hombres, la distorsión de la conciencia, la reificación de las relaciones sociales y la ilusión en las posibilidades de un Estado social y de derecho.

Pero si no se explica el modo de producción de las experiencias de los trabajadores en la situación normal de la jornada laboral y de la existencia

proletaria, el *cómo* del nacimiento de la conciencia justa y de la conciencia falsa en las situaciones materiales concretas de la vida humana, entonces el terreno sociológico y sociopsicológico propicio a todas las formas de revisionismo, sindicalismo y reformismo no aparece explicado en la teoría, por lo que puede ser fácilmente organizado por la ciencia y por la política del sistema existente de dominación. Un presupuesto esencial para la formulación de una teoría de la revolución, que tenga relación con la de Engels pero que al mismo tiempo supere su «límite histórico» y actualice su contenido histórico de experiencia, es la aplicación de los métodos y de los conocimientos adquiridos en el ámbito de la concepción materialista de la historia y de la teoría de valor no sólo a las condiciones del nacimiento y al sucesivo desarrollo del marxismo (según la exigencia de Korsch), sino también al proceso específico de producción de las experiencias y de la conciencia del mismo proletariado industrial. No basta con reconducir la falsa o la justa conciencia al núcleo histórico-material. Un análisis materialista coherente debe abordar un problema más difícil: «Efectivamente, es más fácil hallar mediante el análisis el núcleo terrenal de las nebulosidades religiosas» (así como de las ideas jurídicas y de las demás distorsiones de la conciencia), «que desarrollar, a la inversa, de las reales relaciones y circunstancias vitales de cada caso sus formas unificadas. Este último es el único método materialista y, por lo tanto, científico».<sup>13</sup>

Los mismos Marx y Engels proporcionan en medida suficiente los medios para analizar esta dialéctica del iluminismo condicionada por la universalización de la producción de mercancías, por el desarrollo de las fuerzas productivas y por la transformación de la situación económica de los trabajadores de la industria. Si el desarrollo de esta dialéctica no tuvo para el último Engels un interés inmediato y actual, fue a causa del hecho, absolutamente evidente, de que la clase proletaria desarrollaba una fuerza política y organizativa en continuo crecimiento, inaudita, por fuertes que pudieran ser las causas que actuaban contra la conciencia de clase. Pero si consideramos el mismo proceso desde un punto de vista cronológico apenas veinte años posterior a la muerte de Engels, surge con facili-

---

<sup>13</sup> MARX, «*El Capital*», libro primero, «OME», vol. 41, p. 3, nota 89.

dad la sospecha de que ya en ese período de ola revolucionaria estaban actuando, en el proletariado y en el partido proletario, mecanismos que han escapado a la teoría de Engels. De todos modos, no es posible ignorar el último Engels si se quiere abordar con seriedad la tarea de renovar el marxismo teniendo en cuenta las transformaciones revolucionarias sucedidas en Europa.

Aunque el principio de la mediación entre la teoría y la acción revolucionaria de masas ya fue formulado por el joven Marx («la fuerza material debe ser abatida por una fuerza material, pero también la teoría se convierte en fuerza material si penetra en las masas»), la necesidad real y práctica, y las perspectivas estratégicas de esta mediación sólo son abordadas por Engels en los últimos años de su vida. A este respecto sería completamente absurdo contraponer posiciones diferenciadas en la teoría de Marx y Engels, o más aún contraponer las personas y sus diversos estadios de desarrollo, ya que en una teoría cuya reflexión sobre las transformaciones sociales ha alcanzado un grado tan alto, hasta el olvido de determinados problemas no se explica simplemente por el desplazamiento del centro de gravedad individual del interés cognoscitivo; la menor importancia atribuida a una tendencia del desarrollo o a un nexo analítico, o el distinto contexto de una particular categoría empleada para la interpretación de la dirección del proceso de emancipación tienen a menudo un significado notable, aun cuando las palabras y las frases tomadas aisladamente parezcan idénticas. Por lo demás, Engels conocía bien esa costumbre de compensar errores y viciadas influencias recíprocas, y tras la muerte de Marx temió gozar de una popularidad aún mayor.

«A partir de 1844 el Engels malo que ha viciado al Marx bueno ha alternado infinitas veces con el Marx que ha alejado al Engels-Ormuzd del camino de la virtud.»<sup>14</sup>

Es evidente que una teoría histórica de la sociedad no puede poseer un contenido verdaderamente original, inmutable, del que sólo puedan realizarse interpretaciones y verificaciones inmanentes, mientras todo el resto, todo el desarrollo representa una desviación de derecha o de iz-

---

<sup>14</sup> Carta de Engels a Bernstein, del 23 de abril de 1883, «Mew», vol. 36, p. 15.

quiera; para Marx y Engels las diferencias formales y el modo en que los contenidos de la investigación son expuestos científicamente y sistemáticamente, o las formas objetivamente válidas (relaciones de producción, ideologías, etc.) que los contenidos económicos asumen y deben necesariamente asumir en determinadas condiciones, indican la ley histórica del movimiento de una cosa. Si las épocas históricas no se distinguen por lo que se produce, sino por el modo en que se produce, algo similar vale también para la elaboración teórica. Las teorías no se diferencian tanto por los particulares conocimientos, por su aplicabilidad, difusión y control intersubjetivo, como, sobre todo, por su modo de producción, por el modo específico en que cada una de ellas produce nuevas experiencias, por las nuevas experiencias que aquéllas hacen posibles. Este es el aspecto formal de la concepción materialista de la historia, cuya realización fue considerada por Engels como el presupuesto necesario del proceso de transformación concreto (es decir, determinado por múltiples mediaciones) del ser social en la conciencia de las teorías e ideologías, al ver cómo el núcleo material (los contenidos económicos) fue favorecido directamente por las ideologías, sin mediación alguna.

La locución «última instancia» está ahí precisamente para señalar la dirección hacia la base y la compleja estructura temporal de este trabajo de mediación. El procedimiento coherente de la autorreflexión de la ciencia se presenta de este modo: no estriba en el retorno al proceso de circulación de la comunicación y del descubrimiento gnoseológico de premisas políticas, sino en el análisis consciente del proceso teórico de producción concebido como un sector de la misma producción social material, que permite determinar los principios mentales y las categorías. Una dialéctica materialista de la forma y del contenido de los movimientos sociales reales y del conocimiento relativo (incluida la fase de la necesaria reflexión gnoseológica) es inmune al peligro de distorsiones idealistas sólo si se remonta hasta la base productiva de la teorización misma. La producción no es únicamente el contenido de las teorías materialistas, sino también un elemento constitutivo de su génesis y de su contenido de verdad. Es éste un paso posterior en el camino que ya ha recorrido la ciencia económica de la burguesía revolucionaria, camino que para dicha ciencia acaba cuando comienzan los problemas de la forma de producción de la teoría. «La verdadera ciencia de la economía moderna sólo comienza allí

donde el tratamiento histórico pasa del proceso de circulación al proceso de producción.»<sup>15</sup>

«EL QUE APRENDE ES MÁS IMPORTANTE QUE LA DOCTRINA APRENDIDA» (BRECHT)

Precisamente la fatal institucionalización del pensamiento de Engels, sobrevenida durante el estalinismo, así como la amplitud enciclopédica de las investigaciones metodológicas e históricas del último Engels (difíciles de encajar, también por su carácter anómalo, en la clasificación tradicional del trabajo científico), precisamente, digo, estas circunstancias han hecho hasta ahora difícil liberar su teoría de las legitimaciones estereotipadas y prefabricadas, para situarla en el contexto específico de la experiencia social de su época histórica. Estos clichés justificatorios adoptan posiciones por completo distintas (desde la dialéctica de la naturaleza, evocada en señal de reconocimiento de la ortodoxia, hasta la teoría del reflejo y hasta la reducción de la teoría marxiana a una *Weltanschauung*). En efecto, el abandono de la tradición de una historiografía orientada a establecer una continuidad a nivel de la historia de las ideas, en la que hace tiempo se ha perdido la dialéctica materialista de concepto y realidad, de estructura y sobreestructura, de teoría y praxis revolucionaria, no presupone únicamente la rectificación de hechos deformados y disimulados: es necesaria una comprensión distinta de la historia, un concepto de historia contemporánea no ligado a las grandes teorías del pasado del movimiento obrero por una necesidad de legitimación; tal posición no es un punto de vista ficticio. Es lo que Marx define en *Herr Vogt* como acción revolucionaria, «la participación autoconsciente en el proceso de revolución histórica que tiene lugar ante nuestros ojos». Sólo la necesidad práctica de hacer avanzar el actual proceso de emancipación de la clase trabajadora en un sentido lato, a través de experiencias de lucha de clases en el pasado, no censuradas, conservadas en teorías y sistematizadas, entendidas como posibilidades de orientación que trascienden la situación particular, puede preservar el contenido de verdad no pragmático, la objetividad de la consideración materialista de la historia, de esa otra interpretación insípida que a menudo cae en el historicismo burgués;

---

<sup>15</sup> MARX, «*El Capital*» cit., libro tercero, p. 321.

según este procedimiento, la teoría de Marx y Engels es sólo un notable argumento de estudio y un medio con el que justificar todo conocimiento posible. Se presenta siempre el conocimiento como el producto del desarrollo de gérmenes geniales. En cambio, la verdadera objetividad del análisis histórico se une a conscientes intereses históricos del presente (más exactamente: intereses emancipadores de clases y hombres oprimidos), que trascienden la imagen del progreso (en la historia de las ideas igual que en la realidad) de un «proceso que recorre un tiempo homogéneo y vacío», y que colman el pasado con el «presente».<sup>16</sup>

Al amparo de este concepto histórico e idealista del progreso, cosas absolutamente inconciliables o que sólo pueden ligarse entre sí desde el punto de vista de la instrumentalización cientista, burocrática y tecnológica, son reducidas a conexiones que, al menos en línea de principio, ya han sido formuladas por los clásicos. He aquí un ejemplo nada a típico.

El desarrollo de las ciencias naturales en el siglo XX confirmó y enriqueció la concepción materialista-dialéctica de la naturaleza elaborada por Marx y Engels. En el campo de la física los descubrimientos de Max Planck, Niels Bohr y Louis-Victor de Broglie constituyeron la fundamentación científica de la tesis dialéctica de la unidad de continuidad y discontinuidad de la materia. La teoría de la relatividad de Einstein concretó la tesis de Engels sobre la materia, el movimiento, el espacio y el tiempo. La teoría moderna de las partículas elementales justifica espléndidamente las tesis de Engels y de Lenin sobre la inagotabilidad del átomo y del electrón. Con el mismo éxito las conclusiones del materialismo dialéctico fueron confirmadas en el campo de la biología. El ejemplo de la cibernética y de muchas ramas nuevas de la ciencia de la naturaleza recientemente aparecidas (...) confirma plenamente la previsión de Engels de que los resultados más importantes hay que esperarlos precisamente en las distintas ciencias fronterizas.<sup>17</sup>

---

<sup>16</sup> Este concepto materialista de la historia ha sido desarrollado por Walter Benjamin con gran coherencia gnoseológica: «El sujeto del conocimiento histórico es la misma clase oprimida que combate... La consciencia de hacer saltar el *continuum* de la historia es propia de las clases revolucionarias del momento de su acción» («*Geschichtsphilosophische Thesen*», en *Schriften*, Frankfurt del Main, 1955, vol. I, pp. 501, 503).

<sup>17</sup> Introducción oficial al volumen «*Naturdialektik*», «*Mew*», vol. 20.

Prescindiendo de la inadmisibile confusión del status gnoseológico de las leyes científicas que se encuentran en Einstein y en Max Planck, con las aserciones más bien *descriptivas* concernientes esencialmente al conjunto de las relaciones naturales, que indican leyes dialécticas (por ejemplo, la unidad de continuidad y discontinuidad, la transformación de la cantidad en calidad), se plantea aquí un problema decisivo que afecta al concepto marxista de la historia: si el marxismo no ha de ser una simple *Weltanschauung* necesitada de una continua confirmación de su contenido de realidad y de la permanente legitimación de la productividad de sus sugerencias metodológicas, sino que debe ser entendido como un hilo conductor para la investigación y como una guía para la acción, como lugar de producción de conocimiento, experiencia y acción, entonces su pretensión de verdad no puede realizarse mediante la interpretación retrospectiva de acciones y resultados científicos; al contrario, dado que ningún paso del conocimiento deja inalterado el objeto del conocimiento mismo, la dialéctica materialista debe entrar en el proceso de producción de las teorías naturalistas, tecnológicas y sociológicas, y convertirse en un factor productivo esencial de la génesis de éstas. Pero tal cosa está excluida en el caso de la elaboración de la teoría de la relatividad, de Einstein, o en el de la cibernética, aun cuando se presuponga una consciencia subjetivamente falsa en tomo al objeto investigado, condicionada por la situación de clase de los investigadores.

Por lo demás, el mismo Engels admitió con franqueza el carácter fragmentario e inacabado de sus investigaciones naturalistas, y nunca se imaginó que podrían suceder generaciones de marxistas decididos a fijar en un catecismo de principios dialécticos normativos y rígidos un material tan poco apto para la dogmatización. Pero ha sido, sin duda, ese carácter fragmentario, inacabado y abierto (que en el fondo es elemento esencial de toda dialéctica materialista) el que ha hecho que el último Engels se haya revelado especialmente apto para satisfacer esos intereses de legitimación.

A este procedimiento integrador y legitimador corresponde una forma de relación con las teorías de Marx y Engels, que puede encontrarse sobre todo en el «marxismo occidental», el cual tiende a descubrir contradicciones no explicitadas, como la existente entre la investigación real, en la que la dimensión de la crítica de la ideología da todos sus frutos, y la

concepción tecnocrática de la ciencia, o la incongruencia entre la reflexión científica y la reflexión gnoseológica. No obstante, es innegable el interés cognoscitivo de emancipación que se expresa en estos análisis (en parte muy meritorios), como es innegable el hecho de que consideran la concepción materialista de la historia como un episodio de la historia de las ideas o como un sistema filosófico, pero no como una herramienta metodológica para poner de manifiesto las fracturas históricas, las crisis, las derrotas y las regresiones de la historia de la emancipación del movimiento obrero. De todos modos es incontestable el hecho de que estos fenómenos repercutan en los cambios formales de la producción de la teoría marxista, aunque muchas veces lo hacen de una manera muy sutil e imperceptible. Solamente a través de estas fracturas (y en su concreta conexión con los éxitos y los avances reales) pueden adquirirse experiencias capaces de constituir los procesos colectivos de aprendizaje, y de contribuir a la formación histórica de la conciencia de clase. Con miras a un posterior desarrollo de la teoría marxiana es necesario liberar el trabajo científico vivo del muerto, del preexistente, como indispensable es suprimir el dominio de los productos sobre los productores.

Hasta estos últimos años no se ha ido afirmando una historiografía materialista gradualmente liberada del peso aplastante de la autoridad de Marx y Engels; tal historiografía ha intentado con cautela no limitarse al análisis de las tendencias del desarrollo de la producción capitalista, de las estructuras de clase, de la situación económica de la clase trabajadora y de las formaciones políticas de la segunda mitad del siglo XIX; sus autores intentan, por el contrario, descubrir en los detalles, a nivel sociológico y psicológico, las contradicciones de la vida y de la situación social real de las clases proletarias, contradicciones que, aunque sean consciente o inconscientemente ignoradas, influyen en la forma y en las categorías de la teorización marxista y determinan la medida en que las reflexiones teóricas pueden contribuir a la estructuración del proceso de constitución política de la clase obrera.

Al considerar estas situaciones desde el punto de vista de los resultados históricos (por ejemplo, la total bancarrota política de esa socialdemocracia alemana que había sido elogiada como perfecto modelo revolucionario por los partidos de la Segunda Internacional [y por el mismo Lenin hasta 1908]), dicha forma de historiografía concentra, sobre

todo, su atención en los desplazamientos de fuerza en el seno del movimiento socialista, atendiendo más a las tendencias y a los acontecimientos poco relevantes, eclipsados por fenómenos visibles, que a las declaraciones y a los programas públicos.<sup>18</sup>

Esta nueva orientación implica una valoración de la importancia o de la irrelevancia de los datos completamente distinta: hechos como el de que, según una encuesta de 1905, apenas el 10% de los miembros del partido socialdemócrata poseía «algún conocimiento de las argumentaciones marxistas»<sup>19</sup>, o el de que en 1890 los treinta y cinco diputados socialdemócratas fueran periodistas y redactores, industriales y hosteleros, o ejercitaran otras profesiones pequeñoburguesas, sin que ni siquiera hubiera un obrero en todo el grupo socialdemócrata; hechos de este tipo tienen para el revisionismo práctico, para la valoración de la potencialidad revolucionaria de la socialdemocracia, una importancia mucho mayor que la del programa de Erfurt, el alejamiento de Bernstein del marxismo o la «traición» de Kautsky. De igual modo que el estalinismo no puede explicarse por el culto a la personalidad, tampoco el revisionismo se debe al hecho de que algunos dirigentes de la socialdemocracia traicionaran al marxismo.<sup>20</sup>

El último Engels se halla en el punto crucial de esta historiografía marxista que tiene por tema la misma historia del marxismo; la posición histórica de mediación que ocupa, de hecho, entre la teoría marxiana de la sociedad y las formas posteriores de desarrollo del marxismo, o entre la

---

<sup>18</sup> Es indudable que este rico material es todavía hoy objeto de investigaciones, principalmente en el campo de la historia de la teoría; pero éstas tienden a un análisis sociológico en profundidad.

<sup>19</sup> A KOSIOL, *Organisationen für theoretische Bildung der Arbeiterklasse*, en «Neue Zeit», XXIV, 1905, n. 2, p. 65.

<sup>20</sup> Destacan en esta forma de historiografía materialista: H. J. STEINBERG, «Sozialismus und deutsche Sozialdemokratie», Publicaciones del Instituto de investigación de la Friedrich-Ebert-Stiftung, vol. 50; ÍD., Introducción a Herrn Eugen Dühring Umwälzung, cit., todos los análisis de Georg Haupt. Recordemos también a M. PERROT, «Les hommes en grève». France 1871-1890, 2 vol., París, 1974; Bo GUSTAFSSON, «Marxismus und Revisionismus», Frankfurt del Main, 1972 (trad. cast. «Marxismo y revisionismo», Barcelona, 1975). Ultimamente, Erhard Lukas ha escrito un excelente análisis del radicalismo obrero: «Arbeitsradikalismus», Frankfurt del Main, 1977.

teoría del socialismo científico y ese episodio de la vida contemporánea que es la constitución de los primeros partidos proletarios, puede ser un motivo que explique por qué el pensamiento de Engels adquiere actualidad para un movimiento político para el cual la avidez teórica y el contenido práctico de verdad de una teoría revolucionaria son inseparables de su modo históricamente determinado de producir experiencias sociales.<sup>21</sup>

Hay, principalmente, dos razones de la tendencia a hacer de la teoría marxiana una *teoría retrospectiva*, una agencia universal para interpretación post factum de conocimientos, experiencias y acciones, que se manifiesta tanto en Kautsky como en el marxismo soviético (el cual repite en diversos aspectos los errores de la primera transformación del marxismo en una *Weltanschauung*, en parte en abierta contradicción con Lenin, al menos por lo que respecta al Estado y al problema de la historia como presente): el hecho de que no se desarrollara (antes al contrario, fuera explícitamente descartada) la teoría de la subjetividad, o sea la teoría que pone de relieve las estructuras y motivaciones que determinan las resistencias reales y los contenidos utópicos de que se alimentan. El problema se le plantea ya a Engels, aunque en una fase de desarrollo del marxismo y del movimiento obrero en que aún no es posible hablar de una sede política de producción de la teoría marxista de la sociedad. En su interpretación de la Comuna de París, muestra cómo las dos fracciones principales, los proudhonianos y los blanquistas, representan falsos motivos y concepciones, y no obstante realizan un «experimento social» que se sitúa en la línea del marxismo y constituye, en sus principales resultados, una experiencia fundamental en la vía de la emancipación proletaria. Engels aplica aquí el concepto hegeliano de la ironía de la historia; los proudhonianos y los blanquistas sufren el mismo destino de todos los dogmáticos que alcanzan el poder: en la práctica hacen lo contrario de lo que se han propuesto en la teoría.

---

<sup>21</sup> Ese interés por el último Engels no se limita a las doctrinas tradicionales (dialéctica de la naturaleza, teoría del reflejo, evolucionismo, etc.), sino que se ocupa, sobre todo, del contenido político e histórico de su teoría. Cf. C. GLUCKSMANN, «Engels et la philosophie marxiste», París, 1971; H. REINICKE, «Friedrich Engels», «Arbeitspapiere», n. 12, Merve-Verlag; G. STEDMAN, JONES, «Engels und Hegel», en «New Left Review», n. 79; cf. también una serie de contribuciones de la compilación «Friedrich Engels 1820-1970» (ponencias, discusiones, documentos de la Conferencia científica internacional de Wuppertal, 1970).

Pero esta confianza en la ironía de la historia, que más tarde se pondrá de manifiesto en el comportamiento hacia movimientos espontáneos e incluso respecto de ciertos resultados de las ciencias naturales, no deja inalterada la teoría marxista de la sociedad. En cuanto a su contenido revolucionario-crítico, dicha confianza asume la forma reificada de una instancia de censura, que espera a ver lo que sucede para luego interpretarlo.

La segunda razón es la ausencia de una teoría de la historia que ayude a expresarse a las tendencias todavía implícitas y que, interrumpiendo la continuidad del pasado, consiga tomar posición contra los hechos reificados, contra el trabajo coagulado. Cuando el marxismo se convierte en una enciclopedia de los hechos y del saber científico pasado y presente, se transforma en una concepción tecnocrática de la sociedad que puede ser utilizada por cualquier sistema de dominación e incluso por la teoría de ese sistema. Así, la valoración de los movimientos emancipadores que se desarrollan ante nuestros ojos se convierte en premisa esencial de un concepto de historia actual, a su vez necesario para desarrollar una adecuada relación del presente con la teoría marxiana.

Las consideraciones que siguen se articulan en torno a problemas actuales, que se plantean ya en el último Engels, aunque para ellos no encuentre soluciones ni pudiera encontrarlas desde su perspectiva histórica. Se trata de tres temas característicos de la teoría engelsiana de la revolución: 1) ley del valor y revolución: el problema del impulso revolucionario; 2) orígenes políticos de la dialéctica de la naturaleza; 3) crítica de la economía política del capital y economía política de la fuerza de trabajo, problemas de la subjetividad revolucionaria.

### *3. Ley del valor y revolución: el problema del impulso revolucionario*

Si uno se basa en las experiencias históricas del pasado, parece que la heterogeneidad del desarrollo social sea el presupuesto y la ley formal de las revoluciones victoriosas. Aunque Engels no dice de manera explícita qué constituye para él un impulso objetivamente determinante del movimiento de emancipación de la clase proletaria, de todos modos su posición aparece en muchos puntos de sus escritos: las revoluciones nacen allí donde la ley del valor se ha desarrollado en la forma capitalista, es decir, donde se caracteriza por una mayor dimensión de la producción de mer-

cancias, determinando la formación de un proletariado industrial, con centros, ciudades y regiones industriales que transforman radicalmente la existencia de los hombres, mientras por otro lado sobreviven formas preindustriales de relaciones y de vida que pese a estar en peligro no han sido enteramente destruidas.

Aunque ya Marx había formulado claramente la «ley» de la contemporaneidad, en el plano económico y a propósito de la relación entre estructura y sobreestructura, en las reflexiones del último Engels acerca de la teoría de la revolución se presenta en una forma nueva, aplicada a problemas estrictamente políticos. Uno de estos problemas consiste en determinar dónde se encuentra, en el plano internacional, la mejor posibilidad de que se produzca ese «impulso revolucionario», condición necesaria, pero no suficiente, para la puesta en marcha del proceso de la revolución mundial. Otro problema consiste en determinar en qué medida los modos de producción preindustriales (residuos de propiedad comunal, instituciones comunitarias, etc.) aún subsistentes pueden ser transformados directamente en formas socialistas de propiedad, o al menos en qué grado pueden acortar el proceso de desarrollo hacia la sociedad socialista.<sup>22</sup> La actualidad de esta problemática está fuera de discusión, ya que la historia del siglo XX conoce revoluciones autóctonas únicamente en países donde la ley del valor (válida mientras hay una pura y simple producción de mercancías<sup>23</sup>) no ha penetrado aún, en su desplie-

---

<sup>22</sup> F. ENGELS, «*Bilancio finale nel poscritto a «condizioni sociali in Russia»*», en K. MARX y F. ENGELS, «India, Cina, Russia», Milán, 1965, p. 278.

<sup>23</sup> No es posible desarrollar íntegramente la problemática de la ley del valor en el marco de esta obra. Sin duda no es casual que los que probablemente son los últimos trabajos económicos de Engels (*Ley del valor y tasa de ganancia*) y de Marx (*Notas marginales al «Tratado de economía política»* de Adolph Wagner) se propongan determinar la función del valor y de la ley del valor. La ley del valor no es ni una hipótesis pura ni una ficción necesaria; es, si se quiere, la quintaesencia y el núcleo de las *categorías de la realidad*, de las leyes que estructuran la realidad social, lo que asegura su conexión intrínseca. Indica una ley estructural de la historia, en la medida en que afecta a la producción de mercancías. «La ley marxiana del valor es, generalmente, válida en la medida en que son válidas las leyes económicas, durante todo el período de la producción simple de mercancías, es decir, hasta que ésta sufre una modificación por la introducción de la forma de producción capitalista. Hasta ese momento los precios gravitan sobre valores

---

determinados por la ley de Marx, y oscilan en torno a ellos, de modo que cuanto más completamente se despliega la producción simple de mercancías, tanto más coinciden los precios medios de períodos largos, no interrumpidos por violentas perturbaciones exteriores, con aquellos valores, dentro de límites aceptables. (...) Por eso la ley del valor ha dominado durante un período de cinco a siete siglos de duración» («Mew», vol. 25, p. 25). Sin embargo, pese a esta amplitud histórica de la validez de la ley del valor, el paso de la producción simple de mercancías a la producción capitalista es un *salto cualitativo*, sobre todo en lo que concierne a su importancia para el proceso de constitución política de la sociedad. Basadas en una producción simple de mercancías existen sociedades de tipo natural, con relaciones personales de dominación y servidumbre; la sociedad mantiene su cohesión con instancias *políticas*, y frecuente mente con formas despóticas de dominación. En cambio, cuando el capital se ha convertido en el poder de la sociedad que todo lo domina, la mutua coerción de las relaciones económicas, escudada tras la autoridad del estado clasista, es la que mantiene directamente la cohesión del orden político de dominación. De qué modo el orden dominante llega a ser inescrutable para todos los interesados, cuando el valor no se manifiesta ya la experiencia sensible, aunque sigue siendo «la base de toda la construcción social» (como se lee en el libro tercero de «*El Capital*»), es un problema que el último Engels ha planteado con mucha claridad, aunque sin desarrollar sus consecuencias políticas, entre otras cosas para la conciencia del proletariado. El concepto de valor corresponde a una realidad; el valor tenía una existencia *inmediatamente* real al comienzo del intercambio, cuando los productos se transforman gradualmente en mercancías y se intercambiaban según su valor aproximado. El trabajo empleado en la fabricación de dos objetos era precisamente el único criterio de comparación cuantitativo. Mientras las cosas son así, la relación entre el valor y la realidad no tiene nada de misterioso. Lo mismo puede decirse de la cuota de beneficio. Ahora bien, Engels ve en el proceso de nivelación de la cuota de beneficio un «problema de extraordinario interés, del que el propio Marx no dice mucho» (carta a Sombart del 11 de marzo de 1895, «Mew», vol. 39, p. 428). Engels le ruega a Sombart que lleve a cabo una investigación histórica que ponga de manifiesto la presencia de relaciones entre el concepto y la realidad del valor en una sociedad capitalista avanzada. «Sabemos que esta realización inmediata del valor en el cambio ha cesado, no existe más. Creo que no le costará mucho trabajo advertir, al menos en rasgos generales, los eslabones intermedios que llevan desde este valor inmediatamente real al valor bajo la forma de producción capitalista; este último está tan profundamente oculto que nuestros economistas pueden negar tranquilamente su existencia. La exposición auténticamente histórica de este proceso que, hay que reconocerlo, requiere un estudio

gue capitalista, en todas las situaciones sociales, en todos los aspectos de la vida de los hombres y en todas las esferas sociales, y no ha destruido aún por completo los elementos tradicionales de la economía rural y del artesanado.

La no contemporaneidad del desarrollo y la cuestión de la relación particular que subsiste entre el impulso revolucionario y la realización de la revolución son problemas centrales de la teoría de la revolución, problemas que Engels formuló por vez primera en sus últimos años, sin duda basándose en los escritos de Marx, para el cual, por otro lado, carecían aún de ese carácter de acuciante actualidad.

En su prefacio de 1859 a la *Crítica de la economía* Marx afirma que se ha iniciado una «época de revolución social», porque existe una contradicción objetiva que la formación social existente es ya incapaz de resolver. Esta contradicción consiste en el hecho de que las relaciones de producción que mantienen los hombres en la producción material de su vida (ya que constituyen la totalidad de la base económica, real de la sociedad) dejan de ser formas de desarrollo de las fuerzas productivas (a las que pertenece la misma clase trabajadora, que es asimismo la máxima fuerza productiva), para convertirse en cadenas que traban el desarrollo social de las fuerzas productivas. Es una definición de la situación revolucionaria que, sin duda, es válida también para el último Engels, pero que requiere, bajo la clara presión de una clase que interviene, efectivamente, en la política cotidiana con reivindicaciones revolucionarias, una especificación teórica y también, en buena medida, una localización espacial.

En lo que concierne a este problema de la especificación y la localización de la situación revolucionaria, había dos cosas claras en la posición de Marx y de Engels: en primer lugar, que el destino de la revolución proletaria, que las posibilidades de acción del proletariado dependen tanto del desarrollo de la clase burguesa y del grado de consolidación social de su dominación económica y política a expensas de todas las demás capas y clases sociales, como de la situación de crisis del conjunto de la socie-

---

minucioso de la materia, pero cuyos resultados serían particularmente remunerativos, sería un complemento valioso para "*El Capital*"» (Engels a Werner Sombart, 11 de marzo de 1895, en «Obras escogidas», cit., vol. 3, p. 534).

dad. El final cruento a que llegan los valerosos protagonistas de la insurrección de junio de 1848 es un ejemplo del primer caso, pues muestra cómo la industria francesa no puede polarizar su interés de clase hasta que no domina sobre la burguesía francesa, convirtiéndose así, como grupo emparentado con la burguesía financiera predominante, en un fanático exponente del partido del orden. La Comuna de París es un ejemplo del segundo caso: la crisis del sistema de dominación política del Segundo Imperio, determinada por la derrota militar, afecta sin duda a la metrópoli, donde el proletariado puede destruir la máquina del Estado, pero no llega al resto del país, como sucedió en 1789. Por consiguiente, el grado de desarrollo de la clase burguesa y la crisis de toda la nación son criterios esenciales para la especificación de la situación revolucionaria. En segundo lugar, las particularidades nacionales del desarrollo global de la sociedad (y sobre todo de las experiencias de lucha de las clases oprimidas) son decisivas para determinar de qué país parte el impulso revolucionario: sea que el «canto del gallo francés» anuncia el «día de la resurrección alemana», como dice el joven Marx, sea que el movimiento revolucionario se desplaza nuevamente a Alemania, tras el hundimiento de la Comuna de París, o a Rusia, como dejan suponer algunos pasajes de los escritos posteriores a los años setenta, estas variaciones de la elección del país donde nacerá la revolución proletaria se basan siempre en análisis económicos y políticos concretos de cada situación dada.

Lo que Marx dijo en 1872 sobre el Congreso de La Haya (cuyas decisiones se convirtieron en la base de la creación de partidos políticos autónomos de la clase obrera) indica precisamente esta exigencia de concreción que llega incluso a los usos y costumbres de un país (si bien se refiere en primera instancia solamente al problema de la revolución violenta o pacífica).

El obrero deberá conquistar un día la supremacía política para asentar la nueva organización del trabajo; deberá dar al traste con la vieja política que sostienen las viejas instituciones, so pena, como los antiguos cristianos (que despreciaron y rechazaron la política), de no ver jamás su reino de este mundo.

Pero nosotros jamás hemos pretendido que para lograr este objetivo sea preciso emplear en todas partes medios idénticos.

Sabemos que hay que tener en cuenta las instituciones, las costumbres y las tradiciones de los diferentes países; y nosotros no negamos que existan países como América, Inglaterra y, si yo conociera mejor vuestras instituciones, agregaría Holanda, en los que los trabajadores pueden llegar a su objetivo por medios pacíficos. Si bien esto es cierto, debemos reconocer también que en la mayoría de los países del continente será la fuerza la que ebcra servir de palanca de nuestras revoluciones; es a la fuerza a la que habrá que recurrir por algún tiempo a fin de establecer el reino del trabajo.<sup>24</sup>

Lenin ha explicado con una formulación precisa y todavía hoy válida, que expresa sintéticamente las experiencias revolucionarias de la burguesía y del proletariado, en qué medida procesos objetivos (como la drástica contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción) se entrelazan con la estructura del sistema de dominación política, con las opiniones y con la capacidad de decisión de las masas y de las clases dominantes, hasta constituir un todo indivisible, cuando una crisis de toda la nación produce una situación revolucionaria. No es casual que en esta fórmula, que señala la posibilidad de la victoria revolucionaria, se subraye precisamente el momento de la decisión y de la voluntad, o sea un elemento sociopsicológico, subjetivo.

La ley fundamental de la revolución, confirmada por todas las revoluciones, y en particular por las tres revoluciones rusas del siglo XX, consiste en lo siguiente: para que tenga lugar una revolución no basta con que las masas explotadas y oprimidas tengan conciencia de la imposibilidad de seguir viviendo como antes y exijan cambios; para que tenga lugar una revolución es indispensable que los explotadores no puedan seguir viviendo y gobernando como antes. Sólo cuando los «de abajo» no quieren vivir como antes, y los «de arriba» no pueden continuar como antes, puede triunfar la revolución. Esta verdad puede expresarse con otras pala-

---

<sup>24</sup> K. MARX, *Rede über den Haager Kongrep*, en «Mew», vol. 18. p. 160 (trad. cast. *El Congreso de La Haya. Información periodística del discurso pronunciado el 8 de septiembre de 1872 en un mitin celebrado en Amsterdam*, en «Obras escogidas», cit., vol. 2, p. 312). Este artículo apareció antes en «La Liberté», 15 de septiembre de 1872, n. 37. En el «Volksstaat» la última frase es sustituida por «Pero no es ésta la situación de todos los países». La dirección de la socialdemocracia alemana censuró en otras ocasiones artículos de Marx y Engels, o bien publicó versiones reducidas, para evitar una impresión de «violencia».

bras: la revolución es imposible sin una crisis nacional general (que afecte tanto a los explotados como a los explotadores). Se desprende que, para que tenga lugar una revolución, es indispensable, primero, que la mayoría de los obreros (o por lo menos la mayoría de los obreros con conciencia de clase, que piensan, políticamente activos) comprenda plenamente que la revolución es necesaria y que esté dispuesta a morir por ella; segundo, que las clases dirigentes atraviesen una crisis gubernamental que arrastre a la política incluso a las masas más atrasadas (es síntoma de toda revolución verdadera, la rápida decuplicación o centuplicación del número de hombres capaces de librar una lucha política, pertenecientes a la masa trabajadora y oprimida, antes apática), que debilite al gobierno y haga posible su rápido derrocamiento por los revolucionarios<sup>25</sup>.

En realidad, a partir de la Primera Guerra Mundial estas crisis nacionales se han verificado en muchos países industrialmente avanzados de Europa occidental, aunque no ha tenido lugar ni siquiera una sola revolución victoriosa. A la pregunta de por qué situaciones revolucionarias no han llevado a una revolución triunfante, no es posible ciertamente dar una única respuesta general; sólo hay respuestas que tienen en cuenta el conjunto de las condiciones de desarrollo peculiares de cada país.

Hoy, con mayor perspectiva, todas las reflexiones teóricas sobre la revolución han de partir de un estado de hecho: las revoluciones socialistas autóctonas que no se han producido como consecuencia de derrotas militares, como en la lucha de la Unión Soviética contra el fascismo hitleriano, o de las correspondientes ocupaciones, como en el bloque oriental o en Corea del Norte, solamente han tenido lugar allí donde el «ambiente histórico» (Marx) estaba sin duda influido por el mercado mundial de las sociedades capitalistas más avanzadas y donde, por supuesto, existían ya, en regiones y ciudades muy localizadas, una industria concentrada y su correspondiente proletariado industrial, pero a nivel nacional el desarrollo capitalista de la ley del valor no había destruido aún por completo diversas formas de propiedad comunitaria, de posesión colectiva de la tierra y de los medios de producción. Esta era la situación de Rusia, de China y de Cuba; y lo mismo puede decirse incluso del único foco revolucionario que se ha dado en Europa occidental, la revolución española

---

<sup>25</sup> V. I. LENIN, El «izquierdismo», enfermedad infantil del comunismo, en «Obras Completas», Buenos Aires, 1969 ss., vol. 33, pp. 190-191.

sofocada por el fascismo franquista; lo mismo vale, naturalmente, para el Chile de Allende. La gama de estas estructuras comunitarias tradicionales y de estos modos tradicionales de producción, caracterizados casi siempre por una relación preindustrial con la base natural de la producción, va desde las formas del modo de producción asiático de una economía natural (China), hasta el *mir*, la comunidad agrícola rusa, última fase de una formación social primitiva cuya estructura interna, penetrada por elementos privados, señala ya el paso de una sociedad basada en la propiedad común a la sociedad basada en la propiedad privada. Todas estas formas, así como los modos de vida que se derivan de ellas, aparecen ya amenazadas por un modo de producción que se ha superpuesto a ellas, sin que hayan por ello desaparecido del todo. De todos modos, Marx y Engels están convencidos de que estas formas tradicionales no pueden nunca, en su aislamiento, convertirse en la base de una transformación socialista (lo cual vale igualmente para el *mir* ruso).

Pero mientras que en las formulaciones relativas a la «ley fundamental» de la revolución Lenin podía valerse de las experiencias de tres revoluciones rusas (la revolución de 1905, la revolución burguesa de 1917 y la revolución de octubre<sup>26</sup>), marcadas sin duda por cierta influencia proletaria, aunque en realidad llevadas a cabo en un marco histórico no dividido en dos clases sociales (burguesía y proletariado), el último Engels se encuentra ante la situación histórica de un país occidental muy desarrollado, en el cual el proletariado representa una fuerza social visible que se manifiesta en las elecciones, en el grado de organización de las masas y en las luchas sindicales, y que plantea reivindicaciones inequívocamente revolucionarias. El período de las revoluciones promovidas por minorías (único del que hay experiencias históricas concretas) es un período definitivamente concluido, entre otras cosas, y no la menos importante, por los progresos de la técnica militar.

---

<sup>26</sup> En el fondo la revolución de Octubre no es un movimiento *unitario*, pues procede de dos movimientos convergentes: una revolución proletaria en las ciudades y una revolución campesina. Precisamente el intento de transformarla en una revolución coherente y unitaria ha contribuido, durante el estalinismo, a hacer que el marxismo perdiera su sustancia crítica y se convirtiera en una ciencia de la legitimación.

Si han cambiado las condiciones de la guerra entre naciones, no menos han cambiado las de la lucha de clases. La época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado. Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida.<sup>27</sup>

De hecho, la investigación más concretamente materialista que contiene el análisis de una situación revolucionaria, un análisis desarrollado en base a la lucha de clases, es decir, el estudio marxiano de la lucha de clases en Francia entre 1848 y 1850, se caracteriza ya por una escisión interna en la valoración de las perspectivas revolucionarias de los movimientos europeos. Francia le merece la consideración del país «en el que las luchas históricas de clases se han llevado siempre a su término decisivo más que en ningún otro sitio y donde, por tanto, las formas políticas sucesivas dentro de las que se han movido estas luchas de clase y en las que han encontrado su expresión los resultados de las mismas, adquieren también los contornos más acusados»<sup>28</sup>

Por otra parte, en una serie de artículos escritos en 1851 para el *Daily Tribune* de Nueva York, Engels analiza también la situación de clase de la Revolución alemana de 1848-1849. (Estos artículos, aparecidos con la

---

<sup>27</sup> F. ENGELS, *Introducción* a KARL MARX, «Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850», en «Obras escogidas», cit., vol. I, pp. 118-119. En la versión íntegra de este trabajo, llamado por Bernstein el testamento político de Engels, y que es su último escrito de cierta envergadura para justificar la vía legal tal poder, no se plantea del todo la alternativa entre un paso legal o un paso revolucionario y violento al socialismo. Engels se indignó cuando, sin consultarle, apareció en el «Worwärts» un breve extracto de la *Introducción*, que lo presentaba como pacífico cultivador de la legalidad. Como administrador de las obras póstumas de Engels, Bernstein guardó bajo llave el manuscrito completo. Evidentemente, la eliminación de los pasajes particularmente «violentos» tenía como finalidad influir favorablemente en la Comisión para el proyecto de ley sobre la subversión (una nueva ley contra los socialistas), que había comenzado sus consultas en abril de 1895. Riazanov fue el primero en descubrir estas mutilaciones; cf. D. RIAZANOV, *Engels' Einleitung zu Marx*, «Die Klassenkämpfe in Frankreich 1848-1850», en «Unter dem Banner des Marxismus», I, 1925-1926, pp. 160 y ss.

<sup>28</sup> ENGELS. *Prólogo* a MARX, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, en «Obras escogidas», cit., vol. I, pp. 228-299.

firma de Marx, fueron traducidos al alemán por Kautsky y publicados en 1896 con el título de *Revolution und Kontre-Revolution*.) Pero el atraso en el desarrollo de la burguesía alemana repercutía también en el proletariado, que no llevaba a cabo ninguna acción autónoma, por lo que las formas políticas de la lucha de clases no podían asumir ningún perfil claro y preciso. Los tres análisis fundamentales desarrollados por Marx en torno a formas políticas en que se expresan las luchas de clases, y sobre todo las reivindicaciones revolucionarias del proletariado, conciernen a una formación social penetrada por formas tradicionales de producción, pequeña burguesía, pequeños campesinos, tradiciones monárquicas, etc.: la de Francia. Se trata de los tres estudios dedicados a *Las luchas de clases en Francia*, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* y *La guerra civil en Francia*. En cambio, el desarrollo de las fuerzas productivas y la creación del mercado mundial, denominada ya por Engels hacia la mitad del los años cuarenta la «revolución industrial», son analizados considerando a Inglaterra el centro organizativo del modo de producción capitalista, que representa, para todos los demás países caracterizados por la producción de mercancías, «la imagen de su propio futuro». En *Las luchas de clases en Francia*, Marx desarrolla la idea de que sólo la burguesía económica y políticamente en el poder (y que por consiguiente no se limite a dominar con una de sus fracciones, como sucede aún en la Francia de Luis Felipe, gobernada por la burguesía financiera) puede generar un proletariado capaz de desarrollar acciones políticas autónomas. Hasta que la producción francesa, los industriales, no dominen el conjunto de la burguesía francesa, es imposible que los intereses revolucionarios de la sociedad se concentren en la clase proletaria; por tanto, el proletariado parisiense ha intentado «sacar adelante sus intereses *al lado* de los de la burguesía, en vez de presentarlos como el interés revolucionario de la propia sociedad».<sup>29</sup>

Constatado, pues, el hecho de que las crisis económicas, las crisis nacionales del sistema político de dominación y la guerra contribuyen de manera decisiva al desencadenamiento de situaciones revolucionarias, existe otro problema (planteado ya por Marx a propósito de los desarrollos concretos de la revolución de 1848) que adquiere una importancia fundamental en el último Engels, al aumentar y continuar creciendo el

---

<sup>29</sup> MARX, «Las luchas de clases en Francia», cit., p. 134.

peso político del proletariado en el desarrollo social: el problema de la no contemporaneidad del desarrollo económico y del desarrollo político, lo cual repercute directamente en el proceso de constitución del proletariado y determina su radio de acción. En otras palabras: ¿cuál es la importancia que tienen, para la puesta en marcha y la estructuración política de las acciones revolucionarias del proletariado, formas y relaciones de producción tradicionales todavía no destruidas enteramente por la producción capitalista? En 1850, Marx expresa sintéticamente esta contradicción, que la insurrección de junio, la primera gran batalla entre las dos clases en que se escinde la sociedad moderna, no hace sino confirmar de manera cruenta:

Lo mismo que el período de la crisis, el de prosperidad comienza más tarde en el continente que en Inglaterra. En Inglaterra se produce siempre el proceso originario; Inglaterra es el demiurgo del cosmos burgués. En el continente, las diferentes fases del ciclo que recorre cada vez de nuevo la sociedad burguesa se producen en forma secundaria y terciaria. (...) Por tanto, aun cuando las crisis engendran revoluciones primero en el continente, la causa de éstas se halla siempre en Inglaterra. Es natural que en las extremidades del cuerpo burgués se produzcan estallidos violentos antes que en el corazón, pues aquí la posibilidad de compensación es mayor que allí. De otra parte, el grado en que las revoluciones continentales repercuten sobre Inglaterra es, al mismo tiempo, el termómetro por el que se mide hasta qué punto estas revoluciones ponen realmente en peligro el régimen de vida burgués o hasta qué punto afectan solamente a sus formaciones políticas.<sup>30</sup>

Marx hace aquí una clara distinción entre las zonas marginales del «cosmos burgués», en que las luchas de clases llegan antes a una explosión violenta, y el centro de la producción capitalista; ahora bien, si es verdad que la transformación revolucionaria no parte de ese «demiurgo del cosmos burgués», no lo es menos que su transformación determina el

---

<sup>30</sup> Ibid., pp. 213-214.

contenido social de toda posible revolución proletaria que no se limite a cambiar la estructura política del país.<sup>31</sup>

Marx y Engels no dicen absolutamente nunca que pueda existir el «socialismo en un solo país», y menos en un país económica y políticamente atrasado; en cambio, repiten a menudo que la revolución estalla en el eslabón más débil de la cadena del cosmos capitalista. Es un motivo que reaparece en la teoría de la revolución de Marx y que se acentúa en el último Engels, si bien la chispa revolucionaria se desplaza hacia la periferia del «cosmos burgués», hacia oriente, a Rusia.<sup>32</sup>

Cuando Engels aborda de nuevo el tema del escrito marxiano sobre la lucha de clases en Francia, más de cuarenta años después, en 1895, y escribe la famosa *Introducción*, Inglaterra ha quedado completamente fuera del horizonte político del desarrollo revolucionario del proletariado, aunque es evidente que a Engels no le cabe duda alguna sobre el punto de que

---

<sup>31</sup> «En Francia, el pequeño-burgués hace lo que normalmente debiera hacer el burgués industrial; el obrero hace lo que normalmente debiera ser la misión del pequeño-burgués; y la misión del obrero, ¿quién la cumple? Nadie. Las tareas del obrero no se cumplen en Francia; sólo se proclaman. Su solución no puede ser alcanzada en ninguna parte dentro de las fronteras nacionales; la guerra de clases dentro de la sociedad francesa se convertirá en una guerra mundial entre naciones. La solución comenzará a partir del momento en que, a través de la guerra mundial, el proletariado sea empujado a dirigir al pueblo que domina el mercado mundial, a dirigir a Inglaterra. La revolución, que no encontrará aquí su término, sino su comienzo organizativo, no será una revolución de corto aliento. La actual generación se parece a los judíos que Moisés conducía por el desierto. No sólo tiene que conquistar un mundo nuevo, sino que tiene que perecer para dejar sitio a los hombres que estén a la altura del nuevo mundo.» (Ibid., pp. 194-195).

<sup>32</sup> De qué manera tan abstracta entendía el joven Marx esta problemática lo muestra su «Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel»: «En Alemania no se puede acabar con ninguna clase de esclavitud, sin acabar con todas las clases de esclavitud. La concienciosa Alemania no puede hacer la revolución sin hacerla desde el mismo fundamento. La emancipación del alemán es la emancipación del hombre. La cabeza de esta emancipación es la filosofía, su corazón el proletariado. La filosofía no se puede realizar sin suprimir el proletariado; el proletariado no se puede suprimir sin realizar la filosofía. Una vez que se hayan cumplido todas las condiciones internas, el canto del gallo francés anunciará el día de resurrección alemana» (K. MARX, «Die Frühschriften», Stuttgart, 1953, p. 224 (trad. cast, en «OME», vol. 5, pp. 223-224).

la emancipación del proletariado solamente puede darse si las naciones que dominan el mercado mundial aparecen envueltas en la subversión revolucionaria.

#### INCONGRUENCIAS EN LA TEORÍA DE LA REVOLUCIÓN

Dos son, sobre todo, los motivos por los que Engels, al recapitular sobre las experiencias de las revoluciones hasta la Comuna de París, constata que la forma de lucha de 1848 ha quedado anticuada en todos los sentidos. El período de «las revoluciones desde arriba», iniciado tras 1851, junto a una gran expansión del desarrollo industrial, ha contribuido notablemente a esclarecer y polarizar las relaciones de clase, aunque, como muestra elocuentemente la Comuna de París, si es verdad que el proletariado no está todavía maduro para la revolución, ya no es de todos modos posible una revolución que no sea la proletaria.<sup>33</sup>

En los veinte años siguientes a la Comuna de París se ha formado una tropa proletaria muy inferior al ejército de estrategia, técnica bélica y logística; por consiguiente, no puede aspirar ya a obtener la victoria de un solo golpe, mediante una revuelta o una batalla en la calle. Engels pone así en guardia contra una batalla decisiva provocada por el adversario y combatida con medios y sobre un terreno en que el enemigo de clase es muy superior, gracias a las fuerzas productivas militares, al control de las comunicaciones e incluso al probable apoyo de una parte considerable de la pequeña burguesía; pero esta advertencia no tiene nada que ver con el rechazo del principio de violencia en cualquier tipo de subversión revolucionaria. Por grande que pueda ser la diferencia entre la situación de 1848 y la de 1895, Engels no plantea nunca el problema de una alternativa abstracta entre una vía pacífica al socialismo y una vía revolucionaria-violenta; el proletariado no puede excluir, a nivel de principio, ninguna de las dos vías.

Entonces [en 1848], reinaba la multitud de confusos evangelios de las diferentes sectas, con sus correspondientes panaceas; hoy, *una sola* teoría, reconocida por todos, la teoría de Marx, clara y transparente, que formula de un modo preciso

---

<sup>33</sup> ENGELS, Introducción a MARX, «Las luchas de clases en Francia», cit.f p. 112.

los objetivos finales de la lucha. Entonces, las masas escindidas y diferenciadas por localidades y nacionalidades, unidas sólo por el sentimiento de las penalidades comunes, poco desarrolladas, no sabiendo qué partido tomar en definitiva y cayendo desconcertadas unas veces en el entusiasmo y otras en la desesperación; hoy, el gran ejército *único*, el ejército internacional de los socialistas, que avanza incontenible y crece día por día en número, en organización, en disciplina, en claridad de visión y en seguridad de vencer. El que incluso este potente ejército del proletariado no hubiese podido alcanzar todavía su objetivo, y, lejos de poder conquistar la victoria en un gran ataque decisivo, tuviese que avanzar lentamente, de posición en posición, en una lucha dura y tenaz, demuestra de un modo concluyente cuán imposible era, en 1848, conquistar la transformación social simplemente por sorpresa.<sup>34</sup>

En una situación caracterizada por el hecho de que, a diferencia de la revolución de 1848, el elemento subjetivo (blanquista, si así queremos llamarlo) de la revolución se transforma en un proceso objetivo, convertido, en cierto modo, en aparato industrial, resulta cada vez más difícil determinar el punto de explosión necesario para el éxito de una revolución en la que se enfrenten estos dos grandes ejércitos. La dificultad de determinar el punto de colisión no sólo negativamente, distinguiéndolo de formas de acción sin éxito, sino también positivamente, aparece repetidamente en la teoría de la revolución del último Engels, en forma de conflicto determinante.

Por un lado el proceso revolucionario avanza con la «calma y la inevitabilidad de un proceso natural»<sup>35</sup>: cuando la forma capitalista de la ley del valor se afirma en todos los sectores sociales y produce así una situación objetiva de crisis, aumentan los síntomas que señalan la erosión de la clase dominante y muestran claramente que las relaciones de producción existentes ya no son formas de desarrollo, sino que se han convertido en cadenas que traban las fuerzas productivas. Puesto que se trata de una situación de crisis, son indiferentes los motivos por los cuales afluyen a la

---

<sup>34</sup> ENGELS, *Introducción a MARX*, «Las luchas de clases en Francia», cit., p. 110.

<sup>35</sup> Engels a Bebel, 24-26 de octubre de 1891, «Mew», vol. 38, p. 189.

socialdemocracia y al proletariado miembros socialmente desclasados de otras clases y categorías (campesinos, artesanos, pequeñoburgueses): por sentir que su propia existencia está en peligro, por oportunismo o por miedo a los exámenes, como dice irónicamente Engels a propósito de los estudiantes; el hecho de que afluayan es siempre un síntoma de lo que se aproxima.<sup>36</sup>

Pero el desarrollo económico objetivo, tal cual aparece en la forma de organización de la sociedad por acciones y de la propiedad estatal de fuerzas productivas, no sólo empuja la relación capitalista hacia el límite en que se quiebra (por otra parte, sin suprimir el carácter capitalista de los medios de producción), sino que facilita, al menos formalmente, a la revolución proletaria los medios para resolver a su favor el conflicto social fundamental. Según Engels, en el curso del mismo proceso confluyen también en el proletariado las fuerzas trabajadoras técnicamente cualificadas de las capas medias amenazadas y parcialmente arruinadas, aun cuando reconoce con claridad que solamente puede ser conquistada para el socialismo la amplia masa de intelectuales burgueses a condición de crear relaciones de fuerza inequívocamente favorable al socialismo mismo; esa masa tiende, en cambio, a inclinarse más bien por sus enemigos en las luchas de clase.

Para apoderarnos de los medios de producción y usarlos, necesitamos una enorme cantidad de personas con preparación técnica. Actualmente no están a nuestra disposición (...) pero preveo que en los próximos ocho o diez años habremos ganado para nuestra causa el suficiente número de jóvenes técnicamente preparados, médicos, abogados, maestros, como para poder confiar a camaradas de lucha la administración de las fábricas y de los grandes bienes del país. Entonces podremos apoderarnos del poder del modo más natural y simple (relativamente). En cambio, si nos apoderamos del poder prematuramente, con una guerra, los técnicos serán entonces nuestros principales enemigos, que nos engañarán y traiciona-

---

<sup>36</sup> Ibid., p. 212.

rán en cuanto puedan; contra ellos tendremos que usar el terror...<sup>37</sup>

Si se considera la suma de estos síntomas y se explica por las tendencias objetivas de la sociedad burguesa que Engels tiene entre sí, y si luego se prescinde del componente subjetivo de la clase obrera, de las potencialidades revolucionarias que están, efectivamente, presentes en ella, puede entonces comprenderse por qué Engels puede afirmar, en 1891, sobre la base de «un puro cálculo de la probabilidad según leyes matemáticas», que «la posibilidad del fin de la dominación» podrá darse hacia el final del siglo, lo cual no equivale para él a la superación de la sociedad burguesa.

Si esto no sucediere, la vieja sociedad burguesa podría continuar vegetando durante algún tiempo; hasta que acabase con ella algún golpe procedente del exterior. Una caja vieja y podrida puede sobrevivir durante siglos a su muerte interior y sustancial, siempre que el aire permanezca inmóvil<sup>38</sup>

Aquí se dibuja ya, sin duda, un pensamiento que Engels vuelve a expresar al final de la *Introducción*: la idea de que el triunfo de una lucha decisiva entre el proletariado y la burguesía no puede considerarse seguro, como lo era en todas las revoluciones históricas del pasado, cuando la clase dominada estaba en posesión de medios materiales de acumulación. Engels es muy prudente en la valoración de una situación histórica para la que no hay en la historia ejemplos adecuados. No le es ajena la idea de superar el aparato estatal con la ayuda del aparato estatal, de igual modo como la defienden hoy diversos partidos comunistas europeos, en contraste tanto con la concepción socialdemócrata como con la concepción leninista del Estado. Aunque acepta la definición marxiana del Estado como aparato de la opresión de una clase por otra, y aunque sabe que la dictadura del proletariado no puede realizarse sin instrumentos estatales de poder, para él la defensa de la legalidad, y por tanto también los derechos y libertades burgueses violados por la misma clase dominante, no

---

<sup>37</sup> Ibid., p. 189.

<sup>38</sup> Ibid., pp. 188 y ss.

son únicamente un elemento táctico. La eliminación de las instituciones burguesas sólo puede darse a través de ellas; si el proletariado se comporta de una manera abstracta y dualista en sus confrontaciones, no puede poner en marcha sus contradicciones en interés propio ni usar contra ellas su misma fuerza. Si Engels subraya la importancia de las elecciones, no es ni por fetichización del parlamentarismo ni por renuncia de principio a la violencia; Engels ve que la conquista del poder en una sociedad capitalista avanzada necesita mediaciones distintas de las que se requieren en un país en el que puede ser suficiente «encender la mecha en el barril de pólvora» para que triunfe la revolución. En cuanto a los efectos producidos por la vía de la conquista pacífica del poder a través de las instituciones parlamentarias, son de dos tipos: la posibilidad de valorar numéricamente la propia fuerza y (cosa que parece paradójica para cualquier revolucionario) una mayor legitimación de la violencia proletaria a través de la defensa de la legalidad.

La ironía de la historia universal lo pone todo patas arriba. Nosotros, los «revolucionarios», los «elementos subversivos», prosperamos mucho más con los medios legales que con los ilegales y la subversión. Los partidos del orden, como ellos se llaman, se van a pique con la legalidad creada por ellos mismos<sup>39</sup>.

Pero este crecimiento en el marco de la legalidad lleva a un punto de cambio cualitativo, a partir del cual se inicia la revolución verdadera, con la lucha final por el poder. En una carta a Paul Lafargue, del 12 de noviembre de 1892, Engels escribe:

¡Ya puedes ver qué arma habría podido ser en Francia, al menos a partir de los años cuarenta, el sufragio universal, sólo si se hubiera sabido usar! Es un instrumento más incómodo y más lento que proclamar la revolución, pero es diez veces más seguro y, sobre todo, señala con absoluta precisión el día que hay que empuñar las armas para hacer la revolución; quizá haya diez probabilidades contra una a favor de que el sufragio universal (hábilmente aprovechado por los trabajadores) obligue a los

---

<sup>39</sup> ENGELS, Introducción a MARX, «Las luchas de clases en Francia», cit., p. 121.

grupos dominantes a violar las leyes vigentes y por tanto nos sitúe en la posición más favorable para hacer la revolución.<sup>40</sup>

Tras este problema del proceso objetivo de la revolución y del impulso revolucionario, que interesa a fondo al último Engels, se esconde de todos modos el otro problema, que es fundamental: ¿en qué medida las leyes de la producción de mercancías en su pleno desarrollo y la afirmación de la ley del valor modificada por las peculiaridades nacionales no sólo provocan una agudización de las contradicciones sociales y determinan un estado subjetivo permanente de crisis, sino que también liberan las potencialidades subjetivas de la subversión revolucionaria, y la bloquean al mismo tiempo? O sea, ¿en qué medida el desarrollo de la producción capitalista de mercancías, la jurisdicción de la ley del valor sobre todas las esferas de la vida social, no crea solamente condiciones objetivas para metamorfosis revolucionarias?; pues con la ampliación de la producción de mercancías la reificación de las relaciones sociales se apodera progresivamente de la conciencia y del comportamiento del proletariado.

#### EL PAPEL DEL MODO PRECAPITALISTA DE PRODUCCIÓN Y DE APROBACIÓN EN EL PROCESO REVOLUCIONARIO

El movimiento socialista consiste en la superación de ese proceso de expropiación de las fuerzas productivas de hombres (expropiación inseparable de su desarrollo) que se da en la organización capitalista de la sociedad, y en el restablecimiento, a un nivel más alto de civilización, de formas democráticas primitivas y naturales de comunicación humana y de control de las condiciones objetivas de la vida. Un ejemplo son los órganos de autogestión de los consejos. Pero las formas precapitalistas de producción y de propiedad tienen también significado en un sentido más estricto. Marx y Engels, pero especialmente este último, se han ocupado ampliamente de estas formas precapitalistas de producción y de propiedad, no sólo con el fin de descubrir de qué manera había tenido lugar la acumulación primitiva, sino también porque en cierto sentido han atribuido valor positivo a las utopías colectivas, considerando que las formas arcaicas de propiedad común y las formas tradicionales de asociación y corporación podían desempeñar una función positiva en el proceso revo-

---

<sup>40</sup> Engels a Lafargue, 12 de noviembre de 1892, «Mew», vol. 38, pp. 513 y ss.

lucionario. Engels menciona amplios estudios específicos de Marx sobre la multiplicidad de las formas de la propiedad agraria y de la explotación de los campesinos en Rusia, investigaciones originariamente destinadas a la sección de *El Capital*, dedicada a la renta de la tierra, en la cual hubieran tenido que desempeñar la misma función que en el primer libro tiene el trabajo asalariado en Inglaterra<sup>41</sup>.

Las preguntas que Vera Zasulich dirige a Marx y Engels se refieren, sobre todo, a este problema: ¿Son todavía válidas para la sociedad rusa las fases de la disolución de las formas tradicionales de producción y propiedad, analizadas por Marx para el capitalismo de Europa occidental, o más bien es posible saltarse la fase de la destrucción de las instituciones comunitarias rusas por la producción capitalista, y transformar directamente la propiedad colectiva precapitalista en una propiedad colectiva socialista?

Marx y Engels excluyen dos líneas de desarrollo utilizadas por diversos partidos políticos para justificar su teoría de la sociedad: por un lado, excluyen la concepción liberal según la cual la producción capitalista de mercancías debe desarrollarse completamente en el país, para que de ese modo pueda nacer una sociedad burguesa integradora de todas las relaciones sociales; a esta tesis corresponde, por parte de los socialistas, la convicción de que para la revolución socialista es, ante todo, necesaria la formación de un fuerte proletariado industrial, por lo que en un primer período sólo es posible una revolución burguesa. Por otro lado, Marx y Engels excluyen la tendencia antioccidental de aquellos intelectuales que ven en Rusia al pueblo elegido, capaz de evitar la fase de transición al capitalismo con todas sus consecuencias, y de transformar directamente la comunidad rural rusa en el modo de producción socialista.

Marx escribe tres borradores para una carta de respuesta a Vera Zasulich; finalmente, el 8 de marzo de 1881 le comunica brevemente que su análisis de *El Capital* no contiene pruebas ni a favor ni en contra de la

---

<sup>41</sup> ENGELS, Prólogo a «*El Capital*», cit., libro tercero, p. 9. Recientemente se ha publicado un libro que recoge escritos de Marx hasta ahora desconocidos, en torno a formas de producción precapitalista: H. P. HARSTICK (editor), Karl Marx. *Über Formen vorkapitalistischer Produktion*, Frankfurt del Main-Nueva York, 1977. Se incluyen igualmente las amplias investigaciones de Marx sobre problemas etnológicos.

vitalidad de la comunidad rural, pero que está convencido de que esta comunidad rural podrá convertirse en el germen del renacimiento social de Rusia.<sup>42</sup> De todos modos, los argumentos no incluidos en el texto definitivo de la carta tratan del problema central del significado de la no contemporaneidad o, como dice Marx, de la contemporaneidad de los diversos estadios de producción en un mismo marco histórico, a efectos del desarrollo revolucionario. De igual modo que Rusia no se ha visto obligada a recorrer el largo y complicado «período de incubación de la industria» occidental para poder utilizar máquinas, piróscafos o ferrocarriles, así también la contemporaneidad de los modos colectivos de producción con la producción capitalista le permite apropiarse de conquistas positivas: «Rusia es el único país en el que la propiedad comunal se ha mantenido a gran escala, a escala nacional, pero al mismo tiempo Rusia vive en un ambiente histórico moderno, es contemporánea de una cultura superior, se encuentra vinculada a un mercado mundial en el que predomina la producción capitalista»<sup>43</sup>.

Pero la comunidad rural rusa no se distingue de las otras comunidades primitivas y de sus formas nuevas, parcialmente supervivientes a los tiempos de Marx, solamente por ese marco histórico propio. También se caracteriza por una copresencia, por una dualidad intrínseca e inmanente de elementos individuales y colectivos que contiene en sí misma el germen de su propia disgregación y, al mismo tiempo, de posibilidades modernas de desarrollo. Ciertamente que se requiere un cambio revolucionario para que esa comunidad pueda convertirse en la base directa del sistema económico al que tiende la sociedad moderna<sup>44</sup>. Engels insiste, todavía en 1895, en la imposibilidad de un desarrollo autónomo: «La verdad es que nunca y en ningún lugar el comunismo agrario heredado de la sociedad de las gentes ha producido por sí mismo otra cosa que su disgregación»<sup>45</sup>. A este respecto se plantea toda una serie de problemas que aparecen cla-

---

<sup>42</sup> MARX a Vera Zasulich, 8 de marzo de 1881, en K. MARX, F. ENGELS y V. I. LENIN, «Sulle società precapitalistiche», Milán, 1970, p. 287 (trad. cast. del primer borrador de la carta en MARX, ENGELS, «Obras escogidas», cit., vol. 3, pp. 161 y ss.

<sup>43</sup> Ibid., segundo borrador, p. 270.

<sup>44</sup> Ibid., tercer borrador, p. 276.

<sup>45</sup> ENGELS, «Bilancio finale», cit., p. 277.

ros y explícitos si se considera el ejemplo de la situación rusa, y que en el fondo conciernen, en su conjunto, a la teoría de la revolución del último Engels. Aunque afirma repetidas veces que dondequiera que pueda estallar la revolución su plena realización es imposible si no se producen cambios revolucionarios en las relaciones económico-sociales en los países capitalistas más avanzados, no obstante, en el prólogo a la cuarta edición alemana del *Manifiesto* (1890), Engels enuncia exactamente la misma convicción que, con Marx, ya había formulado en 1882: Rusia representa la vanguardia del movimiento revolucionario europeo, y la Revolución rusa podrá ser la señal del comienzo de una revolución proletaria en occidente<sup>46</sup>. En 1885 Engels describe la situación rusa en esos términos: basta una pequeña «chispa» para que se venga abajo todo el sistema; hasta podría justificarse el blanquismo en Rusia, donde bastaría encender la pólvora para que la energía nacional pasara del estado potencial al cinético. «Es éste uno de los casos excepcionales en que un puñado de individuos puede hacer la revolución, o sea empujar hacia el abismo, con un pequeño manotazo, a todo un país»<sup>47</sup>. Engels motiva precisamente esta fuerza explosiva, ese potencial revolucionario, con el argumento de la coexistencia de fases de producción no contemporáneas, completamente distintas.

Cuando la situación es tan tensa, cuando los factores revolucionarios se han acumulado hasta ese punto, cuando las condiciones económicas de las gigantescas masas populares se hacen día a día más precarias, cuando coexisten todas las fases de la evolución social (de la comuna primitiva a la gran industria y a la alta finanza) y cuando estos contrastes son ahogados por un despotismo sin límites, un despotismo intolerable para los jóvenes que representan la inteligencia y la dignidad de la nación, entonces, si empieza el 1789, el 1793 no puede tardar en llegar<sup>48</sup>.

No puede tratarse de una revolución estrictamente burguesa, pues destruiría justamente esos elementos comunitarios naturales del desarrollo ruso que deben transformarse en una propiedad socialista. Es significativo el hecho de que para Engels la sociedad rusa se mantuviera

---

<sup>46</sup> ID., *Prólogo* a la 4. ed. alemana del «Manifiesto del partido comunista», en «OME», vol. 9, pp. 369 ss.

<sup>47</sup> Engels a Vera Zasulich, 23 de abril de 1885, en «India, Cina, Russia», cit., p. 251.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 252.

cohesionada entonces por un factor exactamente opuesto al desarrollo occidental: mientras en Occidente la cohesión social interna es asegurada por la ley del valor y no por el despotismo estatal, este último aspecto es en cambio característico de todas esas formas de producción que Marx designa con el concepto de modo asiático de producción.<sup>49</sup> En 1894, cuando escribe el post-scriptum a *Las condiciones sociales en Rusia*, Engels se expresa en términos sustancialmente más escépticos a propósito de las posibilidades de transformación de la comunidad rusa en sentido socialista. En este texto Engels explica claramente que,

en cambio, no sólo es posible sino seguro que, tras la victoria del proletariado y el paso a la propiedad común de los medios de producción en los pueblos de Europa occidental, los países en los que el régimen capitalista apenas ha empezado a instaurarse, y que han salvado, ante la ofensiva de éste, las instituciones de las *gentes* y sus supervivencias, encontrarán en estos vestigios de posesión colectiva y en las costumbres populares correspondientes un medio poderoso para acortar en gran medida el proceso de evolución hacia la sociedad socialista, y ahorrarse la mayor parte de los sufrimientos y de las luchas a través de las cuales los que vivimos en el Occidente europeo tenemos que abrirnos camino con dificultad. Pero, para ello, es condición imprescindible el ejemplo y la ayuda efectiva del Occidente hasta ahora capitalista.<sup>50</sup>

Según Engels, el proceso de transformación del país en una sociedad capitalista industrial y la proletarización de gran parte de los campesinos,

---

<sup>49</sup> Un examen detallado del modo de producción asiático se saldría del ámbito de este trabajo; es evidente que ni ésta ni otras posibles formas de comunidad primitiva pueden, por sí solas, llevar a una revolución socialista. El problema sólo consiste en determinar en qué medida el choque entre formas de producción distintas, también a escala mundial, es condición para el triunfo de los procesos revolucionarios.

<sup>50</sup> ENGELS, «Bilancio finale», cit., p. 278.

acompañada de la decadencia de las viejas comunidades comunistas, tendrá lugar a un ritmo cada vez más rápido.<sup>51</sup>

Sin embargo, Engels no dice cómo es posible que los pueblos de Europa occidental intenten romper sus cadenas, sustituyendo la producción y la propiedad capitalista por una forma nueva y superior del tipo arcaico de propiedad, o sea con la propiedad comunista<sup>52</sup>, sin que puedan reivindicar, en el recuerdo, utopías colectivas, y ni siquiera, en la realidad, elementos que llevan a instituciones comunitarias; paradójicamente, subraya que la propiedad comunista representa la forma superior y más evolucionada que asumirán los elementos originariamente democráticos que caracterizaron formas de posesión colectivas más antiguas. El hecho de que en los últimos años Engels se ocupara intensamente de estas formas colectivas de propiedad (cooperativas, *mir*, etc.) y examinara diversas instituciones comunitarias nos autoriza a pensar que atribuyó a estas formas una importancia central incluso para la sociedad comunista.

Si la no contemporaneidad de las formas de producción y de propiedad determina la formación de potenciales explosivos (en el sentido de que las relaciones tradicionales de las clases oprimidas con las bases de su propia vida, con la naturaleza, con las tradiciones históricas y con fantasías colectivas expresadas en fábulas y cuentos chocan con tendencias destructivas de la producción capitalista, naciendo así experiencias y en parte la conciencia de la propia situación de explotación), resulta evidente que este proceso se ha desarrollado en gran parte, en los países indus-

---

<sup>51</sup> Ibid., p. 285. «Yo no me atrevo a contestar a la pregunta de si en estas comunidades se puede salvar lo necesario para que, como Marx y yo esperábamos en 1882, se conviertan (paralelamente a un cambio revolucionario en Europa occidental) en el punto de partida de un desarrollo en sentido comunista. Sin embargo, una cosa es cierta: para que sobreviva al menos un resto de las comunas agrícolas, es necesario derrocar el despotismo zarista, es necesaria la revolución en Rusia. Esta no sólo sacará a la gran masa de la nación los campesinos, del aislamiento de sus pueblos, formado por sus *mir* y su universo particular, y los situará ante el gran escenario del mundo en el que aprenderán a conocer el mundo exterior y a sí mismos, su situación y los medios para liberarse de las miserias presentes, sino que dará al movimiento occidental un nuevo impulso y nuevas y mejores condiciones de lucha y, por eso mismo, acelerará la victoria del proletariado industrial moderno sin la cual la Rusia actual no puede salir ni de las comunas ni del capitalismo para dirigirse hacia una transformación socialista».

<sup>52</sup> Marx a Vera Zasulich, segundo borrador, cit., p. 269.

trializados, en la fase de la «acumulación primitiva». Tal proceso ha provocado rebeliones de campesinos y rebeliones de artesanos, las cuales han desembocado finalmente en las revoluciones burguesas, durante las que siempre es posible detectar la presencia de movimientos plebeyos-igualitarios. Con la consolidación del capitalismo, este potencial concreto de experiencias ha sido destruido en su mayor parte, con la expropiación de las comunidades rurales, las instituciones comunitarias y las relaciones mitológicas con el espacio y el tiempo. La plena independencia de la producción capitalista de mercancías no ha eliminado ciertamente la expropiación del propio cuerpo y de la propia conciencia; pero la universalización de la producción de mercancías ha destruido al mismo tiempo la capacidad de recordar lo que se había perdido.

No ha de sorprender, pues, que en los inicios del movimiento obrero europeo las utopías hayan asumido el carácter de recuerdo de comunidades colectivas del pasado, inspirándose más bien en el modelo de la forma artesanal de producción que en el de la producción industrial. Se retrocede a las primeras comunidades espontáneamente democráticas y los artesanos influyen de modo determinante en estas primeras imágenes positivas del socialismo, imágenes que por lo demás nunca han llegado a desaparecer del todo del movimiento obrero.

Desde este punto de vista el capitalismo del presente ha alcanzado un nuevo estadio. Produce nuevas formas de una no contemporaneidad que se superpone a la clase obrera tradicional, que en cambio está en una relación de contemporaneidad con la producción capitalista. Desde hace tiempo, la experiencia de la expropiación de la vida y de la conciencia no se da exclusivamente en el proletariado tradicional; es sobre todo intensa en aquellos grupos y capas en que la vida está más determinada por la tradición y que sólo ahora se sienten golpeados por la acumulación capitalista (en todos los aspectos de su existencia, en la base natural de su vida, en sus viviendas, en sus formas de comunicación). Los movimientos políticamente explosivos de los últimos decenios son, pues, de modo regular, la expresión de estas nuevas formas de no contemporaneidad, ligadas a elementos tradicionales; dichos movimientos han condicionado también en gran medida el movimiento obrero tradicional: Lip, Larsac, las luchas de clases de la Italia septentrional, las iniciativas ciudadanas contra las centrales nucleares o contra la destrucción de barrios antiguos en

los centros históricos o los movimientos de protesta de jóvenes y estudiantes.

Es evidente que la ausencia de una forma de no contemporaneidad relevante para la teoría de la revolución es lo que precisamente induce a Engels a desplazar el problema del impulso revolucionario a los países industrialmente subdesarrollados, o sea a ver en ellos una función de vanguardia en relación con los países capitalistas avanzados. El problema planteado por Engels (¿cuál es la relación que existe entre el impulso y la realización del movimiento revolucionario?) debe plantearse, pues, de forma nueva en la presente situación europea. Lo cual no significa ir en busca de nuevos sujetos del desarrollo revolucionario, sino, más bien, una ampliación y una especificación del concepto de revolución proletaria.

#### *4. Orígenes políticos de la dialéctica de la naturaleza*

Lo que le ocurre a la naturaleza cuando se convierte cada vez más en objeto de explotación y cuando los métodos cuantificadores de su dominación acaban determinando por completo la relación de los hombres con la naturaleza misma (relación eventualmente compensada por formas más o menos marginadas de arte, como el paisaje en la pintura, el sentido romántico de la naturaleza en la poesía, etc.) es un problema abordado por Marx en sus escritos juveniles. La historia del género humano es al mismo tiempo el producto del trabajo y de esa pérdida de sí que sufren los hombres en el elemento de una «segunda naturaleza» que los domina y sobrepasa, en su relación mimética con la primera naturaleza. Así debe entenderse la instancia de una humanización o, más exactamente, de una «rehumanización» de la naturaleza, que en realidad no significa una mitologización antiiluminista, sino que, por el contrario, restablece, a un nivel evolucionado del conocimiento de la naturaleza, el equilibrio natural destruido por el capitalismo. Esta recualificación es posible gracias a un conocimiento positivo de la naturaleza, la ciencia y la industria; por consiguiente, se extiende también a ese proceso de escisión de que han sido víctimas los mismos individuos en su estructura interna, en la forma de una espiritualización excesiva y artificial. La rehumanización de la naturaleza está, pues, ligada a la naturalización del hombre, con la conciencia histórica de su naturaleza corpórea.

En la fase en que se sitúan la redacción de *El Capital* y la incubación del movimiento obrero, Marx y Engels no desarrollan estos dos problemas de manera explícita, si bien no los pierden enteramente de vista, como demuestran numerosos cuadernos de apuntes y estudios dedicados a otros temas. Evidentemente, ambos problemas no revestían para ellos un carácter tan urgente como para inducirlos a desarrollarlos también «formalmente», es decir, de forma específica y diferenciada. Si ello no ha sido así no es sólo por falta de tiempo, sino también por motivos de orden sistemático. Por lo que respecta a la naturaleza externa, no se había llegado aún a un estadio en el que la destrucción de la base natural se convirtiera en un problema visible de autoconservación de la vida de los hombres. El proceso capitalista de acumulación, sin duda entendido, en línea de principio, como un proceso que desnaturalizaría toda la naturaleza, reduciéndola a la función de materia prima de la producción, no había tocado aún más que una parte muy pequeña de la naturaleza externa, al menos en el campo. La urbanización del país apenas estaba en sus comienzos.

En lo que concierne a la naturaleza interna, el proceso de constitución de la fuerza de trabajo ya se había realizado, en la forma de una separación del trabajo de las condiciones objetivas de su realización; pero lo que de ello resultó fue *unskilled labour*, o eventualmente *skilled labour*. Producida y reproducida de generación en generación en las familias proletarias, la fuerza de trabajo era proporcionada prácticamente gratis al capital. Quedaba literalmente reducida al consumo de cerebro, músculos y nervios. La participación pública o social en la provisión de nueva fuerza de trabajo era muy exigua. Lo que Marx llamó «el elemento moral e histórico» de la fuerza de trabajo solamente era tomado en consideración, en la práctica, en función de la determinación del valor. Así, el análisis formal de la fuerza de trabajo quedaba por fuerza excluido del horizonte de la crítica de la economía política del capital. En los tiempos de Marx faltaba el objeto específico para un análisis del género, análisis que hoy es el tema central de la teoría de la revolución. Para Marx y para Engels quedó a nivel de mero programa.

Cuando en sus últimos años Engels se ocupó más a fondo de los problemas de la dialéctica de la naturaleza y de la función de las ciencias naturales, hubo de enfrentarse con un doble problema político. Se había

producido un desarrollo imprevisto de las ciencias naturales que equivalen en gran parte a lo que en general se entiende por ciencia. La esfera de validez de la teoría de la sociedad amenazaba con reducirse cada vez más, al servirse de métodos dialécticos y no dualistas. El peligro que por este lado amenaza al «socialismo científico» aparece con más fuerza ante la creciente importancia de las ciencias naturales para la producción industrial y, por tanto, para el crecimiento de las fuerzas productivas tecnológicas. El segundo problema político que se le plantea a Engels es el de la influencia ejercida sobre la clase obrera por las concepciones propuestas por las ciencias y por la filosofía de la naturaleza. En su consciencia cotidiana, muchos trabajadores piensan en las formas complementarias de una moral idealista y de una concepción naturalista de la historia. Lo difícil que debió resultarle a Engels vencer la mentalidad dualista dominante, mediante la adopción de leyes dialécticas objetivas operantes en la naturaleza y en la sociedad lo demuestra, poco después de su muerte, la escisión de la teoría oficial de la socialdemocracia en el idealismo kantiano de Bernstein y en el naturalismo darwiniano de Kautsky, los dos productos abstractos y complementarios de la disolución de la dialéctica revolucionaria.

En los signos que turban a la burguesía y a los profetas de su progreso Marx ve la obra de Robin Goodfellow, el legendario personaje que según una creencia popular inglesa cumple el papel de patrono y amigo de los hombres, «el viejo topo que sabe excavar sin prisa, el excelente minero, la revolución». Pues «en nuestros días parece que cada cosa lleve consigo su contrario. Vemos como el conjunto de máquinas que posee la maravillosa fuerza de reducir el trabajo humano y hacerlo más fructífero, en realidad entristece a los hombres y los consume, los cansa, los destruye. Por un extraño hechizo las nuevas fuentes de riqueza se transforman en causas de miseria. Las victorias de la ciencia parecen conquistadas al precio de una pérdida de carácter. En la medida en que la humanidad domina la naturaleza, parece que el hombre esté sojuzgado por otros hombres o por su propia maldad. Parece incluso que la luz pura de la ciencia pueda brillar únicamente sobre el fondo oscuro de la ignorancia. Todos nuestros inventos y todo el progreso parecen tender al objetivo de poner la vida

espiritual al servicio de las fuerzas materiales, y de reducir la vida humana a una fuerza material».<sup>53</sup>

Marx no habla aquí de la relación externa entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales, sino de su dialéctica inmanente, la dialéctica del dominio de la naturaleza, hasta que la naturaleza externa y la naturaleza interna del hombre son pura materia de explotación.

Engels vuelve sobre estos problemas y los desarrolla más tarde. Los problemas planteados por la dialéctica de la naturaleza de Engels han adquirido hoy una nueva actualidad política, relacionada con las crecientes amenazas al equilibrio ecológico de las sociedades capitalistas (y muy diferente de la del período estaliniano, cuando su respuesta representaba la línea gnoseológica de ligazón entre una visión del mundo rígidamente naturalista y determinados intereses del aparato del partido); dichos problemas no se han abordado todavía en todo su alcance, ni han sido discutidos de manera exhaustiva.<sup>54</sup> A este respecto me parece ante todo necesario, no digo abandonar del todo, pero criticar, por demasiado limitada, la tesis formulada por vez primera por el joven Lukács, para el cual la validez de la dialéctica está ligada a categorías históricas (sujeto-objeto, teoría-praxis). En ningún caso es lícito atribuir al último Engels la responsabilidad de una corrupción ontológica de la dialéctica, como ha hecho todo el «marxismo occidental» siguiendo los pasos de Lukács. Lo que Marx dice al considerar la industrialización del campo en Estados Unidos vale igualmente hoy, y aún más en el caso de los centros industriales de producción. «La producción capitalista no desarrolla la técnica y la combinación del proceso social de producción más que minando al mismo tiempo las fuentes de las que mana toda riqueza: la tierra y el trabajador».<sup>55</sup>

---

<sup>53</sup> MARX, «Rede auf der Jahresfeier», cit.t pp. 3 y ss.

<sup>54</sup> Para desarrollar más esta discusión, habría que considerar las importantes aportaciones de Peter Ruben (*Aktuelle theoretische Probleme der Materialistischen Naturdialektik*, en «Deutsche Zeitschrift für Philosophie», XXI, agosto de 1973) V, en el polo opuesto de la argumentación, cuanto dice Wolfgang Harich sobre la crisis ecológica y sobre la idea de un «comunismo sin crecimiento, homeostático». Me reservo hablar de ambas aportaciones en otro lugar. Por lo demás, esta idea de una «sociedad ecológica» está siendo también discutida en los últimos tiempos por exponentes de la izquierda norteamericana.

<sup>55</sup> MARX, *El Capital*, libro primero, «OME», vol. 41, p. 142.

En un sentido estricto y completo, Ernst Bloch ha sido, de todos los filósofos marxistas, el único en abordar seriamente el problema de un concepto cualitativo de la naturaleza, la idea de una «coproductividad» de la naturaleza, y por tanto el problema de la necesidad de una humanización contemporánea de la naturaleza y de una naturalización del hombre en los procesos de revolución social. Por mi parte, me propongo examinar aquí los problemas planteados por Engels sólo en la medida en que conciernen significativamente al planteamiento de su teoría de la revolución, al movimiento práctico de emancipación del proletariado, dejando a un lado (aquí y ahora) toda una serie de temas igualmente importantes de la dialéctica de la naturaleza.

Después de que Marx y Engels dedicaran casi toda su vida y su actividad científica a demostrar que las «leyes del movimiento» de la producción capitalista y de la historia pasada y presente son estructuralmente leyes dialécticas, no deja de sorprender la constatación del último Engels, según el cual el primero y principal banco de pruebas de la dialéctica no es la historia, sino la naturaleza. ¿A qué se debe este cambio? ¿O es que Engels se limita a realizar un programa de investigaciones sugerido bien por la teoría marxiana, bien por los conocimientos adquiridos mientras tanto en el campo de las ciencias naturales, un programa al que bastaba liberar de los cuerpos extraños materialistas-vulgares e idealistas, para llegar a descubrir la «naturaleza sin adiciones», o sea en sus formas de movimiento en última instancia dialécticas? La gran filosofía idealista, sobre todo la obra de Hegel, había desaparecido completamente, en la segunda mitad del siglo, de la vida intelectual de Alemania, mientras en cambio tenía éxito y difusión el «materialismo de los predicadores ambulantes», como Büchner o Moleschott. Esta es la razón por la que Engels no podía limitarse a abordar la naturaleza tal cual existe, «sin adiciones», sino que había que liberar las ciencias naturales de elementos extraños y de deformaciones debidos al materialismo vulgar y a la filosofía de la naturaleza. El trabajo de investigación de Engels tiene desde el comienzo un sentido político-estratégico, y cada argumento va dirigido a destinatarios específicos, ya que las ideas del materialismo vulgar penetraban en las escuelas del partido de la socialdemocracia (en las que al mismo tiempo se enseñaban los elementos del saber y una determinada visión del mundo) y se enquistaban en el cerebro de los trabajadores. Cualquier

enseñanza que se basase en el interés objetivo de los trabajadores y en teorías históricas encontraba siempre notables resistencias, pues aunque la dialéctica se aplicaba a procesos históricos y a tendencias económicas, el resto del mundo estaba ocupado por los escombros del idealismo y por un materialismo adialéctico de tiempo mecanicista. De ahí que el concepto central de los fragmentos engelsianos sobre la dialéctica de la naturaleza sea el de la conexión. Precisamente porque la ciencia, el conocimiento exacto del mundo, era identificada por los trabajadores con la ciencia de la naturaleza, se hacía necesario circunscribir los sectores en que dominaban ideas mecanicistas, a fin de poder quitarle terreno al idealismo o al materialismo no dialéctico.

Esta influencia no era casual. Aunque tras la revolución de 1848 se produjo en la Alemania «culta» una completa involución respecto de la «absoluta falta de prejuicios teórica» de la filosofía clásica, esta provincialización de la vida intelectual, de la filosofía y de las ciencias no se dio en igual medida en el campo de las ciencias naturales. Por tanto, si bien Engels veía que el «sentido alemán de la teoría» solamente sobrevivía intacto en la clase proletaria heredera de la filosofía clásica alemana, resultaba evidente que la filosofía de los proletarios cultos no se basaba en el recuerdo, sino en la relación impuesta por los hechos contemporáneos: en la relación con las ciencias naturales. Engels hubo de insistir continuamente en las tradiciones perdidas de la filosofía dialéctica clásica, con el fin de que esa tercera fuente de la teoría marxiana no cayese en el olvido hasta en el país en el que había nacido. «El socialismo científico es un producto esencialmente alemán y solamente podía nacer en aquella nación en que la filosofía clásica había sabido mantener viva la tradición de la dialéctica consciente: Alemania.» Y en el prólogo a la tercera edición de *El desarrollo del socialismo de la utopía a la ciencia*, Engels añade, en una nota a pie de página: «La dialéctica alemana era tan indispensable para la génesis del socialismo científico como eran indispensables las evolucionadas condiciones económicas y políticas de Inglaterra y Francia.» Por otra parte, observa: «La concepción materialista de la historia y su específica aplicación a la moderna lucha de clases entre proletariado y burguesía sólo eran posibles mediante la dialéctica. Y si los maestros de escuela de la burguesía alemana han metido en el pantano de un aburrido eclecticismo la memoria de los grandes filósofos alemanes y de la dialéctica

formulada por ellos, hasta el punto de que nos hemos visto obligados a invocar las ciencias naturales modernas como testimonio de que la dialéctica existe en la realidad, nosotros socialistas alemanes, estamos orgullosos de no ser descendientes únicamente de Saint-Simon, de Fourier y de Owen, sino también de Kant, de Fichte y de Hegel».<sup>56</sup>

Lenin ha hablado de los tres elementos constitutivos, de las tres fuentes del marxismo: tal vez sea oportuno añadir una cuarta, el inusitado desarrollo de las ciencias de la naturaleza. A partir de los años treinta del siglo XIX, cuando, con la disolución del sistema hegeliano y de las grandes teorías burguesas, aparecen simultáneamente formas diversas de materialismo vulgar, tiene lugar un importante desarrollo de las ciencias de la naturaleza. Marx y Engels han seguido sistemáticamente este desarrollo durante toda su vida. Como muestran con particular evidencia los escritos recién descubiertos, Marx ha estudiado intensamente las matemáticas, dejando numerosos cuadernos de notas, y ha intentado dar una explicación dialéctica del cálculo integral. Posteriormente, en los años 1870, Engels ha comenzado a examinar, con ambiciosos estudios, los resultados de las ciencias naturales de su tiempo, en la perspectiva de una concepción dialéctica de la naturaleza. Fueron precisamente la creciente influencia de la mentalidad naturalista en las ciencias de la sociedad y la incipiente afirmación de concepciones del mundo naturalista las que indujeron a Engels a no abandonar esta gran área del saber a los adversarios del materialismo histórico, y asimismo a no permitir que se devaluara el concepto de materialismo por el hecho de quedar limitado a las concepciones de la naturaleza basadas en el materialismo vulgar. En efecto, la contradicción presente ya en la teoría de Feuerbach (materialista en el campo de la naturaleza e idealista en el de la historia<sup>57</sup>) no sólo era aceptada por la mayor parte de los naturalistas burgueses, sino que determinaba en gran medida la conciencia cotidiana de los trabajadores.

Son sobre todo los tres grandes descubrimientos del siglo XIX los que proporcionan a Engels la certidumbre de que la naturaleza no tiene ya necesidad de la especulación filosófica para crear una conexión entre los

---

<sup>56</sup> ENGELS, «L'evoluzione del socialismo dall'utopia alia scienza», Roma, 1970, p. 31.

<sup>57</sup> El mismo Feuerbach se expresa así: «Hacia atrás coincido plenamente con los materialistas, pero no hacia delante».

distintos fenómenos: el primero de estos descubrimientos es el principio de la equivalencia mecánica del calor, formulado por Robert Meyer, Joule y C. Colbing; el segundo es el descubrimiento de la célula orgánica por Schwann y Schleiden (la célula es la unidad de cuya multiplicación y diferenciación nacen y se forman todos los organismos, a excepción de los ínfimos); el tercer gran descubrimiento es la teoría de la evolución, que Darwin expone sistemáticamente e ilustra por vez primera. «Se ha demostrado en líneas generales la serie evolutiva de los organismos, desde los más simples, pasando por otros cada vez más múltiples y complicados, como los que hoy vemos ante nosotros, hasta llegar al hombre; con ello, no sólo se hace posible explicar los productos orgánicos de la naturaleza con que nos encontramos, sino que se sienta también la base para la prehistoria del espíritu humano, para poder seguir sus diferentes etapas de desarrollo».<sup>58</sup>

Engels está convencido de que estos tres grandes descubrimientos han explicado los principales procesos de la naturaleza y han clarificado sus causas naturales, con una excepción: la explicación del origen de la vida de la naturaleza inorgánica. El concepto fundamental de la concepción materialista de la naturaleza defendida por Engels es el de la conexión: «Hoy toda la naturaleza se extiende ante nosotros, por lo menos en sus lincaamientos fundamentales, como un sistema aclarado y comprendido de procesos y concatenaciones. Ciertamente es que concebir materialista la naturaleza no es sino concebirla pura y simplemente tal y como se nos presenta, sin aditamentos extraños, y esto hizo que en los filósofos griegos se comprendiera, originariamente, por sí misma».<sup>59</sup>

La contradicción entre una concepción dialéctica de la historia y una concepción dualista de la naturaleza, junto a la escisión entre el pensamiento naturalista y el pensamiento materialista histórico, se había convertido, tras la muerte de Marx, en un problema político de primer orden, al menos en la socialdemocracia alemana. Engels iba a encontrarle una solución.

Si se pudiera demostrar que la dialéctica de la historia es solamente una aplicación o una forma particular de la dialéctica de la naturaleza, en

---

<sup>58</sup> ENGELS, «Dialéctica de la naturaleza». Notas y fragmentos. Eliminado del «Feuerbach», en «OME», vol. 36, p. 195.

<sup>59</sup> Ibid., p. 196.

el campo de la investigación natural, tan importante también para el desarrollo de las fuerzas productivas, entonces se tendría que dejar de considerar la dialéctica como una simple invención de los teóricos de la lucha de clases, limitándola a un reducido sector de la realidad. No podemos, sin embargo, afirmar que Engels fuera verdaderamente consciente de esta situación política concreta en que estaba situada la génesis de su dialéctica de la naturaleza.

Cierto que este origen político de la dialéctica de la naturaleza no es lo que pone en tela de juicio su validez. Sin duda, la recualificación del concepto de naturaleza es también un producto del conocimiento sistemático del hecho de que si la naturaleza se ve exclusivamente desde el punto de vista de la ciencia cuantificadora, entonces se convierte en una simple correlación de las prácticas capitalistas de explotación. Es evidente que este concepto cualitativo de la naturaleza ha asumido un carácter de inmediata actualidad, pues hoy el equilibrio ecológico se ve continuamente amenazado, así como puesta literalmente en peligro la misma conservación sustancial de la naturaleza como base de la vida humana, y hasta del mismo hombre.

A la cuestión de si la naturaleza está estructurada según leyes dialécticas o no dialécticas, no se puede responder según los criterios de un saber de tipo científico-cuantitativo, ya que todos los conocimientos controlables que poseemos acerca de la naturaleza los debemos a las ciencias de la naturaleza; las leyes fundamentales consideradas dialécticas, como la transformación de la cantidad en calidad o la inagotabilidad del universo, tienen un estatuto gnoseológico propio, o por lo menos distinto de los de los principios de la termodinámica o de las leyes de Mendel, por poner un ejemplo. Identificar el problema de si los procesos naturales tienen o no lugar dialécticamente con la otra cuestión, la de si existe una realidad objetiva independiente de la conciencia, es falsear el problema. La tesis de Kant (la universal necesidad de Dios no es una prueba de su existencia) vale también para la dialéctica de la naturaleza. De todos modos, el hecho de que Engels quiera a toda costa sustraer las ciencias de la naturaleza del pensamiento burgués, a fin de superar la división del mundo entre naturaleza e historia, así como el dualismo de la ciencia, indica que en la validez de la dialéctica de la naturaleza interviene también, constitutiva-

mente, la consciencia histórica, precisamente porque elimina toda accidentalidad histórica y cualquier construcción teórica historicista.

Para Engels, el eslabón fundamental de conjunción metodológico entre la naturaleza y la historia es la dialéctica; el eslabón de conjunción real, la producción. El interés del proletariado por su emancipación implica la superación de la mentalidad dualista de los trabajadores, que es siempre una brecha a través de la cual pueden penetrar las ideologías del orden dominante. Por tanto, la dialéctica de la naturaleza cumple dos fines: la demostración de que no sólo los resultados de las ciencias naturales pueden ser interpretados dialécticamente (lo que haría de la dialéctica un método subjetivo), sino también que la dialéctica de la naturaleza libera los procesos naturales de elementos extraños y arbitrarios. En segundo lugar, la dialéctica objetiva de la naturaleza implica una confirmación y una ampliación de la validez de la dialéctica histórica. Sólo esta relación justifica un concepto unitario de la ciencia. Si se parte de semejante interpretación de la dialéctica de la naturaleza, entonces es perfectamente compatible con las tesis del joven Marx, según el cual sólo existe una ciencia, la ciencia de la historia.

El hecho de que el estalinismo asuma precisamente la posición engelsiana (según el cual el banco de pruebas de la dialéctica no es ya la historia, sino la naturaleza), y de que considere las leyes del materialismo histórico como simples aplicaciones de las leyes dialécticas de la naturaleza, indica un acuerdo formal con Engels, aunque en sustancia es exactamente lo contrario. *La dialéctica de la naturaleza* de Engels es un elemento de su teoría de la revolución, con el que quiere contribuir a que los proletarios se liberen de su inconsciente dependencia de ideas naturalistas y metafísicas, y comiencen a pensar dialécticamente; Engels intenta superar lo accidental y fragmentario de la conciencia. En cambio, en el estalinismo este elemento emancipador se pervierte en un objetivismo que demuestra precisamente la impotencia de los sujetos. Por consiguiente, no es posible abordar toda la problemática de la dialéctica de la naturaleza de Engels independientemente de una teoría del desarrollo revolucionario, o sea de manera abstracta. La polémica, que ya dura casi un siglo, sobre la cuestión de si existe o no una dialéctica de la naturaleza, satisface necesidades exclusivamente escolásticas. En este sentido es igualmente plausible decir que todo lo que sabemos de la naturaleza ha

estado anteriormente mediatizado por el trabajo social y la reflexión, por lo que no representa un dato original y absoluto; igualmente resulta legítimo sostener que sin la hipótesis de las leyes dinámicas y dialécticas inmanentes, independientes de la conciencia, es completamente imposible un conocimiento de la naturaleza.

En cambio, los problemas engelsianos han conservado una importancia fundamental en la medida en que conciernen a la función constitutiva de la ciencia natural por los hombres, a un concepto cualitativo de las relaciones de los hombres con la naturaleza que implica la idea del equilibrio ecológico, etc. La formulación gnoseológica de la dialéctica de la naturaleza de Engels ha contribuido precisamente a que se pierda completamente de vista su contenido político, razón por la que éste no puede hoy desempeñar ningún papel en los actuales debates ecológicos.

#### EL REFLEJO COMO ORIENTACIÓN METODOLÓGICA PARA PENSAR EN TÉRMINOS DE CONJUNTOS REALES DE VIDA

Lo que la dialéctica de la naturaleza significa, en la práctica y en la teoría, para la necesaria conexión entre naturaleza e historia, corresponde exactamente a la función que la tesis del reflejo desempeña para la teoría del conocimiento, por la específica relación entre el ser y la conciencia. Si los teóricos del reflejo se limitaran a sostener que ni siquiera el conocimiento más profundo, la total penetración conceptual de la realidad, puede nunca llevar al punto en que esa realidad material se resuelve en el pensamiento, su argumentación sería plenamente válida. En tal sentido Engels sitúa en el conocimiento un obstáculo insalvable cuando afirma que el conocimiento consiste siempre en el reflejo de situaciones reales por la cabeza y en la cabeza; la conciencia no puede representar nada más que una realidad consciente, o sea una realidad material que se ha desplazado y transformado en la cabeza del hombre. La metáfora del reflejo, de la reproducción o incluso de la cámara oscura (Marx), todas estas imágenes indican la misma conexión fundamental: todo conocimiento tiene su sujeto material (si no es autorreflexión) fuera de la cabeza, y la reconstrucción de las relaciones materiales que tiene lugar en la cabeza no es idéntica al movimiento real de estas relaciones materiales.

En otras palabras, el proceso de intercambio orgánico, práctico y teórico, entre el hombre y la naturaleza se produce siempre en el seno de la

base natural, independientemente del nivel alcanzado por el dominio de la naturaleza. Ello es igualmente válido para una humanidad totalmente autónoma podrá nunca romper del todo con esta base natural. En este sentido, la sumisión de los hombres a la naturaleza externa e interna puede desaparecer, de igual modo que puede disminuir su subordinación a situaciones sociales de tipo natural, pero esta dependencia continúa necesariamente a nivel gnoseológico y al de la praxis objetiva. Nada que decir, pues, si estas posiciones gnoseológicas están sintetizadas y enunciadas en la forma de una teoría del reflejo.

La cosa se hace problemática solamente si el conocimiento real aparece considerado desde los mismos puntos de vista del reflejo o de la reproducción, incluso cuando no se refiere a la superficie sino a la esencia de las cosas. También en este caso es necesario descubrir, en el proceso cognoscitivo, movimientos reales, y enunciarlos en forma de reglas o tesis que no sean simples invenciones de la conciencia. Pero si lo que es conocido es algo ya constituido, y por tanto representa una realidad ya mediatizada, determinada por abstracciones reales, entonces el proceso cognoscitivo no se refiere a algo que le es totalmente extraño, sino que siempre consiste en anticipaciones de lo que todavía no es realidad.

De este modo, un conocimiento que no esté ya preorganizado por aparatos de reflejo, se encuentra siempre ligado a un momento mimético que se adecúa al objeto y al mismo tiempo lo reorganiza activamente. Hablar de reflejo o de reproducción a propósito de este proceso extremadamente activo, organizativo, eficaz y anticipatorio sólo es posible a condición de distorsionar por completo el significado de estas metáforas. De hecho, el positivismo se ha asignado la tarea de reproducir, simplemente, las relaciones sociales reificadas, y eventualmente de determinar sus leyes. La metáfora del reflejo tenía un contenido sustancial y crítico en un período en que la mentalidad idealista determinaba la ideología dominante; en cambio, en la era del positivismo, dicha metáfora asume por lo general la función de una legitimación. En realidad, si se parte del presupuesto de que la *esencia* y el *fenómeno* no son idénticos, y por tanto es necesaria la ciencia, la obra del conocimiento consiste esencialmente en una puntualización activa de contradicciones, que sólo así se ponen en movimiento. En este sentido la verdad no es ya la «*adaequatio intellectus et rei*» de la definición tradicional, la simple correspondencia del concepto

con el objeto, sino algo que ha de ser producido, un proceso en el que emergen y son sacadas a la luz aquellas dimensiones del objeto que aún no se han convertido en realidad. El contenido de realidad de las tendencias es más rico que el de los hechos.

La obstinación con que se continúa confundiendo la función gnoseológica de la teoría del reflejo con la función cognoscitiva no está justificada ni por la teoría de Marx ni por la de Engels, pero satisface claramente necesidades de legitimación que buscan la conservación de funciones de dominación o que, si están dirigidas contra situaciones capitalistas, no tienen posibilidad real de movilizar potencialidades revolucionarias. De todos modos, algunos síntomas indican que este trabajo de legitimación comienza a abandonarse (por ejemplo, en el caso de algunos, pocos, autores de la República Democrática Alemana). La tesis del reflejo se reduce gradualmente a pura metáfora, pues todo cuanto concierne a la situación del conocimiento real contradice la concepción del reflejo. En el último Engels la teoría del reflejo tiene, sin duda, la finalidad de quitarle a las formas decadentes del idealismo alemán cualquier posibilidad de arrogarse el título de ciencia, para aliarse de nuevo con la vieja metafísica y con ideas religiosas, y ocultar una vez más las leyes dinámicas y materiales de la sociedad. Engels formula esta exigencia como una máxima que exhorta a desconfiar de todas las ideas que se separan del mundo material.

##### *5. Crítica de la economía política del capital. La economía política de la fuerza de trabajo y su escaso desarrollo. Problemas de la subjetividad revolucionaria*

Engels analiza con gran precisión las leyes dinámicas de la producción capitalista, la transformación de sus formas sociológicas de organización tal cual se expresan, por ejemplo, en las sociedades por acciones, en la concentración y centralización de capitales, etc. Análogamente, estudia con la máxima atención las formaciones políticas, militares y estratégicas de las potencias europeas, que son características de la fase de incubación de la Primera Guerra Mundial. Ningún pensador de la época ha comprendido mejor que él aquellas tendencias económicas y políticas de las clases dominantes que se orientaban hacia una guerra mundial; Engels ha previsto el desarrollo de acontecimientos futuros, a veces inclu-

so en sus detalles. Ahora bien, ello no es expresión de un don profético subjetivo, sino resultado de un método objetivo, coherentemente materialista.

Las nuevas formas de organización de los medios de producción que aparecen en el último tercio del siglo XIX, sobre todo las sociedades por acciones y la propiedad estatal, son, según el último Engels, el resultado de la creciente dificultad con que el modo de producción capitalista se encuentra para aplicar su programa, centrado en transformar continuamente en capital toda la masa de los medios de producción en constante aumento, y por tanto a explotar el capital en forma privada. Si en cada fábrica el carácter social de las fuerzas productivas está ya reconocido de hecho con la organización social del proceso del trabajo, esta tendencia a la socialización, inmanente al modo de producción capitalista, se hace cada vez más incompatible con la anarquía que caracteriza la producción del conjunto de la sociedad; sin embargo, no existe un reconocimiento general de estas tendencias, ni en su carácter ni en su significado, que es el de poner en tela de juicio, a nivel de principio, la actual organización capitalista de la producción material y espiritual de la vida.

Engels atribuye a las fuerzas productivas una línea de desarrollo mediante el cual el reconocimiento de su carácter social se va imponiendo poco a poco a la clase dominante (primero de una forma ciega e inconsciente y luego en el plano de la teoría): Las «fuerzas productivas presionan cada vez más intensamente (...) en favor de su propia liberación de su condición de capital, en favor del efectivo reconocimiento de su carácter de fuerzas productivas sociales»<sup>60</sup>; al mismo tiempo, el personal directivo que trabaja en la producción aumenta y se va diferenciando: la socialización de los procesos directivos (Helmut Steiner) en cada empresa determina el aumento del número de los vigilantes, de los suboficiales de los capitalistas, y en general de los empleados al servicio del capital; además, las dificultades que encuentra el aumento del valor del capital hacen que crezca el número de los asalariados del comercio. Con estos cambios de las formas de organización del capital en el seno del modo de producción capitalista se alian las uniones de empresarios (que a fines de siglo intervienen de forma activa en la lucha de clases) y las asociaciones corporati-

---

<sup>60</sup> ENGELS, «Anti-Dühring», cit., p. 288.

vas, que proliferan como setas en esa época. Se trata de signos inequívocos de una incipiente burocratización de las relaciones de clase, de una expresión de la debilidad de la legitimación histórica de la burguesía y de su fuerza política; fuerza política que por otra parte no consiste tanto en la participación efectiva en el poder estatal cuanto, más bien, en una combinación de racionalidad tecnológica y transformaciones que, si bien dejan inalterada la situación del trabajo asalariado y de su explotación, al mismo tiempo comportan cambios en la forma de las relaciones de propiedad, cambios que constituyen otras tantas premisas de la ruptura revolucionaria.<sup>61</sup>

Ya en la época de Bismarck la burguesía alemana había renunciado definitivamente a toda pretensión de autonomía, y el gran capital de la izquierda del Rin se había aliado con los terratenientes prusianos y con la burocracia absolutista-feudal del Estado.

#### LA ELIMINACIÓN DE LAS TENDENCIAS BUROCRÁTICAS PRESENTES EN LAS ORGANIZACIONES PROLETARIAS

En el análisis de Engels resulta interesante constatar el hecho de que no se haya concedido prácticamente ningún peso para la estructura interna del proletariado y sus formas de organización política (por ejemplo, tendencias a la burocratización) a estos importantes cambios de las formas de organización del capital y del interés de clase capitalista. En cualquier caso, el problema del modo y de la medida en que el proceso de constitución de la clase dominante influye paralelamente en la clase dominada no es abordado sistemáticamente por Engels en análisis particulares. Por ejemplo, no se explica cuál pueda ser la función desarrollada por la conciencia y el comportamiento de las capas sociales atraídas por la clase proletaria. Si prescindimos de algunas referencias a la existencia inestable de los pequeñoburgueses y los campesinos, determinados en su

---

<sup>61</sup> En los Materiales para el «Anti-Dühring» se lee, en el punto *Revolución proletaria*: «El proletariado se apodera del poder público, y gracias a él transforma en propiedad pública los medios sociales de producción, que dejan de estar en manos de la burguesía. Con este acto libera los medios de producción del capitalismo al que hasta entonces habían estado sometido, dando a su carácter social plena libertad para realizarse» (Engels, «Materialien zum "Anti-Düring"», en «Mew», vol. 20, p. 620).

conciencia y en su comportamiento por la contradicción estructural, imposible de eliminar, entre el ser social y la conciencia, el único grupo del que Engels se ocupa con algo más de detenimiento es el de los estudiantes que se integran en la socialdemocracia, en la que promueven reivindicaciones radicales extremistas.<sup>62</sup>

Los argumentos utilizados por Engels contra los antiautoritarios radicales, que en la socialdemocracia se habían nutrido del grupo de los «jóvenes» como oposición de izquierda, se basan en que éstos confundían el problema de la burocratización, de la autonomía organizativa del partido respecto de las masas proletarias, con el problema de la autoridad; esta antigua forma de antiautoritarismo tiene en la socialdemocracia una orientación claramente antiburocrática y está dirigida contra la autoridad de Kautsky y de Bernstein únicamente porque el elemento burocrático de la socialdemocracia se encarna con la máxima evidencia en sus personas. Aun cuando eran justas las objeciones formuladas contra los radicales de izquierda por Engels y por Kautsky, los cuales observaban que, sobre todo en el período de constitución de la clase proletaria e incluso durante la

---

<sup>62</sup> Engels las denomina antiautoritarias. Su existencia le induce a escribir, en 1872, un artículo sobre la autoridad, en el que señala que la revolución social suprime la autoridad política pero no la autoridad subjetiva, las funciones administrativas ligadas a la autoridad objetiva, «... los antiautoritarios pretenden que el Estado político autoritario sea eliminado de golpe, antes de que sean destruidas las condiciones sociales que lo han hecho nacer. Exigen que el primer acto de la revolución social sea la supresión de la autoridad. ¿Han visto alguna vez una revolución estos señores? Una revolución es la cosa más autoritaria que existe; es el acto mediante el cual una parte de la población impone a la otra su voluntad, con los fusiles, las bayonetas y los cañones, es decir, con los medios más autoritarios que se pueden concebir...» (ENGELS, «Von der Autoritat», en «Mew», vol. 18, p. 308). En esta penetración del *studiosus* en la socialdemocracia y en la rebelión de los radicales de izquierda Engels ve simplemente un síntoma de la erosión de las relaciones de dominación. Gramsci diría que ninguna clase dominante puede estar segura de conservar y reproducir a sus intelectuales; de igual modo, para Engels el hecho de «que el miedo a los exámenes lleve a los estudiantes a las filas de la socialdemocracia» es un síntoma de la disolución de la clase burguesa: «...el hecho de que vengan es señal de lo que se está preparando» (Engels a Bebel, 9-10 de noviembre de 1891, «Mew», vol. 38, p. 212).

revolución, una autoridad férrea es un elemento que une y coordina las acciones de los individuos, no es menos cierto que ya durante los últimos años de la vida de Engels la dirección del partido y su grupo parlamentario muestran una inequívoca tendencia a asumir una forma autónoma y distanciada de las instancias inferiores del partido y de las masas de trabajadores.

Es evidente que el período de ilegalidad favoreció estas tendencias; pero tales formas ilegales de lucha no bastan para explicarlas, y además no desaparecen con la legalidad. No se trata de un caso único; el hecho de que estas estructuras burocráticas alejadas de la clase obrera y surgidas en el período de la ley contra los socialistas no desaparecieran con el fin de la ilegalidad, y hasta quedaran reforzadas, indica que tales tendencias tienen causas sociales más profundas. Además, no se trata únicamente del problema de las relaciones entre la base y la dirección central, pues también en la base cambia el modo de vida de quienes desempeñan funciones de partido; se da una burocratización del partido, la formación de un aparato de funcionarios de partido y sindicales cuya autoconservación se convierte poco a poco en norma de vida de todo el partido.<sup>63</sup> En general, estas tendencias parecen constituir el elemento fundamental del reformismo socialdemócrata y del revisionismo.

Hay que hacer notar que la rebelión de los «jóvenes» sirve solamente para llamar la atención sobre un problema, pero no para presentar un análisis históricamente exacto. Hans Müller, que pertenece al grupo de los «jóvenes», y su escrito *Der Klassenkampf in der deutschen Sozialdemokratie (La lucha de clases en la socialdemocracia alemana)* (Zurich, 1892), deben considerarse teniendo en cuenta los límites de ese radicalismo de izquierda; su lucha contra la dirección del partido y los elementos pequeño-burgueses del mismo es poco realista, a veces teóricamente inexacta y con frecuencia extravagante y fanática. De todos modos, Müller llama la atención sobre situaciones que han ejercido una gran influencia sobre el carácter político de ese partido. Müller es uno de los primeros socialdemócratas alemanes en reconocer y formular claramente las estridentes

---

<sup>63</sup> Cf. a este respecto el importante trabajo de A. VON SALDERN, *Die Gemeinde in Theorie und Praxis der deutschen Arbeiterorganisationen 1863-1920*, en «Internationale wissenschaftliche Korrespondenz zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung».

contradicciones existentes entre el programa y la realidad del partido, lo cual sólo era evidentemente posible, igual que hoy, desde la óptica de un radicalismo de izquierda.

Las acciones y la táctica de un partido no deben ser determinadas arbitrariamente por el partido mismo, sino equilibradamente condicionadas por los elementos sociales de que se compone. Los partidos son masas de individuos, y en el fondo su libertad no es más libre que la de cada uno. Todo lo que hacen y el modo en que lo hacen viene necesariamente dado por su composición social. Esta tesis concuerda totalmente con el espíritu de la concepción materialista de la historia.<sup>64</sup>

Si se prescinde de cierto mecanicismo, los ejemplos que Müller expone en su síntesis deben entenderse totalmente en el sentido de un análisis materialista coherente de ese partido socialdemócrata que conocía Engels.

El origen de los diputados socialdemócratas de 1890 justifica la sospecha de que la socialdemocracia representaba a la clase media, si se considera la posición social de las personas: siete periodistas y redactores, seis comerciantes y negociantes, cuatro escritores, tres hosteleros, tres fabricantes de cigarrillos, un cigarrero, un editor, un abogado, dos pensionistas, dos industriales, un zapatero, un litógrafo, un funcionario de partido y un sastre.<sup>65</sup> Hacia 1900 la participación de los obreros en los congresos del partido era escasísima: por ejemplo, en el Congreso de Jena de 1911 la participación de los obreros no sobrepasó el 10 por ciento; el resto estaba constituido por funcionarios de partido, funcionarios sindicales, empleados de mutuas sanitarias y cooperativas de consumo, etc. Bo Gustafsson observa con razón que precisamente esta categoría de funcionarios constituyó, en el plano práctico y en el teórico, la base del nacimiento del revisionismo y del reformismo, o por lo menos que fue extremadamente receptiva a sus ideas y acciones.

Es obvio que este desarrollo revisionista sólo podía ser frenado a condición de conocer las condiciones materiales del nacimiento de estas tendencias, a fin de combatirlas con eficacia en la teoría y en la práctica. En

---

<sup>64</sup> H. MÜLLER, «Der Klassenkampf in der deutschen Sozialdemokratie», Zurich, 1892, p. 16. El libro se reimprimió en la Druck-und Verlags Kooperative, Heidelberg - Frankfurt del Main - Hannover - Berlin, 1969.

<sup>65</sup> Cifras tomadas de GUSTAFSSON, «Marxismus», cit., parte I, pp. 25 y ss.

este sentido, las descripciones de Hans Müller se acercan sin duda mucho más al núcleo materialista del fenómeno que muchas páginas escritas por el último Engels o por Kautsky sobre el tema. La ley contra los socialistas provocó «el traspaso de las funciones de dirección a camaradas económicamente independientes. Así, para poder continuar la lucha política, el partido se vio incluso obligado a favorecer y servirse de toda una serie de pequeñoburgueses, de camaradas que habían sido obreros y a los que se reprochaba llevar una vida pequeñoburguesa». Pero los nuevos hosteleros, tenderos, etc., no podían sobrevivir solamente con el consumo y la clientela de los obreros; habían de contar también con los empleados, los artesanos, etc. El cambio de las condiciones de vida (ciertamente limitado, en este caso, a la categoría de los funcionarios) va seguido de un decaimiento del interés por la subversión revolucionaria de la situación existente. «Esta situación forzada debía inducir a más de uno a disimular un poco sus convicciones revolucionarias para no adquirir fama de socialdemócrata rojo, que era lo mismo que alejar del negocio a los clientes artesanos y funcionarios subalternos».<sup>66</sup>

Pero se malentendería la crítica de Müller a los elementos pequeñoburgueses de la socialdemocracia si se identificara como una explícita exhortación a crear un partido constituido por elementos exclusivamente proletarios, cosa que sería ilusoria. Mi razonamiento sigue una dirección opuesta: puesto que la composición real de las masas proletarias, las categorías de los cuadros de la socialdemocracia y su predisposición a tendencias burocráticas y al reformismo, e incluso las abstracciones axiológicas de que están penetradas las ideas de cada proletario no son examinadas y analizadas sobre la base de la situación real material, se forma por fuerza, en los programas, en los congresos y en la consciencia de los grupos dirigentes de la socialdemocracia, una especie de idealismo secundario adornado con términos marxistas que tiene todas las características de una utopía abstracta y pseudocientífica. La sustancia crítico-revolucionaria del pensamiento marxiano se pierde totalmente antes de la gran sacudida y de la gran decepción de 1914.

Cierto que el problema de la burocracia no es completamente ignorado por Marx y Engels; pero ambos limitan el concepto de burocracia a las

---

<sup>66</sup> MÜLLER, «Klassenkampf», cit, pp. 21 y ss.

categorías de los funcionarios del Estado, entendida como una fuerza artificial superpuesta a las clases reales, productivas de la sociedad. Explican la burocratización por la centralización estatal, de la cual tiene necesidad la clase dominante para crear un mercado unitario, un sistema financiero y jurídico, y para reprimir a las clases trabajadoras.<sup>67</sup> La relación entre la base económica y la burocracia estatal presenta para ellos dos aspectos: la división y racionalización de la actividad administrativa ha hecho de la burocracia un aparato diferenciado, conforme a la división del trabajo que caracteriza a toda la sociedad, y, por otra parte, en la medida en que la acumulación del capital ha desarrollado la contradicción de clase, la burocracia, junto al poder estatal, ha asumido en forma progresiva el carácter de una fuerza pública para la opresión de la clase obrera, el carácter de una máquina de dominación de clase.<sup>68</sup>

En este sentido, los análisis y esbozos metodológicos relativos al problema de la burocracia que se encuentran en Marx y Engels, aunque limitados al sistema de dominación existente, resultan de todos modos indispensables para una crítica materialista de la burocratización de las relaciones de clase, y van bastante más allá de lo que luego Max Weber fetichizará en la figura de un destino de la humanidad moderna, de una «jaula de la servidumbre».

Pero no es casual que la mirada conservadora de Max Weber haya captado precisamente esas tendencias de la socialdemocracia que han llevado a la integración burguesa del partido en la sociedad existente y que ningún teórico marxista de su tiempo ha señalado de manera tan aguda e incisiva.

Hoy la socialdemocracia está claramente en camino de transformarse en una potente máquina burocrática que emplea a un inmenso ejército de funcionarios, en un Estado dentro del Estado. Al igual que el Estado, también la socialdemocracia conoce ya, en pequeño, la diferencia entre los ministros, los jefes de gobierno y los presidentes de distrito (los funciona-

---

<sup>67</sup> Cf. KAJO HEYMANN, «Burokratisierung der Klassenverhältnisse im Spätkapitalismus, en Meschkat-Negt (editores), «Gesellschaftsstrukturen», Frankfurt del Main, 1973, pp. 92 y ss.

<sup>68</sup> K. MARX, *La guerra civil en Francia*, en MARX, ENGELS. «Obras escogidas», cit., vol. 2, pp. 188 y ss. («Mew», vol. 17, p. 336).

rios de partido), por un lado, y los burgomaestres por otro: los funcionarios sindicales, y los presidentes de las cooperativas de consumo.<sup>69</sup>

Este ejército de funcionarios y de individuos dependientes del partido une a su actividad intereses muy materiales. Así, Max Weber llega (con gran alivio de sus oyentes del *Verein für Sozialpolitik*, Sociedad para la política social) a una conclusión irónica que sin más será confirmada por la experiencia histórica: «De este modo, a la larga, no es la socialdemocracia la que conquista el Estado, sino, al contrario, el Estado el que conquista el partido. Y yo no veo cómo podría esto constituir un peligro para la sociedad burguesa en cuanto tal».<sup>70</sup>

Son motivos de orden sistemático los que llevan al resultado contradictorio de que, en su análisis de la situación existente, Engels ha diferenciado con gran exactitud las tendencias dinámicas, y al mismo tiempo ha sido víctima de las ilusiones idealistas en su prognosis sobre la conquista del poder por parte del proletariado y sobre la influencia del Estado en los partidos proletarios. Tales motivos consisten en la no contemporaneidad, históricamente condicionada, del desarrollo de la crítica de la economía política del capital y de la economía política de la fuerza de trabajo, que está en el centro de la teoría de la revolución. Esta parte del marxismo está comprendida en el programa teórico de Marx y Engels, aunque éstos no consideraron necesario examinar de manera más analítica y diferenciada la estructura y el movimiento de la fuerza de trabajo de las masas, ya que en su época la fuerza de trabajo media no superó nunca de modo significativo el nivel de vida más elemental. Hoy, en cambio, el problema ha adquirido carácter de urgente actualidad, pues las consecuencias políticas de esta laguna teórica, de ese límite histórico (del cual el movimiento no ha tomado conciencia ni mucho menos ha superado), son visibles para todo el mundo.

Tampoco el último Engels, que suele volver con gran intuición sobre programas incompletos, desarrollándolos en estudios particulares, considera las consecuencias de una aplicación a la clase revolucionaria misma de la concepción materialista de la historia y de la ley del valor, como causa de las distorsiones de la conciencia que se manifiestan en el feti-

---

<sup>69</sup> M. WEBER, en «Schriften des Vereins für Sozialpolitik», vol. 125: «Verhandlungen der Generalversammlung 1907», Leipzig, 1908, pp. 206 ss.

<sup>70</sup> Ibid.

chismo de la mercancía y de la productividad. Sería injustificado afirmar que Marx y Engels se hicieron ilusiones sobre la lentitud, sobre los riesgos de rupturas y de involuciones en el proceso de autoeducación del sujeto material de la revolución social y política. Al contrario, indicaron bastante precozmente los elementos capaces de amenazar continuamente el proceso de constitución política del proletariado: la competencia, la escisión de la clase obrera en fracciones (por ejemplo, la formación de una aristocracia obrera) y, finalmente, la influencia ideológica del enemigo de clase obrera sobre los trabajadores. Pero no desarrollaron estas indicaciones de manera sistemática en su teoría de la sociedad.

Las consecuencias de la completa realización de la ley del valor son detectadas con gran agudeza no sólo en las formas de movimiento y de organización del capital y del conjunto de las fuerzas militares y políticas de las clases dominantes; Engels analiza de modo particularizado todas aquellas tendencias que hacen que las capas tradicionales sean absorbidas por el torbellino de la proletarización, el trabajo asalariado se convierta en el destino de la gran masa de la población y, por consiguiente, nazcan relaciones de dependencia económica que laceran las estructuras familiares tradicionales y destruyen las ilusiones de autonomía de las profesiones intelectuales, mientras los mismos campesinos se ven obligados a abandonar sus tierras; hasta en el campo ve Engels surgir «viveros de la revolución». Pero la particular dialéctica de la universalización de la producción de mercancías no es aplicada en igual medida al resultado de este proceso, al proletariado moderno. La clarificación de las ideas de los trabajadores y de las capas que se proletarizan es solamente un aspecto de este proceso. Engels no da una respuesta sistemática a la pregunta de si, con la penetración de la producción de mercancías en la conciencia y en el comportamiento de los hombres, se desarrollan también y paralelamente las distorsiones de la conciencia, la reificación de las relaciones sociales, las ilusiones, etc. Interesado sobre todo por el proceso mediante el cual se forma el proletariado, no presta la misma atención a la composición del proletariado ya constituido, a los mecanismos que lo constituyen. Pero al no ser esclarecidos el modo de producción de las experiencias de los trabajadores y las formas que condicionan el nacimiento de la falsa y de la justa conciencia en la vida concreta y material de los hombres, entonces subsiste todo un terreno sociológico y sociopsicológico propicio

a las influencias ideológicas del sistema dominante, influencias combatidas solamente desde fuera, en sus resultados, con fórmulas menos eficaces, como «pequeñoburgués», «subjetivista», «sindicalista», «idealista», etc. Kautsky y el primer Lenin se han limitado a dar una forma conceptual a esta actitud, al afirmar que la conciencia de clase debe llevarse a las masas desde fuera.

#### LA BASE DE LAS ILUSIONES EN LAS POSIBILIDADES DE LA JUSTICIA Y DEL ESTADO

Ni el trabajo ni el producto del trabajo tienen nada de misterioso mientras en las formaciones sociales tradicionales, en las que la forma natural del trabajo es en su particularidad directamente social, se intercambian objetos de uso y servicios naturales útiles y mientras las «esferas de vida construidas» sobre la producción material no están determinadas por relaciones personales de dominación y servidumbre. Sólo cuando la producción de mercancías se amplía, en el estadio en que los productos del trabajo han asumido de modo predominante la forma de mercancías, el mundo objetivo que determina la conciencia cotidiana de los hombres asume una forma a la vez sensible y suprasensible, distorsionada, fantasmagórica. En efecto, la esencia del fetichismo de la mercancía reside en el hecho de que las relaciones sociales de los propietarios privados, que producen con independencia los unos de los otros, y que están en contacto entre sí mediante el intercambio de sus productos, asumen la forma de relaciones reificadas, se presentan como relaciones de cosas, que influyen poderosamente sobre su conciencia, sobre sus formas de comunicación, sobre su capacidad de articular las propias necesidades. Marx no tiene duda sobre el hecho de que la «apariencia objetiva» del mundo de la mercancía, la transformación del productor en un producto, de lo que es mediato en un inmediato, marca no sólo la existencia de la clase dominante, sino también la de la clase dominada.

Pero en una teoría materialista lo decisivo no es sólo el contenido y la existencia de estas distorsiones: es importante también, si no más, definir en qué forma determinada esa apariencia objetiva influye en el comportamiento y en el pensamiento de la clase proletaria. Marx dice claramente que no puede tratarse únicamente de un problema de información científica. Sólo en una producción de mercancías extendida a todas las formas

tradicionales de la producción, en que los productos del trabajo han sido completamente mercantizados, hasta el punto de asumir «la fijeza de formas naturales de la vida social», sólo en tal situación los hombres pueden intentar tomar conciencia del contenido de estas formas y descifrar los jeroglíficos sociales.

Luego los hombres intentan descifrar el sentido del jeroglífico, dar la vuelta al secreto de su propio producto social: pues la determinación de los objetos de uso como valores es tan producto social como el lenguaje. El tardío descubrimiento científico de que los productos del trabajo son, en cuanto valores, meras expresiones cosificadas del trabajo humano gastado en su producción es un descubrimiento que hace época en la historia evolutiva de la humanidad, pero no disipa en absoluto la apariencia material de los caracteres sociales del trabajo. Un hecho que sólo se impone en esta particular forma de producción que es la producción de mercancías (el hecho, esto es, de que el carácter específicamente social de los trabajos privados y recíprocamente independientes consiste en su igualdad en cuanto trabajo humano y toma la forma de carácter de valor de los productos del trabajo) sigue presentándose a los hombres cogidos en las relaciones y circunstancias de la producción mercantil, incluso después de aquel descubrimiento, como una cosa tan definitiva como la circunstancia de que el análisis científico del aire en sus elementos no impide que la forma aire siga existiendo como forma material física.<sup>71</sup>

Nos saldríamos del marco de este ensayo si quisiéramos estudiar con detalle la influencia del fetichismo de la mercancía sobre la existencia proletaria; se trata de un terreno todavía por explorar, aun si se tienen en cuenta algunos vacilantes intentos de describir la estructura de la mercancía en el mismo proceso de socialización del niño. En este trabajo se trata sobre todo de considerar la producción de mercancías y, por tanto, el trabajo asalariado y el capital, como el terreno social en que se desarrolla la ideología; se trata de ver en la ideología una falsa conciencia, aunque necesariamente ligada a la producción de mercancías, y de comprender cómo ésta, en una sociedad en que la producción está totalmente mercantizada, determina las ideas, las imágenes y los modos de comportamiento de las amplias masas del proletariado. La «misión histórica» que Marx

---

<sup>71</sup> MARX, «El Capital», libro primero, «OME», vol. 40, pp. 84-85.

y Engels atribuyen al proletariado sobre la base de sus intereses objetivos de clase es diariamente contradicha por fuerzas orientadas hacia la regresión de la consciencia histórica, alimentadas por esa represión de las cualidades ligadas al valor de uso y de los momentos históricos del proceso de producción inmanente a una producción totalmente mercantilizada.

Las consecuencias de estos problemas para la existencia de los proletarios y para el proceso de constitución política de la clase obrera se hacen tangibles cuando se expresan mediante el nacimiento de ilusiones sobre el Estado, sobre el derecho y sobre la justicia, y mediante cierta fetichización de las ciencias de la naturaleza y de la técnica, que ya se encuentran de hecho en las primeras escuelas obreras.

Cuando Engels constata con satisfacción, tras la aprobación del programa de Erfurt en 1891, que el marxismo se ha consolidado y que han sido eliminados los últimos residuos lassallianos (declaración que por lo demás sólo podía basarse en la exposición de los principios, siendo poco coherente con las otras partes del programa), estaba evidentemente convencido de que las ilusorias esperanzas puestas en el derecho y en el socialismo de Estado, en contraste con los objetivos intereses emancipadores del proletariado, no se alimentaban del proletariado mismo, ni siquiera en el plano objetivo. Sin embargo, la evolución de la socialdemocracia hasta la Primera Guerra Mundial echó por tierra esta convicción. En cambio, Marx observa que a partir del momento en que la situación típica de las formaciones sociales precapitalistas (para las cuales la jornada laboral está claramente dividida en trabajo necesario y plusvalía, en trabajo pagado y no pagado) se convierte en una situación que para todos pertenece al pasado, el trabajador continúa manteniendo ilusiones en el derecho y la justicia hasta que el trabajo toma la forma de trabajo asalariado. Como en el trabajo asalariado la plusvalía o trabajo no pagado parece pagado, lo no equivalente asume la apariencia objetiva de lo equivalente, tanto más eficazmente cuanto menos elemental y opresiva es la situación de explotación.

Se entenderá, por lo tanto, la importancia decisiva que tiene la conversión del valor y precio de la fuerza de trabajo en la forma salario, o en valor y precio del trabajo mismo. En esa forma de manifestación que hace invisible la relación real e indica precisamente su contrario se basan todas las ideas jurídicas del trabajador y del capitalista, todas las mistificacio-

nes del modo de producción capitalista, todas sus ilusiones de libertad, todas las pamplinas apologeticas de la economía vulgar.<sup>72</sup>

Como estas ilusiones y mistificaciones poseen un contenido de realidad que viene dado por la producción capitalista de mercancías, toda teoría de la lucha de clases que se limite a tratar y combatir las ilusiones de los trabajadores en el Estado y el derecho como si éstas fueran simplemente una intervención ideológica del enemigo de clase contraria a sus intereses procedentes del exterior quedará condenada a la impotencia. El «eterno retorno» de los elementos lassallianos es, incluso en las organizaciones que como los partidos comunistas occidentales intentan rechazar las esperanzas puestas por Lassalle en el Estado, una señal de que esta conexión entre las ilusiones legalistas y estatistas presentes entre los trabajadores, y su base, el trabajo asalariado y la producción de mercancías, no se ha convertido aún en un elemento consciente de la estrategia política.

Pero si las ideas legalistas del trabajador, como las del capitalista y como todas las mistificaciones del modo de producción capitalista, especialmente todas las ilusiones de libertad, tienen su base económica en la situación del trabajo asalariado, por el que el no equivalente que se oculta en el proceso de trabajo configurado como proceso de formación del valor y del beneficio (la plusvalía) es objetivamente disfrazado, entonces esa apariencia objetiva, aunque sea científicamente explicada y privada de su influencia automática sobre la conciencia de los trabajadores mediante la acción práctica del proletariado, sigue siendo no obstante una brecha a través de la cual pueden infiltrarse las ilusiones en torno al derecho y al Estado (brecha que será mayor cuanto menos comprendida sea).

Si para Marx la superación del horizonte jurídico burgués está ligada a las condiciones de una fase superior de la sociedad comunista, en la que el trabajo se haya convertido en la primera necesidad vital<sup>73</sup>, no ha de

---

<sup>72</sup> MARX, «El Capital», libro primero, «OME», vol. 41, p. 176.

<sup>73</sup> Hemos de tener siempre presente lo difícil que era para Marx la definitiva desaparición de la idea y de la realidad de un criterio idéntico para situaciones distintas, y, por tanto, la superación del horizonte jurídico burgués; en este sentido, es significativa la enorme importancia asumida por el pensamiento caracterizado por categorías jurídicas, sobre todo gracias a la conciencia y el comportamiento de los trabajadores. «En una fase superior de la sociedad comu-

sorprender entonces que las tendencias a la legalización de las relaciones sociales en las sociedades industriales avanzadas puedan cimentar esa fetichización del derecho que, pese a estar siempre presente, es mucho más evidente en las situaciones elementales de explotación. El hecho de que los trabajadores experimenten directamente esta combinación de fetichismo de la mercancía y del derecho sólo en sus formas fenoménicas es algo que significa que los conflictos que aparecen en la empresa industrial son sin duda expresión de contradicciones de clase y como tales han de presentarse, pero al mismo tiempo (insertos como están en el tejido de la existencia proletaria) son el único punto de partida concreto para un trabajo teórico y práctico tendente a esclarecer las ideas de los trabajadores. Ello presupone ciertamente análisis específicos de las organizaciones obreras, de las relaciones de cooperación y de comunicación, de todas las zonas de conflicto que subsisten en el mundo de la empresa industrial. (Estos análisis no han encontrado nunca espacio en el desarrollo de la teoría marxista, a causa de la no elaboración de la dialéctica de lo universal y lo particular, por lo que se han convertido en monopolio de una sociología industrial y empresarial ligada a intereses de valoración capitalista.) Los intentos actuales de insertarlos *a posteriori* en el marxismo, como si constituyeran temas ajenos a él, no pueden tener éxito hasta que la teoría dialéctica no se convierta, desde sus orígenes, en objeto de una reconstrucción crítica.

El problema descrito es más transparente si se considera la importancia (tan frecuentemente ignorada, pese a ser fundamental por la dificultad de reelaboración dialéctica de las experiencias sociales de la vida proletaria) que ha adquirido la mentalidad científica y técnica para la conciencia de los trabajadores, y que se ha visto aún más reforzada por el rápido desarrollo de las ciencias de la naturaleza en la segunda mitad del siglo XIX. Al fetichismo de la mercancía corresponde otra forma de fetichismo, no menos eficaz, si bien mucho más enmascarada: el fetichismo de la productividad, cuya apariencia objetiva es, incluso hoy, la base del confuso discurso sobre las leyes objetivas de la industria y de la técnica.

---

nista, cuando haya desaparecido el sometimiento de los individuos a la división del trabajo y, por tanto, cuando haya desaparecido igualmente la contraposición entre trabajo intelectual y manual: «De cada uno según sus capacidades; a cada uno según sus necesidades»; Cf. MARX, «Crítica del Programa de Gotha».

Como el trabajo vivo queda incorporado en el capital y encuentra su valoración social solamente a través de esta subsunción, todas las fuerzas productivas del trabajo social se presentan como fuerzas productivas del capital; las formas particulares de la fuerza productiva del trabajo social aparecen como formas y fuerzas productivas del capital, y por tanto del trabajo objetivo, de las condiciones objetivas y materiales del trabajo. Marx, que analiza este fetiche del capital en la crítica de la fórmula trinitaria, dice:

Esta relación se hace aún más complicada, y aparentemente más misteriosa, cuando, con el desarrollo del modo de producción (específicamente capitalista) no sólo aparecen frente al obrero estas cosas inmediatamente materiales (todas son productos del trabajo; considerándolas según el valor de uso son reales condiciones de trabajo como productos del trabajo, y según el valor de cambio son tiempo de trabajo general objetivado o dinero) v se le contraponen como «capital», sino [también] cuando las formas de trabajo socialmente desarrollado (la cooperación, la manufactura [como forma de la división del trabajo], la fábrica [como forma de trabajo social con una organización con base material en la máquina]) se presentan como formas de desarrollo del capital, y por eso las fuerzas productivas del trabajo desarrolladas por estas formas de trabajo social, incluidas la ciencia y las fuerzas de la naturaleza, se presentan como fuerzas productivas del capital.<sup>74</sup>

La mentalidad tecnocrática aquí criticada radica sin duda mucho más en la ideología de la clase dominante que en la consciencia proletaria; de todos modos, es un elemento de las diversas formas de alienación y auto-alienación del trabajador, entendidas como manifestaciones del fetichismo del capital. Estas formas de alienación basadas en la relación capitalista han escapado hasta ahora del marco abordado por la teoría materialista de la sociedad, y precisamente por ello continúan existiendo, produciendo reacciones compensatorias: por un lado, el subjetivismo de

---

<sup>74</sup> MARX, Theorien über den Mehrwert, en «Mew», vol. 26, p. 366 (trad. cast. «Teorías de la plusvalía», Madrid, 1974).

un socialismo entendido kantianamente como función moral infinita, y en última instancia como reflexión filosófica de la alienación a nivel de la historia de la especie; por otro, el idealismo y el voluntarismo autoritario, que justifica directamente con intereses objetivos de clase y tendencias históricas de desarrollo las propias interpretaciones del mundo y las propias decisiones estratégicas, prescindiendo totalmente de la constitución de los sujetos revolucionarios. Tras el escudo del voluntarismo y el subjetivismo idealista puede descubrirse el revisionismo práctico, sin necesidad de una comprensión teórica real. Pero eso significa el constante peligro de una idealización del proletariado, peligro que ya aparece tendencialmente en el último Engels.

El joven Marx, que no conocía todavía la explicación económica exacta de este extrañamiento, la insertó en toda la complejidad de la dialéctica sujeto-objeto y en la producción de la experiencia humana, cuando, con la clara conciencia de una tendencia antropológica a la universalización, habla del hombre objetivo, de un mundo ajeno, de una realidad ajena con la que se enfrenta como a una posibilidad objetiva de su emancipación, pero que subjetivamente no puede hacer suya el hombre marcado por la propiedad privada y por la producción de las mercancías ha quedado reducido al sentido de la posesión, al acto formal de la subsunción, a una forma de apropiación de hombres y cosas a la que aún corresponde el comportamiento rapaz del capital. Las manifestaciones vitales asumen la forma de la alienación de la propia vida, en la que ciertamente está contenida la multiplicación de las necesidades y los intereses que el sujeto ha dirigido hacia el exterior, aunque sustancialmente sólo a nivel de la especie; en el capitalismo el hombre despliega las potencias productivas de la especie solamente a condición de empobrecerse individualmente. La subversión revolucionaria significa (en su misma anticipación, en la espera concretamente utópica, materialistamente satisfecha de los individuos interesados) el cambio concreto de esta situación: las potencias productivas de la sociedad y del género humano pueden continuar desplegándose si toda la riqueza de los productos de los sentidos y del pensamiento que el capital había condenado a la objetividad es reabsorbida por el sujeto y desarrollada individualmente. Una motivación de la subversión revolucionaria es la necesidad de recuperar la propia riqueza interior alienada, suprimiendo esa triste falta de humanidad individual.

Tal vez se trata de una exigencia idealista, de una utopía subjetivista. En realidad, en el plano de la motivación revolucionaria, se trata de aquello que en el plano social se presenta como una unión consciente, como aquella «asociación de productores» en la que «el libre desarrollo de cada uno es condición del libre desarrollo de todos» (Manifiesto del Partido Comunista).

El último Engels indica claramente la necesidad de estas motivaciones subjetivas, al constatar que ya ha pasado el tiempo en que pequeñas minorías conscientes podían preparar la toma por sorpresa del poder, y que desde ahora las masas han de entender «de qué se trata, por qué cosa dan su sangre y su vida»<sup>75</sup>; pero Engels no desarrolla analíticamente el problema de las condiciones de constitución de la subjetividad revolucionaria.

#### LA ECONOMÍA POLÍTICA DE LA FUERZA DE TRABAJO COMO TEORÍA CULTURAL DE LA SUBJETIVIDAD. TAREAS Y PERSPECTIVAS

Los procesos revolucionarios no deben considerarse totalmente desde el ángulo de los sujetos agentes; pero el período de las revoluciones hechas por las minorías ha terminado, como ha terminado la época de las revoluciones de vanguardia. Volver al problema de la revolución en las condiciones del capitalismo tardío significa, hoy, volver nuevamente a Engels y proseguir esa línea de desarrollo de la teoría marxista que se sitúa en el ámbito específico de la historia de la disgregación de la burguesía y que ha sido proscrita por el estalinismo durante casi medio siglo: Rosa Luxemburg, el primer Lukács, Korsch, Gramsci. Pero no puede producirse de golpe y sin dificultad el retorno de Marx y Engels a este contexto europeo para el que había sido originariamente pensada su teoría y que tan profundamente ha influido sobre el contenido semántico de cada categoría. Si, como dice Engels, los hombres quieren saber qué deben esperar y por qué deben combatir en los futuros cambios revolucionarios, una ciencia materialista tiene precisamente por objeto examinar detalladamente qué procesos se dan en el mismo sujeto y dónde están las contradicciones que llevan a una transformación de la sociedad.

He aquí algunas de las tesis sobre el tema:

---

<sup>75</sup> ENGELS, Introducción a «Klassenkämpfe», cit., p. 523.

1) El hecho de que la cultura tradicional de la burguesía haya perdido su capacidad de integración social no es una verdad especialmente original. Más difícil resulta resolver el problema de por qué la industria de la conciencia ha asumido contemporáneamente en todos los países capitalistas avanzados una amplitud sin precedentes en la historia pasada. Sin embargo, una cultura e incluso una industria cultural no nace si no es necesaria, al menos en las condiciones de vida de una sociedad clasista. El problema se concreta de esta forma: ¿Ante qué tipo de peligros que amenazan la dominación de clase existente, reacciona este imponente industria de la conciencia, la cual, con ayuda de medios electrónicos, está prácticamente capacitada para ofrecer el conjunto de todas las formas de cultura que hasta hoy han existido? La primera respuesta es: esta industria de la conciencia, cada vez más potente, reacciona de manera específica ante contradicciones basadas en crisis del sistema capitalista de dominación, y no obstante (como ha señalado con especial energía Jürgen Habermas) hace tiempo que han dejado de ser puras y simples crisis de la valorización del capital. Son crisis de legitimación y motivación que como tales afectan directamente a toda la vida de los hombres, la cual ha dejado de estar encadenada por los valores tradicionales a los imperativos del modo de producción capitalista. Al hablar de toda la vida, entiendo la amplia gama de las actividades humanas, desde la producción que sirve para la autoconservación material hasta la disciplina del cuerpo pasando por la socialización y las formas de expresión de la fantasía. Aunque este tejido se ha roto por puntos diversos, y aunque sus partes no se han desarrollado de un modo totalmente homogéneo, presenta, sin embargo, aspectos de identidad. El centro de organización de este conjunto vital es la fuerza de trabajo.

2) Un problema central de toda teoría materialista de la cultura es la formulación de una teoría de la subjetividad que trascienda el horizonte conceptual de las formas de decadencia del individuo burgués, y que no obstante no se limite a contraponerle el aspecto positivo y particularizado, aunque abstracto, de un nuevo tipo de persona, tal vez caracterizado por un sentido más acentuado de la colectividad. La descripción de las formas de decadencia, el melancólico recuerdo de lo que ha sido y que ahora no es más que un montón de ruinas ha ejercido siempre sobre el sentido histórico una fascinación mayor que un programa elaborado para

transformar en conscientes aquellas tendencias que aparecen sólo en embrión, son bastante discontinuas y necesitan la intervención práctico-política, aunque no sea más que para poder llegar a ser objeto del conocimiento.

Una teoría de la cultura o una teoría de la subjetividad no tiene espacio sistemático en el marco de la crítica de la economía política del capital. Ello no es consecuencia del hecho de que Marx y Engels hayan descuidado los fenómenos culturales e ignorado el lado subjetivo de los procesos sociales; pero toda esta problemática no ha pasado del estadio del programa. Sólo se han desarrollado sistemáticamente las categorías que conciernen al modo de funcionamiento y a las crisis del orden capitalista de la sociedad, pero no las potencialidades que lo rompen y lo empujan hacia nuevas formas de vida social. Hasta ese punto la subjetividad está prendida del hilo del trabajo asalariado (el cual representa, por otro lado, una parte tan sólo de la energía de la fuerza de trabajo, la parte a que ha sido reducida por el capital).

Lukács, y también Adorno, que en este punto está de acuerdo con el primero, pudieron llegar a la conclusión de que el fetiche de la mercancía no se limita a devorar toda la cultura burguesa, ni el intercambio de mercancías a reducir todas las formas de comunicación a relaciones reificadas, hasta en la esfera más íntima. También el sistema dominante se convierte en un bloque cerrado, monolítico, que sólo puede romperse desde fuera por una recuperación o un salvamento de formas pasadas de cultura e individualidad, por el acto voluntarista de un partido o por la esperanza en una nueva forma de inmediatez capaz de destruir el sistema dominante.

Cierto que en el joven Lukács el problema de una dialéctica histórica de las relaciones sujeto-objeto se plantea a propósito de la fuerza de trabajo; esta última es la única mercancía *que habla*, y por consiguiente es el modelo de esa definitiva identidad sujeto-objeto que tendrá lugar en un proletariado que logre alcanzar la forma de una sustancia incorruptible. Puesto que Lukács parte del *carácter de mercancía* de la fuerza de trabajo y ni siquiera abandona esta posición de principio, le es imposible considerar a los individuos reales, a los trabajadores en sus situaciones de vida concretas, de otro modo que desde la óptica de la «consciencia psicológi-

ca», desde su función de objetos.<sup>76</sup> Sólo pueden convertirse en sujetos si son liberados de su destino de nómadas sin ventanas por la intervención dura y disciplinada de una organización proletaria.

Si ahora este problema no es por motivos de ortodoxia escolástica. Me importa, en cambio, plantear si una teoría de la subjetividad revolucionaria (que en los escritos marxistas más recientes apenas viene esbozada) ha de superar necesariamente y por principio la estructura categorial de la crítica marxista de la economía política en su carácter de teoría *histórica* de la sociedad, o si, por el contrario, constituye uno de sus elementos esenciales. La ausencia de una teoría orgánica del sujeto (ausencia característica sobre todo del estalinismo, degenerado en legitimación sistemática, y de las versiones tecnocráticas de la concepción materialista de la historia) ha puesto en marcha, en la actualidad, un mecanismo de integración de la teoría marxiana de la sociedad. Este tipo de integración sigue su propia lógica: al final se separa totalmente de la crítica de la economía política y se remonta al joven Marx, al Marx humanista, que es contrapuesto al Marx economista, o bien propone teorías de la socialización de orientación psicoanalítica. Toda esta crítica parte del presupuesto de que la obra de Marx y Engels no incluye programas no realizados, sino sólo programas realizados, sean verdaderos o falsos. Es una especie de ortodoxia negativa.

En lo que concierne a la fuerza de trabajo como centro de la teoría de la subjetividad, ésta constituye, de hecho, el «límite histórico» de la teoría marxiana de la sociedad. El sujeto sólo aparece como constitutivo de la estructura social en *un* sentido: como fuente de valor. El trabajo en la forma del trabajo asalariado determina la contradicción de la fuerza de trabajo como valor de cambio y como valor de uso. La esfera de validez de las categorías económicas no tiene mayor extensión. Pero precisamente aquí nacen todos los problemas que conciernen a las dimensiones reales del sujeto. Ciertamente que la fuerza de trabajo es el eslabón de conjunción objetivo, el centro de organización de la mediación entre la economía capitalista y la dimensión interna de los individuos; pero el trabajo asalariado es sólo *una* de las posibles formas de empleo de la fuerza de trabajo, una forma histórica que no agota nunca las formas posibles de actividad de la

---

<sup>76</sup> Cf. O. NEGHT, «Soziologische Phantasie und exemplarisches Lernen. Zur Theorie der Arbeiterbildung», Frankfurt del Main, 1968.

vida humana en su conjunto, aunque el capital tienda a reducir al hombre a este trabajo y a sus compensaciones.

En términos más precisos: la fuerza de trabajo viva es, en todas sus dimensiones, en sus formas somáticas de expresión y en las de la conciencia, la única *forma viva de movimiento* que existe en la sociedad, y lo es tanto más cuanto menos se ve concernida por la producción industrial inmediata y por el desarrollo del aspecto tecnológico de las fuerzas productivas. Por tanto, la producción y reproducción como consumo tienen entre sí una relación más o menos causal solamente en las fases evolutivas de una sociedad cuyo orden capitalista obtiene la fuerza de trabajo prácticamente gratis (un orden en el que la fuerza de trabajo es ofrecida por familias proletarias que viven al nivel de la pura y simple autoconservación). En cambio, cuanto más claro resulta que la producción industrial y las esferas de la reproducción (escuelas, servicios sanitarios, ocio, consumo) tienen entre sí una relación *constitutiva*, más evidente resulta que las categorías que corresponden al movimiento del capital, aunque expresan las potencialidades de desarrollo, las limitaciones y las deformaciones de las formas de la actividad humana, no describen sus estructuras concretas, sus contradicciones y sus tendencias de desarrollo positivas y progresivas.

Por consiguientes, es importante desarrollar una economía política de la fuerza de trabajo configurada como una especie de anatomía de la subjetividad. Sobre esta base, las categorías del capital acabarían asumiendo posiciones de valor diferente. El mismo Marx ha esbozado tal programa al hablar, a propósito de la propuesta de ley de las diez horas, de una victoria de la economía política del trabajo sobre la del capital y la posesión, o al afirmar que debe desarrollarse, en una fase posterior, el elemento *moral* e *histórico* de la fuerza de trabajo; sin embargo, no ha tratado científicamente el tema. Por lo demás, en su época no era necesario, ni posible, pues el objeto de estas investigaciones no existía aún en toda su complejidad. El *skilled labour* le parecía ya ideología, aplicado a la fuerza de trabajo media.

Para prevenir fáciles equívocos, debo añadir a esta tesis una observación. Existe la fuerza de trabajo de un artista o de un científico exactamente como existe la de un trabajador de la industria, y toda la diferencia

estriba sólo en las tareas, en la forma en que se realiza en el trabajo concreto.

3) Hasta ahora el proceso de la civilización ha sido casi siempre descrito a través de los fenómenos situados en el plano de la conciencia y del alma. La cultura ha sido entendida como *agricultura animi*, según la formulación de Cicerón (en las *Tusculanae disputationes*), aunque en su función ambivalente: como justificación de las relaciones de dominación y como tendencias que indican más allá de aquéllas la existencia de la utopía de una vida distinta y mejor. En este análisis, la subjetividad se toma en consideración en la medida en que se trata del genio, del autor de las leyes de la forma estética y filosófica.

Por regla general, los marxistas ortodoxos no han contribuido a superar esta insatisfactoria situación de la teoría de la cultura. Entre los primeros que han dicho cosas verdaderamente nuevas destaca sin duda Norbert Elias<sup>77</sup>, pero no es casual que sus investigaciones sólo hayan tenido difusión seria en los últimos diez años. Hoy existe una serie de investigaciones sobre el tema; por ejemplo, las de Philippe Aries (*Historia de la muerte e Historia de la infancia*) y, luego, las de Michel Foucault, especialmente sobre los orígenes de la prisión.<sup>78</sup> Estos análisis presentan muchas diferencias, pero los une el principio materialista de que la forma moderna de dominación comienza con la dominación sobre el cuerpo (y si sirve para este fin, hasta del alma y del espíritu). La microfísica política del cuerpo (según la formulación de Foucault) pone de manifiesto en detalle ese proceso que Marx llamó «acumulación primitiva», describiéndolo como una separación de la fuerza de trabajo de sus condiciones objetivas de realización, mientras Max Weber lo interpretó, complementariamente, como interiorización de la moral protestante del trabajo.

Ninguno de los dos define el punto en que esta separación objetiva y esta moral del trabajo, independientemente de la violencia o de la «mutua coacción» de las relaciones económicas, se fijan establemente en el interior del individuo. Elias y Foucault centran su atención en los procesos que tienen lugar por debajo del nivel de la conciencia y de las ideas: en

---

<sup>77</sup> N. ELIAS, «Über den Prozess der Zivilization», 2 vols., 1936, nueva ed. Frankfurt del Main, 1977.

<sup>78</sup> M. FOUCAULT, «Surveiller et punir. Naissance de la prison», París, 1975 (trad. cast. «Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión», Madrid, 1978).

las formas automatizadas de movimiento y de expresión del cuerpo dentro de unidades espaciales y temporales específicas.

Me limitaré a recordar un solo pensamiento del riquísimo análisis de Elias: únicamente la reorganización espaciotemporal o, más bien, la descomposición de la vida instintiva transforma en disponibles fuerzas de trabajo con las que el capitalista puede obtener beneficio. Efectivamente, el proceso más doloroso de la historia moderna es la separación física del hombre de los otros hombres: al comer no toma su parte de un único plato, sino que utiliza tenedor, y hasta el sueño es «intimidado y privatizado, separado de la interacción social de los hombres». Mientras disminuye el límite de la vergüenza y el pudor con respecto al propio cuerpo, tiene lugar al mismo tiempo una atenuación de la agresividad somática, que sólo tolera la convivencia en el estrecho espacio de las ciudades modernas. Nace el *homo clausus* (aunque en una forma que paralelamente dispone de una dimensión interior más o menos autónoma).

Este mecanismo de exclusiones y de particularización determina también las formas de la disciplina y de los castigos. Foucault comienza el libro citado con la ejecución pública del parricida Damiens, uno de los últimos grandes espectáculos públicos de tortura por descuartizamiento; el nacimiento de la prisión es parte de un proceso de civilización en el que el cuerpo mutilado no tiene ya sentido social alguno porque ha perdido su fuerza de trabajo. La microfísica del poder debe trabajar con mecanismos más sutiles. Dice Foucault: «La disciplina no es ya solamente el arte de dividir el cuerpo (...) Cada cuerpo se convierte en un elemento que nunca puede ser colocado, movido y unido a otros elementos. Su valor o su fuerza no son ya las variables principales que lo definen, sino el puesto que ocupa, el intervalo que recorre, la regularidad y el buen orden con los que lleva a cabo sus desplazamientos.» Orden no significa ya que cada uno tiene su puesto fijo en la sociedad, o en su jerarquía ontológica, si se quiere; todos deben estar libres para nuevas combinaciones.

Creo que esta reorganización de los cuerpos y de sus movimientos debe integrarse en la categoría marxiana de la constitución de la fuerza de trabajo, y creo que Foucault no disientiría probablemente, mientras que Elias consideraría demasiado limitado este marco. De todos modos, me parece que su análisis sería difícilmente comprensible si no se explicara por esta constitución originaria de la fuerza de trabajo, sobre la cual se

construyen luego otras formas de expresión de la convivencia social. Sin embargo, es cierto que el análisis de ambos autores debe quedar liberado de implicaciones idiosincrásicas o incluso socialdemócratas, o sea de ese contexto al que la dominación burguesa intenta reducir incluso el cuerpo.

4) Lo que Elias y Foucault dicen del proceso de civilización tiene un doble carácter: mientras se convierte en una mónada, incluso somáticamente, el hombre puede paralelamente formarse un espacio interior en el que la fantasía del instinto sea usada para la agudización y la diferenciación de los sentidos. El nacimiento de la teoría psicoanalítica es ya un síntoma que indica cómo comienzan a ceder las bases culturales de la fuerza de trabajo.

Aquello que había asegurado a la forma tradicional de la cultura (enraizada como estaba incluso en las formas somáticas de expresión) un funcionamiento sustancialmente dócil y sin impedimentos de la fuerza de trabajo, hoy tiene en cambio necesidad de intervenciones cada vez más amplias y costosas, y también, lo que no es menos importante, de una presencia diaria de todo el aparato de la industria de la conciencia. El impetuoso crecimiento de la industria de la cultura y de la conciencia puede deberse en gran parte a las dificultades de la rentabilidad del capital, pero por otra tiene por objeto controlar un proceso de constitución de la fuerza de trabajo que la interiorización y la disciplina física no pueden ya asegurar, y ligarla cada día a las normas del modo de producción existente, inundándola de mercancías. Este proceso es totalmente contradictorio. La producción capitalista a gran escala genera continuamente fantasías que no puede satisfacer. Por ejemplo, la publicidad comercial no es solamente un medio de educación, de destrucción de ciertos hábitos culturales étnicamente determinados en interés de la formación de una identidad nacional, como ha demostrado Stuart Ewan para la sociedad norteamericana; es también la irrealizable promesa de una vida mejor y diferente.

Ahora bien, cuanto menor es la ligazón de tales fantasías con el mismo proceso de producción, y cuanto menos claro está que la producción material es el mejor sistema de condiciones en que tienen lugar la socialización, la disciplina y la cualificación de la fuerza de trabajo, tanto mayor es para el capitalismo el peligro de una fantasía libremente fluctuante, que agranda el potencial de agresiones difusas o de erosiones o que favo-

rece nuevos lazos socialmente significantes. No me parece casual que desde hace un decenio la represión del sistema sea mayor allí donde hay una politización de la socialización, en los sectores de la educación, de la higiene o de la cualificación científica de la fuerza de trabajo, que en los tiempos en que aquélla se manifiesta aún funcional y eficiente.

No disponemos, para el capitalismo tardío, de una micrología materialista de los mecanismos de dominación comparable a la que Elias y Foucault han desarrollado para el período de la sociedad feudal y de la primera burguesía. Elaborarla sería una tarea urgente.

5) Para poder liberar las necesidades y las fantasías de esa atadura con el mundo de la mercancía al que se ven constreñidas mientras no haya alternativas visibles a la sociedad existente, se requiere el desarrollo de una publicidad antagonista (*Genenöffentlichkeit*). Como una verdadera alternativa no puede limitarse a aspectos particulares, ha de intentar englobar a toda la sociedad, rompiendo la hegemonía cultural, así como la económica y política.<sup>79</sup>

En lo que he podido constatar, Antonio Gramsci reconoce con toda claridad la importancia de la hegemonía cultural, que se produce en formas específicas de publicidad, para el proceso de la revolución en Europa. La publicidad proletaria, que siempre tiene la tendencia revolucionaria a romper la hegemonía cultural de las clases dominantes, es un *proceso* de producción de experiencias en el que se superan los más eficaces mecanismos de la dominación burguesa, las fragmentaciones del espacio y del tiempo. Los hombres se reúnen, como productores asociados, en lugares donde discuten de *sus cosas*, y en momentos que son expresión de su existencia. Sólo así podría la democracia reconquistar su contenido de emancipación originario.

---

<sup>79</sup> Este conjunto de problemas ha sido estudiado detalladamente por Alexander Kluge y por sí mismo [O. Negt] en el libro «*Offentlichkeit und Erfahrung. Zur Organisation-analyse von bürgerlicher und proletarischer Offentlichkeit*», Frankfurt del Main, 1972.

HANS-JOSEF STEINBERG

*El partido y la formación de la ortodoxia marxista*

En la introducción a la *Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel*, de 1843-1844, Marx ha enunciado la tesis, citada con frecuencia en adelante, de que la teoría se convierte en fuerza material cuando penetra en las masas, y de que tal proceso es posible a condición de que la teoría corresponda a las necesidades reales de los hombres. Lo que caracteriza tal fenómeno es no sólo el hecho de que el pensamiento empuja hacia la realización, sino también el de que la realidad misma debe avanzar hacia el pensamiento<sup>80</sup>. Es nuestro propósito mostrar en estas páginas que en una determinada fase de desarrollo de la sociedad burguesa capitalista se han formado, sustancialmente en el área europea, partidos socialistas de masas cuyos programas estaban condicionados, en mayor o menor medida, por la teoría marxista.

El proceso de relación entre el movimiento obrero y la teoría marxista debe seguirse detalladamente, con el fin de delimitar en sus rasgos específicos lo que generalmente se ha denominado el marxismo de la Segunda Internacional. Si ponemos en primer plano la evolución alemana no es un homenaje a esa óptica germanocéntrica, justamente criticada, desde la que con harta frecuencia se ha considerado la historia del socialismo, antes y durante la época de la Segunda Internacional; tampoco es para confirmar la discutible tesis del carácter paradigmático de la socialdemocracia alemana, que tiene sobre todo el inconveniente de no tener en cuenta la evolución específica que tuvo lugar en diversos países en los

---

<sup>80</sup> «En efecto, las revoluciones necesitan un elemento pasivo, una base material. Un pueblo sólo pondrá por obra la teoría, en cuanto ésta represente la realización de sus necesidades. A la enorme discrepancia entre las exigencias del pensamiento alemán y las respuestas de la realidad alemana ¿le corresponderá la misma discrepancia de la sociedad burguesa civil dentro de sí y con el Estado? ¿Se convertirán directamente en necesidades prácticas las necesidades en teoría? No basta con que el pensamiento apremie su realización; la realidad misma tiene que requerir el pensamiento.» Cf. K. MARX y F. ENGELS, «Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel». *Introducción*, en «OME», vol. 5, pp. 21S-219.

años ochenta<sup>81</sup>. Si nuestro interés se ha concentrado en cierta medida en el movimiento alemán, es sobre todo porque determinados desarrollos que conciernen tanto a la elaboración de la ortodoxia marxista como a la organización socialista del partido han tenido lugar allí primero, y han asumido en Alemania una forma más clara y unívoca. Esto se relaciona naturalmente con el hecho de que, tras la derrota sufrida por Francia en la guerra franco-prusiana, el centro de gravedad del movimiento obrero internacional se había desplazado de Francia a Alemania, fenómeno que Marx y Engels no sólo habían previsto, sino incluso valorado positivamente, en cuanto implicaba un debilitamiento de la ideología rival más importante, el proudhonismo<sup>82</sup>. La caída de la Comuna, la «sangría de París», reforzó la tesis del desplazamiento del centro de gravedad del movimiento obrero continental. El mito nacido de la caída de la Comuna, que le permitía a la revolución social crear su «poesía» a partir del propio pasado<sup>83</sup>, y trasponerla como realidad al futuro, se convertía ahora, conforme a la visión de Marx y de Engels, en tarea del movimiento obrero alemán.

Está claro que no son las previsiones y los deseos de los individuos los que determinan el curso de la historia, y así, es decisivo para la historia del movimiento obrero alemán el hecho de que, tras la explosión de la revolución industrial, culminada en el gigantesco *boom* de los años 1871-1873 (el cual se ve favorecido por los 5 mil millones de francos-oro pagados por Francia en concepto de reparaciones de guerra), el *crack* y una larga depresión golpean al Imperio alemán con especial gravedad, y el hecho de que al mismo tiempo la concentración de los medios de producción progresa en Alemania con una rapidez que sólo encuentra parangón en los Estados Unidos de América. Un presupuesto importante del hecho

---

<sup>81</sup> A este respecto, cf. E. J. HOBBSAWM, *La difusione del marxismo* (1890-1905), en «Studi storici», 1974, pp. 241-269.

<sup>82</sup> Carta de Marx a Engels, del 20 de julio de 1870, en K. MARX y F. ENGELS, «Werke», «Mew», Berlín, 1966, vol. 33, p. 5. Cf. también HANS-JOSEF STEINBERG, «Sozialismus, Internationalismus und Reichsgründung», en «Reichsgründung 1870-1871», edición a cargo de Theodor Schieder-Ernst Deuerlein, Stuttgart, 1970, p. 329.

<sup>83</sup> En *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Marx había escrito en 1852: La revolución social del siglo XIX no puede sacar su poesía del pasado, sino solamente del porvenir («Mew», vol. 8, p. 117 [trad. cast, en «Obras escogidas», cit vol. 1, p. 232]).

de que el marxismo arraigara en el movimiento obrero alemán antes que otro sitio fue la formación precoz (o incluso prematura, como se ha dicho no sin razón<sup>84</sup>) del partido socialista en dicho país. A su vez, ello fue la consecuencia del hecho de que la revolución industrial, muy avanzada en los años sesenta, no se vio acompañada por la solución de la cuestión nacional ni, menos aún, por la democratización de la esfera política. Una vez realizada la unidad nacional de la «pequeña Alemania», tras la guerra franco-prusiana, este resultado no se debió a la lucha de la democracia burguesa, relativamente débil tras el período 1848-1849, ni al movimiento obrero, que apenas se estaba formando entonces. Lo que tuvo lugar fue un compromiso histórico entre la gran mayoría de la burguesía nacional (que tras la derrota sufrida en 1849 se había puesto el sayo de la penitencia, tomando decididamente el camino de la realpolitik y abandonando los ideales de otro tiempo, considerados ahora como «bobadas de juventud»<sup>85</sup>, según la expresión de Bebel) y el Estado prusiano, en el que el bonapartismo de Bismarck hizo que la burguesía renunciase de buen grado al poder político a cambio de la posibilidad de una gran expansión económica.

Esta nueva orientación de la burguesía llevó necesariamente a la autonomía política del movimiento obrero y a la fundación de dos partidos socialistas, en 1863 y en 1869. A este respecto, su adhesión a la Asociación obrera internacional, que tiene lugar en los años sesenta, debe considerarse como expresión del creciente aislamiento del movimiento obrero alemán en el ámbito nacional. Con la fundación del Imperio este aislamiento se acentuó y el movimiento obrero fue víctima de persecuciones aún más duras, hasta el punto de que Engels suponía, con razón, que el proletariado socialista era la víctima destinada a conciliar los Junker con la burguesía<sup>86</sup>. Al constatar cómo las clases dominantes afirmaban que el movimiento obrero era «enemigo de Alemania», Wilhelm Liebknecht se

---

<sup>84</sup> Cf. W. SCHIEDER, «Das scheitern des bürgerlichen Radikalismus und die sozialistische Parteibildung in Deutschland», en «Sozialdemokratie zwischen Klassenbewegung und Volkspartei», edición a cargo de Hans Mommsen, Frankfurt del Main, 1974, pp. 17-34.

<sup>85</sup> A. BEBEL, «Die parlamentarische Tätigkeit des Deutschen Reichstags und der Landtage und die Sozialdemokratie», Leipzig, 1873, p. 3 y ss.

<sup>86</sup> Carta de Engels a Karl Klein y Friedrich Moll, del 10 de marzo de 1871, en «Mew», vol. 23, p. 188.

vio obligado a declarar en octubre de 1871: «Nos acusáis de no tener patria, vosotros que nos la habéis quitado».<sup>87</sup> Al morir la esperanza de realizar un «Estado popular libre», reivindicado en el punto I del Programa de Eisenach, las miradas se volvieron con mayor decisión hacia la revolución proletaria; la idea de la necesidad histórica del fin de la sociedad capitalista-burguesa, y por tanto del Estado entendido como expresión de la burguesía y de los terratenientes, vino a sustituir en cierto modo al objetivo señalado por Marx y Engels en 1848 («toda Alemania es declarada República una e indivisible»)<sup>88</sup>, que ya no parecía realizable. Así, Liebknecht declaraba en 1871: «En el repique de campanas que celebra vuestra victoria percibimos ya el toque fúnebre que acompañará a vuestro fin»<sup>89</sup>.

La insurrección de la Comuna de París fue determinante. Precisamente, la reacción unánime y unilateral de las clases dominantes alemanas (incluida la burguesía, que continuaba denominándose liberal) ante los acontecimientos parisienses abrió los ojos a un movimiento obrero todavía aislado y cerrado en sus fronteras nacionales, señalándole la vía de la solidaridad internacional de clase; por otra parte, agudizó las contradicciones en Alemania, sobre todo después de que Bebel afirmara en el Reichstag, el 25 de mayo de 1871, que la Comuna era tan sólo «una batallita de vanguardia».

Esta rápida incursión por los años de la constitución del Reich permite poner de manifiesto el desarrollo específico de la burguesía alemana tras el fracaso de la revolución de 1848-1849, que había empujado al movimiento obrero socialista alemán a una situación que lo predestinaba a adoptar las teorías marxistas. Al examinar la difusión del marxismo en los partidos de la Segunda Internacional, Hobsbawm ha sostenido que «en los países en que el capitalismo estaba consolidado o en expansión... la

---

<sup>87</sup> W. LIEBKNECHT, «Zu Trutz und Schutz, Festrede gehalten zum Stiftungsfest des Crimmitschauer Volksvereins am 22. Oktober 1871», Zurich, 1883, p. 4.

<sup>88</sup> «Rivendicazioni del partito comunista in Germania», en MARX-ENGELS, «Opere», cit., vol. 7, p. 3.

<sup>89</sup> LIEBKNECHT, «Zu Trutz», cit., p. 4; cf. también la declaración de Liebknecht ante el tribunal de Leipzig: «Un Estado como la Alemania prusiana de Bismarck está condenado por su mismo origen a un fin violento, con fatal necesidad» (Der Hochverratsprocess wider Liebknecht, Bebel, Hepner vor dem Schwurgericht zu Leipzig vom. 11 bis 26. Marz 1871, introducción de W. Liebknecht, Berlín, 1894, p. 459).

socialdemocracia sólo era fuertemente marxista allí donde los sectores de la burguesía liberal no habían logrado en el pasado ponerse a la cabeza de un movimiento radicaldemocrático de la pequeña burguesía, arrastrando tras de sí, en un frente común de lucha contra la aristocracia, a importantes sectores de obreros políticamente conscientes».<sup>90</sup> Esta situación era especialmente válida en Alemania.

Pese a que el movimiento obrero se encontraba aislado en el marco de la política nacional y era duramente perseguido por los organismos gubernativos, operaba no obstante en un Estado caracterizado por la rápida expansión de la producción capitalista, un Estado que incluso en el período de la gran depresión podía enorgullecerse de índices de crecimiento más elevados que los del resto de las naciones industriales de la Europa continental. Se trataba, pues, de una situación favorable al crecimiento de la clase obrera, aun cuando ésta realizara en gran parte sus experiencias sobre todo durante la crisis abierta dramáticamente en 1873, que produjo un grave desempleo y, hasta el final de los años setenta, una sensible disminución de los salarios nominales y reales. Los trabajadores veían en la crisis la ofensiva del capital; las huelgas ofensivas no eran entonces concebibles, mientras que estaban a la orden del día las huelgas defensivas, las medidas represivas y las coaliciones entre empresarios. Los trabajadores no tenían dificultad en darse cuenta de la función asumida por el Estado, el cual, en una grave crisis económica, intervenía activa y abiertamente a favor del capital y contra los trabajadores con medidas administrativas dirigidas a golpear y abatir a las organizaciones políticas de los obreros. En tal situación, los seguidores de los dos partidos socialistas alemanes, lassallianos y eisenachianos, víctimas de modo diverso de la crisis económica y de la dura represión gubernativa, no entendían las razones de una división política y abogaban por la unificación. Como se sabe, ésta tuvo lugar en 1875 en Gotha, gracias a las presiones de la base.

El programa de Gotha mostró que la orientación del partido unificado, el partido socialista de los trabajadores, no se basaba en el marasmo, sino que estaba determinada por la influencia de Lassalle (*Las Glosas marginales de Marx* no dejarían duda alguna sobre ello); sin embargo, la misma unificación fue un progreso sustancial, incluso desde el punto de vista

---

<sup>90</sup> HOBSBAWM, «La diffusione del marxismo», cit., p. 265.

de una posible apertura al marxismo, hasta el punto de que Engels pudo escribir en octubre de 1875, a propósito del *Programa de Gotha*, en una carta a Wilhelm Bracke: «Obreros, burgueses y pequeñoburgueses leen entre líneas lo que debería estar y no está»<sup>91</sup>. Tras la unificación se confirmaron casi por completo las previsiones de Marx y Engels. El partido unificado obtuvo en las elecciones de 1877 al Reichstag el 9,1 por ciento de los votos, o sea el 36 por ciento más que los obtenidos por los dos partidos juntos en 1874. Pero lo que de verdad asustó a las clases dominantes fue que en la capital, Berlín, el movimiento obrero socialista obtuviera casi el 40 por ciento de los votos, y en Sajonia, una región muy industrializada, el 38 por ciento. No se trataba ya evidentemente de un partido inconsistente y dividido, sino de una formación política que representaba virtualmente a toda la clase obrera.

Aunque el nuevo partido estaba abierto a la teoría marxista, su asimilación de ésta tuvo lugar de manera muy lenta. Hay que evitar, sobre todo en ese período, recurrir al criterio del número de citas de las obras de Marx y Engels; conviene, en cambio, seguir una indicación bastante importante de Haupt, la de demostrar el nacimiento de un pensamiento marxista teórico y político endógeno, y determinar la posición que este pensamiento ocupó en la realidad del movimiento obrero y en la vida intelectual del país.<sup>92</sup> Los numerosos esfuerzos de cierta historiografía marxista-leninista, que intenta rastrear cualquier huella de *El Capital*, por mínima y remota que sea, representan a mi juicio un trabajo de Sísifo.<sup>93</sup> Lo mismo vale para otras obras de Marx y de Engels. Por ejemplo, el hecho de que, como observa Hobsbawm, entre 1890 y 1905 se publicaran quince

---

<sup>91</sup> K. MARX y F. ENGELS, «Briefwechsel mit Wilhelm Bracke (1869-1880)», a cargo de H. Gemkow, Berlín, 1963, p. 81 y ss.

<sup>92</sup> Cf. G. HAUPT, «Zur Problematik "Geographie des Marxismus". Einige Bemerkungen», en «Ith-Tagungsberichte». 1976, p. 45.

<sup>93</sup> A este respecto cf., entre otros, H. SKAMPRAKS, «"Das Kapital" von Marx. Waffe im Klassenkampf. Aufnahme und Anwendung der Lehren des Hauptwerks von Karl Marx durch die deutsche Arbeiterbewegung (1867-1878)», Berlín, 1977; E. KOPF, «Die Wirkungsgeschichte von Karl Marx' "Das Kapital" in Deutschland bis 1872», tesis doctoral, Jena, 1967; K. KOZIANKA, «Zur Wirkungsgeschichte des "Kapitals" von Karl Marx in der deutschen Arbeiterbewegung von 1890-1895», tesis doctoral, Jena, 1976.

ediciones inglesas del *Manifiesto* frente a veinte alemanas<sup>94</sup>, no quiere decir absolutamente nada sobre la influencia ejercida realmente por el marxismo en el movimiento obrero inglés y angloamericano, de igual modo que las numerosas ediciones de textos marxistas realizadas en la República federal alemana tras el movimiento estudiantil de 1968-1973 muestran la existencia de numerosos grupúsculos autodenominados marxistas, pero no la influencia de masas del marxismo.

La realidad es que mediado el decenio de 1870, y pese a las afirmaciones contrarias, el marxismo sólo se impone parcialmente en la socialdemocracia alemana. Lo que Bebel escribió a Engels en mayo de 1873 («No debe olvidar que los escritos de Lassalle, con su lenguaje vulgarizador, forman efectivamente la base del socialismo de las masas. Es un hecho que no podemos ignorar: en Alemania se difunden diez, veinte veces más que cualquier otro escrito socialista. Por eso Lassalle goza de una notable popularidad»)<sup>95</sup> vale también para todo el período que se extiende hasta la promulgación de las leyes contra los socialistas. No es casual que los historiadores más prestigiosos del movimiento obrero alemán afirmen que los años setenta representan para el partido alemán un período de eclecticismo, y llamen justamente la atención sobre la rica gama de teorías socialistas que en esa época se ofrecían a la elección del movimiento obrero y que incluso gozaban de cierta resonancia. Es sobre todo decisivo el hecho (y esto es válido para todo el movimiento obrero socialista) de que en los años setenta lo que hoy llamamos comúnmente «marxismo» no existía aún. Falta aún un análisis exacto de la difusión de los escritos de Marx y de Engels en ese período; tal análisis mostraría (con toda la cautela que requiere una investigación de esta índole) que algunos escritos, como *El Capital* y el *Manifiesto*, habían alcanzado cierta difusión, pero que el marxismo entendido como sistema teórico orgánico, como concepción política en la que cada aserción tiene su lugar determinado, no había sido todavía elaborado ni hecho accesible de modo suficiente.

Como sistema acabado en sí mismo y como visión política del mundo, el marxismo se fue organizando progresivamente, en el período que va del

---

<sup>94</sup> HOBBSAWM, «La diffusione del marxismo», cit., p. 25S.

<sup>95</sup> Bebel a Engels, antes del 19 de mayo de 1873, en «August Bebel Briefwechsel mit Friedrich Engels». a cargo de Werner Blumenberg, 's Gravenhage, 1965, pp. 14 y ss.

final de los años setenta hasta la muerte de Engels, condicionando los programas y la táctica de la socialdemocracia alemana y, con algunas limitaciones fundamentales, de la Segunda Internacional. Aunque ello no excluye que algunos elementos de la teoría marxista (enunciados sobre todo en el *Manifiesto* y en el primer libro de *El Capital*) fueran ya integrados por el movimiento obrero alemán e internacional ya antes, al final de los años sesenta y durante el decenio siguiente. La formación de una ortodoxia marxista y su ligazón con el movimiento obrero tuvieron lugar en condiciones históricas particulares que han de analizarse si se quiere comprender la naturaleza específica de esta ortodoxia marxista, sustancialmente asociada al nombre de Karl Kautsky. Estas condiciones están constituidas por el largo período de crisis que atravesó la economía capitalista, por la represión estatal contra la clase obrera (directamente relacionada con esta crisis y que culmina en las leyes contra los socialistas), y por la influencia del *Anti-Dühring* de Engels sobre toda una generación de jóvenes intelectuales socialistas, los cuales sentían a su vez el efecto determinante de la ciencia contemporánea, y sobre todo del darwinismo.

Será oportuno examinar ante todo la función desempeñada por el *Anti-Dühring* de Engels, que representa la primera exposición general y sistemática de las teorías de Marx y Engels. Escrita con el objetivo de combatir la competencia en el terreno ideológico (además de Eugen Dühring, son objeto de polémica sobre todo Albert Schäffle, Karl Rodbertus-Jagetzow y Friedrich Albert Lange), la crítica engelsiana del sistema de su adversario ha dado lugar a una «síntesis enciclopédica de nuestra concepción de los problemas filosóficos, científicos e históricos».<sup>96</sup> La polémica contra Dühring, junto a la crítica materialista de todo el saber de la época, «se convirtió en una exposición más o menos coherente y sistemática del método dialéctico y de la concepción comunista del mundo sostenidas por Marx y por mí, y esto ocurrió en una serie bastante amplia de campos temáticos»<sup>97</sup>. Los tres aspectos principales de la obra de Marx (filosofía, economía política y socialismo) son presentados por vez prime-

---

<sup>96</sup> Engels a Eduard Bernstein, del 11 de abril de 1884, en «Mew», vol. 36, p. 136 (trad. cast, en MARX-ENGELS, «Cartas sobre "El Capital"», Barcelona, 1968, p. 253).

<sup>97</sup> Prólogo a la 2.a edición del «Anti-Dühring», en MARX-ENGELS, «OME», vol. 35, p. 6.

ra en sus nexos recíprocos, y el patrimonio intelectual marxiano hasta entonces conocido, principalmente relacionado con la economía política, figura por vez primera como parte de un sistema teórico general. Precisamente por ello el *Anti-Dühring* tuvo una influencia tan determinante. En un manuscrito póstumo conservado entre los papeles de Bernstein, se dice que la obra «contribuyó a hacer accesible a amplios estratos del partido el grandioso mundo del pensamiento marxista, hasta entonces poco comprendido, y condicionó su ulterior evolución».<sup>98</sup> Kautsky, que estudió el *Anti-Dühring* en 1880, ha subrayado repetidas veces que la obra había contribuido a su comprensión del marxismo más que cualquier otro libro.<sup>99</sup>

En general no puede hablarse de «escuela marxista» hasta después de la difusión y la asimilación de esta obra; sólo entonces el movimiento obrero dispuso de una concepción universal del mundo fundamental en bases materiales, una especie de enciclopedia del marxismo en la cual la concepción materialista de la historia y la crítica dialéctica se aplicaban a todas las formas fenoménicas de la sociedad y de la naturaleza. Se ha observado repetidas veces que el *Anti-Dühring* ha facilitado o incluso provocado algunas deformaciones que caracterizan al marxismo de la Segunda Internacional. Es cierto que, al recurrir al gran prestigio de las ciencias naturales y en especial de la teoría de la evolución a fin de demostrar la universalidad de la dialéctica y por tanto la validez del materialismo histórico, no se podía evitar el caer en equívocos de graves consecuencias en una generación de jóvenes teóricos fuertemente sometidos a la influencia de las ciencias naturales en forma de un darwinismo degenerado en vitalismo. La interpretación evolucionista de las afirmaciones marxianas llevó a pensar que el determinismo económico era el elemento verdaderamente importante de la doctrina marxiana, con el resultado de destruir la síntesis de relaciones económicas y actividad política revolucionaria.

---

<sup>98</sup> Manuscrito incompleto y sin fecha (10 páginas mecanografiadas), Bernstein-Nachlass, B 8 IISG, Amsterdam.

<sup>99</sup> Cf. F. ENGELS, «Briefwechsel mit Karl Kautsky, a cargo de B. Kautsky, Wien, 1955, p. 4; K. KAUTSKY, «Erinnerungen und Erörterungen», a cargo de B. Kautsky, Den Haag, 1960, pp. 436 y ss. («Entonces me liberé de todos los restos de mi eclecticismo anterior, me hice marxista convencido y consecuente y he continuado siéndolo hasta hoy», p. 437).

En la parte general del *Programa de Erfurt* (votado por la socialdemocracia alemana en 1891 y asumido con frecuencia como modelo por los otros partidos de la Segunda Internacional), al igual que en los escritos de divulgación de Kautsky, lo que en Marx estaba presente en forma de una tendencia, de un principio dinámico del capitalismo, aparece como una ley histórica universalmente válida, y aquello que para Marx era un principio dialéctico del movimiento histórico, se configura como pura y simple evolución, al final de la cual se encuentra, casi como un acontecimiento natural, la revolución social, para la que el proletariado debe prepararse mediante la organización. «Nuestra tarea no es la de organizar la revolución; sino la de organizamos *para* la revolución; no *hacer* la revolución, sino *usarla*». <sup>100</sup> Aun teniendo en cuenta que estas palabras tienen por finalidad establecer una clara línea de demarcación respecto de las tendencias anarquistas (de hecho, la formación de los partidos socialdemócratas y el nacimiento de cierta hegemonía del marxismo se produce simultáneamente al distanciamiento con respecto al anarquismo, entre 1880 y 1896), arrojan no obstante una luz significativa sobre algunos aspectos esenciales de la ortodoxia marxista «a lo Kautsky».

La interpretación evolucionista del marxismo se consolidó, en los años ochenta y a comienzos de los años noventa, sobre todo porque la tesis sobre la «necesidad natural» del fin de la sociedad burguesa capitalista (una «banca rota» cuya liquidación era la tarea principal de la clase obrera, como dijo Franz Mehring en 1894<sup>101</sup>) parecía ofrecer una explicación adecuada de la crisis económica del período de la denominada «gran depresión». Este prolongado período de dificultades, que dura casi todo el último cuarto del siglo pasado, no sólo aumentó la inseguridad de la vida de los trabajadores, sino que creó una situación de inestabilidad también en la burguesía acabando definitivamente con su optimismo económico; al mismo tiempo determinó, al menos en parte, ese optimismo ingenuo que desde los años ochenta dominó en la socialdemocracia, y especialmente en la base. Es fácil reconocer en tal sentimiento la esperanza en una revolución inminente (y la revolución era identificada con un

---

<sup>100</sup> SYMMACHOS (K. KAUTSKY), *Verschwörung oder Revolution?*, en «Der Sozialdemokrat», 20 de febrero de 1881.

<sup>101</sup> F. MEHRING, *Der Festtag der Arbeit*, en «Neue Zeit», XII, 1893-1894, n. 2, p. 99.

mal definido derrumbe general, «Zusammenbruch» del orden político y social existente); ese sentimiento se alimenta de una teoría que no por casualidad abusaba de la expresión «necesidad natural», creyendo así caracterizar todo el desarrollo de la sociedad capitalista, incluido su próximo fin. Un fin que debía producirse tan inevitablemente que «podemos cruzarnos de brazos y dejar que nuestros enemigos trabajen por nosotros».<sup>102</sup>

La repetida y cotidiana experiencia de la vulnerabilidad a las crisis de la sociedad capitalista indujo a creer que ésta podía hundirse muy pronto. Los teóricos y los políticos del movimiento obrero imaginaban este acontecimiento como una grave crisis económica que desembocaría en una crisis social general y, finalmente, en el derrumbe de toda la sociedad capitalista. August Bebel (cuya expresión favorita en los años 1880 era «der grosse Kladderadatsch», el gran catacrack) creía poder caracterizar así este fin, en 1884: «Al final, un hábil empujón hará que se hunda el viejo cascarón como un castillo de naipes».<sup>103</sup> La represión gubernativa y la experiencia en la crisis por parte de los obreros (que veían cómo casi siempre sus luchas acababan en fracaso, mientras las luchas sindicales aparecían cada vez más sin perspectiva) explican la tendencia a aceptar el eslogan del derrumbe necesario e inminente del capitalismo. Precisamente por el hecho de que durante la crisis y la larga depresión los miembros del partido se habían convencido de que el derrumbe general del capitalismo era la quintaesencia del socialismo científico, más tarde, en el período del debate sobre el revisionismo, la ortodoxia marxista se propuso evitar la total desorientación de la base, provocada a su juicio por la revisión radical llevada a cabo por Bernstein.

Téngase también presente que, como se ha dicho, en los años ochenta pesó gravemente sobre el movimiento obrero el aislamiento político de la socialdemocracia, causado entre otras cosas por la ausencia de un partido radical-democrático, aliado potencial de la socialdemocracia, capaz de mediar entre ésta y la burguesía no monopolista. En este terreno echa

---

<sup>102</sup> Por ejemplo, Engels a F. A. Sorge, 7 de marzo de 1884, «Mew», vol. 36, p. 123.

<sup>103</sup> Bebel a Hermann Schlüter, 24 de febrero de 1884, en *Bebel-Nahclass*, B 43, IISG, Amsterdam.

raíces ese attentismo revolucionario<sup>104</sup> que no sólo ha sido determinante para la socialdemocracia alemana, sino también para casi todos los partidos de la Segunda Internacional. Tal actitud tendía sobre todo a infravalorar la capacidad de resistencia de la sociedad capitalista-burguesa; en las dificultades de los años de la «gran depresión» solamente veía la «crisis» y no la nueva realidad que estaba emergiendo, el capitalismo monopolista en formación. Si se considera la evolución que luego tuvo lugar, no puede uno menos que sorprenderse al leer las palabras que Bebel dirigió a Engels en 1881: «Si, como no hay razón para dudarlo, las cosas continúan desarrollándose en esta dirección, creo posible que en cierto momento las clases dominantes acaben encontrándose en un estado hipnótico y dejen que las cosas sigan su curso, sin casi oponer resistencia. (...) La condición es que el desarrollo pueda madurar plenamente sin ser perturbado por incidentes imprevistos, y que la explosión no se produzca prematuramente».<sup>105</sup>

En cualquier caso, debe tenerse presente que todas las especulaciones sobre el momento del derrumbe de la sociedad capitalista no podían basarse en lo que Marx había escrito: si bien éste había negado radicalmente la posibilidad de una expansión ilimitada del capitalismo y había afirmado la inevitabilidad de la revolución socialista, nunca había previsto un hundimiento económico específico. De todos modos, lo que Kautsky, Bebel, Bernstein y otros difundieron en los años ochenta como «marxismo» (concepto que por lo demás se populariza en Europa en los años noventa, tras los debates teóricos de los años 1896-1897) captaba mucho mejor el fenómeno de la crisis capitalista, el endurecimiento de las luchas

---

<sup>104</sup> Sobre esto cf. especialmente D. GROH, *Negative Integration unci revolutionärer Attentismus. Die deutsche Sozialdemokratie am Vorabend des Ersten Weltkrieges*, Berlin, 1973.

<sup>105</sup> Bebel a Engels, 28 de marzo de 1881, en «August Bebel Briefwechsel mit Friedrich Engels», cit., p. 106. Cf. a este respecto MEHRING, «Der Festtag», cit., sobre el mecanismo interno del modo de producción capitalista: «Actúa con una seguridad que permite prever el hundimiento total de la sociedad burguesa, si no para un día determinado o para una hora determinada, sí al menos para un período no demasiado lejano.» También se expresa en términos icásticos, durante la crisis, Gabriel Deville: «El socialismo no es otra cosa que el resultado de la evolución económica actual, destinado a realizarse por la necesidad de los acontecimientos naturales», en «Neue Zeit», 1890-1891, p. 478.

de clases y sobre todo la función del Estado como instrumento de opresión en manos de las clases dominantes, que todas las otras teorías rivales, al tiempo que permitía a la clase obrera creer firmemente en el próximo fin de su miseria. Esto puede también explicar por qué la formación de la ortodoxia marxista pudo contar con el apoyo de las masas durante los años ochenta, cuando las discusiones teóricas se hicieron más apasionadas con el resultado de eliminar en gran parte la influencia del socialismo de Estado. Fue la «lógica de los hechos», como escribió Karl Kautsky en 1891, «la que liberó a la gente del lassallismo, metiéndole en la cabeza un poco de "marxismo"». <sup>106</sup> El hecho de que el mismo Kautsky ponga el término marxismo entre comillas muestra con cuántas reservas hablaba de una asimilación del marxismo por parte de las masas. La conclusión visible de esta evolución se plasma en el nuevo estatuto organizativo aprobado en el Congreso de Halle de octubre de 1890, y sobre todo en el Programa de Erfurt de 1891. Las discusiones que tuvieron lugar en torno a este programa muestran claramente que en el inicio de los años noventa, y sobre la base de las experiencias realizadas durante la crisis y la represión, la clase obrera sólo podía disponer, para la formulación de los principios fundamentales de su programa, de las teorías de Marx y de Engels, en la forma en que se habían recibido e interpretado después de 1879.

Durante los veinte años siguientes las formas organizativas y las líneas programáticas de la socialdemocracia alemana influyeron sobre otros muchos partidos, poniendo así las bases del marxismo de la Segunda Internacional. A ello hay que añadir el hecho de que la *Neue Zeit*, fundada por Kautsky en 1883, llegó a constituir un órgano teórico que, pese a su tirada relativamente escasa, ejerció una influencia determinante sobre los teóricos de los otros partidos socialistas, al menos a partir de 1891; lo prueba no sólo el elenco de colaboradores, sino también y sobre todo la amplia y abundante correspondencia con la redacción, conservada en el archivo Kautsky. Por otra parte, hemos de observar que en los años ochenta la *Neue Zeit* sufrió la influencia de las ciencias naturales y del

---

<sup>106</sup> Kautsky a F. A. Sorge, 10 de febrero de 1891, en Kautsky-Nachlass, C 659, IISG, Amsterdam.

darwinismo con más fuerza que la de la teoría marxista<sup>107</sup>: piénsese en el hecho de que el primer volumen de la *Internationale Bibliothek*, editada por el Dietz-Verlag (una colección que tuvo gran importancia para todo el socialismo internacional), fue el libro de Edward Aveling sobre la teoría de Darwin, publicado en 1908 en su octava edición.

Pero en el cuarto de siglo que precede a la Primera Guerra Mundial el verdadero dilema del socialismo internacional fue que algunos enunciados fundamentales de la ortodoxia marxista habían sido determinados por la crisis, por la «gran depresión», y que el mismo programa de Erfurt contenía sin duda la aplicación programática de las experiencias de la crisis. Precisamente por ello la época de prosperidad que se inició en 1896 bajo el signo de la concentración monopolista y que puso pronto de manifiesto la nueva capacidad de resistencia y de integración de la sociedad burguesa-capitalista llevó consigo una grave crisis en el campo de la teoría del movimiento obrero socialista. El desarrollo económico que tuvo lugar al final de los años 1890 le quitó bases a toda esperanza en una revolución y en un derrumbe a corto plazo. A tal propósito se habló de «crisis del marxismo»: hubiera sido más exacto hablar de una crisis de la ortodoxia marxista. Antonio Labriola caracterizó con agudeza, en 1899, el cambio operado en el desarrollo económico y sus repercusiones sobre la ortodoxia:

En realidad, tras todo ese ruido de polémicas, hay una cuestión seria y fundamental. Las ardientes, vivas e impacientes esperanzas de hace unos años (esperanzas demasiado precisas en sus particularidades y en sus tonos) se enfrentan ahora con las complicadas resistencias de las relaciones económicas y con los intrincados engranajes del mundo político<sup>108</sup>.

Para poder afrontar adecuadamente los nuevos fenómenos, y en especial el imperialismo y todas sus manifestaciones, fue sobre todo decisivo

---

<sup>107</sup> Cf. H. J. STEINBERG, «Sozialismus und deutsche Sozialdemokratie. Zur Ideologie der Partei vor dem Ersten Weltkrieg», Berlín-Bad Godesberg, 1976 p. 51.

<sup>108</sup> A. LABRIOLA, Polemiche sul socialismo (15 de abril de 1899), en «Scritti politici», a cargo de V. Gerratana, Barí, 1970, p. 441.

el hecho de que la ortodoxia marxista no dispusiera de un almacén propio y de que, en cuanto ortodoxia, no fuera capaz de construirlo, al confundir el movimiento con la táctica «coronada de victoria». Este punto sería atacado desde la derecha por la crítica revisionista y desde la izquierda por la crítica radical, a las que la ortodoxia, fijada rígidamente en un estático centrismo ya antes de 1910, sólo sabría contraponer su propia reproducción. Mientras los revisionistas y los radicales intentaban por caminos distintos transformar con nuevas estrategias el mundo cambiado, la ortodoxia esperaba (como dijo irónicamente Wilhelm Liebknecht) que, como en el país de la Cucaña, «los pichones asados de la revolución» le cayeran en la boca.<sup>109</sup>

A este respecto resulta interesante el hecho de que, prescindiendo de algunos fenómenos particulares, esta crisis no influyera en el desarrollo *cuantitativo* de los partidos socialistas marxistas. El automatismo que caracteriza el crecimiento económico de los países altamente industrializados desempeña aquí una función decisiva. Sobre tal aspecto es interesante la observación de Eric Hobsbawm: la integración efectiva del movimiento obrero en el orden político y social de los países capitalistas avanzados tuvo como contrapartida el hecho de que el marxismo se convirtiera en la ideología del movimiento revolucionario ruso, movimiento que contribuyó a revitalizar el marxismo en los Estados industriales.<sup>110</sup> Para corroborar esta interpretación, basta pensar en las influencias que la primera Revolución rusa tuvo sobre los dirigentes socialistas de los demás partidos de la Segunda Internacional.

Pero la ortodoxia marxista, el marxismo de la Segunda Internacional, no quedó solamente marcada por la crisis, sino también por una determinada estrategia para la conquista del poder político, que en sus rasgos esenciales enlaza con Engels. Otra cosa es que luego esa estrategia demostrara ser cada vez más ineficaz y que precisamente de aquí partiera la oposición a la hegemonía del partido alemán en la Segunda Internacional<sup>111</sup>. Junto a la expectativa de la revolución social había la decisión de

---

<sup>109</sup> «Protokoll über die Verhandlungen des Parteitages der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands, abgehalten zu Erfurt vom 14-21.10.1891», pp. 343 y ss.

<sup>110</sup> HOBBSAWM, «La difusión del marxismo», cit., p. 268.

<sup>111</sup> Véase la polémica de Jaurfcs contra Bebel en el Congreso de Amsterdam de la Internacional, en 1904 («Protokoll», p. 38).

lograr la emancipación de la clase obrera por medios legales y parlamentarios. Desempeñó un papel decisivo el sufragio universal, que otros hubieron de conquistar al precio de duras luchas, y que en Alemania fue introducido desde 1866 gracias a un cálculo «bonapartista» de Bismarck. Según Engels, la capacidad de la socialdemocracia para utilizar el sufragio universal había proporcionado un instrumento con el que medir el desarrollo del socialismo. Ya en 1884, al considerar el éxito obtenido por el partido en las elecciones al Reichstag, Engels comparaba su ascenso con el progreso imparable y seguro del cristianismo, un ascenso tan seguro «que es posible calcular matemáticamente desde ahora la ecuación de su creciente velocidad, y por consiguiente el momento de su victoria».<sup>112</sup> Su tesis, defendida en la época de las leyes contra los socialistas, de que un desarrollo pacífico y sin trabas del movimiento obrero alemán llevaría con seguridad a la victoria, se convierte, tras la euforia del éxito electoral del 20 de febrero de 1890, en la base de todas las consideraciones estratégicas y tácticas. Después de la conquista de 1.427.000 votos (lo que hizo de la socialdemocracia el partido más fuerte de Alemania por el número de sus electores), Engels afirmó que el día de las elecciones era «el día del inicio de la revolución alemana»<sup>113</sup>, y por tanto de la revolución social *tout court*, pues Engels estaba firmemente convencido de que sólo Alemania podía decidir sobre el éxito o el fracaso de la revolución, siempre considerada por él como un acontecimiento destinado a envolver a toda Europa.<sup>114</sup> De la carta a Paul Lafargue, en la que señala el 20 de febrero como la fecha del inicio de la Revolución alemana, se deduce claramente que esta convicción exigía una táctica tendente a difundir la acción legal y a evitar las provocaciones de las clases dominantes. El «inicio de la revolución»

---

<sup>112</sup> Engels a Kautsky, 8 de noviembre de 1884, en «Mew», vol. 36, p. 230.

<sup>113</sup> Engels a Laura Lafargue, 26 de febrero de 1890; a Paul Lafargue, 7 de marzo de 1890, en «Mew», vol. 37, pp. 359 y 362.

<sup>114</sup> Engels a Paul Lafargue, 27 de junio de 1893: «Si Francia (quién sabe) diera la señal, la lucha se decidiría en Alemania, el país que ha sido más receptivo al socialismo y en el que más a fondo ha penetrado la teoría en las masas»; Engels a Bebel, 12 de octubre de 1893: «Quizá estemos aún a cinco o seis años de la crisis, pero tengo la impresión de que esta vez serán Bélgica y sobre todo Austria quienes desempeñarán un papel preliminar y preparatorio de la decisión que ha de tomarse en Alemania», respectivamente en «Mew», vol. 39, y «August Bebel Briefwechsel», cit., p. 718.

ponía así al alcance de la mano la misma revolución victoriosa y su éxito preestablecido, el acceso de la socialdemocracia alemana al poder, pero comportaba también el peligro de una sobrevaloración de las propias fuerzas y, por tanto, de un ataque prematuro. Además, se hacía más amenazadora, según Engels, la posibilidad de una guerra europea, que habría disgregado, en Alemania, al movimiento obrero socialista a poca distancia de la meta. Si se prescinde de este último argumento, la estrategia enunciada por Engels en la primera mitad de los años 1890 se configura así:

1) Si la situación se desarrolla de modo pacífico, la victoria del socialismo en Alemania es inevitable. Se «puede determinar con un cálculo casi matemático el momento»<sup>115</sup> en que la socialdemocracia alcanzará el poder.

2) Si se considera el nivel alcanzado por la técnica militar, un conflicto armado sólo puede acabar en victoria si la mayoría del ejército se inclina del lado de los revolucionarios. «La época de las barricadas y de las batallas callejeras ha acabado para siempre; *si el ejército lucha*, la resistencia es absurda».<sup>116</sup>

3) El instrumento de lucha del proletariado moderno más eficaz es el sufragio universal, que la socialdemocracia alemana utiliza de manera ejemplar. Es el instrumento que puede llevar a la revolución.

Esta estrategia de Engels era sustancialmente la estrategia de un parlamentarismo revolucionario<sup>117</sup>. El testimonio más conocido a favor de esta tesis es la *Introducción* de 1895 a *Las luchas de clases en Francia*, de Marx, que por otra parte fue, por lo general, mal comprendida. Este escrito no representa el abandono de una concepción revolucionaria, como han sostenido los exponentes del revisionismo, sobre todo Bernstein, a no ser que se quiera olvidar la perspectiva revolucionaria que sustenta la táctica engelsiana, la cual dará al partido «músculos fuertes y mejillas

---

<sup>115</sup> ENGELS, *Der Sozialismus in Deutschland*, en «Mew», vol. 22, p. 250.

<sup>116</sup> Engels a Paul Lafargue, 3 de noviembre de 1892, en «Mew», vol. 38. p. 505. Cf. un juicio menos perentorio, aunque similar, en la *Introducción* de Engels a la edición de 1895 de K. MARX, «*Las luchas de clases en Francia*», «Obras escogidas», cit., vol. 1, pp. 103 y ss.

<sup>117</sup> H.-J. STEINBERG, *Friedrich Engels' revolutionäre Strategie nach dem Fall des Sozialistengesetzes*, Friedrich Engels 1820-1870. Referate Diskussionen, Dokumente, a cargo de H. Pelger Hannover, 1971, pp. 115-126-39, «Mew», vol. 22, p. 525.

sonrosadas». <sup>118</sup> Como Engels explica a Paul Lafargue en febrero de 1895, cualquier llamamiento a la legalidad tiene solamente la finalidad de mantener preparado para el momento crítico al núcleo principal del movimiento obrero internacional, evitando que se meta en «batallas de vanguardia». <sup>119</sup> Era una perspectiva muy distinta de la de la dirección del partido alemán, que consideraba necesaria y definitiva una táctica que, según Engels, era válida «sólo para la Alemania de hoy, y, así y todo, con *notables reservas*». <sup>120</sup> El objetivo de esta táctica de repliegue y espera era para la dirección del partido la conquista de la mayoría del Reichstag, mientras que Engels, aun constatando el irresistible avance de la socialdemocracia, se negaba a pensar que «el partido socialista se convertirá en mayoría y luego tomará el poder» <sup>121</sup>, convencido como estaba de que era ilusorio creer que las clases dominantes iban a asistir pasivamente al avance del movimiento socialista: «bastante antes de esto, emplearán contra nosotros la violencia, lo que nos llevaría del terreno de las mayorías al terreno revolucionario». <sup>122</sup>

Según Engels, el éxito de esta revolución, que habría sido, por así decirlo, la consecuencia de un gesto desesperado de las clases dominantes ante el ascenso irresistible de sus enemigos mortales, dependía de que se ganara para la causa revolucionaria al proletariado agrícola de las regiones del otro lado del Elba, en donde se reclutaban los mejores regimientos del ejército prusiano. El análisis de los resultados electorales de 1890 en Meclenburgo y en Pomerania llevaba a Engels a concluir que en 1900 el ejército estaría ya minado por dentro por los socialistas. <sup>123</sup> Si se hubiera conseguido conservar hasta ese momento el *statu quo* político interno (y

---

<sup>118</sup> «Mew», vol. 22, p. 525.

<sup>119</sup> Engels a Paul Lafargue, 26 de febrero de 1895, en MARX-ENGELS, «Opere», cit., vol. 50, p. 445.

<sup>120</sup> Engels a Paul Lafargue, 3 de abril de 1895, *ibid.*, p. 493.

<sup>121</sup> Federico Engels a Giovanni Bosio, en «Critica sociale», 16 de febrero de 1892 (en «Mew», vol. 22, p. 280): cf. *La corrispondenza di Marx ed Engels con italiani. 1848-1895*, a cargo de G. del Bo, Milán, 1964, pp. 415-416.

<sup>122</sup> *Ibid.*

<sup>123</sup> Engels a Paul Lafargue, 7 de marzo de 1890; a Laura Lafargue, 14 de marzo de 1890; a Wilhelm Liebknecht, 9 de marzo de 1890; a F. A. Sorge 12 de abril de 1890, en «Mew», vol. 37, pp. 362, 365, 368, 381; véase igualmente ENGELS, *Der Sozialismus in Deutschland*, cit., p. 251

en este caso la función de la táctica adormecedora y legalista en el marco de la estrategia revolucionaria general de Engels resulta más evidente que nunca), entonces las clases dominantes de Alemania, situadas frente al avance irresistible de la socialdemocracia, habrían recurrido a la violencia. Pero la cantidad de fusiles de repetición puestos, en esta coyuntura, en manos de los soldados socialdemócratas, se habría transformado sin duda en la calidad de una revolución victoriosa. El medio mejor de proporcionar una valoración de las propias fuerzas era, según Engels, una correcta utilización del sufragio universal, que la socialdemocracia había transformado «de instrumento de engaño... en instrumento de emancipación».<sup>124</sup> No se trata aquí de examinar cuál podía ser el contenido objetivo de realidad de la línea estratégica (sin duda fascinante y sugestiva) propugnada por Engels. Pero subsiste el hecho de que, apelando a la autoridad de Engels, exponentes de primer orden de la socialdemocracia alemana hicieran pasar como un elemento esencial de la táctica y la estrategia «marxista» un apego rígido a la línea de los éxitos electorales que falseaba completamente la perspectiva de Engels.

Aquí se manifiesta un cambio significativo en el modo de concebir la presunta necesidad natural de la evolución. En el período de prosperidad económica los aspectos de crisis del desarrollo económico habían pasado totalmente a un segundo plano en su valor de indicios del derrumbe inminente de la sociedad capitalista-burguesa, y en su lugar se había tomado como criterio de la velocidad y dirección del desarrollo el progresivo aumento de los votos socialdemócratas. En otras palabras: el attentismo revolucionario de la ortodoxia marxista capitaneada por Kautsky y Bebel, tras haberse centrado, hasta bien avanzado el decenio de los años noventa, en la perspectiva del derrumbe, se concentraba ahora en la de futuros éxitos electorales, los cuales, dada la estructura interna del Reich alemán, no podían ser ni mucho menos reales. La impotencia efectiva de la socialdemocracia alemana y, por tanto, también la problematicidad de la teoría y de la táctica de las que aquella era portavoz, no escaparon a los otros partidos al iniciarse el siglo, y especialmente a los franceses, que no dejaron de poner en entredicho la legitimidad de la función de guía del parti-

---

<sup>124</sup> Cf. ÍD., Introducción a MARX, «Las luchas de clases en Francia», cit., p. 114.

do alemán. Pero esta evolución desborda el marco del problema de la formación de la ortodoxia marxista.

Para terminar, si observamos los otros partidos de la Segunda Internacional en el período de desarrollo y formación de la ortodoxia marxista, hay muy pocas aportaciones originales. A este respecto hay que hablar, en primer lugar, de Italia, donde el marxismo penetró ya al término de la década de los ochenta y donde en los años noventa destacó un teórico de gran vigor intelectual: Labriola. Probablemente se debe a que los intelectuales italianos se orientaban en sentido progresivo, y a que Hegel había sido asimilado allí más profundamente que en Alemania, por paradójico que parezca. Cierta inclinación de las capas más elevadas a mirar hacia Alemania puede haber contribuido a este fenómeno; el hecho es que, tras la problemática vulgarización de Johann Most,<sup>125</sup> el primer compendio relativamente satisfactorio de *El Capital*, de Marx, se publica en italiano.<sup>126</sup> Así, puede considerarse que la tradición marxista italiana parte de Labriola, el cual, también por influencia del último Engels, supo elaborar factores económicos, sociales y culturales en una visión histórica de conjunto, en la que los elementos económicos son determinantes «en última instancia». Fue el mismo Labriola quien transmitió a Bernstein la noción de «socialismo crítico».<sup>127</sup>

---

<sup>125</sup> Cf. J. MOST, *Kapital und Arbeit. Ein populärer Auszug aus «Das Kapital» von Karl Marx*, Chemnitz, 1973. Marx introdujo algunas correcciones a la 2.ª edición de este texto, poniendo explícitamente como condición que su nombre no se pusiera en relación con el escrito de Most.

<sup>126</sup> CARLO CAFFERO, II «Capitale» de Cario Marx, Milán, 1879. A este respecto puede ser oportuno recordar, para completar la referencia, los resúmenes divulgativos de «El Capital», que tuvieron eco en el período comentado: FERDINAND DÓMELA NIEUWENHUIS, *Karl Marx, Kapital en Arbeid*, s'Gravenhage, 1881; GABRIEL DEVILLE, *Le Capital de Karl Marx, résumé et accompagné d'un aperçu sur le socialisme scientifique*, París, 1883; K. KAUTSKY, *Karl Marx'ökonomische Lehren. Gemeinverständlich dargestellt und erlautert*, Stuttgart, 1887; EDWARD AVELING, *The Student's Marx. An Introduction to the Study of Karl Marx's Capital*, Londres, 1892.

<sup>127</sup> Sobre el desarrollo del socialismo en Italia y sobre la influencia en él ejercida por la socialdemocracia alemana, cf. E. RAGIONERI, *Socialdemocrazia tedesca e socialist italiani. L'influenza della socialdemocrazia tedesca sulla formazione del Partito Socialista Italiano (1875-1895)*, Milán, 1961, e ÍD., *II marxismo e l'Internazionale. Studi di storia del marxismo*, Roma, 1972.

También en Rusia las doctrinas de Marx tuvieron pronto amplia resonancia entre los intelectuales y los estudiantes, fenómenos que hay que relacionar con la fuerte influencia ejercida por el pensamiento hegeliano en los decenios precedentes. Esta asimilación del pensamiento de Marx, que se produjo sobre todo entre los exiliados rusos, ha tenido un carácter original y autónomo, muy alejado de la adopción del marxismo por la Segunda Internacional. Para limitarme a la aportación de Plejánov, he de señalar que éste, a diferencia de las lumbreras de la ortodoxia marxista, había estudiado a Hegel y había demostrado poseer un concepto de la dialéctica infinitamente superior al de Kautsky, Bernstein y otros exponentes de la socialdemocracia alemana. Ya al iniciarse la década de los años ochenta, Plejánov señalaba que la antítesis abstracta de revolución y evolución está superada por la dialéctica, la cual se esfuerza en mostrar cómo, en determinadas condiciones, «el cambio gradual debe llevar necesariamente a un salto»<sup>128</sup>. Y este salto no es otro que la conquista del poder político por el proletariado.

Respecto del movimiento socialista de la Austria alemana, hay que decir que permanece inmerso, por influencia del partido alemán, en el proceso de formación de la ortodoxia marxista, aun cuando sus exponentes más significativos, como Víctor Adler, se reservaron un amplio margen de opción en el sentido de una praxis desvinculada de cualquier presupuesto dogmático. El austromarxismo fue el resultado de evoluciones mucho más tardías, que se abordarán en otro lugar de esta obra. En Francia, los guesdistas adoptaron algunos elementos del marxismo de procedencia alemana, si bien no hay que olvidar una evolución de carácter autónomo.<sup>129</sup>

Por razones que se derivan del análisis anterior, el marxismo descrito en estas páginas no pudo aclimatarse durante el período de la Segunda Internacional en países como Inglaterra, donde ello sucedió con mucho retraso. Habrá que mencionar, en cambio, el área de la Europa sudorien-

---

<sup>128</sup> Es evidente que en la base de esta afirmación hay una concepción de la dialéctica muy distinta de la de los representantes de la ortodoxia marxista, los cuales no sólo no comprendieron a Hegel, sino que a menudo ni siquiera lo leyeron. La cita pertenece a G. PLEJÁNOV, *Zu Hegels sechzigstem Todestag*, en «Neue Zeit», X, 1891-1892, n. 1, p. 279.

<sup>129</sup> Cf. C. WILLARD, *Les Guesdistes*, París, 1963.

tal, en la que las obras de Kautsky, de Plejánov y de Bernstein encontraron amplio eco a partir del final de la década de los noventa.<sup>130</sup>

La ortodoxia marxista había sido puesta en tela de juicio desde el momento de su formación. Una clarificación decisiva no tuvo lugar hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, ese «rayo en un cielo sereno» del que habla Thomas Mann en *La montaña mágica* y que puso crudamente de relieve los frentes contrapuestos, tal como han permanecido hasta hoy.

---

<sup>130</sup> Cf. G. HAUPT, Un Partito guida: l'influenza della social democrazia tedesca nel Sudest europeo, en «L'Internazionale Socialista dalla Comune a Lenin», Turin, 1978, pp. 185-260.

MAREK WALDENBERG

## *La estrategia política de la socialdemocracia alemana*

La época de la Segunda Internacional vio la conquista del movimiento obrero y socialista internacional por parte del marxismo, así como su progresiva disgregación, paralela a su vigoroso florecimiento. Sin abordar específicamente estos problemas, hay que constatar cómo el excepcional prestigio adquirido en esos años por la obra de Marx llevó a personalidades y corrientes socialistas a reclamarse de ésta, pese a no tener nada que ver con ella.<sup>131</sup> De este modo, tendencias ideológicas y políticas que expresaban distintas experiencias históricas y diferentes condiciones y aspiraciones de la clase obrera en varios países acabaron insertando sus propias concepciones en la tradición marxista y presentándolas a través del sistema conceptual marxista. Aun cuando su fuente de inspiración ideológica era ajena al marxismo (por ejemplo, los anarcosindicalistas sufrieron fuerte influencia de ideas proudhonianas), no renunciaron, en general, a reivindicar a Marx.

No resulta, por tanto, posible hablar de una estrategia política del marxismo; habrá que examinar, en cambio, las distintas formulaciones que se relacionan con uno u otro de los aspectos que integran este pensamiento. Podremos distinguir, en particular, una tendencia marxista «ortodoxa», una revisionista y una sindicalista revolucionaria; resulta más problemática la inserción, en este marco, de la *Neue Linke*, la izquierda formada en los años 1910-1914 en la socialdemocracia alemana. En el seno de esta formación política, hegemónica en la Segunda Internacional, se elaboran las más importantes concepciones ideológicas de estos años, admitidas como formulaciones de valor general para todo el movimiento obrero. Así, suele adscribirse al llamado marxismo «ortodoxo» la obra de Kautsky, desarrollada en estrecha colaboración con Bebel<sup>132</sup>, mientras el

---

<sup>131</sup> El término «marxismo» se entiende aquí en sentido amplio, de forma análoga a como se encuentra, por ejemplo, en E. J. HOBSBAWM, *La difusión del marxismo: 1890-1905*, en «*Studi storici*», 1974.

<sup>132</sup> En el marco de este trabajo no es posible analizar detalladamente las diferencias existentes en las concepciones estratégicas de los más destacados exponentes de la corriente marxista de esa época. Se trata de diferencias aparentemente

revisionismo tiene su máximo exponente en Bernstein<sup>133</sup>, y la *Neue Linke* en Rosa Luxemburg y en Pannekoek sobre todo, militantes del partido socialdemócrata de Alemania (SPD), pese a su nacionalidad extranjera.<sup>134</sup> En cambio, el sindicalismo revolucionario surge, originariamente, en el ámbito del socialismo francés, aunque su versión italiana tenga indudables caracteres originales, y es obra de un determinado teórico en mucha menor medida que las otras corrientes.

Mientras en el período anterior es posible hablar de evolución y hasta de coexistencia de algunas corrientes estratégicas del marxismo, ahora están simultáneamente presentes estrategias competitivas y contrapuestas, que no obstante se refieren, todas ellas, a la situación de los países capitalistas avanzados y a cuestiones esenciales de la transición del capitalismo al socialismo. En esos años raramente se emplea el término «estrategia política»; mucho más frecuente fue el término «táctica» incluso referido a una política a largo plazo<sup>135</sup>. En efecto, en la visión del mundo elaborada por Marx y Engels la revolución desempeña un papel funda-

---

secundarias, cuya importancia se ha ido poniendo de manifiesto con el tiempo, al desarrollarse algunas concepciones idealistas. Para limitarnos a un ejemplo bien conocido, Lenin escribía en 1905, en polémica con Pétr Struve (según el cual, «en comparación con el revolucionarismo del señor Lenin y sus compañeros, el revolucionarismo de la socialdemocracia de Europa occidental, de Bebel y hasta de Kautsky, es oportunismo»): «¿Dónde y cuándo pretendí haber creado en la socialdemocracia internacional una tendencia especial, no idéntica a la de Bebel y Kautsky?» (V. L. LENIN, *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, en «ID», «Obras completas», cit., vol. 9, p. 61.

<sup>133</sup> Cf. B. GUSTAFSSON, «Marxismus und Revisionismus», Frankfurt del Main, 1972 (trad. cast.: «Marxismo y revisionismo», Barcelona, 1975). Objeto especial de análisis debía ser la cuestión de las diferencias entre la concepción estratégica de Bernstein y la de los más destacados exponentes del reformismo, como Jaurés en Francia, Turati en Italia, H. Branting en Suecia, Vandervelde en Bélgica, etc.

<sup>134</sup> Kautsky escribía que pese a la generalidad del sistema marxista, «el marxismo asume en cada país, de acuerdo con las opiniones fundamentales, características específicas. El marxismo ruso, inglés o francés no son en ningún caso la simple copia del marxismo alemán, sino diferentes corrientes espirituales»: «Neue Zeit», 1904-1905, p. 599.

<sup>135</sup> Téngase presente, por ejemplo, que Lenin tituló su trabajo dedicado a la estrategia del POSDR *Dos tácticas de la socialdemocracia* (cf. mi trabajo *Rewolucja i panstwo w myśli politycznej* Lenina, Varsovia, 1978); así, la discusión entre la izquierda socialdemócrata alemana y la dirección giró en torno a la «nueva táctica».

mental, como problema histórico del desarrollo de la sociedad humana, que asegura al proletariado el papel de sepulturero del capitalismo. En la época de la Segunda Internacional, los partidos socialistas, que tenían puesta su mirada precisamente en esta transformación de la sociedad, surgieron como partidos claramente contrapuestos al régimen capitalista; por tanto, por «estrategia política» habían de entender, sobre todo, su previsión de los procesos mediante los cuales debía de llevarse a cabo el paso al socialismo y la función que en ellos debía desempeñar la organización de la clase obrera. Aun cuando, superada la fase de pura protesta, se dedicaran activamente a una política de reformas en el marco del capitalismo, siguió siendo clave el problema doctrinal de la relación entre la lucha por las reformas y los objetivos revolucionarios. Al abordar estos problemas políticos e ideológicos en las páginas siguientes, espero saber evitar el peligro de que la necesaria simplificación del análisis vaya en menoscabo de la originalidad de las tesis expuestas.

#### 1. «La revolución no es algo que se hace»

La visión del progreso histórico tal cual lo entiende Kautsky nos permite comprender cómo abordaba el mayor teórico de la socialdemocracia alemana el problema de una revolución socialista. Existe el convencimiento general de que su teoría se caracteriza por el fatalismo y el economicismo<sup>136</sup> y no tiene en cuenta la «síntesis marxiana del determinismo económico y del activismo político»<sup>137</sup>; y de que, por el hecho de haber demostrado que la revolución socialista consiste en el hundimiento del capitalismo a causa de sus contradicciones internas, de su proceso natural de desarrollo, sin intervención humana, su doctrina desemboca directamente en el quietismo. Se dice que Kautsky creó «el determinismo voluntarista en el modo de concebir los hechos» con un «fatalismo quie-

---

<sup>136</sup> La enorme divulgación de estas opiniones se debe en particular al trabajo de E. MATTHIAS, *Kautsky und der Kautskyanismus. Die Funktion der Ideologie in der deutschen Sozialdemokratie vor dem ersten Weltkriege*, Tübingen, 1957, con especial referencia a las opiniones de K. KORSCH, en *Darticular su Die Materialistische Geschichtsauffassung. Eine Auseinandersetzung mit Karl zum Fall des Sozialistengesetzes*, Stuttgart, 1929. Para opiniones más equilibradas, cf. H.-J. STEINBERG, *Sozialismus und die deutsche Sozialdemokratie*, Hannover, 1969, y D. GROH, *Negative Integration und revolutionare Attendismus*, Hannover, 1969.

<sup>137</sup> STEINBERG, *Sozialismus und die deutsche Sozialdemokratie*, cit., p. 60.

tista, un automatismo economicista»<sup>138</sup>, colocando el evolucionismo en el lugar de la dialéctica, excluyendo el elemento voluntarista y reduciendo el marxismo a la teoría del desarrollo regular y natural de la sociedad capitalista<sup>139</sup>.

Hay que poner de relieve la importancia ideológica que tuvo entonces la inevitabilidad de la desaparición del capitalismo y del triunfo del socialismo. Semejante convicción estaba todavía viva en el SPD en el período inicial de su actividad. No sin razón se señala que este hecho fue uno de los factores que ayudaron al SPD a superar el difícil período de las leyes excepcionales contra los socialistas, y es justo ver en esa convicción una de las causas ideológicamente más importantes de la popularidad de las ideas socialistas. La tesis correspondía a las exigencias psicológicas de las masas proletarias, máxime cuando las relaciones sociales y el sistema político provocaban su discriminación, al considerarlos como ciudadanos peligrosos que había que aislar del resto de la nación. Junto a la tesis sobre la importancia histórica del proletariado, confería a las masas obreras el sentido de su propio valor de clase y el valor de cada obrero como elemento de la fuerza colectiva que liberaría a toda la humanidad de la explotación, la opresión, el envilecimiento y la miseria. Hasta ese punto contribuía a alimentar la confianza en la victoria definitiva.

Los marxistas fueron conscientes de esta función ideológica fundamental de la tesis de la inevitabilidad de la desaparición del capitalismo y del triunfo del socialismo<sup>140</sup>. Kautsky no hipostatizaba la necesidad histórica, y entendía por ella una determinada actividad humana y sus resultados. Si el nacimiento de nuevas instituciones y de nuevas estructuras sociales puede considerarse como resultado de efectos queridos y no queridos de la actividad humana, Kautsky consideraba la formación de un nuevo sistema socialista como un proceso en el que la acción orientada a

---

<sup>138</sup> W. GOTTSCHALCH, *Strukturveränderungen der Gesellschaft un politisches Handeln in der Lehre von Rudolf Hilferding, Berlín*, 1962, pp. 64-65.

<sup>139</sup> Cf. A. RITTER, *Die Arbeiterbewegung im Wilhelminischen Reich, Berlín-Dahlem*, 1959, p. 97.

<sup>140</sup> Sobre la función de esta tesis como «estimulante ideológico» y «excitante (al modo de los estupefacientes) necesario y justificado históricamente por el carácter subalterno de determinados estratos sociales», cf. A. GRAMSCI, «Quaderni del carcere», a carero de V. Gerratana, Turin, 1975, pp. 1.377-1378 y 1.394-1.395; cf. igualmente H. DE MAN, «O psychology soejalizmu», Varsovia, 19J7, p. 280.

la realización del socialismo tenía gran importancia. Por el hecho de que juzgase el socialismo como una necesidad histórica, o sea, inevitable, no puede deducirse que Kautsky creyera posible realizar tal necesidad independientemente de la conciencia y el esfuerzo de los hombres. Para la victoria del socialismo es indispensable una acción dirigida hacia ese objetivo, o, mejor aún, es necesaria una fuerza eficaz y una voluntad profunda de la clase obrera. Al afirmar que el triunfo del socialismo era inevitable, Kautsky pensaba que la clase obrera tenía la voluntad de realizar el socialismo y la fuerza suficiente para llegar a él, superando cualquier resistencia del adversario. La convicción de Kautsky se basaba en una constatación fundamental de la sociología marxista, relativa a la formación de la conciencia y de la voluntad de las clases sociales, y en el análisis del capitalismo.

Para demostrar que Kautsky atribuyó un carácter fatalista al proceso histórico se suele recordar su frase de que la socialdemocracia es un partido revolucionario pero no un partido que «hace» la revolución, porque la revolución no es algo que se «hace». Pero para comprender rectamente estas palabras hay que situarlas en el contexto histórico y en el debate de la época. Hay que aclarar *quién* no «hace la revolución» y *cuándo* no se hace la revolución. Kautsky se opuso más de una vez a la llamada teoría del derrumbe general del capitalismo y señaló que la revolución socialista debe ser obra de la clase obrera. Su tesis se refería más bien a los movimientos y a los partidos políticos, y estaba dirigida contra las tendencias blanquistas y el putschismo. Es probable que dicha tesis tendiera también a proteger a la socialdemocracia de una nueva edición de las leyes antisocialistas promulgadas por Bismarck, y de eventuales intervenciones de la justicia. La constatación de que «la revolución no es algo que se hace» significa más bien que la revolución no puede llevarse a cabo en un momento establecido por determinadas fuerzas políticas o por un individuo, sino en el momento justo, cuando hayan madurado las condiciones indispensables. Hay que advertir que en la divulgación del marxismo en esa época, el acento se ponía en la necesidad de que deben estar maduras las condiciones oportunas para llevar a cabo la revolución. Ciertamente que las características de la época hicieron que Kautsky pusiera repetidamente de relieve la necesidad de esperar a que las premisas del socialismo madura-

ran más aún, pero se refería sobre todo al desarrollo continuo de la conciencia y de la organización del proletariado.

Igualmente será necesario esclarecer el sentido de lo que se ha denominado «*attentismo revolucionario*». Según algunos, significaría considerar el desarrollo del socialismo como un proceso que tiene lugar con independencia de la voluntad humana, y que por tanto hay que esperar la evolución de los acontecimientos históricos. D. Groh, que ha empleado esta fórmula para el título de su estudio, escribe que tal proceso se entendía como «un desarrollo que se podía promover mediante la agitación y la organización, y cuyo ápice se habría alcanzado en el momento del «*derumbe general*» de la sociedad burguesa y del Estado, gracias a leyes histórico-económicas y, en gran medida, con independencia de la voluntad de los individuos. Como faltaba cada vez más un sujeto histórico de la revolución, ésta asumía la forma de un acontecimiento natural».<sup>141</sup> Para T. Meyer, «la expectación revolucionaria tiene su correspondencia estratégica en un socialismo que se concibe a sí mismo como ciencia no ya en la acción y en la indicación de las estrategias políticas de transformación, sino en la espera del momento en que la historia produce la revolución».<sup>142</sup>

A mi juicio, la cuestión del *attentismo* ha sido vista correctamente por Otto Bauer en su libro de 1936, *¿Entre dos guerras mundiales?*, en el que toma como punto de partida un fenómeno puesto de relieve también por Lenin: tras la caída de la Comuna de París, se inicia en Europa occidental y central un período, ya de casi medio siglo, de desarrollo pacífico del capitalismo, durante el cual no existe para la clase obrera la posibilidad de pasar a la ofensiva revolucionaria, y por consiguiente la revolución se convierte tan sólo en una esperanza para el futuro. Los partidos obreros no podían hacer otra cosa más que dedicarse a la lucha por la mejora de las condiciones de trabajo y de vida del proletariado, a la ampliación de los derechos políticos, al desarrollo de los sindicatos y a la actividad parlamentaria. «Si bien la teoría del socialismo en el continente europeo siguió siendo revolucionaria, la práctica cotidiana del largo período de paz había de limitarse a la lucha por los derechos, a la lucha con los me-

---

<sup>141</sup> GROH, «*Negative Imtegration*». cit., p. 57.

<sup>142</sup> T. MEYER, «*Bernsteins Konstruktiver Sozialismus*», Berlín-Bad Godesberg, 1977, p. 36.

dios legales, a la lucha por las reformas en el seno de la sociedad capitalista». <sup>143</sup> Con ello se esperaba que el desarrollo del movimiento obrero obligase a las clases dominantes a emplear medios contraofensivos tales que crearan situaciones y probabilidades de victoria del proletariado, a través de la lucha violenta. A la esperanza en la revolución futura se unía, pues, la actividad presente, concentrada en la lucha por las reformas. Por eso el «attentismo marxista» se contraponía al reformismo o al llamado sindicalismo revolucionario. Se consideraba oportuno evitar a toda costa cualquier intento revolucionario, en la convicción de que no existía, en la situación de la época, una mínima posibilidad de éxito, ni era posible señalar a la clase obrera otra vía que el desarrollo del movimiento a través de la lucha cotidiana por los intereses cotidianos de la vida obrera. En la confianza de que la situación revolucionaria había de llegar un día u otro, se pensaba que la tarea más importante del partido era la de proteger al proletariado de la influencia nefasta de las otras clases y la de mantener la esperanza en la catástrofe revolucionaria; esta concepción ha favorecido precisamente una actitud de rechazo total de la sociedad existente. Escribe Bauer: «El más eminente representante de esta fase de desarrollo del socialismo marxista, que en verdad no planteaba al movimiento obrero de entonces ninguna tarea revolucionaria, sino que, en nombre de la perspectiva revolucionaria, quería mantener en los partidos obreros una relación de antagonismo con respecto al sistema capitalista y los partidos burgueses, era Karl Kautsky». <sup>144</sup>

En esta estrategia revolucionaria el lugar principal lo ocupa la cuestión concerniente a la conquista del poder estatal por la clase obrera, representada por el partido socialista. Se han emitido opiniones diversas sobre la valoración de este problema. A veces se lo ha visto como expresión del agigantamiento del papel atribuido al poder estatal, del papel de la violencia en la creación de nuevas relaciones y estructuras sociales, en lo que se advierte la influencia del blanquismo, en el sentido que al término le atribuye Bernstein: «la teoría de la ilimitada fuerza creadora de la violencia política revolucionaria y de su extrínsecación, la expropiación

---

<sup>143</sup> Cf. O. BAUER, «Zwischen zwei Weltkriegen?», Bratislava, 1936, p. 244.

<sup>144</sup> *Ibid.*, p. 249.

revolucionaria».<sup>145</sup> Independientemente del hecho de que los marxistas «ortodoxos» (igual que Marx y Engels) no valoraran las dificultades económicas derivadas del proceso de sustitución del capitalismo por el socialismo, debería tenerse presente que, según su convicción, la conquista del poder estatal no permitiría la realización de las transformaciones socialistas si no se habían creado también las premisas económicas de tales transformaciones, premisas que por lo demás, a su juicio, ya existían en los países industrializados.

La convicción de que la conquista del poder estatal era indispensable como condición preliminar para la realización de las transformaciones socialistas y de que la revolución comenzaba por la revolución política era una convicción inserta en la concepción misma de la revolución socialista: puesto que el socialismo es, ante todo, socialización de los medios de producción; la socialización es posible apoderándose de los medios de producción por parte del Estado, o sea, a través de «la expropiación de los expropiadores», realizable sólo mediante la intervención del poder estatal. El antagonismo de intereses entre proletariado y burguesía excluye la posibilidad de un reparto del poder entre ambas clases. En casos excepcionales y por breve tiempo es posible una participación de los socialistas en el gobierno burgués, pero eso no significa el inicio del acceso al poder por parte de la clase obrera. Aunque algunos marxistas no excluían la posibilidad de que el proletariado se apoderara gradualmente del poder, es obvio que tal eventualidad se consideraba como excepcional.

Un elemento bastante importante en la estrategia política del marxismo, incluso en lo que concierne a la práctica política, era la cuestión acerca de la vía a seguir para alcanzar el poder, y en tal cuestión sus opiniones crearon ya fuertes divergencias, cuya interpretación continúa siendo hoy objeto de polémica. Sin duda, los marxistas ortodoxos estaban convencidos (y lo repetían con frecuencia) de que las formas de revolución política y de conquista del poder por parte de la clase obrera pueden ser distintas y difícilmente previsibles con exactitud. A su juicio, de entre todas ellas la preferible era la legal y pacífica, pero señalaban que no dependía de la clase obrera, ni de la socialdemocracia, el hacer posible esta vía, sino de la clase dominante. En tal situación, la socialdemocracia ha-

---

<sup>145</sup> BERNSTEIN, «Los presupuestos del socialismo y las tareas de la socialdemocracia», Barcelona, 1975.

bía de mantener una política que tuviese en cuenta todas las posibilidades.

Aunque la opinión más extendida es la de que en el centro de esta estrategia se encontraba la tendencia a la vía parlamentaria para la conquista del poder, personalmente estoy convencido de que los marxistas ortodoxos, si bien no excluían esta forma de revolución como posible, la consideraban poco probable, sobre todo por su valoración del capitalismo como régimen fuertemente regresivo. Al contrario que Bernstein o sus seguidores, no se albergaban demasiadas dudas acerca del hecho de que las clases dominantes, en cuanto advirtieran el peligro representado por las fuerzas democráticas, intentarían sofocarlas. Tomando como base el análisis de las bases políticas de la burguesía y de las capas medias en los últimos decenios y apoyándose en las transformaciones sobrevenidas en el seno de la burguesía, Kautsky preveía, en las formas más avanzadas de capitalismo, que la democracia podía manifestarse como una forma de régimen demasiado incómoda para la burguesía. Al señalar la creciente importancia del capital financiero, señalaba su tendencia al uso de la violencia.

Ya a caballo entre el siglo XIX y el siglo XX, al poner como ejemplos la guerra contra los bóers y el caso Dreyfus, observaba que el espíritu de suficiencia crecía en todo el ámbito de la civilización europea y determinaba una reacción y una decadencia generales del mundo burgués. Descubría la misma tendencia incluso en la pequeña burguesía, que según él se mantenía «a la espera de un hombre fuerte». El desarrollo de los monopolios estaba para él estrechamente ligado al espíritu de intolerancia y de suficiencia, característico de toda forma de autocracia y de todo movimiento que tiende a convertirse en régimen dictatorial. En esto Kautsky coincidía con la tesis (luego defendida muchas veces por Lenin) de que los monopolios crean tendencias reaccionarias tanto en política nacional como en política internacional.

En semejante toma de posición se tiene presente el desarrollo del pensamiento de Kautsky. Si bien al iniciar el debate con Bernstein no negaba la posibilidad de definir formas democráticas de Estado capitalista, posteriormente llega a pronosticar que la regresión del sistema concierne no sólo al estado semiabsolutista alemán, sino también a los países democrático-burgueses, incluida Inglaterra. Al mismo tiempo, Kautsky es-

taba convencido, como la mayoría de los socialdemócratas, de que el sistema capitalista no podía funcionar, a la larga, correctamente sin formas democráticas. Mientras al principio pensaba que el período reaccionario no podía durar mucho y que debía sucederle la instauración o el restablecimiento del Estado democrático, más tarde afirma que el intento de involución del sistema agudizaría de tal manera la lucha de clases que provocaría el hundimiento del mismo sistema capitalista. En tal situación las clases dominantes no estarían dispuestas a ceder el poder sin lucha y tendrían notables posibilidades de defender sus posiciones, al disponer de un potente aparato estatal y de numerosas organizaciones, y al poder contar además con el apoyo de una parte considerable de las capas medias, y hasta de la mayoría de éstas. De todos modos, a la estrategia política de los marxistas ortodoxos le faltaba una respuesta adecuada al problema de la vía que probablemente había de seguir el proletariado para conquistar el poder.

La posibilidad de una conquista del poder mediante una revuelta armada era considerada con un escepticismo aún mayor que el manifestado por Engels en su famosa *Introducción* de 1895 a *Las luchas de clases en Francia*, de Marx. Las concepciones de Kautsky sobre el tema sufrieron notables cambios. Hasta la Revolución rusa de 1905 consideró bastante escasas las posibilidades de una victoria mediante una revuelta armada en los países de la Europa central y occidental; tras la experiencia de dicha revolución se mostró propenso a modificar la opinión de que había «pasado para siempre la época de las barricadas», y miró con optimismo las posibilidades de una insurrección victoriosa. Sin embargo, ya en *El camino del poder* (1907) excluye la revuelta, y en sus consideraciones sobre la revuelta armada pueden distinguirse dos problemas. El primero concierne a la cuestión de si la mayoría de la clase obrera estaría dispuesta a afrontar una forma similar de lucha. A su juicio, en los países en que el proletariado gozara ya de algunos derechos políticos y dispusiera de organizaciones legales, y en que hubiese un régimen al menos democrático en parte, como la misma Alemania, las masas proletarias no estarían dispuestas a tales formas de lucha, a menos que se intentara quitarles los derechos políticos ya adquiridos. Debo decir que tal vez no estaba muy seguro de esta hipótesis, en particular por lo que respecta al proletariado alemán, a causa de su característico modo de pensar. En cambio, era distinta su

valoración de la situación en Rusia, donde pensaba que las masas no tenían nada que perder. El segundo problema, más complejo, era el siguiente: supuesta la rápida adhesión de las masas obreras a la revuelta armada, ¿qué probabilidades de éxito tendrían éstas en países de economía desarrollada?

No dejaba de tener peso el hecho de que faltara una experiencia de victoria en una revuelta armada del proletariado, aparte el caso de la Comuna de París. Mayores esperanzas se ponían en la huelga general de masas, vista entonces con valoraciones diversas y convertida inicialmente en uno de los terrenos de debate entre anarquistas y anarcosindicalistas por un lado y socialdemócratas por otro. Más tarde se abrirían ásperas discusiones incluso en el seno de la socialdemocracia acerca de la misma cuestión. Aun defendiendo la huelga política como «el arma más revolucionaria del proletariado», Kautsky no tenía una visión clara del mecanismo de su desarrollo. Sus consideraciones se concentraban sobre todo en las condiciones que podían hacer triunfar una huelga, o sea, llevar a la capitulación a la sociedad burguesa, especialmente en Alemania. Según Kautsky, la huelga política tenía por objeto lograr la disgregación del gobierno; por ello era, ante todo, necesario que el proletariado fuese la parte preponderante de la sociedad, que estuviera preparado y en su mayor parte bien organizado. Ello requería la existencia de una industria muy desarrollada y de un proletariado con una larga escuela de luchas políticas y sindicales. Por el contrario, el gobierno debía ser débil por dentro, estar «privado de cabeza», no gozar de la confianza del ejército ni de la burocracia y no tener el apoyo de la mayoría del pueblo.

En el opúsculo *La revolución social*, Kautsky escribía, provocando con ello una fuerte réplica en la prensa reaccionaria, que la guerra podía convertirse en un medio para acelerar el desarrollo político y para poner el poder en manos del proletariado. En 1909 había sostenido que cuando estallara la guerra, y pese a la acción contraria del proletariado, éste sería la clase social con mayores esperanzas para el futuro. En *La revolución social* Kautsky señalaba que, pese a tales posibilidades, la socialdemocracia repudiaba el estallido de una guerra, consciente de la terrible devastación que provocaría; una devastación que agravaría aún más los problemas de la revolución subsiguiente, la cual habría de usar todos los medios y absorber casi todas las fuerzas en la reconstrucción. Además, la

guerra podría llevar también al debilitamiento de la clase revolucionaria por el elevado número de víctimas y por la barbarie moral e intelectual que comportaría. Sería, pues, un enorme aumento de responsabilidad para el movimiento revolucionario, que podría perder toda su fuerza.

Como se ha dicho, la orientación preponderante era la de una conquista del poder por una vía extraparlamentaria, gracias al apoyo que la mayoría de la sociedad daría al programa socialdemócrata. Era una visión que se inspiraba directamente en la *Introducción* de Engels, de 1895, a *Las luchas de clases en Francia*, de Marx. Hay que señalar que tal apoyo formaba parte, para Engels, de la técnica de la lucha por el poder, sin presentarlo como un principio ideológico.<sup>146</sup> La convicción de que las clases dominantes no esperarían el momento en que la socialdemocracia hubiera obtenido la mayoría para intentar forzar el sistema democrático llevaba a considerar posible el inicio de la lucha decisiva por el poder antes de obtener el apoyo de la mayoría. En la eventualidad de que la mayoría no se decantara del lado de la socialdemocracia hasta una vez empezada la lucha, aparecía como algo necesario que la conquista del poder se llevara a cabo cuando el partido estuviera próximo a obtener el apoyo de la mayoría. Los adversarios de los marxistas ortodoxos atribuían menos importancia a esta condición, al considerar como muy posible obtener el apoyo de la mayoría como consecuencia del desarrollo de la industria y del proceso de concentración del capital, que habrían provocado un gran crecimiento numérico del proletariado, mientras su situación social habría favorecido su toma de conciencia socialista. En esta estrategia política la cuestión de los aliados del proletariado no tenía un papel significativo. Kautsky, que se ocupó del problema más que otros marxistas ortodoxos, creía probable, aún en el inicio de los años 1890, que gran parte de la pequeña burguesía y de los campesinos apoyaran a la socialdemocracia apenas se convirtiera en un partido fuerte. Pero más tarde se vio a menudo inclinado a señalar que estas capas eran cada vez más reaccionarias, por lo que parecía menos posible contar con ellas. El empeoramiento de sus condiciones (de lo que hacían responsables sobre todo a la clase obrera y a la socialdemocracia, más que al desarrollo de la concentración de la

---

<sup>146</sup> Cf. L. LONGTNOTTI, Friedrich Engels e la rivoluzione di maggioranza, en «Studi storici», 1974 (trad. cast. «Federico Engels y la "revolución de la mayoría"», Barcelona, 1975).

producción capitalista y a la creciente influencia de las uniones de empresarios sobre el aparato estatal) las llevaba a adoptar actitudes cada vez más hostiles hacia el régimen democrático y más propensas a las agitaciones demagógicas y reaccionarias. Al volver a poner sus esperanzas en las conquistas coloniales, chocaban también en esto con el proletariado y la socialdemocracia, contrarios a la política imperialista.

Un aspecto especialmente importante de la cuestión de las alianzas concernía a las clases rurales. Contrariamente a lo que a veces se lee, para Kautsky los campesinos no eran, en conjunto, una «masa reaccionaria», pues distinguía en ellos tres grupos: campesinos pobres, semiproletarios obligados a trabajar también en otra cosa; campesinos medios, que por lo general se mantenían con sus propias fuerzas, sin dar trabajo a otros jornaleros, y, finalmente, pequeños propietarios del campo, que daban trabajo. Consideraba necesario y realista, aunque no fácil, intentar obtener el apoyo del primer grupo, y era favorable a organizar agitaciones entre estos campesinos, oponiéndose no obstante a los motivos que hubiera podido suscitar su interés como propietarios. En cambio, consideraba con escepticismo la posibilidad de que la socialdemocracia obtuviera el apoyo de los campesinos medios, y parece que se inclinaba a pensar que la acción política en el seno de este grupo tendría efectos no proporcionados a los esfuerzos, mientras se podrían obtener resultados mucho mejores si la actividad se centraba en ganarse a los distintos grupos de proletarios y semiproletarios que todavía estaban sometidos a la influencia de los partidos burgueses y de los Junker. No es que pensara que la capa de los campesinos medios estuviera destinada a desaparecer: al contrario, precisamente Kautsky fue uno de los primeros marxistas que modificó esta previsión, todavía extendida en la socialdemocracia a comienzos de los años noventa. Sus posiciones nacían del convencimiento (basado en consideraciones políticas sobre la realidad de esos años) de que el campesino «medio» era, sobre todo, un propietario, o al menos se consideraba como tal, y que semejante condición influía en su modo de pensar y en su orientación política. Al no considerar posible provocar un viraje en la orientación política de estos campesinos, y al oponerse a las posiciones de quienes proponían ganar su simpatía adaptando a la mentalidad y a los intereses de los pequeños propietarios el programa y la política del SPD, Kautsky acababa atribuyendo escaso significado a una actitud de este

grupo social favorable a la lucha de la clase obrera por el poder, señalando que los campesinos se estaban convirtiendo en una parte cada vez más pequeña de la sociedad. El apoyo de los medianos campesinos se valoraba solamente en relación con la estructura social, dejando a un lado cualquier consideración sobre el papel de la producción agraria en la economía nacional, pues se tendía a pensar que la agricultura estaba subordinada a la industria y había de desarrollarse de modo análogo.

No hay duda de que el problema de las alianzas con las clases campesinas, y en particular la búsqueda del apoyo del campesinado medio, podía llevar a un desarrollo de las tendencias reformistas, en el intento de adaptar la política y hasta la ideología a los intereses de grupos consistentes de capas medias. Los efectos positivos derivados de la extensión de la influencia de la socialdemocracia, hubieran sido probablemente anulados por las consecuencias negativas; a tal planteamiento del problema de las alianzas se debe quizás atribuir el hecho de que los marxistas, con la excepción de los socialdemócratas rusos, hayan dejado ahí margen de su política la cuestión de la alianza entre obreros y campesinos. De ahí deriva sin duda un peligro de aislamiento, que Kautsky consideraba inevitable. Entre finales del siglo XIX y principios del XX, el máximo teórico de la socialdemocracia alemana, pese a estar tan interesado en la cuestión campesina como para dedicarle, en esos años, uno de sus más importantes estudios (*La cuestión agraria*, 1899), juzgó oportuno el aislamiento del movimiento obrero con el objetivo de la formación de la conciencia política de las masas proletarias, máxime cuando se oponía al proceso de «arraigo» en estructuras ya existentes. Jaurés vio exactamente esta tendencia de Kautsky al observar: «Kautsky acepta la cooperación y la colaboración eventual del proletariado con algunos elementos de las otras clases, pero al mismo tiempo lo pone en guardia aconsejándole que se refugie lo más a menudo posible en lo que yo llamaría un aislamiento en su aspecto más puro».<sup>147</sup>

El problema del autoaislamiento, frecuentemente abordado en los escritos de la época, es examinado en estrecha relación con el problema de la integración de la clase obrera y del partido socialdemócrata en las estructuras capitalistas. En esas condiciones, la voluntad de oponerse a tal

---

<sup>147</sup> J. JAURÉS, «Wybór Pism», Varsovia, 1949, p. 415.

proceso había de suscitar necesariamente una fuerte hostilidad a la cooperación con otras clases y otros partidos, y ello se manifestó, sobre todo, en las campañas electorales y en el parlamento. Kautsky no afirmó nunca que fuese justa la política de aislamiento total, entre otras cosas porque evitaba las posiciones extremas, como las adoptadas por Guesde, y tampoco aceptó nunca el concepto de neutralidad de la clase obrera y de su partido respecto de las luchas «burguesas». Así, durante el caso Dreyfus, Kautsky expresó su admiración por la acción emprendida por Jaurés, el cual, como se sabe, se comprometió a fondo en la defensa del capitán judío, a diferencia de Guesde, que se declaró a favor de una política de no injerencia en el «affaire». Kautsky, que había considerado tal actitud como no marxista y sectaria, se preocupó mucho por las consecuencias de la salida del aislamiento del partido francés, y aún más después de que se manifestasen las concepciones tácticas de los reformistas y de los revisionistas, orientadas hacia una completa y sistemática colaboración con los partidos burgueses de izquierda, en vista a una coalición de gobierno.

El convencimiento de que la revolución socialista tendría en líneas generales un carácter puramente proletario influía de manera esencial en la imagen del papel del partido socialista, pues eliminaba aquellas tareas que se relacionaban con la necesidad de la conquista de aliados, con la dirección de las diversas corrientes en la lucha anticapitalista y con el logro de la hegemonía del proletariado en esta lucha. Las concepciones de los marxistas ortodoxos sobre las tareas del partido socialdemócrata fueron definidas sobre todo en relación con su modo de entender el proceso histórico. Por una parte, el punto esencial de la revolución política, como elemento indispensable de la revolución social, es visto, en la conquista del poder por parte de la clase obrera, como obra de la mayoría del proletariado; por tanto, la fuerza de éste es definida no sólo por el papel que desempeña en el proceso de producción, sino también por su grado de organización y conciencia, que es una tarea esencial a realizar por el partido. Por otra parte, la concepción de la revolución como proceso espontáneo y la falta de claridad sobre los mecanismos revolucionarios y sobre la situación posrevolucionaria determinaban la exigencia de conocer las tareas organizativas del partido en la preparación y realización de la revolución durante la crisis revolucionaria.

La tesis según la cual el partido «no hace la revolución» significaba, pues, la imposibilidad no sólo de crear una situación revolucionaria, sino también de prever el momento en que esta situación se daría. El partido podía desempeñar su papel de propulsor en las luchas revolucionarias si, en el momento de estallar un movimiento espontáneo, las masas estaban organizadas y disciplinadas gracias a un trabajo político iniciado tiempo atrás.

En tal perspectiva, conectada con el paso del capitalismo al socialismo, se planteaba igualmente la relación entre revolución y reformas, o sea, entre la lucha por el poder y la lucha por transformaciones en el marco del capitalismo; el problema cobraba actualidad creciente con la progresiva consolidación del movimiento socialista entre las masas y con la mayor atención prestada por las organizaciones de la clase obrera a la lucha por las reformas. En los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial, la discusión entre el ala radical y el ala reformista no puso en entredicho la necesidad de la lucha por las reformas políticas y sociales en el marco del capitalismo. Precisamente porque el movimiento socialista intentaba convertirse en el movimiento de masas del proletariado, tal lucha era indispensable, entre otras cosas, para dar a la clase obrera conciencia y confianza en su propia fuerza y para hacerle comprender la importancia de la solidaridad de clase y de la organización clasista en las relaciones sociales y políticas fundamentales. Al mismo tiempo, cualquier éxito de esta lucha contribuía a mejorar las miserables y humillantes condiciones de vida del proletariado. Por tanto, la lucha por las reformas fue siempre considerada por los marxistas como una condición indispensable para la preparación de la clase obrera para la revolución.

La discusión versaba sobre los objetivos alcanzables a través de las reformas sociales y políticas, y sobre el desarrollo y los métodos de tales luchas, a fin de conseguir el máximo resultado y, al mismo tiempo, desarrollar la preparación del proletariado para la lucha por el poder. Según los reformistas, mediante las reformas podría cambiarse gradualmente el carácter de la base real y de la sobreestructura política, por lo que el problema consistía en intentar obtener el máximo número de reformas lo más ventajosas posible. Para los marxistas ortodoxos la relación reformas-revolución era mucho más compleja: aunque rechazaban la política del «tanto peor, tanto mejor», no ignoraban la multiplicidad de efectos de

las reformas y su contradicción interna, o sea, el peligro de que las reformas pudieran llevar a la clase obrera y a su organización a integrarse en las estructuras sociopolíticas ya existentes.

Desde este punto de vista, el problema de la alianza con los partidos de la izquierda burguesa se planteó en función de su acción a favor de las reformas. Tal alianza se consideró por los reformistas como una condición indispensable para el éxito de semejante política, mientras que, en general, las otras corrientes marxistas, aunque no rechazaban la colaboración con estos partidos y no los juzgaban indiscriminadamente como «una única masa reaccionaria», manifestaban casi siempre escepticismo acerca de las posibilidades de obtener el apoyo para reformas importantes, y se pensaba que el elemento decisivo para obligarles a dar ese apoyo era el temor a no poder contar más con los votos proletarios en las elecciones políticas.

Al situar como elemento central de su concepción estratégica el problema de la conquista del poder estatal, los marxistas ortodoxos dejaron siempre en el aire el proceso posterior de transformación económico-social socialista. No sin razón T. Meyer ha hablado, a tal respecto, de «konzeptionelles Vakuum». Era una actitud que procedía de diversas consideraciones. Ante todo, la influencia de la tradición antiutópica marxista, que situaba en los límites de la utopía todo intento de prefigurar un orden social de carácter socialista, recordando la negativa de Marx a preparar recetas para la «cocina del futuro». Por otra parte, los marxistas ortodoxos no demostraron saber valorar las dificultades que surgirían durante la transformación socialista.<sup>148</sup>

Son significativas, por ejemplo, las declaraciones de Bebel en el Reichstag, en 1893, en el debate sobre el «Estado futuro»: al acceder la socialdemocracia al poder, sostenía, encontrará una justa solución a todos los problemas; se declaró convencido de que la nacionalización de todas las empresas industriales se llevarían a cabo con gran facilidad, hasta el punto de parecer «un juego de niños». Incluso Kautsky, que no

---

<sup>148</sup> Este modo de ver las cosas ha sido especialmente puesto en evidencia por Parvus, el cual, al iniciar la polémica con Bernstein sobre la «Sächsische Arbeiterzeitung» en 1898, llegó a afirmar que si la socialdemocracia alemana hubiera conquistado el poder, en medio año habría dejado de existir la sociedad capitalista.

obstante fue el único en detenerse especialmente en el problema de la transición al socialismo, se sentía inclinado a pensar que los capitalistas no podrían oponer demasiada resistencia a la nacionalización de los medios de producción porque las subvenciones estatales a favor de los parados modificarían a fondo la relación de fuerzas entre capitalistas y obreros, y éstos podrían entonces imponer sus condiciones. La nacionalización se llevaría probablemente a cabo adquiriendo las propiedades capitalistas con obligaciones estatales o municipales, y estableciendo impuestos progresivos sobre las rentas. Por consiguiente, la expropiación de los medios de producción sería un proceso relativamente simple; el gran número de empresas no constituía a su juicio una grave dificultad, pues «la madurez del socialismo se mide no por el número de pequeñas empresas todavía existentes, sino por el número de las grandes que ya existen».<sup>149</sup> Una parte de las pequeñas empresas sobreviviría durante más tiempo, sobre todo donde predominara el trabajo manual, pero otras pondrían fin a su actividad. En cuanto a las pequeñas empresas agrícolas, sólo lenta y gradualmente cambiarían sus características, cediendo ante el proceso de socialización. Lo difícil era para ellos la planificación de la producción, que no obstante se podía simplificar con la reducción del número de empresas tras la liquidación de las pequeñas y la concentración de la producción en modernos establecimientos que trabajasen en tres turnos las veinticuatro horas del día.

Los marxistas ortodoxos no creían en una fuerte oposición de la burguesía y, sobre todo, esperaban que la *intelligentsia*, incluida la del aparato estatal, se inclinase del lado del proletariado victorioso.<sup>150</sup> La socialización de la propiedad capitalista de los medios de producción debía llevarse a cabo gradual pero rápidamente, para que el poder político del proletariado no hubiera de coexistir demasiado tiempo con el poder capitalista.

Las previsiones concernientes a las condiciones en que había de desarrollarse la conquista del poder, y especialmente su logro con el apoyo de la mayoría de la sociedad, mayoría en la cual la clase obrera sería la parte más numerosa, así como la convicción de que el proceso de transforma-

---

<sup>149</sup> K. KAUTSKY, «Amtage nach der Revolution», Berlín, 1907.

<sup>150</sup> Cf. la carta de Engels a Bebel del 24 de octubre de 1891, y la respuesta de Bebel del 29 de octubre, en Atizust Bebel Briefwechsel mit Friedrich Engels, a cargo de W. Blumentberg, 's Gravenhage, 1965, pp. 465-468.

ción socialista tendría lugar sin demasiadas dificultades, definían una serie de imágenes del poder revolucionario ya constituido.

Se suponía, por lo general, que la forma del Estado había de ser una República democrática parlamentaria, y no se excluían limitaciones de los derechos políticos y de las libertades de los enemigos durante la revolución aunque el problema quedaba planteado con bastante vaguedad.

Cuando Bernstein se expresó contra la idea de la dictadura del proletariado, sus adversarios pusieron la cuestión sobre el tapete<sup>151</sup>; en términos particularmente significativos se pronunció Plejánov en el II Congreso del Partido obrero socialdemócrata ruso, en 1903, con la aprobación de Lenin. Con palabras que serían definidas como «jacobinas», defendió el principio de la dictadura del proletariado, enunciado en el proyecto de programa del partido, afirmando que, tras la conquista del poder, debía adoptarse el principio de que la ley suprema es el bien de la revolución, y no se debía retroceder ni siquiera ante la necesidad de privar de derechos políticos a la burguesía, o de disolver el parlamento si los enemigos políticos obtenían en él la mayoría.

## *2. Gradualismo y alianzas en la concepción revisionista*

Una estrategia política de las corrientes reformistas se fue formando gradualmente en los distintos partidos socialdemócratas, aunque sólo fue elaborada a fondo por Bernstein, el cual desarrolló una argumentación teórica en profundidad. Según esta concepción, el problema central del paso del capitalismo al socialismo no es tanto la conquista del poder político por el proletariado como la socialización de los medios de producción y la organización de la producción según los principios del socialismo. Tal concepción se afirma en el marco de dos circunstancias. La primera es que si bien las grandes empresas son cada vez más numerosas y desempeñan un papel cada vez más importante en la economía nacional, el proceso de concentración de la producción y del capital no tiene lugar con los ritmos y las modalidades previstos por Marx: las pequeñas y medianas empresas no desaparecen y es previsible que en el futuro sigan siendo numerosas. No es posible la socialización de tan enorme número de empresas. La segunda circunstancia que obstaculiza el proceso de transformación so-

---

<sup>151</sup> K. KAUTSKY, «Bernstein und sozialdemokratische Programme, Stuttgart, 1899, p. 172 (trad. cast.: «Bernstein y la socialdemocracia alemana», Barcelona, 1975).

cialista es el hecho de que la clase obrera no posee todavía las capacidades necesarias para sustituir al capitalismo por el socialismo. Mientras la primera dificultad era considerada por Bernstein como permanente, aunque en sus declaraciones no aparecía con claridad si el proceso de concentración de la producción no se producía tan velozmente como había previsto Marx o si estaba destinado a no realizarse del todo, el segundo obstáculo era considerado con mayor optimismo: la preparación de la clase obrera para llevar a cabo las transformaciones socialistas crecería poco a poco, gradualmente y a largo plazo. Por consiguiente, aunque la socialdemocracia conquistara el poder, no estaría preparada para realizar una rápida e integral socialización de los medios de producción, y el fracaso de este intento acabaría por desorganizar la vida económica y por provocar la revuelta de la gran mayoría de la sociedad contra el partido socialdemócrata.

Para Bernstein era esencial que la transformación socialista de las relaciones de producción se realizara sin perturbar el proceso productivo. Temía, además, una burocratización de la vida económica en el caso de una rápida socialización de los medios de producción. El paso del capitalismo al socialismo no podía tener lugar como un «salto», sino gradualmente y dentro del sistema capitalista; las relaciones socialistas de producción deben establecerse incluso antes de que la socialdemocracia llegue al poder, del mismo modo que en el sistema feudal se constituyeron las relaciones capitalistas de producción. El capitalismo debe continuar en el socialismo, y este proceso debe durar decenios, en un largo período de economía mixta.<sup>152</sup>

Esta era, a juicio de Bernstein, la previsión realista para transformar la sociedad. Su realismo consistía, sobre todo, en prever una evolución en sentido democrático de las formas de Estado, el cual perdería su carácter clasista, de supremacía de una clase sobre otra. Esta forma de Estado crearía la posibilidad de una toma del poder legal y pacífica por parte de la socialdemocracia; la posibilidad se traduciría, en realidad, gracias a la adhesión de la mayoría de la sociedad a la socialdemocracia. Pese a que Bernstein no preveía como inminente esta pacífica transformación del Estado y de la sociedad, no albergaba dudas acerca de ella, a pesar del

---

<sup>152</sup> Para una exhaustiva presentación de esta concepción, cf. MEYER, Bernstein *Konstruktiver Sozialismus*, cit.

continuo aumento del número de propietarios. Contaba con que la socialdemocracia, al transformar su ideología y su política, obtendría la adhesión de una parte significativa de las capas medias, y pese a la mejora de las condiciones de vida de los obreros en el sistema existente, la mayoría de ellos continuaría identificándose con la ideología socialista.

Sin embargo, antes de que la socialdemocracia lograra obtener el apoyo de la mayoría de la sociedad, debía intentar formar una coalición de gobierno con parte de los partidos burgueses, si es cierto que en la historia ninguna clase ha alcanzado de forma inmediata todo el poder estatal. Al igual que las relaciones económicas, el sistema político debe transformarse mediante una progresiva metamorfosis: las estructuras mixtas deben aparecer tanto en la base como en la sobreestructura.

Bernstein no negó que pudieran darse intentos de parar la evolución del sistema estatal hacia un sistema democrático parlamentario, o de hacer retroceder las formas de Estado existentes, pero confiaba en que semejantes conatos estuvieran condenados al fracaso. Sus optimistas previsiones reflejaban su modo de concebir el desenvolvimiento de las relaciones entre las clases, tendente a una atenuación de los antagonismos y de las luchas de clases. Uno de los principios fundamentales de esta estrategia política era la convicción de que una parte considerable de la burguesía, así como algunos partidos burgueses, estarían dispuestos a evolución gradual hacia el socialismo.<sup>153</sup>

Esta esperanza no se basaba solamente en el convencimiento de que, frente a la fuerza creciente obrera, el buen sentido sugeriría a la burguesía un comportamiento similar, sino también en algunas concepciones sociológicas y, especialmente en algunas ideas concernientes a las motivaciones comportamiento humano. Son estas concepciones las que emparentan a Bernstein con el denominado «socialismo ético». Sus críticas al materialismo histórico iban dirigidas a socavar la tesis según la cual los intereses de clase influyen profundamente en el comportamiento político y a poner, en cambio, en evidencia el peso de las concepciones éticas. A facilitar la formación de tal opinión en la burguesía debían contribuir los de socialización de los medios de producción, y en primer lugar el

---

<sup>153</sup> P. ANGEL, «Eduard Bernstein et l'évolution du socialisme allemand», París, 1961, p. 431; a diferencia de Meyer, identifica la esencia del revisionismo con la idea de que el socialismo puede ser aceptado por la izquierda burguesa.

principio de expropiación con indemnización. Las hipótesis formuladas acerca de la dinámica de las relaciones entre las clases estaban ligadas a su vez a las previsiones sobre el funcionamiento de la economía capitalista, que funcionaría más armoniosamente que en el pasado.

Aunque de manera completamente distinta de la expuesta por los marxistas ortodoxos, tal estrategia ponía en relación la acción por las reformas con la lucha por la sustitución del capitalismo por el socialismo. De esta visión se desprendían las principales consecuencias concernientes a la organización política de la clase obrera. El partido socialista debía instruir y organizar a la clase obrera, procurando ejercer su influencia sobre otras clases y capas y concentrando todos sus esfuerzos en la lucha por las reformas sociales y políticas. En esta batalla política debía preocuparse por obtener una posición fuerte en el Parlamento y por conseguir la colaboración de algunos partidos burgueses.

Un papel importante debían desempeñar las otras organizaciones de la clase obrera, y en particular los sindicatos y las cooperativas: por una parte su actividad debía permitir mejorar las condiciones de vida del proletariado en el sistema existente, y por otra estas organizaciones podían desarrollar en la clase obrera las capacidades necesarias para la realización de las transformaciones socialistas.

El movimiento obrero organizado debería, pues, renunciar a la política de total contraposición a la sociedad y al Estado existentes, a una política exclusivamente de protesta. La atribución de un papel tan importante al sindicato y a las organizaciones económicas de la clase obrera explicaba, para los autores de esta estrategia política, su protesta contra quienes la definían como una estrategia de mero parlamentarismo («Nurparlamentarismus»), aunque era indudable que atribuían un papel fundamental a la actividad de la socialdemocracia en el Parlamento, al considerar la vía parlamentaria como la única que podía conducir al poder a la clase obrera.

Aun cuando la concepción de Bernstein no excluía la eventualidad de métodos ilegales de lucha y el empleo de la fuerza, tales métodos sólo se consideraban admisibles en el curso de las luchas por la instauración del régimen democrático o de aquellas que eran provocadas por intentos reaccionarios contra un régimen político liberal, o sea, en el marco de la estrategia de lucha por la democratización. En cambio, la decidida oposi-

ción de Bernstein al uso de la fuerza como instrumento de lucha por el socialismo no sólo se derivaba de sus previsiones sobre la evolución de la sociedad capitalista, sino también de su misma visión del socialismo. De ahí su crítica radical a la idea de la dictadura del proletariado. En la jerarquía de los valores políticos, para Bernstein ocupaba el primer puesto la libertad, y, por tanto, para él la garantía de libertad de los ciudadanos debía considerarse más importante que la realización de cualquier postulado económico; no aceptaba que la realización de tales postulados pudiera llevarse a cabo a costa de limitaciones de la libertad. No es casual que tendiera a subrayar las relaciones entre socialismo y liberalismo: la tesis de que el socialismo es el sucesor del liberalismo no sólo debía facilitar la mencionada colaboración con los partidos liberales hasta conseguir la democratización de Prusia y de todo el Reich, sino también ilustrar esta orientación al demostrar que una parte de la burguesía había aceptado la evolución hacia el socialismo.

### *3. Las hipótesis revolucionarias de la izquierda*

La estrategia política de la izquierda socialdemócrata en los años inmediatamente anterior al estallido de la Primera Guerra Mundial no asumió carácter político internacional ni encontró eco, por lo general, fuera de las fronteras de Alemania. Por lo demás, quienes mostraban interés por su crítica, no veían en ella una verdadera y específica alternativa a la estrategia de los marxistas ortodoxos.

Se nos puede preguntar si la ideología de la *Neue Linke*, al proponer una nueva táctica, quería realmente elaborar nuevos métodos de lucha para una estrategia más ofensiva en el marco de la política socialdemócrata. En realidad su concepción fue más bien vaga y se debilitó por las divergencias entre los mayores exponentes de la izquierda, y en especial entre Rosa Luxemburg y Pannekoek. Su desacuerdo se manifestaba, sobre todo, en la interpretación del proceso revolucionario y de los mecanismos de formación de la conciencia de clase y de la voluntad revolucionaria de las masas proletarias. La lucha por el poder se entendió como proceso revolucionario de larga duración, durante el cual el proletariado podía tomar repetidamente el poder y sucesivamente perderlo, hasta la conquista definitiva. Semejante opinión fue expresada por Rosa Luxemburg

ya en la época de su polémica con Bernstein<sup>154</sup>: a su juicio, durante las luchas revolucionarias se desarrollaría la conciencia revolucionaria y la voluntad de las masas proletarias; el ejército revolucionario se formaría en el curso de la lucha y no antes de su inicio.

Al desarrollar la idea del proceso revolucionario, Pannekoek elaboró una interpretación de su mecanismo muy distinta de la que circulaba en los círculos radicales de la socialdemocracia. Aunque entre estos grupos es evidente la preocupación por la ola de actitudes oportunistas y el deseo de defender vigorosamente la lucha de clases, no elaboran una táctica nueva: la opinión preponderante era que no se trataba tanto de cambiar la vieja línea como de aplicarla con firmeza. El proletariado (escribía, en cambio, Pannekoek) debía prepararse para la revolución aumentando su fuerza, y al llegar el momento oportuno acabaría con la dominación del capital. En este sentido, revolución significa (no sólo en sus consecuencias económicas, sino también en el método) cambio rápido: la fuerza del proletariado es empleada por primera y última vez, de un modo completamente nuevo; por tanto, han de adoptarse nuevos métodos de lucha, y entre ellos la huelga de masas como instrumento de presión y las luchas en la calle. La lucha de clases se diferencia de la guerra en que los ejércitos se forman durante los enfrentamientos de clase. Para emprender la lucha es necesaria la fuerza, pero sólo la lucha crea la fuerza. Por consiguiente, las premisas necesarias para la conquista del poder se crean durante la lucha y no se pueden formar en condiciones de paz. Ello significa que la revolución no es una acción cerrada en sí misma, sino un proceso.

Con relación a este planteamiento del proceso revolucionario se nos puede preguntar si los exponentes de la *Neue Linke*, al hacer hipótesis sobre el desencadenamiento de acciones de masas a gran escala, y sobre todo las huelgas de masas, consideraban tales acciones como el instrumento para crear una situación revolucionaria. A la opinión extendida

---

<sup>154</sup> También para Rosa Luxemburg el modelo de proceso revolucionario es la revolución burguesa en Francia (cf. J. HENTZE, *Aspekte der Revolutionstheorie Rosa Luxemburgs*, en «Jahrbuch Arbeiterbewegung», 1974, n. 2, p. 47); de todos modos, hay que tener presente que en ese caso las fases siguientes, hasta la restauración excluida, permitieron a la burguesía ampliar cada vez más su poder y, como mínimo, conservar las transformaciones fundamentales que tuvieron lugar durante la revolución. En cambio, en el caso de la revolución socialista esto no era posible, según Rosa Luxemburg.

entre los marxistas ortodoxos, para los cuales la situación revolucionaria, condición necesaria para emprender la lucha por el poder, surge como efecto de condiciones objetivas (por lo que el movimiento obrero organizado debe esperar que se dé tal situación), la *Neue Linke* contraponía una visión en la que el elemento voluntarista era, en cierto modo, preponderante: aprovechando el descontento de las masas ligadas al proletariado, el movimiento obrero debía crear o acelerar una situación revolucionaria. Esta era, por ejemplo, la interpretación que Kautsky daba de la política defendida por la *Neue Linke*, polemizando con los más destacados ideólogos de dicha corriente. En efecto, como observa Kotowski, Rosa Luxemburg consideraba las huelgas de masas como un instrumento para la ruptura gradual del orden existente, a fin de provocar caos y choques violentos. Según U. Ratz, ella entendía por huelga de masas un largo período de lucha de clases durante el cual el orden se transforma poco a poco en caos. Son juicios que encontramos también en estudiosos de nuestro tiempo, los cuales han hablado a este respecto de «revolutionaare Eskalationstaktik». Pero Rosa Luxemburg negó con frecuencia esta interpretación de su concepción política, y en particular negó querer crear la situación revolucionaria mediante huelgas de masas.

De todos modos, una concepción similar del proceso revolucionario determinaba también el modo de entender la organización de la clase obrera, su papel y, sobre todo, el partido. Era necesario tomar en consideración la posibilidad de que en el curso de acciones de masas o durante la misma lucha revolucionaria prolongada, las organizaciones de clase del proletariado se vieran sometidas por el enemigo a represiones, aunque sin ser derrotadas. El problema se situó en el centro de la polémica entre Pannekoek y Kautsky, y tuvo especial interés para el movimiento obrero organizado. Ya al comienzo de la discusión, Pannekoek (aun declarándose de acuerdo con la posibilidad de que el Estado disolviera las organizaciones que se habían rebelado contra su ordenamiento y llegara a secuestrar los fondos del movimiento y a detener a sus dirigentes) escribía:

Pero estos actos de violencia no pueden producir efecto alguno; solamente pueden destruir la forma externa, sin lesionar la esencia interna. La organización del proletariado, que definimos como el instrumento más fuerte, no puede ser identificada con la forma organizativa y con las aso-

ciaciones actuales... En la sustancia de tal organización hay algo de espiritual, la plena transformación del carácter de los proletarios.<sup>155</sup>

La clase dominante puede destruir las organizaciones obreras sólo en apariencia, pues los obreros no volverán a ser los de antes, con mentalidad individualista. Para Pannekoek las organizaciones obreras se diferencian de todas las demás organizaciones en que en su seno nace y se desarrolla un sentimiento de solidaridad que lleva a la total subordinación del individuo a la comunidad; esto es lo que les da su fuerza, lo que constituye la base de la nueva sociedad que está naciendo.

El esfuerzo por mantener con vida las organizaciones de clase no debía ser un freno para la energía revolucionaria de las masas. Al analizar el problema de la relación entre las masas y sus dirigentes, Pannekoek señalaba que el partido enseñaría a las masas que las acciones desesperadas de los individuos o de grupos aislados son impotentes: sólo unidos, y con una actividad organizada, podrán lograrse éxitos. El partido ha disciplinado a las masas y les ha ahorrado una inútil pérdida de energía revolucionaria. Otro aspecto positivo consiste en la indicación de un método eficaz para aplicar y dirigir esta energía. Pero precisamente por ello Pannekoek piensa que las masas no iniciarán espontáneamente su acción revolucionaria, ni siquiera en el caso de estar inmersas en una gran agitación, sino que esperarán a que el partido las llame a la acción. En otras palabras, el partido no ha de temer que las masas, privadas de parte de su energía espontánea precisamente tras la formación de una organización disciplinada, puedan estallar. Ya que un largo esfuerzo político ha hecho que las masas se caractericen por la disciplina y la confianza en los jefes, el partido tiene la misión de llamarlas a la acción en el momento oportuno. El partido ha de saber cuál es el momento justo, que no se dará cuando ya sea imposible detener a las masas en su estallido violento, sino cuando las relaciones sociales causen en ellas una agitación y un entusiasmo lo suficientemente fuerte como para que las grandes acciones tengan posibilidades de éxito.

---

<sup>155</sup> A. PANNEKOEK, *Massenaktion un Revolution*, en «*Neue Zeit*», 1911-1912, pp. 543-544.

#### *4. Renovación moral y mito en el pensamiento de los sindicalistas revolucionarios*

Resulta bastante compleja la tarea de presentar sintetizadamente las concepciones de los sindicalistas revolucionarios. Primero porque, a diferencia de las ya mencionadas, no eran obra de uno o unos pocos ideólogos, ni nunca fueron «codificadas» por sus creadores. En Francia el sindicalismo revolucionario se desarrolló sobre todo a iniciativa de un grupo de intelectuales (G. Sorel, H. Lagardelle y E. Berth) y de algunos activistas del movimiento sindical, que formularon sus concepciones en publicaciones (especialmente V. Griffuelhes y E. Pouget). En Italia, único centro de desarrollo del sindicalismo revolucionario aparte de Francia, el movimiento fue promovido sobre todo por Arturo Labriola y E. Leone. Sin embargo, hay que advertir en seguida que había grandes diferencias entre las concepciones de estos sindicalistas revolucionarios. En segundo lugar, las posiciones de esta corriente no eran muy estables ni muy claras, especialmente por lo que respecta a las hipótesis de sociedad socialista y a los métodos para llegar a ella.

Los elementos fundamentales de la estrategia de esta corriente se articulaban en torno a tres tesis. La primera se refería al Estado y se inspiraba en principios anarquistas; postulaba que la revolución socialista consiste no en la conquista del poder estatal por el proletariado, sino en la abolición de la organización estatal. Si la revolución debía significar la conquista del poder por el partido socialista, entonces no se realizaría ni la igualdad ni la libertad, sino solamente un cambio de grupos sociales privilegiados. Por eso no era aceptable ni la concepción de un dominio gradual del Estado democrático por el partido socialista, ni la idea de una instauración de la dictadura del proletariado.

La segunda tesis concernía a las formas de organización de la clase obrera. Los sindicalistas revolucionarios rechazaban no sólo la visión del sindicato como correa de transmisión entre el partido y las masas, sino también la equiparación entre ambas formas de organización de la clase obrera. Los partidos socialistas eran considerados como organizaciones externas a la clase obrera, generalmente ajenas a ella por su composición social no homogénea y por el hecho de estar dirigidas no por proletarios, sino casi siempre por políticos procedentes de la intelligentsia. A su modo de ver, la forma básica del movimiento obrero estaba constituida por los

sindicatos, los cuales, a diferencia de los partidos socialistas, eran una organización de clase específica, exclusivamente proletaria. Los sindicatos dirigen la lucha mediante las huelgas y otras formas de acción directa, antes incluso de que existan las condiciones para llevar a cabo el ataque definitivo contra el capitalismo, o sea la huelga general, cuya dirección les compete igualmente a ellos. La misma existencia de un partido obrero era considerada con recelo y aversión: de hecho, el papel de tal partido debía limitarse a la lucha por la democratización del Estado capitalista, en cuyo caso el campo principal de su actividad debía ser el Parlamento; al mismo tiempo, el Parlamento se consideraba como la principal escuela de los compromisos, el terreno de colaboración de clases y un obstáculo real al desarrollo del antagonismo de clase. Puesto que la revolución no consiste en la conquista del poder, la clase obrera no necesita del partido para tal fin; el partido es incluso superfluo para la formación de la conciencia revolucionaria, que se forma durante la lucha de clases directa, mientras las luchas por la mejora de las condiciones económicas en el marco del capitalismo son dirigidas por los sindicalistas.

La tercera tesis concernía a las formas de la lucha revolucionaria. El fruto de la lucha de clases debía ser la huelga general, la forma de lucha que ocupaba el lugar preeminente en la ideología del sindicalismo revolucionario; los más destacados exponentes de esta corriente han dedicado a su análisis muchas páginas de sus trabajos, señalándola como el instrumento capaz de paralizar el Estado burgués y, por tanto, de permitir a los sindicalistas apoderarse de los medios de producción y sustituir el aparato del Estado. La revolución tendría lugar a través de la huelga general; antes de que se manifiesten las condiciones para la revolución, de que los patronos y el aparato estatal se hayan debilitado suficientemente y de que el proletariado se haya reforzado lo bastante, la huelga general, como el otro tipo de huelgas, debe ser el instrumento de educación de la clase obrera para el desarrollo del espíritu revolucionario y, al mismo tiempo, el medio de lucha para las reivindicaciones normales de la clase obrera.

La exaltación de la huelga general está en el centro de las Reflexions sur la violence de Sorel, que ve en esta forma de lucha la esencia misma del socialismo; la huelga general es de hecho un acto de violencia revolucionario a través del cual el capitalismo cederá el puesto al socialismo. La noción soreliana de huelga general tiende a diferenciarse radicalmente de

otras acciones de este tipo muy frecuentes en la praxis del movimiento obrero. Incluso la huelga general de 1905 en Rusia es mirada con distanciamiento crítico, y, de modo similar, las huelgas generales del proletariado belga en lucha por el derecho electoral democrático son recordadas casi con desprecio. Pese a todo, Sorel distingue entre huelga general «proletaria» o «sindical» y huelga general «política», o sea promovida y dirigida por el partido, por los políticos, a la que considera como un mero instrumento en manos de los políticos para satisfacer sus intereses personales, y que por tanto no puede ser un medio de liberación del proletariado.

La huelga general no queda claramente definida en las páginas de Sorel, y aparece en muchos aspectos ligada a su concepción del «mito» social, como fenómeno irracional y voluntarista, capaz de liberar una extraordinaria cantidad de energía social, y por tanto poderoso motor de acción. Así, la huelga de masas es el símbolo puramente intuitivo y sugestivo, capaz de integrar y llevar a la acción a las masas, para reaccionar contra la tendencia a adaptarse al sistema dominante, para despertar y estimular el espíritu revolucionario entre los obreros y para hacer que la lucha del proletariado se eleve por encima del nivel de una revuelta de esclavos.

En la interpretación de la huelga de masas aparecen especialmente claras las diferencias entre las concepciones de los ideólogos del sindicalismo revolucionario y las de los activistas del sindicato. Para éstos el sindicalismo revolucionario era el instrumento de lucha para los éxitos económicos del proletariado y para la consecución de una supremacía económica; es misión del proletariado salvar al mundo de la degeneración moral que lo amenaza; sin preocuparse demasiado por el futuro lejano, veían en el proletariado la cuna de un cercano renacimiento moral.

Para los sindicalistas revolucionarios era condición indispensable para el paso del capitalismo al socialismo el desarrollo del antagonismo de clase entre proletarios y burgueses, y de la obra de Marx se limitaban casi a extraer la definición del papel atribuido a la lucha de clases en el desarrollo de la sociedad, sin aceptar todas las implicaciones del materialismo histórico, las cuales permitían a los marxistas ortodoxos mirar con optimismo los procesos futuros del crecimiento capitalista, por las cada vez mayores contradicciones que generaría. De ahí que los sindicalistas revo-

lucionarios se preocuparan por cualquier fenómeno que pudiera causar un debilitamiento de este antagonismo, comenzando por toda forma de compromiso y de acuerdo con el enemigo de clase. La hostilidad hacia toda manifestación que pudiera disminuir la total oposición del proletariado a la sociedad existente e integrarlo en ella comportaba el desdén por la relación entre revolución y reformas en la estrategia política del sindicalismo revolucionario, la cual tendía a rechazar cualquier perspectiva de mejora inmediata de la condición obrera mediante la legislación social.

Tal actitud hacia las reformas sociales estaba sin duda relacionada con la profunda desconfianza hacia el Estado, en el que los sindicalistas revolucionarios sólo veían el instrumento para defender los intereses de la burguesía. Las mismas conquistas de la clase obrera obtenidas por vía parlamentaria podían, en su opinión, debilitar la hostilidad de las masas obreras hacia el Estado y hacer decaer la tensión contra los patronos. Sólo las concesiones logradas mediante la lucha directa eran consideradas positivamente, porque agudizaban el antagonismo de clase.

Los sindicalistas revolucionarios presentaron su ideología y su movimiento no sólo como el instrumento de transformación del sistema social, sino también como una concreta concepción de la existencia humana, como medio de profunda transformación de la moral social, convencidos, con Sorel, de que el progreso moral del proletariado es tan indispensable como el progreso en la esfera de los medios de producción, a fin de formar la nueva ética de los creadores libres de la futura sociedad socialista.

Puesto que la sociedad socialista era vista como una sociedad sin Estado, los medios de producción debían confiarse a los productores libres, capaces de desarrollar la «liberación del trabajo». El ideal del sindicalismo era la creación de una organización de la producción en la que la coacción externa como elemento indispensable de la disciplina laboral estaría sustituida por la autodisciplina interior. Vale quizá la pena observar que Sorel temía especialmente las consecuencias de una creciente psicología del consumo, la cual perjudicaría el desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo, pero sería aún más grave en la sociedad socialista, constituyendo un obstáculo para las grandes inversiones, que requieren grandes renunciaciones. De todos modos creía posible evitar semejante peligro en el curso del desarrollo del comportamiento creativo entre los obreros, por su

inclinación al trabajo sin beneficio y por su capacidad de sacrificio, si se les requería en nombre de elevados objetivos.

Las concepciones de los sindicalistas revolucionarios sobre la forma de la futura sociedad socialista y el proceso de transformación socialista no fueron nunca bien definidas. Su aversión hacia toda forma de organización estatal los llevaba a señalar de manera muy sumaria las instituciones «anti-Estado» que debía construir la clase obrera. Además, según ellos, no era posible prever científicamente el desarrollo social y celebraban la espontaneidad, pese a que el paso a la propiedad social de los medios de producción y su administración se previeran como obra de los sindicalistas. Así, Arturo Labriola y Enrico Leone insistían en la tesis de que el paso al nuevo sistema no sería un salto sino un proceso, y no podría realizarse antes de que el proletariado hubiese conseguido la capacidad de dirigir autónomamente la producción. Hasta que los obreros agrupados en los sindicatos no desarrollaran esta capacidad, la revolución no sería posible. Las organizaciones de los distintos sectores productivos debían asegurar, incluso con formas de arrendamiento a los capitalistas, la gestión de determinados ramos de la producción, y sólo después asumirla por sí mismas, eventualmente con indemnización a los propietarios. Leone presentaba el socialismo como un sistema en el que la producción estaría dirigida por grupos autónomos de obreros de diversas empresas, mientras grupos de productores concluirían con ellos, bajo la dirección de los sindicalistas, contratos y acuerdos, dando vida a formas federativas originales. Plejánov, que desarrolló más que otros marxistas la crítica contra estas concepciones, afirmaba, no sin razón, que, pese a su fraseología revolucionaria, mostraban un carácter profundamente reformista, aún más vago que las concepciones de los mismos reformistas.

##### *5. Insuficiencias históricas y estrategias inadecuadas*

Pese a que las concepciones aquí descritas no sólo anelaban al pensamiento de Marx, sino que se habían formado en circunstancias históricas análogas, al iniciarse la formación política de fuertes movimientos obreros, en un período en que no existía una situación revolucionaria, son evidentes las grandes divergencias que existían entre ellas, tanto en lo que concierne a los objetivos finales como a los más inmediatos. Claro que es posible encontrar también puntos de contacto y analogías: por

ejemplo, los revisionistas y los sindicalistas revolucionarios atribuían gran importancia a la preparación de la clase obrera para la realización de las transformaciones socialistas y a la creación, en ellas, de las capacidades mentales e intelectuales consideradas indispensables para este fin; sin embargo, los métodos que cada cual planteaba para lograr esta formación eran totalmente divergentes. De igual modo, tanto los marxistas ortodoxos como los sindicalistas revolucionarios hablaban de la lucha de clases, pero divergían en el análisis de sus orígenes, en los factores que la desarrollaban y en sus perspectivas. Finalmente, los sindicalistas revolucionarios y la *Neue Linke* se proponían «entrenar» a la clase obrera en la lucha revolucionaria mediante acciones de masas; pero para los primeros la organización responsable dirigente debía ser el sindicato y para los segundos el partido, organizaciones ambas que eran concebidas de modo muy distinto por las dos tendencias.

En la base de estas divergencias y de estos desacuerdos, generalmente muy ásperos, había opiniones, valoraciones y prognosis diversas que concernían al proceso histórico, a la evolución de la sociedad y a la esencia misma del capitalismo y del socialismo. Evidentemente, en esta diversidad influían no sólo los condicionamientos sociales específicos de cada uno de los países de Europa en que estas corrientes y movimientos se desarrollaron, sino también las tradiciones y experiencias peculiares de los distintos movimientos obreros, las diferentes componentes sociales de los partidos y la composición del proletariado. Resulta obligado preguntarse qué papel desempeñaron estas concepciones en las situaciones específicas y en la visión general de los procesos políticos de la Europa de entonces. Es una cuestión que afecta también al estado de aislamiento (querido o temido) del movimiento obrero, o por el contrario a su integración (igualmente deseada o repudiada) en las estructuras sociales y políticas existentes. Finalmente, queda por valorar la posibilidad de atribuir estas diferencias a miembros concretos y a dirigentes del movimiento obrero de esos años.

Plantear estos interrogantes puede ser útil para posteriores investigaciones, aunque, como es natural, aquí no sea posible darles respuesta. En cambio, hay otro problema que puede abordarse, siquiera sea sumariamente: el valor de la previsión estratégica de estas distintas corrientes ideológicas y políticas. La concepción de los sindicalistas revolucionarios

tenía sin duda escaso contenido pronóstico, máxime cuando sus mismos autores negaban que el desarrollo social pudiera preverse. Por su parte, la izquierda socialdemócrata desarrolló una concepción en muchos aspectos próxima a la de los marxistas ortodoxos, especialmente en lo concerniente al análisis del sistema capitalista, las relaciones de clase y las sobreestructuras. Cierto que el significado de estos análisis y de estas previsiones debían confrontarse con la actividad desarrollada y con los resultados obtenidos por movimientos que en lo fundamental se proponían una transformación radical de la sociedad. Por otra parte, no resulta fácil valorar si, al examinar solamente los partidos socialistas, que en esos años constituían ya una fuerza política real, sus concepciones estratégicas eran coherentemente realizables. El problema es el de meterse en esa realidad para entender las posibilidades de acción existentes en relación con las distintas estrategias. En el caso de la concepción «ortodoxa», tal como fue formulada y desarrollada en el que puede considerarse el partido-guía de la Segunda Internacional, la socialdemocracia alemana, su valoración choca inmediatamente con el obstáculo de que, según su hipótesis, la lucha por el poder sólo podía emprenderse en el caso de presentarse una situación objetivamente revolucionaria, y, como se sabe, tal situación no se presentó hasta los años de la Primera Guerra Mundial, cuando ya el partido estaba profundamente desgarrado y sólo una fracción, el USPD (el partido socialdemócrata independiente), se mantenía fiel a la vieja concepción.

Si limitamos el espacio de tiempo objeto de examen al período en que floreció la Segunda Internacional (pues con la revolución de octubre se desarrolló una situación nueva e imprevista), no es fácil emitir un juicio sobre la estrategia revisionista. La democratización de la sociedad capitalista, prevista por Bernstein, no se verificó, aunque en algunos países (Italia, Hungría, Suecia) hubo mejoras y se introdujo el sufragio universal. Pero en general, en el campo de las grandes reformas sociales, se dio una profunda paralización, y en países como Francia y Alemania incluso casi una involución. Contrariamente a las previsiones de los revisionistas, y, si cabe, como confirmación de las de sus adversarios, tras los años de transición entre los dos siglos no se atenuaron las diferencias de clase; al contrario, éstas se acentuaron, sin que se produjese el aumento de los salarios reales y del nivel de vida de los obreros esperado por Bernstein. Así, en

contra de las previsiones revisionistas, la economía capitalista no conoció un desarrollo más armonioso e incluso se vio golpeada por otros momentos de crisis, mientras que en las relaciones internacionales fueron creciendo tensiones cada vez más violentas, hasta la dramática crisis del verano de 1914.

Considerando el hecho de que faltaron las premisas básicas para la realización de la visión estratégica de los revisionistas, de la izquierda socialdemócrata o de los socialistas revolucionarios, y el de que estas corrientes ideológicas no consiguieron ganarse una franja significativa de seguidores en los partidos y movimientos obreros de la época, podría concluirse que sus concepciones no se adecuaron a las condiciones existentes. En cambio resulta más difícil emitir el mismo juicio respecto de las posiciones de los marxistas ortodoxos.

Suele acusarse a la estrategia y la ideología del SPD de haber reducido a la impotencia al partido alemán más fuerte, por culpa de un gradualismo reformista, una visión determinista de la revolución, una pasividad política y una actitud inmovilista. Se trata de críticas dirigidas a este partido ya durante el *Bernsteindebatte* y la denominada «crisis del marxismo», al despuntar el siglo XX. Por otra parte, no es posible olvidar que los adversarios del SPD no consideraban impotente a este partido, sino que (para emplear las palabras pronunciadas en mayo de 1914 por un activista del ala izquierda del Zentrum, el partido católico alemán) «el problema más grave que debe resolver la política interna del Reich es la destrucción de la gran fuerza del SPD».

Indudablemente existía una notable desproporción entre la fuerza del SPD (gracias al número de sus afiliados, a la potencia de sus organizaciones y a la amplitud de su electorado) y la influencia ejercida por este partido en la vida política hasta la víspera de la Primera Guerra Mundial. El mismo Kautsky pareció darse cuenta de esta desproporción (objeto de dura crítica por parte de la izquierda, así como parte de la derecha socialdemócrata), llegando a preguntarse, a finales de 1913, en un artículo de la *Leipziger Volkszeitung* que intentaba hacer un balance de la actividad del partido, si no era necesario buscar nuevos métodos capaces de asegurar a la clase obrera mejores resultados.

Al referimos a los acontecimientos de agosto de 1914 y a la actitud asumida por el SPD en ese momento crucial, es difícil sustraerse a un jui-

cio negativo. De todos modos hay que reconocer que, si por una parte surgieron entonces actitudes oportunistas y nacionalistas, latentes hacía tiempo, encubiertas bajo una fraseología pseudorrevolucionaria, por otra parte se produjo en aquella ocasión, sin duda, un viraje decisivo en la actitud de las masas socialdemócratas. Solamente un análisis muy detallado y profundo de la vida de este partido podría dar con la solución a este dilema. Sin duda, con el paso de los años se produjo un proceso gradual, a menudo inconsciente, de integración de amplios estratos de la clase obrera y de miembros de la socialdemocracia en las estructuras existentes. A ello concurrieron poderosos factores de carácter general, ante los cuales el movimiento obrero socialista no supo en su conjunto reaccionar con suficiente vigor y eficacia, y en ello fallaron los marxistas ortodoxos, los cuales tenían, por sus posiciones y su autoridad, la mayor responsabilidad, pero también fallaron aquellas corrientes que desarrollaron estrategias alternativas inadecuadas para promover en Occidente un movimiento revolucionario de masas.

IRING FETSCHER

*Bernstein y el reto a la ortodoxia*<sup>156</sup>

En los años en que estuvieron en vigor las llamadas «leyes antisocialistas»<sup>157</sup> la actividad legal de los socialdemócratas en el Imperio alemán se había limitado a la propaganda electoral para la renovación del Reichstag y del Landtag. Las revistas y los periódicos estaban prohibidos, y las editoriales del partido no podían trabajar en el territorio del Reich. Sólo eran posibles reuniones de (ex) militantes del partido disfrazadas de sociedades deportivas, clubs ajedrecistas, etc., y era frecuente que pequeños albergues de militantes sirvieran de puntos de encuentro clandestino. Sólo los diputados del Reichstag y del Landtag podían, bajo ciertos límites, moverse libremente, aunque también ellos estaban expuestos a diversos procesos y a «suspensiones» transitorias. Para la formación de la conciencia de una capa dirigente de socialdemócratas los medios de información más importantes en ese período fueron la lectura regular del *Sozialdemokrat* (publicado primero en Suiza y luego en Londres) y algunos

---

<sup>156</sup> La principal obra de Bernstein fue editada por primera vez en castellano por la editorial Sampere de Valencia con el título «Socialismo evolucionista», en traducción de E. Díaz-Reta. Esta misma versión ha sido reeditada, con el título acorde con el original, «Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia» (introducción de R. Argullol), por la editorial Fontamara, Barcelona, 1975. Las citas de este capítulo proceden de esta edición. (N. del d. de la t.)

<sup>157</sup> El 21 de octubre de 1878 entró en vigor la «ley contra los fines socialmente peligrosos de la socialdemocracia»; hasta noviembre del mismo año estuvieron prohibidos: 153 círculos, 40 periódicos y 213 publicaciones no periódicas. El libro de A. BEBEL «La mujer y el socialismo» (1879), con falsa cubierta, tuvo ocho ediciones, pese a haber sido prohibida su distribución durante las leyes antisocialistas. El 4 de mayo de 1880 se prorrogó la ley hasta septiembre de 1884. El 12 de mayo de 1884 se prorrogó de nuevo por dos años, y así sucesivamente el 31 de marzo de 1866 y el 17 de febrero de 1888, hasta que el 25 de enero de 1890 quedó derogada, entre otras cosas, porque los conservadores, para los cuales no era suficientemente amplio el proyecto de ley, votaron en contra. El balance de los doce años de prohibición de la actividad del partido asciende a 155 periódicos y 1.200 publicaciones no periódicas prohibidos, 900 expulsiones, y condenas a más de varios miles de años de cárcel a 1.500 personas.

discursos de relieve pronunciados en el Reichstag, sobre todo por August Bebel.

### *1. La táctica del partido y la oposición de los «jóvenes»*

La radical aversión de los medios oficiales hacia la socialdemocracia produjo en las filas obreras una pareja radicalización de la conciencia política y una continua adhesión al marxismo. En cualquier caso, las esperanzas lassallianas en una colaboración con los representantes conservadores de la vieja Prusia se habían esfumado. Por otra parte, la táctica recomendada por la dirección del partido (íntegramente formada en esa época por miembros del grupo parlamentario) a favor de la estrecha legalidad produjo una adecuación total a las condiciones existentes. Aunque en el primer congreso (clandestino) del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD), celebrado en Wyden, cerca de Saint Gallen, la fórmula «por todos los medios legales» fue expresamente modificada y la palabra «legales» anulada, el mismo congreso puso al mismo tiempo en evidencia que la agitación promovida por Most a favor de la lucha armada favorecía en la práctica a la reacción y lo expulsó, por tanto, del partido.

El éxito de esta táctica parecía que podía deducirse del creciente porcentaje de votos de la socialdemocracia. Pese a la legislación antisocialista, el número de votos a favor del SPD subió de 437.000 en 1878 a 550.000 en 1884 (tras un descenso en 1881 a 312.000), a 763.000 en 1887 y a 1.427.000 en 1890, año en que se derogaron las leyes antisocialistas. Generalmente se consideró este crecimiento como un éxito de la socialdemocracia y suscitó gran admiración fuera de las fronteras de Alemania. El hecho de que en el período comprendido entre 1871 y 1890 la composición de la población se hubiera modificado profundamente y hubiera aumentado notablemente el porcentaje de la población urbana e industrial no se tomó tal vez seriamente en consideración. Pero si se tiene en cuenta que la población rural oponía una relativa resistencia a la propaganda electoral socialista, el movimiento demográfico que describimos a continuación debería ya bastar para explicar el aumento de los votos socialdemócratas. En 1871 la proporción de población urbana y rural era respectivamente del 36,1 por ciento y del 63,9; en 1880 del 41,4 y del 58,6, y en 1890, del 47 y del 53 por ciento. La población de ciudades de más de cien mil habitantes aumentó en el mismo período del 4,8 al 12,1 por cien-

to. El porcentaje de trabajadores de la agricultura y del sector forestal decreció del 42,5 por ciento en 1882 al 35,8 en 1895.<sup>158</sup>

Cuando, posteriormente, Engels señaló los éxitos de la socialdemocracia alemana en la *Introducción* de 1895 al libro de Marx *Las luchas de clases en Francia*, como consecuencia de la adopción de una táctica pacífica, no hubo ya motivo alguno para dudar de su eficacia. Engels escribía entonces:

Con este eficaz empleo del sufragio universal entraba en acción un método de lucha del proletariado totalmente nuevo, método de lucha que se siguió desarrollando rápidamente. Se vio que las instituciones estatales en las que se organizaba la dominación de la burguesía ofrecían nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra estas mismas instituciones. Y se tomó parte en las elecciones a las dietas provinciales, a los organismos municipales, a los tribunales de artesanos, se le disputó a la burguesía cada puesto, en cuya provisión mezclaba su voz una parte suficiente del proletariado. Y así se dio el caso de que la burguesía y el gobierno llegasen a temer mucho más la actuación legal que la actuación ilegal del partido obrero, más los éxitos electorales que los éxitos insurreccionales.<sup>159</sup>

Además, tras el desarrollo de las técnicas militares desde 1848, la perspectiva de una revuelta armada coronada por el éxito se había reducido notablemente, a juicio de Engels.

La época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado. Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida. Esto nos lo ha enseñado la historia de los últimos cincuenta años. Y para que las masas comprendan lo que hay que hacer, hace falta una labor larga y perseverante. Esta labor es precisamente la que estamos realizando ahora, y con un éxito que sume en la desesperación a nuestros adversarios.<sup>160</sup>

---

<sup>158</sup> Cf. W. WOYTINSKI, «Die Welt in Zahlen», 1969, vol. II, p. 140.

<sup>159</sup> F. ENGELS, *Introducción a KARL MARX*, «Las luchas de clases en Francia de 1840 a 1850», en «Obras escogidas», cit., vol. 1, p. 115.

<sup>160</sup> *Ibid.*, p. 119.

La «labor larga y perseverante» de que hablaba Engels consistía ante todo en la clarificación política de los objetivos y las tareas del movimiento obrero en la organización de los sindicatos y en el partido socialdemócrata.

En el período en que el SPD estaba sometido a procesos penales, las distintas tendencias presentes en su seno podían difícilmente manifestarse, si bien salieron entonces a la luz ocasionales divergencias entre los periodistas de tendencias radicales que escribían en el *Sozialdemokrat* (Georg von Vollmar y Eduard Bernstein, los futuros reformistas, se presentaban en ese momento como hombres de izquierda), y el grupo parlamentario, que dirigía el partido. Pero su común condición de excluidos no permitía que tales divergencias se desarrollaran en discusiones públicas en las asambleas de partido. En cambio, pocos meses después de la abolición de la legislación antisocialista (el 25 de enero de 1890 el Reichstag rechazó su prórroga) se manifestaron ya grandes divergencias de opinión en el partido. Una ocasión para el choque entre ellas fue el desacuerdo sobre la fiesta del 1.º de Mayo. Mientras en una serie de ciudades industriales (sobre todo en Berlín) los periódicos y las instancias del partido invitaron a no trabajar y a convocar asambleas para el 1.º de Mayo de 1890, con la consigna de la jornada laboral de ocho horas, el grupo parlamentario, y especialmente August Bebel, abogó por una táctica más prudente, pidiendo una estrecha subordinación de las organizaciones del partido a la dirección central. De este desacuerdo nació la oposición de los llamados «jóvenes», cuyos principales exponentes fueron Bruno Wille, Hans Müller y algunos otros.<sup>161</sup> Hans Müller consideraba que la victoria relativamente fácil que August Bebel había logrado sobre la oposición en numerosas asambleas de partido en Dresde, Magdeburgo y Berlín, eran consecuencia del ingreso de numerosos «pequeñoburgueses» en el partido, y estaba convencido de que su línea, más rígida, respondía de manera más adecuada a las aspiraciones y a las ideas de las vanguardias proletarias de la vieja socialdemocracia. En el primer congreso del partido celebrado tras la abolición de las leyes antisocialistas (en Halle del 12 al 18 de octubre de 1890), Bebel insistió en la necesidad de mantener la táctica adoptada durante el período de la ilegalidad. En cuanto al papel

---

<sup>161</sup> Cf. a este respecto, H. MÜLLER, *Der Klassenkampf in der deutschen Sozialdemokratie*, Zurich, 1892.

del grupo parlamentario, aclaró que su tarea era, por un lado, la salvaguarda de las principales exigencias de la socialdemocracia, sin deferencia alguna para con los partidos burgueses y el Estado clasista, y por otro la «búsqueda de posibles reformas obtenidas sobre la base del orden social existente». Los «jóvenes» fueron violentamente atacados por la mayoría del congreso y a continuación fueron expulsados del partido (en el Congreso de Erfurt, 14-20 de octubre de 1891). Durante la polémica contra los «literatos y los estudiantes de izquierda» (así definían a los «jóvenes» los dirigentes del partido), Engels dio su apoyo al grupo parlamentario y a Bebel.

Engels articuló su crítica ante todo en las *Respuestas* a la redacción de la «*Sächsische Arbeiterzeitung*» y a Paul Ernst, que había manifestado sus profundas convicciones marxistas en la *Volksstimme* de Magdeburgo. La *Sächsische Arbeiterzeitung* había expresado, «junto a Friedrich Engels», la esperanza de que, como en otro tiempo el ingenuo socialismo de Estado de Lassalle, también «la orientación parlamentaria maniática de éxito, presente en la socialdemocracia de hoy» pudiera pronto ser superada por el «ánimo sano de la clase obrera alemana». A este propósito, Engels había observado:

Hasta ahora no sabía que había una mayoría de socialismo pequeño-burgués parlamentario en el partido alemán. (...) Si aún hubiese tenido dudas sobre el carácter de las recientes revueltas de literatos y estudiantes en nuestro partido alemán, se hubieran desvanecido ante la enorme desfachatez de quienes han buscado mi solidaridad con las cabriolas de aquellos señores. Mis contactos con la redacción expulsada consistieron en que me enviaron su periódico durante algunas semanas sin que yo se lo hubiera pedido; sin embargo, no consideré necesario dar mi opinión sobre el mismo. Pero ahora debo hacerlo públicamente.

A nivel teórico considero (y esto vale en general también para los demás papeles de la «Oposición») que se trata de un convulso y retorcido marxismo caracterizado por un lado por notables disfraces de las concepciones que se pretenden defender, por otro lado por una brutal ignorancia de los hechos históricos que han sido decisivos en uno u otro momento, y por otro por la conciencia, muy honrosa para los literatos alemanes, de su propia superioridad. Marx ya previó que aparecería este tipo de juventud

cuando, desde finales de los años setenta, afirmó: «tout ce que je sais, c'est que moi, je ne suis pas marxiste».<sup>162</sup>

Engels puso aún más claramente de relieve esta debilidad teórica de los «jóvenes» en su carta a Paul Ernst, en la que se detiene sobre todo en el significado de la presencia de la pequeña burguesía en el seno del SPD y en el «materialismo histórico». Paul Ernst, en un artículo publicado en la *Volkstribüne*, a propósito de «Los peligros del marxismo», había

hecho suya, sin más, la extravagante tesis del metafísico Dühring según la cual para Marx la historia se desarrollaría de un modo totalmente automático, sin intervención de los hombres (¡que, sin embargo, son quienes la hacen!), y según la cual estos hombres se moverían por relaciones económicas (¡que son obra suya!) como simples figuras de ajedrez. Un hombre que es capaz de confundir la tergiversación de la teoría marxista llevada a cabo por un adversario como Dühring, con esta misma teoría, necesita que alguien le ayude.

En lo que concierne finalmente a la influencia pequeñoburguesa en el seno del SPD, Engels se pregunta: «¿Quién discute que la tendencia pequeño-burguesa está representada no sólo en el grupo parlamentario, sino también en el seno del partido en su conjunto? Todo partido tiene un ala derecha y un ala izquierda, y el hecho de que el ala derecha de la socialdemocracia sea de carácter pequeñoburgués es perfectamente natural. Si se trata de esto, ¿a qué viene tanto alboroto? Hace años que hablamos de esta vieja historia, pero de aquí a hablar de una mayoría pequeñoburguesa en el grupo parlamentario, o incluso en el partido, hay un largo trecho. Si se planteara este peligro, no es a los gritos de alarma de estos curiosos y devotos Eckart a los que habría que hacer caso. De momento la espléndida lucha proletaria contra las leyes antisociales y el rápido desarrollo económico han ido ganando terreno, aire y luz a este componente pequeñoburgués, mientras el componente proletario es cada vez más potente».<sup>163</sup>

Hans Müller protestó vivamente contra este juicio de Engels, sosteniendo que la oposición de los «jóvenes» era la expresión de una «lucha de clases en el seno de la socialdemocracia», inexplicablemente malentendida por Engels como «revuelta de literatos y estudiantes». Ello reve-

---

<sup>162</sup> «Mew», vol. 22, pp. 68 y ss. 172

<sup>163</sup> *Ibid.*, pp. 83-84.

laba «o una capacidad de juicio muy debilitada, o una incapacidad para entender y juzgar los acontecimientos en su profundo significado».<sup>164</sup>

El verdadero motivo de la discordia en el desacuerdo entre la dirección del partido y los «jóvenes» se había convertido, como ha podido constatarse, en una cuestión de táctica. También en este caso Engels tomó partido por la dirección. En términos críticos reprochó a los «jóvenes» que «en la práctica prescinden de todas las condiciones reales de la lucha de partido sin el menor miramiento, [que sólo] en sus fantasías superan desdeñosamente los obstáculos», y que si, a pesar de todo, sus posturas «se hicieran realidad, serían capaces de hundir incluso al partido más fuerte, apoyado por millones de hombres, convirtiéndolo en objeto de merecida burla por parte de todos los adversarios».<sup>165</sup>

Mientras la dirección autoritaria del partido por parte del grupo parlamentario y su prudente táctica legal eran atacadas de este modo por el ala izquierda, que entendía que en general aquella orientación era una consecuencia de la existencia de una «mayoría pequeñoburguesa en el grupo parlamentario», Georg Vollmar, en una serie de discursos pronunciados en el restaurante Eldorado de Munich, se situaba a la derecha, a favor de una mayor actividad reformista del partido. Vollmar pedía una nueva táctica frente a la «nueva situación» creada por la derogación de las leyes antisocialistas. Aun cuando la socialdemocracia debía permanecer fiel a sus «postulados de fondo», no había nada inmutable en lo referente al problema de la forma que tal lucha (por el socialismo) asume en cada época, y a los medios que la socialdemocracia ha de ir adoptando para llevar a cabo sus objetivos. Pese a que la batalla entre el gobierno y la socialdemocracia no ha terminado, «hemos sido no obstante reconocidos como potencia beligerante y en contra nuestra se libra un combate regular en el que, gracias a nuestro valor, somos capaces de conseguir éxitos sustanciales».<sup>166</sup> Por este motivo debe prevalecer ahora el trabajo por una mejora concreta de las condiciones de vida del proletariado. Vollmar entiende como exigencias inmediatas la protección del trabajo, la consecu-

---

<sup>164</sup> MÜLLER, «Der Klassenkampf», cit, p. 76.

<sup>165</sup> «Mew», vol. 22, p. 69.

<sup>166</sup> G. VON VOLLMAR, «über die nächsten Aufgaben der deutschen Sozialdemokratie», Munich, 1899, pp. 4 y ss.; discurso pronunciado en la asamblea del partido el 1 de junio de 1891.

ción de un auténtico derecho de asociación, o sea plena libertad de coalición para los sindicatos, medidas legislativas contra «trusts, cárteles y sindicatos por el control de todas las ramas de la producción», que en manos de los capitalistas son solamente medios de mayor explotación, y finalmente la abolición de los arbitrios sobre los productos alimenticios. Aunque considera urgentes estos objetivos, también considera necesario que se haga realidad, como «premisa natural»,

una mejora de las condiciones del pueblo dentro del actual orden estatal y social. En caso contrario tendrían de hecho razón quienes definen nuestra actividad como una revuelta contra estos objetivos, como vana ficción y pérdida de tiempo. A esta posibilidad, base de toda nuestra táctica y de toda nuestra concepción del desarrollo gradual en el seno de la nueva sociedad, se contraponen de forma diametralmente opuesta la costumbre de dar de vez en cuando explicaciones extemporáneas que presentan como totalmente inútil el trabajo por los objetivos inmediatos.<sup>167</sup>

En el Congreso de Erfurt (1891), una resolución rechazó la crítica de Vollmar, confirmando la tesis de Bebel de que «no hay razón alguna para modificar la táctica del partido». A diferencia del tratamiento reservado a los «jóvenes», no se acordó ningún procedimiento de expulsión de Vollmar. La mayoría de los delegados bávaros y toda otra serie de representantes del Sur se declararon abiertamente a favor suyo. Surgió así por vez primera un conflicto que a continuación iba a dar lugar a la controversia sobre el revisionismo.

El programa formulado por este congreso, el Programa de Erfurt, desarrolla en una primera parte, de carácter teórico, las líneas de fondo de esa interpretación que Kautsky presentaba como marxista, y en una segunda parte, más concisa, los objetivos prácticos en lo inmediato. En su comentario al programa de Erfurt, Kautsky señaló que «en el proyecto... las frases que han sido mayor objeto de discusión han sido tomadas casi literalmente de *El Capital* de Marx, y la parte general del mismo programa

---

<sup>167</sup> ID., Vom Optimismus, ensayos publicados en «Münchener Post», del 1 al 4 de agosto de 1891, en «Über die nächsten Aufgaben», cit., p. 28.

es solamente una paráfrasis del pasaje sobre la tendencia histórica de la acumulación capitalista de *El Capital*». <sup>168</sup>

Ateniéndose rigurosamente al capítulo veinticuatro de *El Capital*, Kautsky utiliza la crítica de éste a la economía política exclusivamente como teoría del necesario desarrollo del modo de producción capitalista. Los pocos pasajes de carácter puramente histórico de *El Capital* le sirven así como clave para una comprensión global. Mientras una adecuada lectura de *El Capital* desde un punto de vista teórico entiende la crítica de Marx como una reconstrucción de las leyes generales de estructuración de una economía puramente capitalista y reconoce sobre todo el carácter impersonal y constrictivo que prescribe a cada individuo y a grupos específicos su comportamiento, Kautsky, y con él casi toda la Segunda Internacional, se centra en afirmaciones marcianas, malentendidas y tomadas como vinculantes, sobre el presumible desarrollo del modo de producción capitalista.

La lectura de *El Capital* entendido como un elemento de la teoría de la evolución de la sociedad, se ve favorecida por la teoría coetánea de Darwin (y de Haeckel) sobre la evolución, hacia la que Kautsky y sus contemporáneos fueron muy sensibles. Como en la evolución natural, en la que las razas animales se han desarrollado unas a partir de otras, y en la que al mono le ha sucedido el hombre, así también al capitalismo (con una necesidad igual a la establecida por las ciencias naturales) le sucederá el socialismo. Semejante concepción tuvo en el plano ideológico y en el psicológico efectos particularmente ventajosos para la cohesión del movimiento obrero y para su confianza en la victoria final. Representó además una reducción y una vulgarización considerables de la crítica de la economía política llevada a cabo por Marx. Sólo en esta perspectiva podrá asumir carácter de valor fundamental para el marxismo la prevista polarización de la sociedad en un grupo cada vez más reducido de «magnate del capital» por un lado, y en una multitud cada vez más numerosa de obreros de la industria, por otro, junto a la teoría del empobrecimiento absoluto de los obreros. Desde el momento en que Kautsky redujo la crítica de Marx a una «ciencia materialista del desarrollo de la sociedad» y

---

<sup>168</sup> KAUTSKY, «Das Erfurter Programm in seinem grundsatzlichen Teil erläutert», Stuttgart, 1892 [citas de la trad, italiana «II programma di Erfurt», Roma, 1971, p. 34].

transformó los pasajes de temática histórica de *El Capital* en una clave para la comprensión de toda su obra, la denominada «teoría del derrumbe», así como la «teoría del empobrecimiento», asumieron el valor de temas clave. No era, pues, de extrañar, que tanto los críticos burgueses del marxismo como los apologistas del «socialismo marxista» se enfrentaran casi exclusivamente sobre la demostrabilidad estadística de un empobrecimiento absoluto y de una consiguiente perspectiva de derrumbe.

Para Kautsky, en la lógica immanente del desarrollo del capitalismo, «necesaria por ley natural», no sólo se insertaba el empobrecimiento y la proletarización de las masas, sino también la victoria final del socialismo. Además, aun cuando el proletariado hubiera de abandonar en un primer momento sus propias tareas, «la producción socialista... acabaría siendo creada por la lógica de los hechos, aunque tal vez sólo después de numerosos pasos en falso, errores y víctimas inútiles, después de un inútil despilfarro de fuerza y de tiempo. Pero la producción socialista ha de venir y vendrá. Su victoria es inevitable como lo es la del proletariado».<sup>169</sup> Pero Kautsky deduce la inevitabilidad de la victoria del proletariado de la proletarización del pueblo y de su empobrecimiento absoluto. Si bien él mismo sostuvo luego que la «teoría del empobrecimiento» no había estado presente en su ensayo sobre el programa de Erfurt, resulta fácilmente demostrable que la idea de un empobrecimiento absoluto (o relativo) del proletariado entraba efectivamente en las hipótesis básicas de su concepción del marxismo. Aunque afirme expresamente que «la emancipación del proletariado no será... provocada por la *miseria* creciente, sino por el creciente *antagonismo de clase* y por la consiguiente *lucha de clase* del proletariado»<sup>170</sup>, expresiones como «envilecimiento del proletariado hasta el más profundo embrutecimiento»<sup>171</sup> y «los proletarios viven en míseros tugurios y construyen palacios para sus explotadores; pasan hambre y preparan para aquéllos ricos manjares; trabajan hasta caer exhaustos para proporcionar al capitalista y a sus familiares los medios para amenizar el tiempo»<sup>172</sup>, ponen de manifiesto cómo la indigencia en (relativo) aumento forma constantemente parte de su sistema conceptual. Más

---

<sup>169</sup> *ibid.*, p. 181. 176

<sup>170</sup> *Ibid.*, p. 28.

<sup>171</sup> *Ibid.*, p. 190.

<sup>172</sup> *Ibid.*, p. 158.

adelante afirma que: «En su conjunto, las condiciones económicas de los proletarios mejoran poco y lentamente con la lucha de clases y con sus conquistas, admitiendo que mejoren algo». Pero en el proletariado se manifiestan de forma creciente exigencias que aumentan «mucho más rápidamente de lo que pueden aumentar las mejoras de su situación económica compatibles con los actuales métodos de explotación. (...) Su "avidez" no quedará satisfecha hasta que no se ponga fin a su explotación»<sup>173</sup>. Finalmente, Kautsky admite que «ya el solo hecho de acercarse a ella [a la situación en que toda la sociedad estaría sometida a la explotación de un único explotador capitalista] elevaría los sufrimientos, los antagonismos y las contradicciones de la sociedad a un nivel tan intolerable que la sociedad se desharía y se derrumbaría si no se le daba a tiempo otra dirección al desarrollo».<sup>174</sup>

El hecho de que Engels fuera corresponsable en cierta medida del desplazamiento del acento de la teoría revolucionaria, desde la crítica de la autonomización total de las estructuras sociales hacia las «leyes objetivas de desarrollo de la sociedad», fue puesto de manifiesto por varios autores, entre ellos Karl Korsch, Eric Matthias y Herman Bollnow. Sin embargo, para Engels sigue siendo claro, en el fondo, el interés por la emancipación de la clase obrera, mientras que para Kautsky y para los demás teóricos de la Segunda Internacional se trata, ante todo, de liberar las fuerzas productivas (la técnica industrial) de los vínculos de las relaciones de producción capitalistas, no de liberar a los productores asociados. Por consiguiente, en esta perspectiva asumen también distinto significado las «leyes» del modo de producción capitalista. Mientras para Marx éstas son sólo e inequívocamente leyes de este específico modo de producción, histórico y transitorio, cuya existencia depende precisamente de la casualidad y de la anarquía de la producción, para Kautsky se convierten en «leyes objetivas» que mantienen, incluso más allá de este modo de producción, su propia validez, y garantizan así la transición al socialismo.<sup>175</sup>

---

<sup>173</sup> Ibid., pp. 188-189.

<sup>174</sup> Ibid., p. 90.

<sup>175</sup> Debo la mayor parte de las citas a Kautsky, Bernstein y los críticos burgueses de Marx aquí transcritas a la excelente tesis de A. MOHL, «Verelendung und Revolution oder das Elend des Objektivismus, zugleich ein Beitrag zur Marxezep-

## 2. La crítica burguesa a Marx y la defensa de la ortodoxia marxista por Bernstein

Kautsky había afirmado que quien hubiera querido mostrar lo erróneo de los objetivos del programa de Erfurt, habría tenido que demostrar previamente la inexactitud de la teoría marxista del desarrollo económico. Este reto había sido ya aceptado por una serie de economistas burgueses, empeñados en una «refutación» de Marx. Pero todos sin excepción partían de una concepción del marxismo que daba por buena esa reducción de la crítica de la economía política a una teoría de la ineluctable evolución del capitalismo, que ya se había manifestado en Kautsky. El primero de estos críticos burgueses de Marx fue Georg Adler, que consiguió una cátedra en 1878 con un trabajo sobre los «presupuestos de la crítica de Marx a la actual economía política».

Marx (escribía) quiere demostrar que la economía política capitalista está destinada a desaparecer por la dialéctica de su propio proceso; en otras palabras, que la economía política capitalista, como todas las fases anteriores, genera durante su desarrollo los elementos de su autodestrucción, que llevan a una nueva y más elevada fase económica.<sup>176</sup>

Siguen algunas citas del séptimo apartado del capítulo veinticuatro del primer libro de *El Capital* (Tendencia histórica de la acumulación capitalista), al que Adler adjunta el célebre pasaje del Manifiesto del Partido Comunista, que dice: «El obrero moderno, en lugar de elevarse con el progreso de la industria, se hunde cada vez más por debajo de las condi-

---

tion in der deutschen Sozialdemokratie», Frankfurt del Main, 1978, no publicada. Mohl ha puesto sobre todo de relieve con gran claridad que los conceptos de la crítica marxiana tienen esencialmente un «carácter de denuncia». Por ejemplo, en Marx hasta el término «base social» tiene valor crítico, «en cuanto denuncia el hecho de que las relaciones sociales entre los hombres se basan no sólo en su voluntad y en su conciencia, sino también en la dinámica autónoma de las relaciones de producción de esta sociedad, creadas ciegamente». Este concepto tiene en Marx un valor histórico también: de hecho presupone el reconocimiento de que los hombres, al construir sus propias relaciones sociales, pueden también modificarlas.

<sup>176</sup> G ADLER, «Die Grundlagen der Karl Marschen Kritik der bestehenden Volkswirtschaft, kritische und ökonomisch-literarische Studien», Tübingen, 1878, p. 78.

ciones de su propia clase. El obrero se convierte en indigente y la indigencia se desarrolla aún con mayor celeridad que la población y la riqueza. Con ello se manifiesta francamente que la burguesía es incapaz de seguir siendo por más tiempo la clase dominante de la sociedad y de imponer a la sociedad, en cuanto ley reguladora, las condiciones existenciales de su clase. Es incapaz de dominar porque es incapaz de asegurar a sus esclavos la existencia incluso dentro de su esclavitud, porque está obligada a dejarlos que se suman en una situación en la cual debe alimentarlos en lugar de ser alimentada por ellos». <sup>177</sup>

Las objeciones de Georg Adler se resuelven en una demostración estadística de la insubsistencia del proceso de polarización y de empobrecimiento «pronosticado» por Marx. Para Adler las previsiones de Marx sobre el «derrumbe» no son más que «quimeras», «proclamadas entonces por Marx con la misma arrogante seguridad con que posteriormente se sostendrían similares doctrinas teóricas privadas de cualquier fundamento serio». <sup>178</sup> Adler alude a tal propósito a la «formación de una nueva capa media», cuestión continuamente replanteada hasta la obra de Theodor Geiger, *Klassengesellschaft im Schmelztiegel* (1949), así como a la previsión, que se demostró errónea, sobre la concentración de la agricultura. Por lo demás, de las premisas marxianas se podría deducir como máximo que «si el capitalismo reinase indefinidamente, llevaría a la ruina del pueblo». <sup>179</sup> El mismo Marx reconoció que en el marco del capitalismo es posible adoptar medidas para la protección de la población trabajadora. Por otra parte, un pueblo completamente arruinado difícilmente estaría capacitado para organizar un nuevo modo de producción a través de las asociaciones obreras.

El estudioso de economía política Julius Wolf, un liberal de Zurich, que fue ponente de la tesis doctoral de Rosa Luxemburg, intentó refutar a Marx de modo parecido en su libro *Sozialismus und kapitalistische Gesellschaftsordnung, kritische Würdigung beider als Grundlegung einer Sozialpolitik*, publicado en Stuttgart en 1892. Wolf atribuyó a los conceptos fundamentales de *El Capital* (de manera análoga a Kautsky) el valor de

---

<sup>177</sup> K MARX y F. ENGELS. «Manifiesto del Partido Comunista», «OME», vol. 9, pp. 147-148.

<sup>178</sup> ADLER, «Die Grundlagen», cit., p. 163.

<sup>179</sup> Ibid., pp. 165 y ss.

una previsión, y escribió al respecto: «El número de empresarios disminuye cada vez más, y en la misma proporción crece el de quienes languidecen y se consumen en la miseria. Toda la producción ha acabado concentrada en las manos de unos pocos magnates del capital. Ahora el fruto está maduro. Más aún: está demasiado maduro y revienta. El pueblo se reanima. Derriba a los tiranos y toma en sus manos las riendas de la economía».<sup>180</sup>

Según la concepción marxista (para Wolf), los obreros no participan del progreso industrial y acaban tomando conciencia, golpeados por crisis que se van repitiendo, de la necesidad de una transformación revolucionaria. El progresivo empobrecimiento y la desaparición de las capas medias autónomas son para Wolf las premisas fundamentales de la convicción marxista de la victoria del socialismo. Basándose en estadísticas sobre las rentas, las cajas de ahorros, etc., en Gran Bretaña, Wolf llega al resultado siguiente: «Nuestra investigación ha abarcado todos los aspectos estadísticamente relevantes de la vida socioeconómica de la comunidad, tanto en las capas superiores como en las inferiores. En todas partes y sin excepción alguna se ha ido desmintiendo el predominio constante de una única tendencia, lo cual es precisamente una de las hipótesis de las representaciones del socialismo».<sup>181</sup>

Con ello creyó haber demostrado que el capitalismo industrial, lejos de «comportar la destrucción de nuestra sociedad», puede incluso consolidarla en el plano económico.<sup>182</sup>

En la presentación de su libro, Wolf deploraba la acogida que tuvo en un primer momento, bastante negativa, aunque en la tercera edición del *Handwörterbuch der Staatswissenschaften* (1911) se reconoció que «entre los estudiosos alemanes de economía política, levantó contra el sistema de Marx la más severa de las críticas, demostrando lo insostenible de la teoría del empobrecimiento y allanando así el camino al revisionismo en la socialdemocracia».<sup>183</sup>

---

<sup>180</sup> J. WOLF, «Sozialismus und kapitalistische Gesellschaftordnung kritische Würdigung beider als Grundlegung einer Sozialpolitik», Stuttgart, 1892, p. 132.

<sup>181</sup> Ibid., p. 181.

<sup>182</sup> Ibid., p. 210.

<sup>183</sup> Vol. 8, p. 930.

Los economistas pertenecientes a la escuela histórica, que entraron a formar parte de la Asociación por la política social, que abogaba por medidas estatales a favor de los obreros, criticaron la teoría del empobrecimiento desde una perspectiva distinta. Lujo Brentano intentó refutar la llamada «teoría del fondo salarial», según la cual el aumento de los salarios a un grupo de obreros sólo sería posible a expensas de otros grupos, por ser limitado el total de medios disponibles para los salarios (el fondo salarial). Brentano llega a su crítica de la teoría del fondo salarial a través de los trabajos del economista Von Hermann y de la observación de la praxis de las Trade Unions inglesas, convencido de poder combatir con estos argumentos «el elemento cardinal de todas las doctrinas sociales revolucionarias». Su tesis es que si los obreros se organizan, «está fuera de discusión una ley de hierro de los salarios». Lo que cuenta en la polémica de Brentano es que no sólo intenta refutar (presuntas) afirmaciones teóricas de los marxistas, sino también manifestar su acuerdo con la política práctica de la socialdemocracia.<sup>184</sup> Comentando un discurso de Bebel, Brentano afirma:

Un partido que con los medios que adopta garantiza atenderse exclusivamente a los fundamentos del orden existente es un partido reformista y ha dejado de ser, de hecho, revolucionario, o es que no sabe, o no quiere saber, lo que hace o dice. Es obvio que saludo con alegría el cambio que se ha producido en él.<sup>185</sup>

También las tesis de Heinrich Herkner, un discípulo de Lujo Brentano, fueron acogidas por la socialdemocracia como un desafío crítico, pese a que él creía atacar en primer lugar el manchesterismo liberal. Herkner abogaba por enérgicas reformas sociales, convencido de que «una mayor participación de la clase trabajadora en la renta neta de la producción nacional no sólo no frenaría la producción en el futuro, sino que incluso la

---

<sup>184</sup> L. BRENTANO, «Meine Polemik mit Karl Marx. Zugleich ein Beitrag zum Fortschritt der Arbeiterklasse und seiner Ursachen», Berlín, 1890, p. 7.

<sup>185</sup> Ibid.

aumentaría considerablemente».<sup>186</sup> En una economía completamente libre tiene lugar un desequilibrio en constante aumento entre las rentas de las masas y la productividad del trabajo. Sería posible eliminar tal desequilibrio mediante reformas sociales y políticas. Herkner propone como reformas adecuadas una legislación que tutele a los trabajadores, seguros contra los accidentes laborales, un impuesto progresivo, estatizaciones en el campo de las comunicaciones, los seguros y el crédito, un programa social de viviendas y la promoción de cooperativas de consumo y de producción por parte de la misma clase obrera. Reformas de este tipo (dice en tono admonitorio, dirigiéndose a las clases dirigentes) ofrecen «la mejor garantía contra la difusión de partidos socialrevolucionarios violentos».<sup>187</sup>

A diferencia de Herkner, Gerhart von Schulze-Gävernitz, otro discípulo de Brentano, está convencido de que, como demuestra el ejemplo inglés, el desarrollo de la producción capitalista industrial lleva por sí mismo a un aumento del nivel de vida de las masas. La gran industria, sostiene, no sólo determina un progreso técnico, sino también un mejoramiento de la clase obrera. Por ejemplo, pese a una disminución del salario del trabajo a destajo (por el mayor rendimiento de las máquinas), de ello podría resultar una paga semanal más alta para los obreros. La concepción de la «ley de hierro de los salarios» (generalmente confundida con la teoría del salario de Marx) se basaba, según él, en una extrapolación, falsa desde el punto de vista científico, de las relaciones precapitalistas: «la consecuencia social del desarrollo económico descrito es un reparto igualitario de las diferencias entre rentas. Lejos de que los ricos sean cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres, se da exactamente el fenómeno inverso, como se ha probado estadísticamente en el caso de Inglaterra».<sup>188</sup>

En una serie de artículos aparecidos en la *Neue Zeit*, Eduard Bernstein se propuso refutar las argumentaciones de los «socialistas de cátedra» de la escuela de Lujo Brentano. A Herkner le objetó que no hay ninguna prueba en apoyo de su afirmación de que los pobres no son cada vez más

---

<sup>186</sup> I HERKNER, «Die soziale Reform als Gebot des wirtschaftlichen Fortschritts», Leipzig, 1891, p. 14.

<sup>187</sup> Ibid., p. 93.

<sup>188</sup> G. VON SCHULZE-GÄVERNITZ, «Der Grossbetrieb, ein wirtschaftlicher und sozialer Fortschritt», Leipzig, 1892, p. 225.

pobres: las reformas de política social sólo serían paliativos y además la evolución que se dio en el seno del grupo de los «socialistas de cátedra» revelaba que ni siquiera ellos mismos estaban seguros de sus afirmaciones, hasta el punto de que un día podían reconocer la necesidad de expropiar a los expropiadores. A Julius Wolf, Bernstein le rebate su tesis de que la creciente importación de géneros alimenticios en Inglaterra produciría un aumento del nivel de vida de las masas. El incremento del consumo está más bien relacionado con el «número creciente de quienes en Inglaterra devoran, con su séquito, patrimonios amasados en la India y en las otras colonias inglesas».<sup>189</sup> Bernstein encuentra más dificultades ante la refutación hecha por Brentano de la «ley de hierro de los salarios». Este había dicho que tal ley era indiscutiblemente válida para una determinada época histórica: no siendo aplicable todavía cuando los usos y costumbres capitalistas establecían como «adecuada» una determinada renta mínima, dejó de serlo cuando los sindicatos (y las intervenciones estatales) eliminaron la libre competencia entre los trabajadores. Así, el período de «validez de la ley de hierro de los salarios» es solamente el de la fase de transición, relativamente breve, durante la cual las viejas normas del derecho consuetudinario han dejado de estar en vigor y los obreros no han conseguido todavía el derecho de asociación. Brentano critica luego a esa socialdemocracia que, en el Congreso de Halle, ha renunciado indiscriminadamente a la «ley de hierro de los salarios». En países sin libertad de asociación y sin una tradicional normativa salarial esta ley sigue siendo válida.

La réplica de Bernstein se centra en la tesis según la cual, en las condiciones de la competencia individual, el salario obrero queda muy por debajo del valor de la mercancía-trabajo, lo que da lugar a un empobrecimiento absoluto. Este empobrecimiento sólo puede impedirse con las contramedidas de los sindicatos. En otros términos, la lucha sindical puede, todo lo más, hacer que el nivel salarial exprese el valor de la mercancía-trabajo. Pero en tiempos de crisis, con el aumento del número de parados (y como consecuencia de la mayor presión ejercida sobre el mercado de trabajo por quienes carecen de empleo), no se logra este primer objetivo. Todo ello deja «una sola posibilidad para la definitiva libe-

---

<sup>189</sup> E. BERNSTEIN, *Der neueste Vernichter des Sozialismus*, en «Neue Zeit», XI, 1893, vol. 1, p. 539.

ración de la clase obrera: la socialización de los medios de producción, el control social de la producción».<sup>190</sup>

En su análisis de la obra de Schulze-Gävernitz sobre la gran empresa, Bernstein recurre una vez más, como argumento central, a una crítica de las estadísticas utilizadas. Tras haber manifestado dudas sobre la exactitud de las cifras señaladas para el nivel de los salarios nominales, observa que Spinner y Weber sólo toman en consideración una fracción de los obreros empleados en la industria textil, la que goza de una «posición aristocrática particular»; finalmente, pone en entredicho la posibilidad de generalizar la observación de Schulze-Gävernitz sobre las consecuencias ventajosas que implica para los obreros la introducción de la producción a gran escala. Pero lo que sorprende es que Bernstein aborde las argumentaciones de Schulze-Gävernitz sin ninguna reserva.

Estamos dispuestos a convenir que el socialismo ha sido derrotado en su esencia si la demostración del señor Von Schulze-Gävernitz es justa, si ha logrado probar en primer lugar que la condición de los obreros en la industria algodonera inglesa, donde predomina la gran empresa, es, no digamos espléndida, sino simplemente suficiente para satisfacer de manera adecuada razonables exigencias, y en segundo lugar que, en su desarrollo, la gran industria conduce siempre y en todas partes al mismo resultado, en el marco del actual orden social.<sup>191</sup>

### 3. *La revisión del marxismo por Bernstein*

Aunque entre 1891 y 1893 Bernstein se dedicara con notable energía a combatir las tesis de los críticos burgueses de Marx, ya entonces, como señalaría en sus notas autobiográficas, *Entwicklungsgang eines Sozialisten*, surgieron en él dudas sobre la absoluta exactitud de sus respuestas. Aun cuando logró demostrar a estos autores algunos errores, «ya entonces no se me ocultaba que las objeciones suscitadas por ellos en los mencionados escritos no habían sido vencidas del todo. Pese a que íntimamente me resistía a todo esto, me asaltaron dudas sobre los principios que hasta aquel momento había considerado irrefutables, y los años siguientes ali-

---

<sup>190</sup> ID. «Zur Frage des ehernen Lohngesetzes», ivi, IX, 1891, vol. I, p. 605.

<sup>191</sup> ID., «Technisch-ökonomischer und sozial-ökonomischer Fortschritt», ivi, XI, 1893, vol. I, p. 785.

mentaron un reforzamiento de estas dudas». <sup>192</sup> Más tarde, en 1899, en la obra más importante del revisionismo teórico, hay ya una especie de rehabilitación de Schulze-Gävernitz y de otros autores de la escuela de Brentano: «La unilateralidad con que Schulze-Gävernitz ha descrito la evolución histórica de la Inglaterra moderna (que en su momento rechacé con suficiente energía) no le ha impedido, en el ya citado *Zum sozialen Frieden* (Por la paz social) o en la monografía *Der Grossbetrieb. Ein Wirtschaftlicher und sozialer Frotschritt* (La gran empresa. Un progreso para la economía y para la sociedad), acertar en una serie de hechos de enorme valor para el conocimiento del desarrollo económico contemporáneo, y lejos de buscar una objeción, yo reconozco gustoso a Schulze-Gävernitz y a otros economistas de la escuela de Brentano (Herkner, Sinzheimer) el mérito de haber llamado la atención sobre muchos hechos que antes pasaban desapercibidos o eran insuficientemente valorados. No me avergüenzo de admitir que incluso he aprendido algo del libro de Julius Wolf *Sozialismus und sozialistische* (¡sic!) *Gesellschaftsordnung* (Socialismo y orden social socialista)». <sup>193</sup>

A diferencia de Georg von Vollmar, Bernstein era más bien una mente teórica que un experto en la lucha cotidiana. Ya Engels había alabado sobre todo su realismo, resaltándolo ante la pedantería del intelectual Karl Kautsky <sup>194</sup>. El elogio de Engels y el hecho de que éste lo designara como albacea, confirieron a las palabras de Bernstein un peso en el seno del partido muy distinto del que tuvieron los discursos de Vollmar. Por ello, cuando Bernstein comenzó a publicar en la *Neue Zeit*, en 1896, un año después de la muerte de Engels, una serie de artículos sobre «Los problemas del socialismo», y puso en discusión todas las premisas teóricas del marxismo de entonces, el hecho no dejó de producir malestar y ruido. En

---

<sup>192</sup> ID., *Entwicklungsgang eines Sozialisten*, en «Die Volkswirtschaftslehre in Sebbstdarstellungen», a cargo de F. Meiner, Leipzig, 1924, p. 21.

<sup>193</sup> ID., «Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie» (trad. cast., «Los presupuestos del socialismo y las tareas de la socialdemocracia», Barcelona, 1975).

<sup>194</sup> Bernstein formaba entonces parte del grupo dirigente marxista del movimiento obrero alemán. En su correspondencia con Bebel, Engels puso repetidas veces de relieve (cf. cartas del 25 de agosto de 1881 y del 20-23 de enero de 1886) la superioridad de Bernstein sobre Kautsky, señalando especialmente su competencia en materia económica.

1899, estos artículos, ampliados y reelaborados, se publicaron en un libro con el título de *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*. Bernstein se sentía impulsado por una motivación doble. Por un lado quería superar la diferencia entre la teoría (radical revolucionaria) y la praxis (reformista) del SPD; por otro, intentaba revisar las tesis del marxismo, que estaban en entredicho por la crítica burguesa a Marx y ya no eran válidas (en su opinión) en el plano empírico. Al mismo tiempo Bernstein no dudaba de que permanecía fiel al espíritu de Marx y Engels y de que conservaba el «carácter científico» del socialismo marxista, carácter que sus críticos, ateniéndose dogmáticamente a tesis refutadas o no verificables en el plano empírico, daban por desaparecido.

No sin razón, Bernstein tenía la impresión de que la «teoría marxista», tal como era concebida y estaba divulgada en el SPD, contribuía en muy poca medida a orientar el trabajo político diario y a menudo era más bien un obstáculo. Por ejemplo, el partido tenía un programa agrario utilizable con el que hubiera podido conquistar a los pequeños campesinos y a los trabajadores agrícolas; o tenía principios utilizables para sacar provecho del número de votos en el parlamento. Pero incluso para las decisiones tácticas más triviales había que atenerse a los sagrados «principios de la teoría». Así, en 1903, la posibilidad de que un socialdemócrata asumiera el cargo de vicepresidente del Reichstag se esfumó ante el hecho de que los vicepresidentes debían presentarse en la corte. Bernstein había sostenido entonces la oportunidad de que un socialdemócrata aceptase tal cargo, actitud por la cual había sido violentamente criticado en el Congreso de Dresde de 1903.

Al considerar su deber dar un fundamento teórico adecuado a la política reformista que de hecho practicaba la socialdemocracia alemana, Bernstein se declaraba completamente de acuerdo con las tesis formuladas por Georg von Vollmar en 1891. Tenía la impresión de que el partido y, sobre todo, el movimiento sindical se dejaban llevar, en su modo de actuar, y de una manera secreta e inconsciente en parte, por convicciones muy distintas del marxismo «oficial» de la dirección del partido. La «firmeza de los principios» de los dirigentes, y sobre todo de su portavoz ideológico Karl Kautsky, impidió en más de una ocasión aprovechar oportunidades políticas realmente existentes. Los socialdemócratas de la Alemania meridional obtuvieron éxitos en el Landtag cada vez que se

olvidaban de los «sagrados principios» y realizaban acciones comunes con las fuerzas liberales en el Parlamento contra los conservadores o los clericales. Por ejemplo, pudieron conseguir, gracias a su voto afirmativo al presupuesto del Land, una serie de importantes concesiones para sus electores, y reivindicarlas luego, en la siguiente campaña electoral. Aunque en los congresos del SPD la mayoría de los socialdemócratas de Baviera, Baden y Württemberg fueron reprendidos por haberse alejado de los «principios fundamentales», el partido no estaba todavía preparado para impedir del todo este modo de proceder.<sup>195</sup> Además se manifestaba una carencia de fondo en la mediación entre teoría general (estrategia) y tác-

---

<sup>195</sup> En 1893 el SPD logró entrar en el Landtag bávaro porque Georg von Vollmar había basado la campaña electoral en un programa que también se dirigía a los campesinos. Y sin embargo en el Congreso de Frankfurt de 1894 hubo de defenderse de duros ataques. Esta fue su respuesta: «No debemos presentarnos con las manos vacías ante la población agrícola, sino ofrecer un auténtico apoyo a sus intereses» (*Actas del Congreso*, Frankfurt del Main, 1894, p. 146). Pero era precisamente esto lo que Kautsky consideraba imposible, ya que según la concepción marxista los pequeños y medianos campesinos estaban destinados ineluctablemente, a desaparecer a causa del ineluctable proceso de concentración. «Prometer a los artesanos y a los campesinos medidas para que sus pequeñas empresas recuperen su antigua prosperidad no significa en realidad representar sus intereses, sino más bien crear en ellos ilusiones que nunca podrán realizarse y que los distraen del verdadero modo de hacer presentar sus intereses» (KAUTSKY, «*II Programma de Erfurt*», cit., p. 196). En el Congreso de Breslavia (1895) se rechazaron enérgicamente el programa agrario de Vollmar y las medidas que invocaba para defender la propiedad de los pequeños campesinos. Semejantes decisiones eran entonces demasiado extremas incluso para August Bebel, que en una carta a Víctor Adler expresaba así su punto de vista: «Las resoluciones de Breslavia alargan nuestro tiempo de espera como mínimo en diez años, pero, eso sí, hemos salvado los principios» (V. ADLER, «Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky», Wien, 1954, p. 194). En los congresos plenarios del SPD los exponentes de Baviera, de Badén, de Hessen y, en 1908, de Württemberg fueron duramente criticados por haber votado los presupuestos regionales. En Badén se había formado una especie de semicoalición entre socialdemócratas y nacional-liberales para defenderse del predominio del centro, y en Baviera y en Hessen se habían obtenido éxitos sociales y políticos. Todo esto no era suficientemente importante, según Bebel, para perder de vista los principios («la meta final»). Tras un fracaso electoral, sesenta y seis delegados de la Alemania meridional aprobaron una resolución en la que reclamaban para las organizaciones regionales la autonomía, en cuestiones tácticas, respecto del conjunto del partido y de su dirección.

tica. Desacostumbrada a la actividad política práctica por la larga prohibición, la dirección del partido retornó gustosa a los «principios fundamentales», incluso en cuestiones que podrían haber permitido un tratamiento flexible. Por otra parte, no se analizó en su verdadero, aunque limitado, significado la diferencia entre las condiciones relativamente más democráticas de las regiones de la Alemania meridional y las existentes en Prusia. Mientras la dirección del partido transformaba cada cuestión en una «ocasión para afirmar los principios», Bernstein se basó en algunos problemas tácticos para una revisión de la teoría. No le interesaba modificar el modo práctico de proceder de su partido, sino solamente restablecer la «unidad entre la teoría y la praxis». Nunca negó el papel determinante de su larga permanencia en Inglaterra. Por otra parte, se había distanciado de Engels cuando éste vivía todavía sobre todo al valorar la Sociedad fabiana.

En sus tesis, Bernstein enlaza estrechamente con los críticos burgueses de Marx, sustituyendo el material estadístico con datos recogidos en Prusia y en Sajonia. Su juicio sobre la situación contingente y sobre el desarrollo previsible de la sociedad capitalista puede sintetizarse así:

1) La concentración de las empresas industriales no equivale a una paralela concentración de los patrimonios. Lo demuestra sobre todo el creciente número de accionistas de las grandes empresas industriales. Bernstein deduce de ello «que es (...) completamente erróneo suponer que el actual desarrollo de la sociedad muestra una relativa o absoluta disminución del *número de miembros de las clases poseedoras*. Su número aumenta así *relativa* como *absolutamente*. Si la actividad y el porvenir de la socialdemocracia dependieran de la disminución de los «ricos», ya podríamos echarnos a dormir y esperar. Lo que ocurre es todo lo contrario. *El porvenir del socialismo depende, no de la disminución, sino del aumento de la riqueza social*. El socialismo (...) que ha sobrevivido a tantas supersticiones, sobrevivirá también a ésta. Su porvenir depende de la concentración de la riqueza, o si se quiere de la absorción de la plusvalía por un grupo cada vez menor de grandes capitalistas».<sup>196</sup>

---

<sup>196</sup> BERNSTEIN, «Los presupuestos», cit., pp. 4849; de modo análogo se expresa Paul Kampffmeyer. Este añade además la tesis según la cual incluso la pérdida de los medios de producción personales puede ligarse con frecuencia a un mejoramiento del bienestar individual: «La pérdida de los medios de producción no es

2) Las «capas medias» que se encuentran entre los capitalistas y los trabajadores no desaparecen con la creciente industrialización, sino que continúan existiendo. Además, en ciertos sectores de la producción aumentan. También esta tesis está documentada con estadísticas industriales. Aunque el mismo Bernstein se ve obligado a admitir que el número de empleados ha crecido en las grandes empresas en mayor medida que en las pequeñas y medianas, no se puede hablar, pese a ello, de una «desaparición» de las pequeñas y medianas empresas»<sup>197</sup>. Otros revisionistas (David, por ejemplo) insistieron sobre todo en el hecho de que, en el te-

---

sinónimo de ausencia completa de posesión: la pérdida de los medios de producción no siempre transforma a los obreros en socialistas. Por ejemplo, cuando Inglaterra tenía un porcentaje de poseedores de medios de producción propios muy superior al actual, florecían en ella sentimientos bastante más revolucionarios y socialistas. (...) El socialismo proletario no ha crecido en proporción a la desaparición de los poseedores de medios de producción propios» (*Historisches und Theoretisches zur sozialdemokratischen Revisionsbewegung*, en «Sozialistischen Monatshefte», VI, 1902, p. 352). Ambos autores confunden la contraposición marxiana entre poseedores de los medios de producción y obreros asalariados con la contraposición entre riqueza y pobreza. Sólo la teoría del imperialismo proporcionará una explicación en términos marxistas de la elevación del nivel de vida de una parte de los obreros de la industria en las metrópolis capitalistas.

<sup>197</sup> BERNSTEIN, «Los presupuestos», cit., p. 100, nota. De todas formas, Marx constató ya el aumento de las «capas medias» en las «Teorías de la plusvalía», en algunos puntos relativamente poco conocidos: «Lo que él [Ricardo] se olvida de destacar es el incremento constante de las clases intermedias, situadas entre los obreros, de una parte, y de otra los capitalistas y terratenientes, que viven en gran parte de las rentas, que gravitan como una carga sobre la clase obrera situada por debajo de ellas y refuerzan la seguridad y el poder sociales del puñado de los de arriba» (K. MARX, «Teorías de la plusvalía», Madrid, 1974, vol. 2, p. 85). «Malthus no opina lo mismo. Su gran esperanza, que él mismo se adelanta a calificar, por lo demás, de un poco utópica, se cifra en que la clase media crezca continuamente y en que el proletariado, a pesar de aumentar en términos absolutos, llegue a convertirse en una porción cada vez menor de la población total. No es por este camino, precisamente, por el que marcha la sociedad burguesa» (ibid., vol. 2, p. 128). Marx no respondió a la cuestión del significado que adquiere el aumento de esta capa media para la transformación revolucionaria de la sociedad capitalista.

rreno de la producción agrícola, no es aceptable una concentración de las empresas.<sup>198</sup>

3) Mediante acuerdos entre complejos industriales, trusts, etc., y mediante la ampliación del sistema crediticio, la economía capitalista puede, si no impedir la crisis, al menos atenuar su gravedad.

Marx y Engels habían participado de la hipótesis de las «crisis de sobreproducción» cíclicas, provocadas en última instancia por la contradicción entre el «carácter de las fuerzas productivas» y el de las «relaciones de producción». Pero a Bernstein le parecían inconsistentes, sobre todo, las referencias teóricas de Marx y Engels a las crisis. Así, la fórmula de Marx según la cual «la causa última de todas las crisis económicas es la pobreza y la limitación del consumo de las masas, en contraste con la propensión de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas hasta un nivel cuyo único límite es la capacidad absoluta de consumo de la sociedad», contenía una hipótesis prácticamente similar a la de Rodbertus. Esta afirmación tiene sin duda su origen en el tercer libro de *El Capital*, iniciado en 1864-1865, o sea catorce años antes del segundo. Marx definió, pues, la función de la renovación de la parte de capital constante como causa de crisis, convencido de que la crisis «constituye siempre el punto de partida de una nueva y mayor inversión, y desde luego (desde el punto de vista toda la comunidad) una base material más o menos nueva para el próximo ciclo».<sup>199</sup>

La necesidad de renovar el capital constante no aparece sin embargo al mismo tiempo en todas las ramas de la producción, y además puede modificarse gracias al desarrollo tecnológico. Marx no creyó firmemente en su hipótesis de una renovación similar a intervalos cada vez más cortos. En cualquier caso, creía posible que entre 1847 y 1867 el ciclo casi decenal «hubiera adquirido la costumbre de alternar (con carácter más crónico y distribuido en los diversos países en tiempos diferentes) con

---

<sup>198</sup> Cf. E. DAVID, «Sozialismus und Landwirtschaft», 1903. David intenta, de modo análogo a Bernstein, demostrar mediante estadísticas sociales que no se da ni empobrecimiento ni polarización en la agricultura, sino, más bien, un relativo reforzamiento de la explotación mediana. Mientras las pequeñas explotaciones de menos de 5 hectáreas aumentaron entre 1882 y 1895 en un 3,5 por ciento, y las medianas de 5 a 20 hectáreas en un 8 por ciento, las grandes de más de 100 hectáreas sólo aumentaron en un 0,33 por ciento.

<sup>199</sup> BERNSTEIN, «Los presupuestos», cit., pp. 70-71.

períodos de depresión relativamente prolongados y sin solución». Bernstein deduce, de esta hipótesis de Marx, que como consecuencia de la mejora del sistema de comunicaciones (el telégrafo), los efectos negativos de crisis localmente circunscritas podían evitarse o, al menos, frenarse. Cuanto más progresa el sistema de información menos es el peligro de una especulación salvaje, que tiene un papel tan negativo sobre todo en aquellos países y ramas de la producción en que el capitalismo es reciente.<sup>200</sup>

A la crítica de Rosa Luxemburg, para quien el sistema crediticio era exclusivamente un medio de agudización de las futuras crisis, Bernstein objeta que ya Marx había observado que el crédito puede tener también efectos positivos; por ejemplo, las cooperativas obreras son consideradas como un producto del sistema crediticio. Hasta ahora nadie ha proporcionado una prueba empírica en apoyo de las afirmaciones de Marx y Luxemburg, para quienes el crédito aumentaría la contradicción entre relaciones de propiedad y relaciones de producción. Cuando Rosa Luxemburg afirma que las crisis producidas hasta entonces no son de ninguna manera las que diagnosticó Marx (que sólo tendrán lugar una vez desarrollado el mercado mundial), la concreta descripción hecha por el mismo Marx sobre los mecanismos de las crisis contradice semejante afirmación. El esquema de la crisis, en Marx o para Marx, «no era una imagen del futuro, sino un retrato del presente». Marx esperaba tan sólo una creciente agudización de crisis similares y precisamente en este punto es en el que Bernstein lo contradice.

Por lo demás, aún no está claro en qué momento puede considerarse realizado el «mercado mundial» de que habla Luxemburg. Como se sabe, su desarrollo intensivo tiene un papel mucho más importante que el extensivo (en los territorios de ultramar). Así, el valor de las exportaciones inglesas

a ambos territorios coloniales juntos [América y Asia] (...) no alcanza ni mucho menos el de sus exportaciones a Alemania. Su comercio exterior con todas sus colonias (...) no llega a la tercera parte de su comercio con el resto del mundo.<sup>201</sup>

---

<sup>200</sup> BERNSTEIN. «Los presupuestos», cit., pp. 73, 74.

<sup>201</sup> *Ibid.*, p. 80.

Por consiguiente, difícilmente puede preverse cuándo se realizará la formación del mercado mundial señalada por Rosa Luxemburg como momento en que está destinada a hacerse realidad la previsión marxiana de la crisis.

Bernstein ve en el papel de las asociaciones de empresarios, de cárteles y de trust un medio para evitar las crisis de sobreproducción. Desempeña además la afirmación de Rosa Luxemburg según la cual dichas asociaciones solamente pueden comprender ramas específicas de la producción contrapuestas a otras, sin que lleguen nunca a ser «generales». En realidad, es interés común de todos los empresarios evitar las crisis. Por otra parte, Bernstein no oculta que semejantes acuerdos producen efectos negativos, sobre todo cuando van acompañados por impuestos proteccionistas y exportaciones estimuladas. Pero no se puede cerrar los ojos a la evidencia de que de este modo es posible intervenir sobre el mecanismo de la crisis.

Nunca se me ha ocurrido sostener que los cárteles, etc., son la última palabra del desarrollo económico, y que son necesarios para suprimir para siempre las contradicciones de la vida industrial moderna. Estoy convencido, por el contrario, de que, en los países industriales moderados, donde los cárteles y los trusts son apoyados y potenciados mediante aranceles proteccionistas, se convierten de hecho en *factores de crisis* en la industria a que se trata, y también si no en seguida, sí a la postre, en el mismo país «protegido». La cuestión es saber cuánto tiempo el pueblo afectado soportará esta situación.<sup>202</sup>

A diferencia del proteccionismo, que es «una intrusión del poder político en la economía para conseguir efectos económicos»<sup>203</sup>, las asociaciones industriales representan un auténtico decurso económico. Negar las ventajas de semejante organización respecto de la «competencia anárquica» significa no querer ver las ventajas de la limitación de la producción espontánea «en período de saturación del mercado» frente a fenómenos procuradores de crisis.

A Bernstein no se le escapa, pese a sus tesis, el desarrollo del capitalismo moderno, como puede deducirse de un pasaje del mismo capítulo

---

<sup>202</sup> BERNSTEIN, «Los presupuestos», cit., p. 82.

<sup>203</sup> BERNSTEIN, «Los presupuestos», cit., pp. 84-85.

del que se han sacado las anteriores citas, en el que resume su concepción de la tendencia estructural del capitalismo a la crisis: «Lo único que permanece como cosa cierta es que la capacidad de producción en la sociedad moderna es mucho mayor que la demanda actual de productos determinada por la capacidad de compra; que muchos millares de personas viven hacinadas en casas insuficientes, mal vestidas y mal alimentadas, a pesar de existir medios abundantes para que la habitación, los alimentos y el vestido sean suficientes, que fuera de esta incongruencia, la sobreproducción aparece una y otra vez en diferentes ramas de producción (...) que a causa de todo ello aparece una gran irregularidad en el empleo de los trabajadores, cuya situación se hace extraordinariamente insegura, oprimiéndolos bajo una indigna dependencia y desequilibrando el trabajo, pues en unas partes falta éste y en otras sobra; y que finalmente, de todos los medios hoy empleados para contrarrestar la parte más visible de este mal, los *cárteles* representan uniones monopolizadoras (por un lado contra los obreros y por otro contra el gran público) con tendencia a hacer la fuerza al mismo género de uniones monopolizadoras de otras industrias o países, o bien a adaptar arbitrariamente la producción y los precios a sus necesidades de beneficio por medio de convenios internacionales e interindustriales. Los medios capitalistas de defensa contra las crisis llevan virtualmente en sí las posibilidades de una nueva e irremediable servidumbre proletaria, así como los privilegios de producción que reviven en formas agudas los antiguos privilegios de los gremios».<sup>204</sup>

Como se ve, Bernstein no sostiene totalmente que la moderna economía capitalista pueda librarse de las crisis con la ayuda de créditos y de asociaciones industriales, o menos aún garantizar el bienestar para todos; simplemente observa que el mecanismo de crisis del capitalismo concurrencial clásico no es ya del todo operativo y que por tanto no puede hablarse de una agudización de las crisis cíclicas.

A la crítica de las «previsiones» del marxismo contemporáneo le siguen luego, en el último capítulo del libro, las tesis de Bernstein sobre *Las tareas y las posibilidades de la socialdemocracia*, y a un resumen de su crítica a la llamada «teoría del derrumbe» le siguen sus reflexiones sobre cooperativas económicas y, sobre todo, acerca de *Democracia y socialismo*. Para

---

<sup>204</sup> Ibid.

Bernstein la base del socialismo es democracia y ética, y no un proceso histórico; pone de relieve el desequilibrio existente entre democracia política y vida económica: mientras, al menos en las democracias occidentales, todos los adultos (varones) gozan en el plano político de iguales derechos como ciudadanos, en la vida económica la condición de la mayoría es todavía una condición de dependencia. Niveles de vida inadecuados e inseguridad en el puesto de trabajo amenazan la legítima equiparación de todos. La única vía lógica al socialismo pasa, por tanto, por la construcción de la democracia.

La democracia es al mismo tiempo medio y fin. Es el medio de lucha por el socialismo y es la forma de realización del socialismo. Ciertamente que no puede hacer milagros. No puede, en un país como uiza, donde el proletariado industrial representa la minoría de la población... poner en manos de este proletariado del poder político. No puede ni siquiera en un país como Inglaterra, donde el proletariado representa de lejos la clase más numerosa de la población, convertir a este proletariado en patrón de la industria si una parte del proletariado no tiene ningún deseo de serlo y la otra no se siente aún madura para las tareas que ello supone. Pero en Inglaterra y en Suiza, en Francia o en Estados Unidos, en los países escandinavos, etc., ha demostrado ser *una potente palanca del progreso social*.<sup>205</sup>

La tesis de Bernstein tiene un desarrollo posterior: «La democracia es, en principio, la supresión de la dominación de clase», aun si ello «no significa *de hecho* la supresión de las clases». La socialdemocracia debe situarse sin reticencias «en el terreno del sufragio universal y de la democracia». La transición de la sociedad capitalista a la socialista (no de la dictadura burguesa a la proletaria) debe tener lugar gradualmente, utilizando la democracia: «La socialdemocracia no desea destruir esta sociedad o proletarianizar a todos sus miembros; antes al contrario, trabaja incesantemente para elevar al obrero de la condición social de proletariado a la de ciudadano, y por tanto por *generalizar* el sistema civil (Bürger-

---

<sup>205</sup> BERNSTEIN, «Los presupuestos», cit., pp. 85-86.

tum) o la *condición de ciudadano* (Burgersein). No pretende sustituir la sociedad civil por una sociedad proletaria, sino un orden capitalista por un orden social socialista».<sup>206</sup>

Pese a que el liberalismo ha sido en su origen un movimiento burgués y capitalista, el socialismo puede enlazar positivamente con él y considerarse su heredero. Por ejemplo, el haber establecido un horario máximo de trabajo no sería más que un perfeccionamiento de la abolición de la esclavitud y de la servidumbre de la gleba. «En realidad no hay ninguna idea realmente liberal que no pertenezca también al patrimonio ideológico del socialismo». Bernstein sitúa la base de la construcción de la democracia en el campo económico, sea en los sindicatos, sea en «las comisiones industriales de arbitraje, cámaras del trabajo y otras instituciones análogas, en las cuales el autogobierno democrático ha asumido aspectos concretos, aunque todavía imperfectamente».<sup>207</sup> La responsabilidad individual de cada uno (un viejo ideal de los liberales) sólo podrá realizarse por la mayoría de la población trabajadora a través del socialismo. Tal responsabilidad no puede tener lugar si no es por medio de la organización. Por ejemplo, algunos sindicatos podrían ya hoy «garantizar a sus miembros un seguro derecho al empleo»,<sup>208</sup> mientras las organizaciones de autodefensa (como los institutos de previsión gestionados por obreros) y sobre todo las cooperativas de consumo y de producción representan formas más elevadas del arraigo de la democracia en la sociedad. «En este sentido podría definirse el socialismo como un liberalismo organizador». Es, pues, importante que las organizaciones propias del socialismo se distingan radicalmente de las instituciones feudales por ser voluntarias y abiertas a todos.<sup>209</sup>

Lucio Colletti ha resumido y criticado el socialismo reformista y democrático de Bernstein sosteniendo que «el punto al que su razonamien-

---

<sup>206</sup> Ibid., pp. 127, 130.

<sup>207</sup> BERNSTEIN, «Los presupuestos», cit., p. 132.

<sup>208</sup> Bernstein considera especialmente verosímil que los obreros sindicalmente organizados aumenten las posibilidades de consumo de los asalariados (a costa del margen de beneficio) y que por tanto agraven las contradicciones de fondo de la producción capitalista. La paralela y progresiva democratización de la economía mediante la participación de los obreros en las empresas representa, a su juicio, un paso importante en la dirección del socialismo democrático.

<sup>209</sup> BERNSTEIN, «Los presupuestos», cit., p. 133.

to vuelve una y otra vez (...) es, por una parte, el de la "contradicción" existente entre igualdad política y desigualdad social, y, por otra, el de la capacidad del gobierno parlamentario y Estado representativo para componer y sanar progresivamente, hasta extirpar incluso sus raíces, los conflictos y las tensiones derivados de las diferencias de clase». <sup>210</sup> Colletti ha demostrado de modo convincente que esta concepción del Estado democrático, opuesta al «sectarismo», comparte con éste un error. Ambas son incapaces de «relacionar realmente el Estado moderno con sus específicas bases económicas». <sup>211</sup> Frente a esta omisión Colletti recuerda oportunamente las palabras con que Marx caracterizaba en 1850 la constitución democrática francesa: «Pero la contradicción de más envergadura de esta Constitución consiste en lo siguiente: mediante el sufragio universal, otorga la posesión del poder político a las clases cuya esclavitud social

---

<sup>210</sup> L. COLLETTI, Bernstein e il marxismo della Seconda Internazionale, en «Ideología e sociedad», Bari, 1975 p. 139 (trad. cast., *Bernstein y el marxismo de la Segunda Internacional*, en «Ideología y sociedad», Barcelona, 1975, p. 151). Kautsky atribuía al trabajo en las condiciones del capitalismo industrial, un carácter de necesaria fuente de conciencia socialista y de disciplina de partido; la cooperación y la igualdad de las condiciones de trabajo desarrollan en los obreros «una disciplina voluntaria y agradable, que constituye la premisa de una producción colectiva, socialista, y también una premisa de toda lucha victoriosa del proletariado contra la explotación de la producción capitalista» («El Programa de Erfurt», cit., p. 159). «Cuanto más se prolonga la producción capitalista, más se desarrolla la solidaridad proletaria y más profundamente arraiga en el proletariado, convirtiéndose en su característica dominante» (ibid., p. 160). «Es casi imposible eliminar la conciencia de clase de un sector proletario una vez que ha arraigado en él. Por mucho que puedan actuar las tendencias opresivas del modo de producción capitalista, sólo podrán oprimir a este sector *económicamente*, pero no moralmente» (ibid. p. 163). «Cada vez se difunde más en ella (en la clase trabajadora) el sentido de la cohesión y la camaradería, típico del proletariado de la gran industria, de la disciplina colectiva, de la hostilidad al capital; en sus filas se difunde también ese insaciable deseo de saber típico del proletariado» (ibid., p. 162). «Hemos indicado repetidas veces que gracias a la máquina, el proletariado (...) desarrolla una actitud teórica, una predisposición hacia los grandes problemas y objetivos, que superan el campo de los intereses inmediatos» (ibid., pp. 181-182). Contra la admiración por el efecto educativo de disciplina que en los obreros producían las normas de la fábrica (admiración compartida por Lenin), Rosa Luxemburg objetaba que no ha de confundirse tal orden, impuesto a viva fuerza por el capitalismo, con la disciplina voluntaria de los revolucionarios.

<sup>211</sup> Ibid., p. 155.

debe eternizar: al proletariado, a los campesinos, a los pequeños burgueses. Y a la clase cuyo viejo poder social sanciona, a la burguesía, la priva de las garantías políticas de este poder. Encierra su dominación política en el marco de unas condiciones democráticas que en todo momento son un factor para la victoria de las clases enemigas y ponen en peligro los fundamentos mismos de la sociedad burguesa. Exige de los unos que no avancen, pasando de la emancipación política a la social; y de los otros que no retrocedan, pasando de la restauración social a la política».<sup>212</sup>

Según Colletti, la socialdemocracia, y con ella Schumpeter y J. Stratchey, ha interpretado este rápido resumen de las contradicciones de la democracia burguesa partiendo del presupuesto de que existe un desajuste entre la democracia política y el ordenamiento económico, que puede eliminarse mediante la extensión a la economía del principio democrático. Pero ha de reconocerse que «para Marx la contradicción, que se hallaba en el interior de la sociedad, pasa también al interior de la constitución, en el sentido de que si por un lado, con el sufragio universal, llama a *todos* a participar en la vida política, (...) por otro no deja de convertir este interés común en un interés solamente *formal*, al ser todavía particularistas o contrapuestos los intereses reales por la división clasista de la sociedad».<sup>213</sup>

Si bien la democracia es el terreno ideal para el despliegue de la lucha de clases, no puede como tal permitir «la solución o la superación de las diferencias de fondo».

Bernstein no se limitó a una crítica empírica del marxismo de su época; en los primeros capítulos de su libro criticó también los presupuestos filosóficos del marxismo, tal como él los veía. La idea fundamental de tales consideraciones es que Marx, seducido por las «insidias del método dialéctico hegeliano», elaboró una concepción de la historia que sólo puede desarrollarse mediante la agudización de las contradicciones, es decir, mediante revoluciones violentas. Lo que según él indujo a Marx y a los marxistas a formular la teoría de la inevitabilidad de la lucha de clases y de su agudización no fue tanto una observación realista de la sociedad como, más bien, la orientación hacia un modelo dialéctico de desarrollo.

---

<sup>212</sup> MARX, «Las luchas de clases en Francia», en «Obras escogidas», cit., vol. 1, p. 157.

<sup>213</sup> COLLETTI, «Ideología y sociedad», cit., pp. 158-159.

Bernstein protesta contra esta «dogmática» orientación, en nombre (por así decirlo) de la ciencia empírica. Pero si el socialismo no puede ya deducirse (como hace por ejemplo Kautsky) del desarrollo de la sociedad capitalista en cuanto necesario resultado de ésta, debe entonces basarse, como afirma una tesis posterior de Bernstein, en fundamentos morales en cuanto objetivo político. La socialdemocracia lucha por el socialismo no porque «haya de venir» (con una «certeza científicamente verificable»), sino porque puede venir. A este respecto Bernstein hace suya la fórmula de Friedrich Albert Lange y recomienda un «retorno a Kant».<sup>214</sup>

Tampoco la teoría objetiva del valor le parece a Bernstein un elemento indispensable de la doctrina socialista. Se trata a su juicio de una simple «construcción intelectual», de un medio para la interpretación de la realidad, que por consiguiente puede coexistir tranquilamente con un medio muy distinto: la teoría subjetiva del valor, o teoría marginalista. El estudioso es, por así decirlo, libre de establecer el esquema interpretativo que considere más adaptado a cada caso y con el que pueda obtener mejores resultados.<sup>215</sup>

#### 4. *La crítica al revisionismo de Bernstein*

La «revisión» del marxismo oficial del partido llevada a cabo por Bernstein provocó en la socialdemocracia alemana (y en todos los marxistas de la Segunda Internacional) durísimas críticas.<sup>216</sup> Kautsky y Rosa Lu-

---

<sup>214</sup> Cf. BERNSTEIN, «Los presupuestos», cit., p. 171: «La socialdemocracia necesita un Kant que critique las opiniones hechas y las examine con la mayor penetración; que profundice los puntos en que su aparente materialismo es la más elevada ideología y advierta que el desprecio del ideal, el desarrollo de los factores materiales antes de que se conviertan en omnipotentes factores de evolución, es una autodecepción, y que así ha sido y será en todo momento por la acción de quienes la proclaman».

<sup>215</sup> Cf. «Allerhand Wertheoretisches», vol. III: «Vom Wesen und Wert des Wertbegriffs».

<sup>216</sup> Véase la condena oficial del Congreso de Dresde del SPD (1903): «El congreso condena del modo más categórico los fines revisionistas tendentes a modificar nuestra táctica, hoy experimentada y victoriosa, basada en la lucha de clases, sustituyendo la conquista del poder político a través de la victoria sobre nuestros enemigos por una política aquiescente con el orden de cosas existente. La consecuencia de semejante táctica revisionista sería que, de un partido que tiene por objetivo la transformación más rápida posible del actual orden social burgués en

xemburg dedicaron a Bernstein numerosos artículos y libros enteros, mientras Lenin se refirió frecuentemente a él en términos ásperamente críticos, comparando algunos trabajos de autores rusos con los suyos. Sólo algún tiempo después aparecieron esporádicas palabras de alabanza, en su mayor parte procedentes de enemigos del reformismo y del revisionismo. Tal es el caso de Georges Sorel en 1908.<sup>217</sup> También Jean Jaurés, el adversario de Sorel, valoró indirectamente la tesis de Bernstein, llamando la atención sobre la debilidad práctica oculta tras la intransigencia teórica de la socialdemocracia alemana, atacando a sus representantes al afirmar que «detrás del rigor de vuestras formulaciones teóricas, que el camarada Kautsky os proporcionará hasta el fin de sus días, disimuláis ante vuestro proletariado y el proletariado internacional vuestra incapacidad para actuar».<sup>218</sup>

Arthur Rosenberg ha puesto de relieve, en su *Historia de la República de Weimar*, que en el período anterior a la guerra la socialdemocracia descuidó de modo imperdonable casi todos los problemas de actualidad política: «El funcionario medio socialdemócrata no tuvo nunca un interés real por los problemas de la política exterior, por el militarismo, la escuela, la justicia, la economía en general y la cuestión agraria en particular. Nunca pensó que llegaría el día en que todos estos problemas tendrían decisiva

---

el orden socialista (orden que es revolucionario en el mejor sentido de la palabra), surgiría un partido que se contentaría con reformar la sociedad burguesa» («Actas del Congreso de Dresde», Berlín, 1903, pp. 418. Las dos principales críticas a Bernstein por parte de la socialdemocracia fueron las de K. KAUTSKY, «Bernstein und das sozialdemokratische Programm, Eine Antikritik», Stuttgart, 1899 (el libro se publicó también en francés, italiano, ruso, etc.) (trad. cast. de Pablo Iglesias y Juan A. Mella, 1909; reed. 1975), y la de R. LUXEMBURG, «Sozialreform oder Revolution?», Leipzig, 1899 (trad. cast. 1978).

<sup>217</sup> Cf. GEORGES SOREL, «Réflexions sur la violence», París, 1908: «Está claro que Bernstein tenía mil veces razón cuando no quería que subsistiera una apariencia revolucionaria en contradicción con el pensamiento del partido. (...) No veía más medio para mantener el socialismo en el terreno de la realidad que el de suprimir todo lo que había de engañoso en un programa revolucionario en el que ya no creían los dirigentes. En cambio, Kautsky quería mantener el velo que ocultaba a los ojos de los obreros la verdadera actividad del partido socialista. Por eso tuvo mucho éxito entre los politicastos; contribuyó, más que ningún otro, a la agravación de la crisis del socialismo en Alemania».

<sup>218</sup> Congreso de la Internacional en Amsterdam, 1904.

importancia para la socialdemocracia y sólo se ocupó de lo que concernía estrictamente a los intereses profesionales y corporativos del obrero industrial. En este campo demostró ser hábil y activo, y tener un interés sólo superado por la cuestión del derecho electoral prusiano».<sup>219</sup>

También la dirección compartía la responsabilidad de tal ausencia de interés por problemas de relevancia política. Junto a las cuestiones contingentes de carácter político-profesional, se ocupaba exclusivamente de los sagrados niveles de los «principios generales», casi completamente divorciados de la lucha cotidiana. En su obra de mayor relieve, Bernstein planteó al menos consideraciones de fundamental importancia sobre política exterior, militar y municipal, y sobre la cuestión agraria, dedicando a cada asunto un espacio adecuado. Aunque se quisiera poner en entredicho, la exactitud y la utilidad de sus tesis, le cabría al menos el mérito de haber dedicado su atención a sectores de notable importancia. El verdadero mérito de Bernstein consiste no obstante en su valerosa denuncia de la dicotomía existente entre los «principios generales» de la teoría marxista erigida en dogma y la política de cada día, reformista en la práctica. En efecto, gran parte de las críticas corre el riesgo de condenar, junto al reformismo de Bernstein, toda política de reformas.

La mayor debilidad de los críticos de Bernstein consiste en haber partido (en forma análoga a Bernstein) de una comprensión limitada de la *Crítica de la economía política* de Marx. Dichos críticos interpretaban *El Capital* como un retrato de la realidad y de sus tendencias de desarrollo inmanentes. Para Kautsky el socialismo era un producto necesario de este desarrollo. Tal concepción produjo, por un lado, un total desinterés por el análisis de las formas del valor y por las afirmaciones básicas de la crítica de la economía política, y por otro un precoz y correcto reconocimiento de los notables cambios que se esbozaban de modo evidente en la economía y en la sociedad capitalista de los países altamente industrializados a finales del siglo XIX. En otras palabras: la errónea interpretación de *El Capital*, superficial y empirista, difirió la comprensión de los cambios producidos en las relaciones del capitalismo monopolista y el imperialismo. Sólo con las teorías de Rosa Luxemburg y de Hilferding (no sin carencias teóricas) se recuperó el tiempo perdido. Ciertamente que Bernstein había

---

<sup>219</sup> A. ROSENBERG, «Geschichte der Weimarer Republik», 1937.

captado algunas consecuencias de tal cambio; pero éste no pareció insertado en un cuerpo teórico (como en el caso de Kautsky) en la valoración de Bernstein.

El auténtico significado de la crítica de la economía política de *El Capital*, puesto de manifiesto por los trabajos de Korsch, Lukács, Lucio Colletti<sup>220</sup> y pocos más, consiste en una interpretación adecuada de la teoría del valor y del capítulo sobre el carácter fetichista de la mercancía. El modo de producción capitalista se caracteriza por la formación en su seno (mediante el concurso de productores [y de clases] considerados individualmente y aislados en el momento del trabajo) de un nexo estructural objetivo y necesario que condensa mercancías, capital, valor y dinero en «cosas» que se hacen «autónomas» de los individuos. En realidad estas «cosas» son expresión de la relación entre personas y clases. En ellas se manifiesta, de forma alienada, el carácter social de la producción. Por ello, mientras continúa existiendo la relación de estructura generada por individuos y grupos productores de manera independiente y desordenada (inconsciente y espontánea), unas «leyes coercitivas objetivas» dominarán la vida de todos. Lo absurdo de este modo de producción así representado, cuyo mérito histórico siempre señaló Marx, no estriba en el «empobrecimiento material» masivo (aun cuando se verifique en determinadas fases del desarrollo, y todavía hoy en la periferia de la economía mundial), sino en la completa dependencia de los individuos (y clases) de las leyes y de las «cosas», que forman una «segunda naturaleza» producida por ellos mismos. Por este motivo, el significado de la revolución socialista no reside en la simple superación de la indigencia material (y menos aún en su atenuación), sino en la emancipación de esos vínculos estructurales que necesariamente se derivan del sistema económico de la producción de mercancías. Las «relaciones objetivas», a las que la teoría socialista debe siempre referirse, no son por tanto las «leyes» (leyes ten-

---

<sup>220</sup> G. LUKACS, «Geschichte und Klassenbewusstsein», Berlín, 1923 (trad. cast., «Historia y conciencia de clase», en «Obras completas», vol. 3, México-Barcelona, 1969); K. KORSCH, «Die materialistische Geschichtsauffassung, eine Auseinandersetzung mit Karl Kautsky, 1929, hoy en «Die materialistische Geschichtsauffassung und andere Schriften», Frankfurt del Main, 1971; ID., «Kar Marx» (1936), Frankfurt del Main, 1967 (trad. cast., Barcelona, 1975); L. COLLETTI, *Introducción a «Socialismo e socialdemocrazia»*, Bari, 1968.

denciales) del capitalismo, sino el movimiento de emancipación de la clase obrera, espontáneamente iniciado, y hecho consciente de su objetivo y de sus posibilidades por la teoría marxiana. Con el descubrimiento de las obras juveniles de Marx, el objetivo de emancipación de la revolución socialista aparece con más claridad que en el período de la Segunda Internacional. Sin embargo, la referencia a la liberación de un orden externo que actúa mediante anónimas estructuras constrictivas (alienación) fue determinante también en los *Grundrisse der Kritik der politische Ökonomie* (1857-1858) y en *El Capital*.

Korsch ha explicado el oscurecimiento del marxismo en el período que siguió a 1848 (en el sentido del materialismo histórico), partiendo de las condiciones objetivas de vida del movimiento obrero tras la derrota de aquella revolución y tras el hundimiento de la Comuna de París (1871).<sup>221</sup> La ligazón de la crítica económica marxiana con una teoría materialista de la evolución, establecida por Kautsky (y parcialmente por Engels en sus últimas obras) presentaba la ventaja teórica de dar a un proletariado todavía débil e inseguro la confianza en la victoria y la consciencia de sí. Además, un marxismo ampliado a «teoría de la concepción general del mundo» podía servir para una mayor cohesión entre los militantes socialdemócratas, nada homogéneo desde el punto de vista social.

Bernstein rompió esta ligazón. Pese a las justas críticas, tuvo el mérito de haber puesto enérgicamente de relieve la necesidad de elevar el nivel cultural y la capacidad de los obreros incluso para la dirección concreta de la producción. Su colaborador Paul Kampffmeyer escribía en 1902: «La íntima evolución de los obreros y el reforzamiento de la conciencia de sus propias facultades, su resuelta actividad y su aptitud idónea para la dirección de la producción, son sin duda algunas dimensiones concretas y definidas que hay que tener en cuenta en los cálculos de la política social. (...) No son fuerzas económicas inconscientes las que generan el orden societario socialista a través de fases dialécticas de repentinos cambios, sino hombres conscientes de su propia actuación, que dan forma a este orden según un plan establecido».<sup>222</sup>

Bernstein no ignoró el significado de la democracia política para la elevación de la conciencia política y las capacidades organizativas de la

---

<sup>221</sup> Cf. KORSCH, «Die materialistische Geschichtseuffassung», cit., pp. 126 y ss.

<sup>222</sup> KAMPFFMEYER, «Historisches und Theoretisches». cit., pp. 347-348.

clase obrera, pero su excesiva valoración de la democracia (debida a la idealización de la democracia británica) se ligaba siempre a la necesidad, enérgicamente defendida por él, de democratizar la constitución prusiana y de transformar en sentido parlamentario el Imperio alemán, como el mismo Engels había señalado en su crítica del programa de Erfurt. La consolidación del socialismo sólo será posible gracias a los obreros de la industria, conscientes de sí mismos, bien organizados y políticamente activos en la democracia, y no gracias a masas proletarias depauperadas (tesis de los revisionistas). Paul Kampffmeyer escribía: «Al traspasar un determinado nivel (que el aspecto exterior indica), la pobreza y la miseria dejan de actuar sobre el parado o sobre el que ha caído en la miseria como factor revolucionario, para hacerlo como factor reaccionario. No lo empujan hacia delante, hacia acciones valerosas, sino que lo sumen en una negra desesperación y en una total impotencia. En la mayor parte de los casos es socialdemócrata no el que ha caído en la miseria, sino el obrero que tiene concretas aspiraciones. Un proletariado económicamente en declive puede debilitarse en la lucha de clases y, consciente de su propia impotencia, deponer las armas ante la burguesía. Una clase obrera económicamente robustecida puede sentirse animada por su creciente fuerza económica a acciones cada vez más audaces contra la burguesía».<sup>223</sup>

Aunque la disposición de la burguesía al compromiso es inferior a la calculada por Bernstein y Kampffmeyer, pueden aceptarse como realistas las hipótesis sobre el nexo entre empobrecimiento y capacidad de lucha de la clase obrera.

La base de masas del revisionismo bernsteiniano estaba constituida por funcionarios sindicales y por dirigentes de la socialdemocracia de la Alemania meridional. Tenía fuerza suficiente para impedir la expulsión del partido del viejo amigo de Engels, pero no para imponer al partido su revisión teórica. El Programa de Górlitz del SPD (1921), en cuya elaboración desempeñó Bernstein un papel determinante, adoptó totalmente las concepciones del revisionismo. Sin embargo, tras la reunificación de los socialistas mayoritarios con el ala derecha del USPD se llegó una vez más a un compromiso (como en Erfurt) con el Programa de Heidelberg (1925),

---

<sup>223</sup> Ibid., p. 350.

en el que los principios marxistas ya no constituían el fundamento de las directrices prácticas, sino más bien su disfraz.

##### 5. *La réplica de la izquierda: Rosa Luxemburg y la Neue Linke*

De todos los críticos de Bernstein, sólo Rosa Luxemburg consideró con atención el nexo entre reformas y revolución, poniendo de manifiesto lo absurdo de su rígida contraposición. Era una línea coherente con su análisis del desarrollo económico capitalista, que la había llevado a elaborar una de las primeras interpretaciones del imperialismo.

Rosa Luxemburg, que en 1897 se doctoraba en Zurich, con Julius Wolf, con una tesis sobre el desarrollo industrial de Polonia, se dedicó inmediatamente después a la lucha contra el revisionismo de Bernstein. Ya en 1899, justo después de la obra de Bernstein *Los presupuestos del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, salía su réplica *¿Reformismo o revolución?* A su juicio, el significado del libro de Bernstein consistía en haber proporcionado por vez primera al oportunismo en el partido una base teórica. A sus ojos eran oportunistas el «socialismo de Estado» de Vollmar, el «socialismo agrario» de Alemania meridional, las «propuestas de compensación» de Heine (aprobación del presupuesto militar a cambio de concesiones de derechos populares), las intervenciones de Schippel a favor del proteccionismo aduanero, etc. En el Congreso de Stuttgart, de octubre de 1898, se agruparon todos los oportunistas en torno a la «bandera bernsteiniana». Rosa Luxemburg observa en el prólogo: «La corriente oportunista en el partido formulada teóricamente por Bernstein no es otra cosa que un intento inconsciente de garantizar la preponderancia de los elementos pequeñoburgueses que se han pasado al partido, esto es, reformar en sentido pequeñoburgués la práctica y los objetivos del partido».<sup>224</sup>

Y escribe a modo de conclusión del ensayo: «La teoría de Bernstein ha sido el *primer*, y *último*, intento, al mismo tiempo, de proporcionar un fundamento teórico al oportunismo. Y decimos el último porque, con el sistema de Bernstein, el oportunismo ha llegado tan lejos en lo negativo, al perjurar del socialismo científico como en lo positivo, al conjugar toda la confusión teórica disponible, que ya no le queda nada por hacer. Con el

---

<sup>224</sup> R. LUXEMBURG, «Obras escogidas», Madrid, 1978, vol. 1, p. 43.

libro de Bernstein el oportunismo ha llegado a sus últimas consecuencias y ha completado su desarrollo en la teoría». <sup>225</sup>

Precisamente por este motivo asume una importancia fundamental, en opinión de Rosa Luxemburg, la refutación de Bernstein.

Rosa Luxemburg no polemiza con Bernstein sobre si el desarrollo capitalista se llevó o no a cabo con la rapidez prevista por Marx; de tal hecho sólo se seguiría, en realidad, «una velocidad más lenta en el ritmo de la lucha». <sup>226</sup> La cuestión consiste más bien en que Bernstein deja de lado el objetivo socialista (la socialización del proceso productivo y su gestión por los productores asociados), sustituyéndolo por una mejora progresiva, según una concepción social reformista, de las condiciones de vida de los obreros dentro del orden social existente. Esta sería en todo caso la esencia auténtica de su revisión del marxismo. El tributo verbal que Bernstein reserva constantemente a la teoría de Marx y al socialismo no debe llamar a engaño.

Rosa Luxemburg critica a Bernstein el empleo acrítico de las estadísticas, que de todos modos ni siquiera expresan todo lo que deduce de ellas. En algunos pasajes demuestra que Bernstein capta de manera muy superficial las complejas conexiones del desarrollo económico. Por tanto, le resulta fácil mostrar que si bien las pequeñas y medianas empresas no desaparecen completamente de la escena, su período de vida disminuye incesantemente: «De acuerdo con Marx, en la marcha general de la evolución capitalista los pequeños capitales cumplen la función de ser los adelantados de la revolución técnica y ello en un sentido doble: tanto en lo relativo a la introducción de nuevos métodos de producción en ramas antiguas, establecidas y ya arraigadas, como en lo relativo a la creación de nuevas ramas productivas que aún no han sido explotadas por los grandes capitales. La creencia de que la historia de la empresa capitalista mediana es una línea recta descendente hacia la decadencia gradual es completamente falsa». <sup>227</sup>

La cifra de las pequeñas y medianas empresas es periódicamente «segada» por la gran empresa, lo que sin embargo no impide que surjan otras nuevas regularmente. En cualquier caso, para la creación de estas

---

<sup>225</sup> Ibid., pp. 104-105.

<sup>226</sup> Ibid., p. 46.

<sup>227</sup> R. LUXEMBURG, «Obras escogidas», p. 56.

nuevas empresas se necesita un capital marginal en constante aumento, y además el período de vida de estas empresas autónomas es cada vez más corto.

La que Bernstein definía como «capacidad de adaptación» del capitalismo a las condiciones del continuo crecimiento económico, y que se traducía en evitar o atenuar al máximo las crisis, le parece a Rosa Luxemburg, en 1908 (con ocasión de la segunda edición de su libro), una tesis suficientemente contradicha por la crisis que ha estallado mientras tanto: una crisis que iba a ser más aguda que nunca precisamente en países con una cartelización especialmente fuerte y desarrollada y con un sistema crediticio evolucionado. En cuanto al papel positivo desempeñado por los sindicatos para disminuir la cuota de beneficio industrial y aumentar la salarial, Rosa Luxemburg está convencida de que éstos

no están en situación de realizar ofensiva ninguna de carácter económico contra el beneficio económico, porque no son otra cosa que la *defensiva* organizada de la fuerza de trabajo contra los ataques del capital, es decir, que no son otra cosa que la defensa de la clase obrera contra las tendencias opresoras de la economía capitalista.<sup>228</sup>

Por consiguiente, solamente pueden hacer que la mercancía-trabajo sea al menos retribuida por su «valor», pero no pueden en cambio reducir a la vez la cuota de beneficio y la plusvalía de los patronos; pueden ayudar al proletariado a sacar provecho, de cuando en cuando, de las situaciones del mercado de trabajo, pero no influir sobre la coyuntura, ni menos aún suprimir la explotación, que a lo máximo conseguirán situar dentro de límites «normales». Por tanto, la lucha sindical es para Rosa Luxemburg una especie de «trabajo de Sísifo», por otra parte «imprescindible si el trabajador quiere alcanzar la tasa de salario que corresponda, según la situación correspondiente del mercado [y] si la ley salarial del capitalismo se ha de cumplir».<sup>229</sup> Según ella, ni el cooperativismo, que todo lo más puede contribuir a la distribución de los bienes de consumo, ni los sindicatos pueden asumir la función que Bernstein les atribuye. Además, sería

---

<sup>228</sup> R. LUXEMBURG, «Obras escogidas», p. 85.

<sup>229</sup> *Ibid.*, p. 85.

perjudicial una influencia directa de los sindicatos en el proceso productivo. Si, por ejemplo, se quisiera influir sobre la técnica productiva, resultaría evidente que mientras los empresarios se interesarían por la mejora de la técnica productiva, la «posición del trabajador aislado, por el contrario, [sería] precisamente la opuesta». En realidad, «toda transformación técnica entra en conflicto con los intereses de los trabajadores directamente afectados y empeora su situación inmediata por cuanto que deprecia la fuerza de trabajo y hace el propio trabajo más intensivo, más monótono y más molesto. En la medida en que el sindicato puede intervenir en el aspecto técnico de la producción, lo hace, evidentemente, tan sólo en este último sentido, es decir, en defensa de los grupos de trabajadores afectados directamente, con lo que el sindicato tendrá que oponerse a las innovaciones. En este caso, pues, no actúa el sindicato en interés de la totalidad de la clase obrera y de su emancipación, que coincide, más bien, con el progreso técnico, esto es, con el interés del capitalista aislado, sino que actúa, al contrario, en interés de la reacción.

Y si los sindicatos quisieran determinar el volumen de la producción, ello se reduciría a «un cártel de los trabajadores con los empresarios en contra... de la sociedad de consumo».<sup>230</sup> Hay que señalar que la previsión de Rosa Luxemburg ha demostrado ser fundamentalmente exacta a propósito de tales cuestiones de conducta puramente sindical, puestas hoy claramente de manifiesto, sobre todo en los sindicatos norteamericanos. Sindicatos que abastecen a todo el cuerpo social no se oponen hoy ya, en principio, a la introducción de nuevas tecnologías capaces de ahorrar trabajo (por ejemplo, en el caso de la industria tipográfica), limitándose a requerir disposiciones transitorias socialmente tolerables para aquellas categorías de trabajadores especializados cuya cualificación resulta depreciada por la modernización.

Tampoco el Estado democrático puede ser (como Rosa Luxemburg rebate a Bernstein) un instrumento para la transformación gradual de la sociedad, de capitalista en socialista: toda «reforma social encuentra... sus límites naturales... en los intereses del capital». Konrad Schmidt, que había comentado positivamente en el Vorwarsts las tesis de Bernstein, volvía a poner sus esperanzas en «una reforma social que aumentará ili-

---

<sup>230</sup> R. LUXEMBURG, «Obras escogidas», p. 59.

mitadamente a favor de la clase obrera», sin saber reconocer que en el orden social existente se le imponen barreras insuperables tanto al Estado como al movimiento sindical.<sup>231</sup> Ni siquiera la evolución hacia una limitación del derecho de propiedad por parte del Estado, señalada por Bernstein y por Schmidt, puede hacer pensar en una tendencia «socialista». Rosa Luxemburg rebate tales afirmaciones observando que, con la asunción de funciones directivas por parte de dirigentes a sueldo y de managers, «el derecho de propiedad capitalista alcanza finalmente su completa realización». De hecho, «el esquema histórico de la evolución del capitalista expuesto por Konrad Schmidt: «de proletario a mero administrador» resulta ser la inversión de la evolución real que, por el contrario, va del propietario y administrador al mero propietario. (...) Lo que hoy aparece como «control social» (esto es, la protección laboral, la vigilancia de las sociedades anónimas, etc.) no tiene absolutamente nada que ver con una participación en el derecho de propiedad, con la «superpropiedad». El control social no se produce como limitación de la propiedad capitalista, sino, al contrario, como su defensa (...) no supone una intervención en la explotación capitalista, sino una normación de ésta, una ordenación de la explotación».<sup>232</sup>

A este respecto Rosa Luxemburg debía haber mostrado con mayor precisión *por qué* la normación legal de las relaciones laborales no puede traspasar ciertos límites trazados por las relaciones de propiedad. Para cada empresario cualquier normativa representa en la práctica un límite a su derecho de propiedad (el «ius utendi et abutendi»), lo que en cambio no sucede para el conjunto de su clase, que de hecho ve su posición consolidada precisamente por la legislación social.

La tesis fundamental de la concepción bernsteiniana del socialismo es que «la democracia es la gran ley fundamental de todo el desarrollo histórico», dentro de la cual se realiza el socialismo; de rebote, Rosa Luxemburg señala que «entre el desarrollo capitalista y la democracia no se puede establecer conexión absoluta ninguna».<sup>233</sup> Tras su victoria sobre el feudalismo, la democracia se ha convertido en muchos aspectos en superflua y en un obstáculo para la burguesía. Por un lado, el colonialismo y el

---

<sup>231</sup> Ibid., p. 61.

<sup>232</sup> R. LUXEMBURG, «Obras escogidas», p. 63.

<sup>233</sup> Ibid., pp. 87-88.

«marinismo» (o sea aspiración al dominio de los mares: Rosa Luxemburg no conocía todavía en 1899 la expresión «imperialismo»), y, por otro, el miedo de la burguesía a un proletariado en ascenso, hacen que la democracia sea cada vez más indeseable para las clases burguesas. Además, todo esto ha sido abiertamente reconocido por el propio Bernstein, que pidió al partido obrero «sacar una vez más de la ratonera reaccionaria al aterrorizado liberalismo», mediante una conducta prudente y la renuncia a la «meta final». Tales actitudes demuestran que la burguesía liberal, apenas vea amenazados sus intereses, sabrá dejar caer la democracia y confiar su bienestar a un golpe de Estado.

La democracia no se hace más viable en la medida en que la clase obrera abandona la lucha por su emancipación, sino, por el contrario, en la medida en que el movimiento socialista se robustece lo suficiente para hacer frente a las consecuencias reaccionarias de la política mundial y de la desertión burguesa. Se sigue, finalmente, que quien desea un fortalecimiento de la democracia, también ha de desear un fortalecimiento y no una debilitación del movimiento socialista.<sup>234</sup>

Ni siquiera sería superflua la revolución, es decir, la conquista del poder político, como Bernstein sostiene, si el proletariado lograra defender la democracia política burguesa. Las reformas legislativas no pueden cambiar las condiciones de explotación del trabajo asalariado en cuanto tal: «Las relaciones fundamentales de la forma capitalista de dominación de clase no pueden transformarse por medio de reformas legales dentro de la sociedad burguesa, porque ni han aparecido mediante leyes burguesas ni tampoco han recibido la forma de tales leyes. (...) No es la ley, sino la necesidad y la carencia de medios de producción, lo que obliga al proletario a someterse al yugo del capital. No hay ley en el mundo que pueda adjudicar al proletario esos medios de producción en el marco de la sociedad burguesa, porque no es la ley la que le ha privado de ellos, sino el desarrollo económico».<sup>235</sup>

Pero esto no significa que la democracia sea superflua; antes bien, resulta ser el medio decisivo del que el proletariado debe hacer uso para organizar su propio poder como clase y para revolucionar la sociedad. El error de Bernstein consiste en haber supuesto que se podía «introducir el

---

<sup>234</sup> R. LUXEMBURG, «Obras escogidas», p. 91.

<sup>235</sup> *Ibid.*, pp. 94-95.

socialismo» gradualmente, mediante compromisos de clase. Rosa Luxemburg y los demás exponentes de la izquierda no rechazan de hecho las reformas sociales, pero se limitan a ver en ellas un medio con el que acrecentar la fuerza de la clase obrera y su capacidad de lucha.

En esta perspectiva, Anton Pannekoek asumirá a continuación una postura análoga, en contraposición a Kautsky. En la época del debate sobre la huelga de masas (1910-1912), llama la atención general sobre la urgente necesidad de la lucha extraparlamentaria del proletariado alemán por la conquista y la defensa de sus derechos políticos. En la huelga general «la lucha entre la voluntad de guerra de la burguesía y la voluntad de paz del proletariado se transforma en un elemento de la impetuosa lucha de clases».<sup>236</sup> Pannekoek no afirma la necesidad de consolidar la democracia mediante un reforzamiento del movimiento obrero, sino más bien la de disolver el Estado burgués. De todos modos, ve que al mismo tiempo «hay que construir progresivamente (a través de la lucha) un poder popular duradero», de modo que el conjunto de la clase se convierta en un sujeto capaz de actuar.

Anton Pannekoek tiene, sin duda, razón cuando atribuye «las diferencias tácticas en el movimiento obrero» (1909) a las diferencias de clase existentes en la socialdemocracia alemana. Al afirmar luego que en países de democracia parlamentaria es más difícil para el proletariado desarrollar una conciencia de clase, ignora el hecho de que en sociedades no democráticas sólo minorías muy reducidas se politizan. Si se asume con convicción la tesis marxista según la cual la revolución socialista debe ser una «revolución de la mayoría a favor de la mayoría», tal mayoría ha de ser políticamente consciente y sensible a la necesidad de la lucha política. Ciertamente es difícil coincidir con Bernstein en la afirmación de que la democracia parlamentaria es en términos absolutos la forma adecuada para el cambio revolucionario de la sociedad y que este cambio puede siempre tener lugar de manera gradual y sin el uso de la fuerza. Pero los discutibles éxitos de las revoluciones dirigidas por minorías militantes y sólo apoyadas en masas momentánea y emocionalmente movilizadas muestran que es peligroso olvidar el fundamento democrático del socialismo. Por otra parte, para una valoración de los errores y de los méritos

---

<sup>236</sup> PANNEKOEK, Massenaktion und Revolution, en «*Neue Zeit*», XXX, 1912.

de Bernstein hay que señalar que una política práctica basada en sus tesis habría sido más radical y a buen seguro más consecuente que la promovida de hecho por el SPD en los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial. Sin duda, Bernstein habría apoyado las huelgas de masas y las movilizaciones a favor del «sufragio universal igual para todos en Prusia» mucho más enérgicamente que la dirección del partido, que terminó desautorizándolas; probablemente habría negociado con los liberales del Reichstag en varias ocasiones y habría aprobado la aceptación del cargo de vicepresidente del Consejo por parte de un diputado socialdemócrata. Aunque había expresado opiniones problemáticas acerca de la cuestión colonial, en 1915 fue uno de los primeros diputados socialdemócratas del Reichstag que denunciaron la tregua con el gobierno y votaron contra más créditos de guerra. Tampoco en esa ocasión le faltó coraje. Se ha intentado comparar el rigor antiimperialista de Bernstein, el revisionista más denigrado, con el arrepentimiento patriótico de algunos «izquierdistas», como el francés Hervé. Una historiografía maniquea de la izquierda marxista ha impedido hasta hoy, en la mayor parte de los casos, una serena valoración de este hombre.

MASSIMO SALVADORI

*Kautsky entre ortodoxia y revisionismo*<sup>237</sup>

No resulta fácil situar la figura de Karl Kautsky en la historia del marxismo. Las dificultades se presentan nada más abordar la multiplicidad de las interpretaciones acerca de su papel de teórico en el marco del marxismo; interpretaciones que en los extremos se contraponen frontalmente y se excluyen entre sí. Nadie niega la importancia, si se quiere emplear este término en un sentido «neutro», que tuvo en la historia del marxismo tras la muerte de Marx y, sobre todo, de Engels. Kautsky tuvo sin duda una presencia absorbente. Sobre la importancia y el peso de su presencia no hay duda ni objeción posibles. Sin Kautsky no hay historia posible del marxismo en los años de la Segunda Internacional. El problema está en el juicio sobre el papel que desempeñó. Las interpretaciones difieren drásticamente sobre el mismo. Esquematisando, creo que pueden distinguirse los siguientes «tipos» de valoración: 1) hay quien ha visto en Kautsky al continuador por excelencia de Marx y Engels durante toda su actividad de teórico y estudioso; 2) quien, como Lenin, lo ha considerado «un maestro del marxismo» durante un período determinado, y un traidor al marxismo en el siguiente; 3) quien, como Rosa Luxemburg primero y Mehring después, llegó a la conclusión de que Kautsky había estudiado mucho a Marx sin entender el nexo entre teoría y práctica revolucionaria, y que por tanto había reducido el marxismo a doctrinarismo «filisteo»; 4) quien, como Karl Korsch, ha definido la obra de Kautsky como una verdadera deformación del «espíritu» del marxismo, por la radical incomprensión de las «categorías» marxianas y de su matriz dialéctica y hegeliana; 5)

---

<sup>237</sup> La obras de K. Kautsky publicadas en castellano son las siguientes: «El camino del poder», Ed. Grijalbo, México, 1971; «Orígenes y fundamentos del cristianismo» (trad. de Diego Rosado de la Espada, introducción de Jesús Muga), Ed. Sígueme, Salamanca, 1974; «La cuestión agraria» (trad. de Miguel de Unamuno), Ed. Ruedo Ibérico, París, 1970, reed. Ed. Laia, Barcelona, 1974; «La doctrina socialista. Bernstein y la socialdemocracia alemana» (trad. de Pablo Iglesias y Juan A. Mella, 1909), reed. Ed. Fontamara, Barcelona, 1975; «La dictadura del proletariado» (trad. de Pedro Gálvez, presentación de Juan I. Trías Vejarano), Ed. Ayuso, Madrid, 1976. (M. del d. de la t.)

finalmente, quien, como los revisionistas alemanes tras la polémica de final de siglo sobre la relación entre desarrollo social y teoría marxista, ha acusado a Kautsky de haberse convertido en el pontífice de una doctrina reducida a falsa conciencia de la realidad, incapaz de sobrevivir si no es como ideología, o sea como no-ciencia de la realidad. A estas interpretaciones, ligadas en su origen a las luchas políticas, han quedado sustancialmente vinculados los análisis de los estudiosos desde hace ya decenios, análisis a menudo deformados por dichas interpretaciones.

Tras esta multiplicidad de posiciones hay en gran medida una preocupación explicable, aunque no podamos compartirla, que ha caracterizado a varias generaciones de marxistas: éstos sintieron como problema dominante y tarea fundamental responder al imperativo de «continuar» a Marx, convencidos de que no sólo era posible hacerlo, sino que además la idea del marxismo debía erigirse en metro con el que medir, en términos de aprobación o condena, los modos de ser «marxista» de los demás.

El estudioso que aborda el análisis histórico del marxismo se encuentra, en cambio, con que ha de partir de una tarea previa diferente. Ha de situarse en una situación determinada por el hecho de que históricamente el marxismo, después de Marx, no ha continuado como teoría unitaria, sino dividido en «marxismos». Pero para el historiador la tarea no es ni puede ser la de reconstruir una personal imagen unitaria y privilegiada del marxismo, con la cual llevar a cabo investigaciones ideológicamente «correctas» desde su punto de vista, sino la de explicar cuál ha sido la dinámica histórica que ha presidido la génesis y el desarrollo de tal o cual «marxismo». Si aplicamos a la obra de Kautsky tales presupuestos metodológicos, la cuestión esencial no está en referir constantemente Kautsky a Marx, sino en detectar la raíz y la motivación histórica por la que Kautsky dio del marxismo una concreta interpretación, en el marco de condiciones históricas específicas.

A tal respecto hay que decir que Kautsky, aunque consideraba un honor haber vivido y querer morir como «marxista irreductible»<sup>238</sup>, rechazaba con palabras significativas, como afirmó en las memorias de sus últimos tiempos, una caracterización de su marxismo como ortodoxia y escolástica. El era consciente de la especificidad de su vía al marxismo y

---

<sup>238</sup> K. KAUTSKY, «Das Werden eines Marxisten», Leipzig, 1930, p. 150.

defendía su significado: «Se ha querido caracterizarme como «marxista ortodoxo», como alguien que jura por la palabra del Maestro y no quiere oír ninguna otra, al revés de lo que hacen los espíritus libres. (...) Quien haya seguido la obra de toda mi vida verá que este reproche es totalmente ridículo. Esto es así si se considera que es totalmente imposible jurar por cada palabra del Maestro, desde el momento en que más de una vez estas palabras se contradicen entre sí. El marxismo no ha venido al mundo como un dogma, establecido de una vez para siempre, sino como una concepción surgida en relación con la observación de la realidad y que se desarrolla con ésta gracias a los métodos de la observación. Desde el *Manifiesto de los comunistas* de 1847 hasta el último artículo de Engels de 1895, el pensamiento de nuestros Maestros ha sufrido muchos cambios. Este simple hecho impide toda ortodoxia. Y la ortodoxia tampoco era posible en absoluto después de su muerte, porque en el mundo han aparecido muchos problemas que Marx y Engels ignoraban y que nosotros hemos tenido que resolver por nuestra cuenta».

Dicho esto, Kautsky situaba el fundamento estable del marxismo en el método y en la constante búsqueda de una concepción unitaria de la realidad. En efecto, a lo largo de su actividad había afirmado infinitas veces que el alma del marxismo estaba constituida por el «método», o sea el elemento permanente, vital y duradero, y no por los «resultados», o sea el elemento históricamente condicionado y transitorio. Por consiguiente, su marxismo quiso ser el producto histórico de la unión del método y de los resultados que de él se derivaban a lo largo de la búsqueda: «Mi marxismo nunca ha sido ortodoxo. Hay muchas afirmaciones de Marx y de Engels a las que yo tengo críticas que hacer. Pero siempre me he esforzado por lograr una unidad coherente. Siempre he sido enemigo de todo eclecticismo, que en realidad es algo más cómico que un pensamiento unitario».<sup>239</sup>

### 1. *Marxismo y darwinismo*

«Yo no pertenezco a los hombres de acción», escribió Kautsky en la obra autobiográfica de su vejez, en la que reconstruyó su camino desde la infancia hasta la fundación de la *Neue Zeit*. Aunque no era hombre de

---

<sup>239</sup> ID., «Erinnerungen und Erörterungen», s Gravenhage, 1960, p. 437.

acción (proseguía), la finalidad de su vida de estudioso marxista era contribuir a cambiar el mundo y servir a la «verdad».<sup>240</sup> En estas palabras encontramos descrita la que siempre fue vocación fundamental de Kautsky: una pedagogía socialista al servicio de la acción política del proletariado, dirigida por las armas de la crítica intelectual.

Nació en Praga el 16 de octubre de 1854, de una actriz y escritora austríaca y de un pintor checo; la primera influencia intelectual importante le vino de un maestro suyo, Adolph Chlumsky, quien le imbuyó un nacionalismo checo nutrido de intolerancia por la política austríaca y de admiración por la rebeldía teológica husita. Su conversión al socialismo tuvo a la vez una raíz ética y una raíz política. Animado, según su propio testimonio, por el ansia de liberación de los oprimidos, «punto de partida de toda aspiración y pensamiento socialista», encontró en *Le péché de Monsieur Antoine*, la «más socialista» de las novelas de George Sand, una fuente de inspiración. Pero lo que constituyó el acontecimiento fundamental, el viraje de su conciencia política, fue la Comuna de París, que hizo de él un internacionalista convencido, poniendo punto final a su «nacionalismo democrático».

En la Universidad de Viena Kautsky se dedicó a estudios históricos y de ciencias naturales, los dos filones que iban a marcar toda su actividad intelectual futura. 1871 había sido el año de la Comuna, pero también el año de la publicación de la obra de Darwin, *El origen de las especies*. La influencia de Darwin sobre Kautsky iba a ser determinante y duradera. En 1875 entró a formar parte de la socialdemocracia alemana, pero al no lograr encontrar en Austria un espacio propio, en 1880 aceptó la invitación de ir a Zurich, hecha por Karl Hochberg, un rico judío socialista que en Suiza hacía de publicista. Kautsky ya ganado al marxismo, viajó en peregrinaje a Londres, a ver a los dos maestros, Marx y Engels. No fue muy buena la impresión que le causó a Marx, con quien tuvo una breve relación: Marx lo juzgó mediocre, trabajador e inclinado al filisteísmo.

Kautsky afirma que leyó *El Capital* a finales de 1875, pero que no lo comprendió realmente hasta más tarde. Su verdadera iniciación al marxismo le vino con la lectura del *Anti-Dühring* de Engels (1877-1878), del que diría que «ha contribuido a hacer entender las doctrinas marxistas

---

<sup>240</sup> Ibid., p. 26.

más de lo que hubieran podido hacer todas las breves y apodícticas sentencias de Marx sobre el modo en que quería que se le interpretara en tal o cual punto».<sup>241</sup> No resulta difícil comprender que se sintiera atraído por la forma sistemática y enciclopédica del análisis engelsiano.

En el inicio de los años ochenta Kautsky era ya uno de los jóvenes intelectuales más prometedores de la socialdemocracia, convertido en estrecho colaborador y protegido de Engels. En 1883, año de la muerte de Marx, Kautsky se convirtió en redactor del nuevo órgano teórico de la socialdemocracia alemana *Neue Zeit*, destinado a convertirse en la tribuna intelectual más prestigiosa del socialismo en el período de la Segunda Internacional. Kautsky se proponía como objetivo «popularizar el saber, ilustrar al obrero, para que pueda en todo momento encontrarse en correspondencia con la ciencia».<sup>242</sup> Pueden observarse los resultados que obtuvo Kautsky, difusor e intérprete del marxismo, en el período que va desde la fundación de la *Neue Zeit* hasta 1914, teniendo presente lo que ha escrito Georges Haupt: «La paternidad de las nociones de «marxista» y de «marxismo», en el sentido asumido por nuestro vocabulario, es de Kautsky».<sup>243</sup> En efecto, la autoridad de Kautsky como teórico del marxismo llegó a ser inmensa en la socialdemocracia alemana y en el socialismo internacional, al aparecer, por un lado, como un sistematizador del marxismo, y por otro, como un investigador capaz de continuar y ampliar la obra de los fundadores de la doctrina.<sup>244</sup> Pero ¿qué era realmente el «marxismo» de Kautsky al iniciar su obra de difusor y sistematizador?

En ocasión de la muerte de Marx, Engels no encontró mejor elogio de la obra del amigo que afirmar que había sido el «descubridor de la ley fundamental que regula el curso y el desarrollo de la sociedad humana», de igual modo que Darwin había sido quien había descubierto «la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica en nuestro planeta».<sup>245</sup> Pues bien,

---

<sup>241</sup> K. KAUTSKY, «Le dottrine economiche di Carlo Marx», Milán, 1945, p. 2.

<sup>242</sup> «Friedrich Engels' Briefwechsel mit Karl Kautsky», Wien, 1955, p. 64.

<sup>243</sup> G. HAUPT, «De Marx al marxismo», en esta «Historia del marxismo», Barcelona, 1980, vol. 2.

<sup>244</sup> Cf. W. BLUMENBERG, «Karl Kautskys Literarisches Werk. Eine bibliografische Übersicht», s' Gravenhage, 1960, una obra que permite disponer de una rigurosa documentación de la actividad científica de Kautsky y, a través de la indicación de las traducciones, del eco que tuvo en el mundo del socialismo internacional.

<sup>245</sup> K. MARX y F. ENGELS, «Werke», vol. 19, Berlín, 1962, p. 333.

Kautsky se había formado intelectualmente llegando a una síntesis entre darwinismo y marxismo, en fases de desarrollo en las que había considerado el darwinismo como base para el paso a un marxismo que acabó englobando, de manera permanente, a la primera de las dos corrientes. Lo que, según Kautsky tenían en común darwinismo y marxismo era el hecho de ser ambas teorías de la evolución. Para él, Darwin había proporcionado los instrumentos para ajustar definitivamente cuentas con toda concepción espiritualista e idealista, fundando un materialismo no estático ni abstracto, sino capaz de explicar las estructuras de la realidad como organismos, fruto de un desarrollo y abiertos a un desarrollo en permanente evolución. En los años de su formación premarxista, Kautsky estaba interesado en la búsqueda de una coherente concepción «monista» del mundo; en su elaboración sufrió la influencia de la «revolución del espíritu» de Buckle, un importante motivo inspirador de su vocación pedagógico-ideológica. Los autores que más le marcaron en el campo de la teoría económica y social fueron J. Stuart Mill, Smith y Ricardo, pero sobre todo Albert Lange, el autor del *Arbeiterfrage*, bajo cuyo influjo escribió su primer libro orgánico sobre la influencia del aumento de la población en el progreso de la sociedad (*Der Einfluss der Volksvermehrung auf den Fortschritt der Gesellschaft untersucht*, 1880), donde se examinaba la cuestión de la relación entre incremento demográfico, cuestión social y socialismo, en una perspectiva de discusión crítica con el malthusianismo a la que el marxismo era sustancialmente ajeno, pese a la afirmación de que Marx era «la piedra angular del moderno socialismo científico».<sup>246</sup> Kautsky rechazaba el rostro conservador del malthusianismo, pero aceptaba su problemática, llegando a la conclusión de que si para lograr «la felicidad y la salud de la humanidad» no era suficiente limitar el aumento de la población, tampoco era posible conseguirla sin esa limitación.<sup>247</sup>

Kautsky se convirtió en materialista ateo por influencia de Haeckel y de Büchner, sobre todo. Un materialismo «sin conocimiento de la dialéctica»<sup>248</sup>. En realidad, cuando llegó al marxismo, encontrando en él su punto fuerte y su teoría, lo hizo igualmente sin la dialéctica y sin Hegel. La

---

<sup>246</sup> K. KAUTSKY, «Socialismo e malthusianismo. L'influenza dell' aumento della popolazione sul progresso della società», Milán, 1884, p. 89.

<sup>247</sup> Ibid., pp. 371-378.

<sup>248</sup> ID., «Erinnerungen», cit., p. 213.

dialéctica fue siempre para él algo duro y en última instancia secundario, hasta el final de su obra.<sup>249</sup>

Se ha dicho que el darwinismo fue la base de la que partió Kautsky para llegar al marxismo. El encuentro con Darwin le ofreció no sólo una nueva concepción de la naturaleza y de su evolución, sino en cierta medida también de la sociedad. La influencia más duradera del darwinismo fue la «teoría de los instintos sociales», que llegó a convertirse en un leitmotiv del pensamiento kautskyano. Darwin le había enseñado que la «lucha por la existencia» era lucha de cada especie con la naturaleza, pero no lucha entre los componentes de una misma especie, en cuyo seno se desarrolla un instinto de solidaridad. A Kautsky no le resultó difícil (al contrario, fue para él algo natural) traducir «lucha entre las especies» por «lucha entre las clases», y «solidaridad entre las especies» por «solidaridad de clase». La emancipación de las clases oprimidas se convirtió, antes de su acercamiento al marxismo, en un problema de potenciación de los «instintos sociales» de clase y de educación de los instintos bajo el control y la dirección del intelecto. La teoría de los instintos sociales le pareció la definitiva refutación de toda moral, religiosa o kantiana. Puede entonces entender que Kautsky pudiera concluir, en un ensayo de 1876, del modo siguiente:

La lucha por la existencia del proletariado sólo puede llevarse a cabo a través de organizaciones que refuercen sus instintos comunistas. (...) La experiencia enseña que todos los medios individualistas de la clase obrera han fallado, mientras que los medios que refuerzan los instintos comunistas son indestructibles.<sup>250</sup>

Todavía en 1883, en la *Neue Zeit*, Kautsky, en la misma línea de pensamiento, no sólo subrayaba la importancia de la teoría de los «instintos sociales» para la vida humana, sino que afirmaba que la teoría darwinia-

---

<sup>249</sup> Cf. ÍD., «Die materialistische Geschichtsauffassung», vol. I, Berlín, 1927, pp. 130-136.

<sup>250</sup> El ensayo de 1876 «Entwurf einer Entwicklungsgeschichte der Menschheit» se encuentra íntegramente reproducido en ÍD., «Die materialistische Geschichtsauffassung», cit., vol. I; el fragmento es de la p. 165.

na de la evolución era una clave esencial para las ciencias naturales y también para «la vida espiritual del hombre», y que arrojaba «nueva luz sobre las doctrinas de la economía política», e incluso sobre «nuestras leyes morales».<sup>251</sup>

Kautsky no llegó a Marx «superando» el darwinismo, sino integrándolo en el marxismo. El conocimiento de la obra de Marx le sirvió al teórico socialdemócrata para captar y profundizar una dimensión que la enseñanza de Darwin no era capaz de darle: «la técnica, la creación de los órganos artificiales».<sup>252</sup> Por tanto, el marxismo le ofreció a Kautsky la clave para entender la acción humana organizada social y económicamente, en relación con el desarrollo técnico. Mientras Darwin le dio la clave para comprender la evolución natural y para situar al hombre en ella, Marx le dio la clave para situar al hombre en sus tiempos históricos y socioeconómicos. Como ninguna otra, la célebre obra de Kautsky *Ethik und materialistische Geschichtsauffassung* (1906) demuestra de un modo evidente y conceptualmente orgánico la integración que hizo entre marxismo y darwinismo. A su juicio, el marxismo era la teoría más idónea de la historia, la teoría por excelencia, capaz de explicar la historia del hombre desde el momento en que había iniciado la «producción de medios de producción», con la cual había comenzado «el paso del hombre-animal al hombre» y la historia humana propiamente dicha.<sup>253</sup>

Según Kautsky, el mérito de Marx había consistido fundamentalmente en proporcionar los instrumentos para una lectura científica de la historia social, y en mostrar, también, de manera científica, el sentido históricamente necesario de la historia; en suma, el de dar una base científica a la política socialista y a la relación pasado-presente-futuro. Con su concepción teórica, escribía Kautsky en 1866, expresando un punto de vista y una interpretación que nunca repudiaría: «Marx ha realizado la unión del socialismo con el movimiento obrero, al demostrar que el obje-

---

<sup>251</sup> ID., «Die sozialen Triebe in der Tierwelt»; el ensayo está íntegramente reproducido en «Die materialistische Geschichtsauffassung», cit., vol. I; el fragmento está en la p. 441. Cf. también «Die sozialen Triebe in der Menschenwelt», ibid., pp. 442-475.

<sup>252</sup> ID., «Erinnerungen», cit., p. 216.

<sup>253</sup> ID., «Ética y concepción materialista de la historia», Madrid-México-Buenos Aires, 1977, p. 107.

tivo del socialismo no es algo arbitrario ni un principio «eterno» (...) sino que los fines del socialismo deben realizarse necesariamente a través del desarrollo del modo de producción y la lucha de clases y sólo pueden reconocerse por medio del estudio del modo de producción, de sus efectos y de su formación».

En íntima relación con esta imagen de la concepción materialista de la historia se señalaba la tarea de los partidos socialistas: dar una dirección al movimiento práctico, sobre una base científica y coordinada, y por tanto sustrayéndolo de las contradicciones del empirismo, de la adaptación oportunista a las condiciones cotidianas, y del subjetivismo voluntarista: «También es cierto que el objetivo del movimiento obrero no es arbitrario, sino que viene dado por las condiciones específicas. Pero está claro que para la *marcha* del movimiento obrero y para el *modo* en que consiga su objetivo no es indiferente que reconozca claramente este objetivo y lo mantenga firme frente a sí o bien se deje arrastrar por la situación y cambie su dirección según las exigencias contingentes. En este terreno se sitúa la tarea de los partidos socialistas. Estos no pueden ni *crear* el movimiento obrero, ni *prescribirle* su objetivo.

Los partidos tienen la tarea de *reconocer* este objetivo y de asumir la tarea que les corresponde». <sup>254</sup>

En consecuencia, el marxismo, como instrumento cognoscitivo de la historia social y como dirección del movimiento práctico hacia el socialismo, fue asumido por Kautsky como teoría que por un lado integraba la teoría darwinista y por otro explicaba lo que el darwinismo no podía explicar. Por eso Kautsky llegó a reivindicar la autonomía del marxismo respecto de las pretensiones de quienes conferían al darwinismo una extensión indebida, transformándolo en filosofía al servicio de una concepción políticamente conservadora y justificadora de la eternización de la lucha por la existencia, de la primacía de los fuertes sobre los débiles, de las clases superiores sobre las inferiores, de los pueblos desarrollados sobre los menos desarrollados. De ahí que el marxismo se presentara como descubrimiento de las leyes de una civilización que llevaba hacia la

---

<sup>254</sup> ID., Das «Elend der Philosophies, und «Das Kapital», en «Neue Zeit», IV, 1886, pp. 15, 165.

igualdad social, o como ciencia autónoma de la sociedad humana y de los modos de su desarrollo.<sup>255</sup>

En su obra tardía sobre la concepción materialista de la historia, en la cual compendió el intento de construcción de una «enciclopedia» del marxismo, Kautsky volvió a asumir claramente la que a su juicio era la tarea del estudioso moderno de la ciencia social, esa tarea a la que había permanecido fiel durante su larga y fructífera actividad de estudioso marxista, es decir, la caracterización de las leyes que regulan el desarrollo y cuyo conocimiento permite al hombre organizar su praxis del modo más eficaz. Lo «irracional» es precisamente la ignorancia teórica de las leyes o la incapacidad práctica de servirse de ellas. La conquista permanente del materialismo histórico consistía en el hecho de ser ciencia específica y autónoma de la sociedad respecto de las ciencias naturales, aun cuando pudieran establecerse coincidencias y generalizaciones válidas para la ciencia social o para la ciencia natural: «Las leyes sociales sólo pueden conocerse a través del estudio de la sociedad, así como las leyes naturales sólo pueden conocerse a través del estudio de la naturaleza. Pero, cuando en el curso del estudio de la sociedad se descubren leyes que concuerdan con las leyes naturales, debemos constatar esta concordancia con satisfacción y considerarla como un reforzamiento de estas leyes en ambos campos. Esto vale para la relación de la concepción materialista de la historia con la doctrina del desarrollo del ser vivo, en la que ésta se remite a los cambios del medio».<sup>256</sup>

Kautsky realizó su ser marxista actuando en tres direcciones: la investigación histórica, el estudio de la economía y la sociedad contemporánea, y la intervención, como ideólogo, en las luchas de partido. La inmensa autoridad que Kautsky conquistó en la socialdemocracia alema-

---

<sup>255</sup> Cf. sobre este punto, E. RAGIONIERI, *Alle origini del marxismo della Seconda Internazionale*, en *ÍD.*, *El marxismo e l'Internazionale*, Roma, 1972, pp. 85-86; M. L. SALVADORI, «Kautsky e la rivoluzione socialista, 1880-1938», Milán, 1976, pp. 20-21. Sobre la formación intelectual y política de Kautsky, cf. la Introducción de G. Proccacci a K. KAUTSKY, «*La questione agraria*», Milán, 1959; el ensayo de W. HOLZHEUER, «Karl Kautsky Werk als Weltanschauung», Munich, 1972; y G. P. STEENSON, «K. Kautsky 1854-1938. Marxism in the classical years», Pittsburgh, 1978.

<sup>256</sup> KAUTSKY, «Die materialistische Geschichtsauffassung», cit., vol. I, p. 199.

na y en el movimiento obrero se basó precisamente en el hecho de aparecer, más que ningún otro exponente del marxismo, como el que continuaba orgánicamente y de modo completo el «tipo» de sabio-político al servicio del proletariado, que antes habían encarnado Marx y Engels. Fue así como Kautsky pudo asumir el papel de «maestro del marxismo».

## 2. *El conocimiento histórico como arma revolucionaria*

Es muy difícil, por no decir imposible, separar la obra del Kautsky «historiador» de la del analista socio-económico e incluso de la del ideólogo, ya que la obra kautskiana, por la manera en que Kautsky integró primero el darwinismo y luego el marxismo, es toda ella un discurso sobre la evolución como historia, sobre la praxis como producto histórico y sobre la ideología como sistema históricamente condicionado y orientado. Sin embargo, en este marco metodológicamente unitario, Kautsky dedicó algunas obras específicas a la investigación propiamente histórica, las cuales fueron ampliamente leídas y difundidas y merecen recordarse, sobre todo, para poner en evidencia la relación con la ideología. El intento de Kautsky al escribir obras como *Thomas More und seine Utopie* (1888), *Die Klassegegensätze von 1789. Zum hundertjährigen Gedenktage der grossen Revolution* (1889), *Die Vorläufer des Neueren Sozialismus* (1895), *Der Ursprung des Christentums. Eine historische Untersuchung* (1908), respondía al objetivo que en 1884 había definido así:

Nosotros estudiamos el pasado no para fantasear al modo de Rousseau sobre el retomo al estado natural, sino con objeto de adquirir con ello la convicción de que nuestros esfuerzos no son utopías, y aún más, de que están fundados tanto en el ser del hombre como en el curso del desarrollo histórico.<sup>257</sup>

Los objetivos que Kautsky se propuso en sus obras específicamente históricas fueron, sobre todo, tres: 1) demostrar que el estudio de la historia es necesario para proporcionar al proletariado una memoria del pasado desde un punto de vista propio; 2) mostrar que sólo una memoria histórica puede ser base de una conciencia política, o sea de una concien-

---

<sup>257</sup> KAUTSKY, «Die sozialen Triebe in der Menschenwelt», cit., p. 475.

cia sabedora de que la acción no es arbitraria; 3) luchar contra el «marxismo vulgar», que pretende comprender el pasado y el presente a la luz de simplificaciones conceptuales y consignas basadas en generalizaciones abstractas e intemporales.

La raíz del marxismo «vulgar» residía (insistió Kautsky) en considerar que con la obra de Marx y Engels se cerraba el sistema conceptual y que solamente se trataba de aplicarlo. Pero lo que verdaderamente contaba del marxismo era el método de investigación, que debía experimentar continuamente con nuevas y específicas investigaciones. En el prólogo al estudio sobre la *Utopía* de Tomás Moro, Kautsky señalaba que su propósito era ofrecer un ejemplo del «método global de investigación» marxista para llegar a «nuevos puntos de vista dignos de ser investigados».<sup>258</sup> Al volver a publicar, en 1908, el escrito de 1899 sobre las contradicciones de clase en la Revolución francesa, afirmaba que el objetivo del trabajo era atacar a quienes reducían «el marxismo a una fórmula y a un esquema fijo», creyendo poder disponer así de «una clave de toda sabiduría», y demostrar con una investigación específica el grado de complejidad de las relaciones sociales.<sup>259</sup> Ciertamente, para Kautsky el objetivo de la investigación histórica no podía separarse del objetivo práctico de contribuir a la formación de una conciencia socialista. El historiador marxista debía procurar, mediante el estudio de la especificidad, descubrir los elementos que permiten entender las causas generales del desarrollo histórico: «La tarea de la ciencia consiste en buscar en la intrincada «riqueza de la historia» de los fenómenos lo general, lo esencial, y con ello encontrar un hilo conductor gracias al cual orientarse en el laberinto de la realidad».<sup>260</sup>

De ahí la posibilidad de unir ciencia histórica y conciencia política proletaria: «Para que el proletariado conquiste la conciencia histórica, la conciencia de sí mismo, la madurez política y un pensamiento de amplias perspectivas, es indispensable estudiar el proceso histórico a la luz de la concepción materialista de la historia. Así, para nosotros, lejos de ser una curiosidad por lo antigua, la investigación del pasado se convierte más

---

<sup>258</sup> ID., «Thomas More und seine Utopie», Stuttgart, 1913, p. VI.

<sup>259</sup> ID., «Die Klassengegensätze im Zeitalter der französischen Revolution», Stuttgart, 1908, p. 4.

<sup>260</sup> ID., «Der Ursprung des Christentums», Stuttgart, 1920, p. XI.

bien en una potente arma en las luchas del presente, con el fin de acelerar la consecución de un futuro mejor».<sup>261</sup>

No es posible analizar aquí en su especificidad las obras históricas de Kautsky. Pero es útil señalar, después de haber puesto de manifiesto la finalidad política de la actividad historiográfica, uno de los resultados a los que llegó Kautsky en su investigación, una especie de reconstrucción histórica del pensamiento de los «precursores del socialismo»; o, lo que es lo mismo, la relación entre los intelectuales y las clases inferiores, relación que, en un marco más ideológico-político, definió como relación de quienes, por su posición cultural y social, son capaces de elaborar una visión científica del sentido de la historia y por tanto tienen por misión transmitir esa «consciencia» a las masas trabajadoras desde «fuera». Aunque Kautsky combatió toda concepción idealista y señaló la dependencia de las ideas de las condiciones económicas, valoró no obstante el papel de los intelectuales que, pese a tal dependencia, tenían la capacidad de anticipar el análisis de las condiciones favorables para el nacimiento de tiempos nuevos. En general (escribía) «está claro que las ideas se forman antes de que puedan ejercer un efecto sobre las masas».<sup>262</sup> Por ello el intelectual ligado a las masas tiene por misión poner al servicio del proletariado su consciencia, por así decirlo, anticipada. El comunismo utópico constituía la demostración histórica de esta «consciencia anticipada», de la que derivaba el papel particular de los intelectuales que, por un lado, gracias a su posición social, habían podido tener una educación superior, y por otro, gracias a su sensibilidad humana y al tipo de conclusiones asumidas a nivel de la ciencia social, se habían sentido movidos a romper las relaciones de solidaridad con las clases privilegiadas. Kautsky expresó este punto de vista claramente en 1895, en la introducción a su estudio sobre los precursores del socialismo: «La socialdemocracia moderna internacional tiene históricamente dos raíces. Ambas surgen del mismo terreno: el orden establecido de la economía y de la propiedad. Ambas tienen el mismo objetivo: la desaparición de los indescriptibles sufrimientos que nuestra sociedad inflige a muchos de sus miembros, y particularmente a los más débiles, los que no tienen nada, a través de la abolición de este orden de la economía y de la propiedad. Pero una y otra son total-

---

<sup>261</sup> Ibid., p. XVI.

<sup>262</sup> ID., «Thomas More», cit., p. 207.

mente distintas en su esencia. La primera de estas raíces (el comunismo utópico) nace en las clases altas: los agentes de este utopismo pertenecen a las capas espirituales de la sociedad. La otra raíz de la socialdemocracia (el comunismo igualitario) se desarrolla entre las clases inferiores de la sociedad, las clases que hasta hace unos decenios pertenecían, incluso desde el punto de vista espiritual, a los estratos más atrasados. El utopismo debe su formación a la penetrante visión de hombres de alta cultura, que no se dejaron dominar por los intereses específicos de su clase de procedencia. El comunismo igualitario es basto y primitivo; ha sido creado no por una visión social, no por un pensamiento y un sentimiento desinteresados, sino por necesidades materiales acuciantes, por la lucha por intereses de clase». <sup>263</sup>

Con ocasión del veinticinco aniversario de la muerte de Marx, y al reflexionar sobre el significado histórico de su obra, Kautsky lo encontraba precisamente en haber proporcionado al movimiento obrero una base científica de orientación para la acción, base que maduró, como en el caso del comunismo utópico, en los estratos superiores de la sociedad: «El socialismo sólo podía nacer al principio de un ambiente burgués», escribía; y continuaba señalando que aunque era cierto que «el proletariado sólo puede liberarse con sus propias fuerzas», igualmente cierto era que el fin sólo podía ser señalado por una teoría ofrecida al proletariado por la cultura exterior a él, ya que la «espontaneidad» no puede proporcionar el fin mismo ni señalar la conexión racional con los medios. La organización es el terreno en que la teoría se encuentra con el movimiento obrero, el terreno en que este último puede liberarse de las influencias ideológicas de las otras clases.

Así la ciencia social del proletariado, el socialismo, sirve también para hacer posible el uso racional de las fuerzas con respecto al objetivo que se pretende alcanzar, y de este modo, la máxima expansión de las fuerzas mismas. (...) Su [del proletariado] arma principal está constituida por el reagrupamiento de las masas que lo componen en organizaciones potentes, independientes, libres de toda influencia burguesa. Lo cual no se

---

<sup>263</sup> ID., «Die Vorläufer des neueren Sozialismus», Ernter Band, erster Teil, en AA. VV., «Die Geschichte des Sozialismus in Einzeldarstellungen», Stuttgart, 1895, p. 1.

puede alcanzar sin una teoría socialista, que es lo único que puede desvelar el interés común del proletariado ante la descompuesta multiplicidad de los distintos estratos proletarios. (...) Esta es la tarea planteada a un movimiento obrero que confíe en su espontaneidad y esté desprovisto de teoría.<sup>264</sup>

Al pasar del Kautsky más específicamente historiador socialista y del socialismo al Kautsky analista de la economía contemporánea y del pensamiento económico de Marx, hay que decir inmediatamente que este papel aparece más fácilmente diferenciable y comprensible si se lo sitúa, como intentaremos hacer a continuación, en el contexto del desarrollo histórico de la socialdemocracia alemana. Creo que hay que referirse a una de las obras más acertadas del Kautsky divulgador de la teoría marxista, o sea a *Karl Marx'ökonomische Lehren*, reeditada numerosas veces desde 1887 y traducida a dieciocho idiomas. Kautsky (que contó con la colaboración de Bernstein para la elaboración de algunas partes) se planteó dos objetivos: ofrecer una exposición popular de los resultados obtenidos por Marx en *El Capital* y, sobre todo, iniciar en la comprensión de su método: el análisis histórico como instrumento nuevo para comprender la historicidad del capitalismo, en contraposición al análisis abstracto o, mejor, no histórico, y por tanto ideológicamente orientado a demostrar la «eternidad» del capitalismo. «*El Capital* es en su esencia una obra histórica», y el sentido del método histórico marxiano es el recurso a la historia pasada para descubrir la génesis, hecha necesaria por las leyes sociales, de una nueva historia. *El Capital* de Marx, «en forma de una crítica de la economía política, funda un nuevo sistema histórico y económico».<sup>265</sup> Casi cuarenta años después, en la introducción a una traducción francesa de *El Capital*, y siguiendo fiel a un planteamiento viejo, Kautsky señalaba la importancia de la obra de Marx en dos puntos fundamentales: 1) haber sabido analizar la producción capitalista, definiendo «las tendencias que, al superarla, llevan a una forma social superior»; 2) haber «renovado

---

<sup>264</sup> ID., «Die historische Leistung von Karl Marx», Berlín, 1908, pp. 30-31.

<sup>265</sup> ID., «Le dottrine economiche di Carlo Marx», cit., páginas 3-4

totalmente la ciencia histórica», colmando «el abismo entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu».<sup>266</sup>

### 3. *La batalla ideológica de Kautsky desde los años ochenta a la polémica antirrevisionista*

Podría decirse que toda la obra de ideólogo escrita por Kautsky entre el inicio de los años ochenta y los inmediatamente anteriores al estallido de la Primera Guerra Mundial estuvo dominada por un problema esencial: una vez inserto el paso del capitalismo al socialismo en la «necesidad histórica», determinar los plazos de dicho paso así como sus condiciones. A este problema se unió, en indisoluble conexión, el de garantizar el desarrollo ideológico del agente histórico considerado como palanca del nuevo orden social: el partido. Durante treinta años Kautsky no cesó de repetir que el hecho de presuponer que el capitalismo podía llevar la sociedad a relaciones y equilibrios más elevados significaba quitarle al socialismo su motivación histórica y al partido su función política.

Fue característica la actitud frente a las reformas con que, al inicio de los años ochenta, Bismarck creó las bases de una eficaz legislación social dirigida a «integrar» a las clases trabajadoras en el sistema dominante, y comenzó a tomar medidas de intervencionismo estatal para regular el desarrollo económico. Es significativo que Kautsky comparara el reformismo bismarckiano y su «socialismo de Estado» con las tentativas de Turgot, Necker y Calonne, o sea, con un proyecto tardío y destinado al fracaso, de salvar una sociedad en bancarrota.<sup>267</sup>

La decadencia del capitalismo se consideraba entonces como un hecho irreversible. En tal marco el partido asumía el carácter de organismo en el que la colectividad de los militantes adquiría la conciencia de la doble necesidad de la decadencia del viejo orden y del advenimiento del nuevo, y encontraba los medios para transformar la conciencia teórica en acción revolucionaria. Frente al partido, el individuo «sólo tenía deberes,

---

<sup>266</sup> ID., *Introduction à l'ensemble du marxisme*, en K. MARX, «Le Capital», tomo I, París, 1924, pp. VI, XIII.

<sup>267</sup> ID., *Der Staatssozialismus und die Sozialdemokratie*, en «Der Sozialdemokrat», 6 de abril de 1881.

ningún derecho».<sup>268</sup> El partido se configuraba como una iglesia laica en la que la «necesidad histórica», o sea, la garantía ofrecida por las leyes de la evolución, hacía las veces de la gracia divina en la teología calvinista.

Cuando se derogaron las leyes excepcionales impuestas por Bismarck, Kautsky interpretó el destino de la socialdemocracia como el de una fuerza que tendría un crecimiento ininterrumpido hasta la revolución social; crecimiento que debía encontrar condiciones óptimas en la utilización y la ampliación de las libertades democráticas. Estas libertades se habían convertido en espacio y luz para la socialdemocracia, y ya habían sido abandonadas, como ideal, por una burguesía como la alemana, enganchada al carro del Junkertum, espantada por el ascenso del socialismo y sólo tranquilizada por el recurso al autoritarismo. Las razones históricas y políticas de la victoria «necesaria» de la socialdemocracia hieron expuestas por Kautsky, en tonos realmente casi eclesiásticos, en el comentario al texto del programa que la socialdemocracia alemana se había dado en el Congreso de Erfurt en 1891 (un texto, en parte, elaborado por Kautsky y en parte por Bernstein). En efecto, Kautsky interpretaba el papel de la socialdemocracia en términos eclesiásticos al hablar de la «parte combatiente del proletariado» como de una «iglesia militante»<sup>269</sup>, y del socialismo como de una «buena nueva», de un «nuevo evangelio».<sup>270</sup> Al analizar las tendencias del desarrollo económico y social, proclamaba la inevitabilidad del triunfo socialista: «Lo que no puede ser motivo de duda para quien haya seguido el desarrollo económico y político de la sociedad moderna, especialmente durante el último siglo, es la necesidad de la victoria final del proletariado».<sup>271</sup>

Nótese que mientras la categoría de la «necesidad» le servía a Kautsky para afirmar la inevitabilidad de la revolución en términos históricos generales, también le era útil para rechazar el empleo de la violencia durante el proceso hacia la revolución. Lo que históricamente es necesario no tiene necesidad de violencia. Las formas de la acción socialista están ligadas al desarrollo de la democracia moderna; el socialismo es la

---

<sup>268</sup> ID., *Klassenkampf und Sozialismus*, en «Der Sozialdemokrat», 29 de septiembre de 1881.

<sup>269</sup> ID., «Das Erfurter Program», Berlín, 1965, p. 216.

<sup>270</sup> Ibid., p. 230.

<sup>271</sup> Ibid. p. 228.

introducción de un contenido social nuevo en la democracia. De lo que el socialismo tiene necesidad (y aquí se expresa su naturaleza antagonista y revolucionaria respecto del orden constituido) es de la plena autonomía organizativa e ideológica. Kautsky aclaró en *Ein Sozialdemokratischer Kautschismus* (1893) que el proletariado debía recurrir a la violencia no para afirmar sus objetivos socialistas, sino para defender, si era indispensable, las condiciones de su existencia política y de su avance, contra un capitalismo que jugase la carta de la reacción. En el marco de la democracia, la violencia era inútil y perjudicial para el proletariado. Y decir democracia en la época moderna significaba decir, ante todo, sistema parlamentario.

Ya en el comentario al programa de Erfurt, Kautsky había atacado la utopía de contraponer al sistema parlamentario la legislación directa, sosteniendo que si bien ésta podía constituir un elemento de integración y articulación del parlamentarismo, no podía ser una alternativa al mismo. En un escrito de 1893, *Der Parlamentarismus, die Volksgesetzgebung und die Sozialdemokratie*, al someter a revisión el punto de vista de Marx expresado en los escritos sobre la Comuna, establecía un punto de metodología política que iba a ser irreversible para la socialdemocracia alemana: «Sólo un ciego en política puede afirmar todavía que el sistema representativo refuerza el dominio de la burguesía incluso en un régimen de sufragio universal, y que, con el fin de destruir ese dominio, es necesario eliminar en primer lugar el sistema representativo. Ya ahora empieza a quedar claro que un auténtico régimen parlamentario tanto puede ser un instrumento de la dictadura del proletariado, como un instrumento de la dictadura de la burguesía. La tarea más importante de la clase obrera en su lucha por la conquista del poder político no consiste en suprimir el sistema representativo, sino en destruir el poder de los gobiernos frente al parlamento, y al mismo tiempo en abrir al proletariado el camino más libre hacia él».<sup>272</sup>

Puede comprenderse fácilmente que para Kautsky, desde ese período, dictadura del proletariado equivalía a uso del Parlamento por una mayoría socialdemócrata a fin de iniciar el proceso de transformación de la sociedad. Lo que para él seguía siendo un punto firme e irrenunciable era que, para semejante tarea, se requería un gobierno que fuera solamente

---

<sup>272</sup> ID., «Der Parlamentarismus, die Volksgesetzgebung und die Sozialdemokratie», Stuttgart, 1893, p. 118.

expresión del proletariado. Antes de alcanzar tal objetivo, el proletariado no debía aceptar ningún compromiso con las otras clases: en eso consistía la marcha revolucionaria y por eso el proletariado debía conservar y potenciar su propia autonomía. Las reformas debían arrancarse de los gobiernos con la lucha y no obtenerse con acuerdos políticos del tipo que fuesen. La propaganda, la organización y las victorias electorales constituían los tres presupuestos del camino de la socialdemocracia hacia el poder. Sobre tales cuestiones llevó adelante Kautsky, en la primera mitad de los años ochenta, su polémica contra las posiciones de Georg von Vollmar, el jefe de la socialdemocracia bávara. El tema central fue el de la relación con el reformismo capitalista y las alianzas sociales. Kautsky le replicó a Vollmar, el cual no había excluido la utilidad de apoyar, dentro de los límites del interés de la socialdemocracia, el *Staatssozialismus*, o sea el reformismo gubernativo, que ello significaba sentar las premisas para permitir que las clases altas dividieran al proletariado. Al contrario, la socialdemocracia debía orientarse a la constitución de una alianza con los campesinos y los intelectuales; pero tanto unos como otros debían acabar aceptando el programa de la socialdemocracia.

El problema de la relación entre socialdemocracia y campesinos fue objeto especial de un análisis sistemático por Kautsky, análisis que culminaría en la *Agrarfrage* (1899). La discusión sobre la estrategia con respecto a los campesinos se había convertido para él en un verdadero campo de batalla contra quienes, como Vollmar, David, Schönlink y Quarck, reclamaban imperiosamente una política de apoyo a los pequeños y medianos campesinos, para sustraerlos de la influencia, sobre todo en la Alemania meridional, del partido del Centro católico, convencidos de que no se iba hacia una pérdida significativa de la producción campesina. Entre la mitad de los años ochenta y el final del siglo, Kautsky insistió constantemente en la tesis de que era inevitable la ruina de los pequeños propietarios como consecuencia de la concentración capitalista, y de que la elaboración de un programa socialdemócrata de ayudas a los campesinos habría acabado llevando a la creación de un socialismo pequeñoburgués incompatible con el programa marxista de la socialdemocracia. Sostenía, además, que en todos los países avanzados los campesinos perdían cada vez más no sólo peso económico, sino también peso político. «La agricultura depende de la industria, que forma un todo con

ella, entra, como la propia industria, en un estadio de transformaciones ininterrumpidas que crean constantemente nuevas formas. Este proceso revolucionario de la agricultura no está más que en sus comienzos, pero avanza rápidamente. La protección de los campesinos, la tentativa de proteger la antigua agricultura de campesinos independientes, no puede menos que obstaculizar este desarrollo. (...) Un programa agrario socialdemócrata, en el sentido de la protección de los campesinos, sería no solamente inútil: causaría además un grave perjuicio a la socialdemocracia». <sup>273</sup>

Los campesinos sólo podían adoptar una posición de «neutralidad» o, a lo máximo, de apoyo a la socialdemocracia en la lucha entre las dos clases fundamentales, burguesía y proletariado, mediante la comprensión de las raíces capitalistas de su ruina y de las posibilidades que el socialismo les ofrece de volver a levantar el mundo agrario.

Las posiciones de Vollmar y de los demás sobre la cuestión agraria fueron las primeras escaramuzas serias de una corriente de «revisionismo», que presagiaba la tempestad suscitada por Eduard Bernstein, hasta entonces uno de los más eminentes marxistas de la socialdemocracia alemana, cuando decidió publicar en la *Neue Zeit*, en 1896, una serie de artículos, *Probleme des Sozialismus*, en los que planteaba abiertamente la exigencia de someter a revisión el análisis de Marx sobre el capitalismo. Obligado por las polémicas, Bernstein hubo luego de sistematizar su pensamiento en la célebre obra sobre «los presupuestos del socialismo y las tareas de la socialdemocracia» (*Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie*, 1899). Bernstein atacaba la teoría del «derrumbe» capitalista, sosteniendo que el capitalismo había alcanzado nuevos equilibrios y creado nuevos instrumentos para controlar la anarquía del mercado: negaba el fundamento de la previsión de Marx sobre la concentración capitalista, desmentida por la vitalidad de las pequeñas y medianas empresas; subrayaba la importancia política y social de la supervivencia de las clases medias, las cuales tendían a aumentar; atacaba el concepto marxista de revolución, a su juicio una generalización de experiencias históricas pasadas (el «cuarentayochismo»); veía en los presupuestos dialécticos hegelianos el fundamento de una abstracta metafísica

---

<sup>273</sup> ID., «La cuestión agraria», Barcelona, 1974, pp. 353-354.

revolucionaria. No a la revolución, sino reformas; no al aislamiento del proletariado, sino alianzas con los sectores democráticos de la burguesía; no una teoría de la «necesidad» del socialismo, sino una teoría de su posibilidad, constituían las premisas del mismo socialismo y podían ser la base de las tareas de la socialdemocracia. Finalmente, Bernstein, convencido de que la socialdemocracia era ya en realidad un partido reformista, la exhortaba a liberarse del yugo inútil del revolucionarismo, obstáculo a su futura expansión: «La influencia de la socialdemocracia (afirmaba Bernstein) será mayor que hoy si la socialdemocracia tiene el valor de emanciparse de una fraseología ya pasada de moda y si se convence de lo que en realidad es: un partido reformista socialista y democrático».

Y proseguía preguntando a todo el partido:

¿Acaso ha dejado de ser la socialdemocracia un partido que lucha por la transformación socialista de la sociedad por medio de reformas democráticas y económicas?<sup>274</sup>

En el marco de la polémica que tuvo lugar en la socialdemocracia alemana e internacional en torno a las tesis de Bernstein, el libro de Kautsky, *Bernstein und das sozialdemokratische Programm. Eine Antikritik*, fue, con el conocido opúsculo de Rosa Luxemburg, *Sozialreform oder Revolution?*, la respuesta más importante dada al revisionismo teórico; en dicha obra aparecía sistematizado todo lo que se había afirmado en numerosas intervenciones en la prensa de partido. A las posiciones de Bernstein, Kautsky contraponía otras para confirmar la naturaleza «revolucionaria» de la socialdemocracia, sosteniendo que una socialdemocracia reformista habría sido un sinsentido y habría representado su transformación en un partido subalterno de la burguesía. Es significativo que Kautsky no intentara defender en ningún momento la teoría del «derrumbe» del capitalismo en sentido económico. En su opinión, tal teoría era producto de una interpretación vulgar del pensamiento de Marx, el cual no había defendido la tesis del empobrecimiento absoluto del proletariado. El «derrumbe» del capitalismo dependía de factores socio-

---

<sup>274</sup> E. BERNSTEIN, «Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie», Stuttgart, 1899, página 165 (trad. cast., «Los presupuestos», cit., pp. 153-154).

políticos condicionados sin duda por la economía capitalista, por un lado basada en la explotación del proletariado, de modo que éste se mantuviera siempre en condiciones de empobrecimiento relativo (empobrecimiento contra el que luchaban constantemente los obreros y sus organizaciones), y por otro lado incapaz de superar las crisis determinadas por las tendencias al subconsumo y, por tanto, a la sobreproducción. La crisis del capitalismo dependía de la agudización de los conflictos de clase. Bernstein se equivocaba sobre la concentración capitalista y sobre la posición de las clases medias. El poder capitalista está cada vez más concentrado y el desarrollo de las clases medias tiene lugar bajo su creciente control. Los estratos intermedios no tienen otra alternativa que aceptar la subordinación u orientarse políticamente hacia la socialdemocracia, en un marco de constante intensificación de los conflictos sociales y políticos. El desarrollo de la democracia coincide con los progresos del proletariado, hasta el punto de que un sistema democrático, «una democracia progresista en un país industrial moderno ya sólo es posible como democracia proletaria, o sea, en un nuevo orden social».<sup>275</sup> Si todo esto era cierto, entonces el partido socialdemócrata debía rechazar a toda costa la exigencia de Bernstein de transformarse en un partido democrático-reformista.

Si el proletariado se organiza en partido político autónomo (concluía Kautsky), consciente de la lucha de clase que ha de sostener, su fin debe ser la supresión de su propiedad individual de los medios de producción capitalista y la supresión de la forma de producción individual capitalista; no debe considerarse que el socialismo ha de perfeccionar, sino que ha de vencer al liberalismo; no puede contentarse con ser un partido que se limite a las *reformas* democrático-socialistas; debe ser el partido de la revolución social.<sup>276</sup>

En los años comprendidos entre finales del siglo XIX y principios del XX, Kautsky realizó una tarea compacta y articulada en el terreno de la teoría con el fin de justificar orgánicamente las razones de la perspectiva revolucionaria y, por tanto, de la absoluta necesidad de la autonomía

---

<sup>275</sup> KAUTSKY, «*Bernstein und das sozialdemokratische Programm. Eine Antikritik*», Stuttgart, 1899, p. 193 (trad. cast., «Bernstein y la socialdemocracia alemana», Barcelona, 1975, pp. 272-273).

<sup>276</sup> *Ibid.*, pp. 257-258.

ideológica del proletariado. La socialdemocracia debía seguir siendo un partido revolucionario y prepararse para gobernar como fuerza única. Al intervenir en la polémica sobre el «caso Millerand», tras el ingreso de este representante del socialismo francés en el gobierno Waldeck-Rousseau, sostuvo con intransigencia que cualquier colaboración socialista en gobiernos burgueses que no fuera excepcional (por ejemplo, para defenderse de la reacción) y que expresase una ideología gradualista y reformista debía ser claramente repudiada. La acción del gobierno socialista sólo podía ser el resultado de un proletariado «suficientemente fuerte para emprender victoriosamente la lucha contra todo el mundo burgués».<sup>277</sup>

De igual modo que combatió el revisionismo teórico y el ministerialismo socialista, polemizó también tenazmente contra las tendencias a la «neutralidad» política, que entonces proliferaban en las filas de los «sindicatos libres» ligados a la socialdemocracia. Ciertamente, decía, que los sindicatos no son organismos políticos; pero como expresión organizativa del proletariado tienen que evitar entrar políticamente en tensión con la socialdemocracia; y a eso lleva la «neutralidad», tras la cual se dejan sentir la presión por la defensa de los intereses particulares y corporativos de sectores determinados de la clase obrera y la pérdida de una visión de conjunto. De ahí procede, pues, la defensa de los «intereses profesionales por encima de los intereses de clase».<sup>278</sup>

En una situación en la que tanto el revisionismo teórico como las tendencias del sindicato a la «neutralidad» amenazaban al «finalismo» revolucionario, Kautsky llevó adelante un fuerte ataque contra el empirismo, el particularismo e incluso el «espontaneísmo» como expresión de adhesión a los intereses inmediatos; afirmó con fuerza que el espontaneísmo es parcelación, que el socialismo es lo contrario, que para vencer al espontaneísmo hay que aceptar el papel del marxismo como ciencia del desarrollo social; ciencia como visión global sólo puede ser elaborada por los estudiosos de la sociedad, o sea por los intelectuales, y sólo puede introducirse en el proletariado desde fuera. Ello no suponía que Kautsky considerase algún tipo de primacía de los intelectuales sobre

---

<sup>277</sup> ID., Die sozialistischen Kongresse und der sozialistische Minister, en «Neue Zeit», XIX, 1900-1901, vol. I, p. 44.

<sup>278</sup> ID. «Die Neutralisierung der Gewerkschaften», *ivi*, XVIII, 1899-1900, vol. II., p. 389.

los proletarios, sino solamente la caracterización específica de su función profesional. El proletario vive la experiencia concreta de su explotación y lleva a la organización política la experiencia de la lucha de clases; el intelectual comprende teóricamente las bases de la explotación e interpreta el «sentido» de la lucha por superarla. El partido es la síntesis en que encuentran su unidad ambas componentes. «Lo que el proletariado pide a los académicos (escribía Kautsky) es el conocimiento de los *finés*; en cambio, no tiene necesidad de ellos para dirigir su propio movimiento de clase». <sup>279</sup> Sobre el punto central de la ciencia socialista como elemento introducido desde fuera (punto que, como se sabe, utilizaría Lenin para justificar el papel de «los revolucionarios profesionales», sobre todo en el *Qué hacer*), Kautsky concluía: «La consciencia socialista es, pues, un elemento importado a la lucha de clases del proletariado desde el exterior, y no algo que se forma espontáneamente». <sup>280</sup>

Pero, si bien el partido necesita unidad teórica para lograr sus fines, ésta no puede dar fruto si la organización que debe ser expresión de la misma no está unida en la práctica. Por eso Kautsky, en franca oposición al revisionismo, defendía la disciplina de partido, o sea, el sometimiento de la minoría a las decisiones de la mayoría, y las razones de la lucha por la reconquista de la unidad de pensamiento como presupuesto de la unidad de acción, ya que «la unidad de pensamiento y de acción de los miembros es la premisa de su acción eficaz». <sup>281</sup>

Otra componente necesaria de la batalla teórica de Kautsky, dirigida a defender las razones históricas de la perspectiva revolucionaria, fue el análisis ligado al «futuro del capitalismo». Contrariamente a Bernstein, Kautsky había afirmado que la «teoría del derrumbe» automático del capitalismo, atribuido a Marx, era una verdadera deformación, aunque señalaba al mismo tiempo la tendencia objetiva del capitalismo a producir crisis determinadas por el subconsumo. En 1902, esta vez en contra de Tugan-Baranovski, Kautsky dio una explicación teórica articulada según la cual los límites objetivos puestos por el capitalismo al desarrollo económico no acababan causando una imposibilidad económica de funcio-

---

<sup>279</sup> ID., «Akademiker und Proletarier», XIX, 1900-1901, vol. II, p. 90.

<sup>280</sup> ID., «Die Revision des Programms der Sozialdemokratie in Oesterreich», ivi, XX, 1901-1902, vol. I, p. 79.

<sup>281</sup> ID., «Der Rückzug der Zehntausend», ivi, p. 777.

namiento sino una agravación de las contradicciones de clase y, por tanto, la lucha revolucionaria por el socialismo. El subconsumo, determinado por la explotación, era el padre de las crisis de sobreproducción, y las crisis eran la base de la agudización de la lucha entre capitalistas y proletarios.

La continuación de la producción capitalista sigue siendo naturalmente posible incluso en esta situación crónica, pero se hace totalmente insoportable para la masa de la población, que se ve obligada a buscar una vía de salida de la miseria general, vía de salida que sólo puede encontrar en el socialismo.<sup>282</sup>

El texto más orgánico que Kautsky escribió contra el revisionismo, fijando los temas fundamentales tocados por él en los años de la apasionada controversia entre reformistas y revolucionarios, fue *Die soziale Revolution* (1902). El leitmotiv esencial fue negar que se pudiera contar, como creían los revisionistas-reformistas, con una era de reformas democráticas. Semejante tesis era desmentida por los hechos. La era que se iba dibujando en Europa se caracterizaba por un reforzamiento del poder estatal, tras el cual estaba la determinación de las clases privilegiadas de oponerse al proletariado. Como consecuencia del ininterrumpido proceso de concentración capitalista, en las clases altas adquiría una influencia creciente un capitalismo financiero que en política interior era defensor de una resistencia frontal a las reformas democráticas y sociales, y en política exterior era el más activo agente de una línea agresivamente imperialista. Pero al mismo tiempo el proceso capitalista reforzaba cada vez más la consistencia del proletariado, guiado ahora por partidos socialistas cada vez más fuertes. La época histórica extraña su naturaleza de era de la lucha entre reacción y revolución de esta antinomia históricamente no descomponible (por un lado, un bloque conservador inclinado hacia la reacción y el imperialismo; por otro, un proletariado orientado hacia el socialismo y el internacionalismo). Pero ¿cuál era la garantía de que en un choque semejante resultase vencedor el proletariado? Kautsky avanzó un

---

<sup>282</sup> ID., «Krisentheorien», *ivi*, vol. II, p. 141.

argumento que iba a ser una constante en su pensamiento: la burguesía es el elemento históricamente «superfluo», mientras el proletariado es históricamente necesario.

Así, al mismo tiempo que los medios con los que se expresa la fuerza del proletariado se desarrollan también los del capital y al final de este desarrollo no puede haber más que una gran lucha decisiva entre uno y otro, una lucha decisiva que sólo podrá terminar cuando el proletariado haya alcanzado la victoria. Dado que la clase capitalista es superflua, mientras por el contrario el proletariado se ha convertido en la clase insustituible de la sociedad, la clase capitalista no está en condiciones de eliminar o de extirpar al proletariado. Tras cada derrota, éste está destinado a levantarse de nuevo, más amenazador que nunca; el proletariado no puede hacer otra cosa, tras la primera gran victoria sobre el capital, que pondrá en sus manos el poder político, que usarlo para abolir las relaciones capitalistas.<sup>283</sup>

Kautsky señalaba (y esto es importante) que la burguesía podía condicionar políticamente a la mayoría de la pequeña burguesía y de los campesinos y a muchos intelectuales, y que por ello el proletariado socialista debía prepararse para luchar contra un amplio y articulado bloque conservador.

En cuanto a las «formas y armas de la revolución social», Kautsky expresaba el convencimiento de que, dadas las relaciones políticas y sociales típicas de las sociedades industriales, no podía pensarse en que pudieran ejercer aún un «papel decisivo» en Europa occidental «las insurrecciones armadas con luchas de barricadas y similares actos bélicos». En cambio, creía que el arma decisiva del enfrentamiento social sería la huelga.<sup>284</sup> Sobre este último punto Kautsky cambiaría de parecer por influencia de la Revolución rusa de 1905; pero fue un cambio de opinión momentáneo.

En 1903-1904, el teórico socialdemócrata se convenció de que los «signos» de la historia hablaban inequívocamente a favor de su interpretación. El congreso del partido socialdemócrata, celebrado en Dresde en 1903, terminó con una clara derrota del ala revisionista; el mismo año la socialdemocracia alemana había conseguido una gran victoria electoral.

---

<sup>283</sup> ID., «Die Soziale Revolution, I: Sozialreform und soziale Revolution», París, 1902, p. 46.

<sup>284</sup> Ibid., p. 49.

En Bélgica, Holanda, Suecia e Italia habían tenido lugar grandes huelgas de claro significado político. En Rusia se presentía cercana una revolución democrática, cuya victoria habría infligido un fuerte golpe a la reacción internacional, con el éxito final de «llevar a la Europa occidental el dominio político del proletariado y ofrecer la posibilidad al proletariado de la Europa del Este de acortar las etapas de su propio desarrollo».<sup>285</sup>

#### 4. *La vía al poder*

Esa revolución que Kautsky presentía se hizo realidad en 1905. Rusia conoció su primera revolución. Parecía realmente que la hipótesis kautskiana, según la cual el imperio zarista iba a abrir con su naufragio la era de las revoluciones, estaba traducándose en realidad.<sup>286</sup>

1905 fue no sólo el año de la primera Revolución rusa, sino también, en Alemania, un año de grandes movimientos de masas, económicos y políticos, que encontraron sus expresiones más intensas en la gran huelga de los mineros del Ruhr y en las agitaciones de Sajonia y Prusia por la modificación del inicuo sistema electoral de las «tres clases», que impedía la entrada de la socialdemocracia en el *Ladtag*. Durante ese mismo año tumultuoso estalló la primera crisis de Marruecos, que hizo gravitar sobre el país la amenaza de las tensiones interimperialistas. En semejante contexto hubo una fisura entre los «sindicatos libres» y el partido sobre la cuestión de emplear o no en Alemania la huelga de masas como arma política. En el Congreso de Colonia (mayo de 1905), los sindicatos rechazaron esa arma por peligrosa, mientras en el Congreso de Jena (septiembre de 1905), el partido, en un ambiente de entusiasmo por los acontecimientos rusos, la adoptó para rechazar ataques reaccionarios o para obtener algún nuevo derecho esencial para el proletariado. Kautsky defendió con decisión la opción del partido, en fuerte polémica con los sindicatos, y reivindicó, coherentemente con las posiciones asumidas por él en el pasado, el derecho del partido a la supremacía en términos de estrategia general del movimiento obrero.

---

<sup>285</sup> ID., *Allerhand Revolutionares*, en «*Neue Zeit*», XXII, 1903-1904, vol. I, pp. 625-627.

<sup>286</sup> Para la actitud de Kautsky ante la Revolución rusa y sus repercusiones en la socialdemocracia alemana, cf. el volumen 5 de esta «*Historia del marxismo*», aquí nos limitaremos a una rápida síntesis.

Interviniendo repetidamente sobre el «carácter» de la Revolución rusa, realizó un análisis de las tareas de la socialdemocracia rusa que le valió el aplauso y la admiración de Lenin. Puso de manifiesto cómo en Rusia, siendo el proletariado la fuerza motriz de la revolución, éste no habría debido dar marcha atrás ante la perspectiva del poder político, pese a que el atraso social del país no habría permitido sin duda emprender la instauración de una sociedad socialista. Lo que esperaba Rusia era una República democrática basada en la alianza entre el proletariado industrial y los campesinos, capaz de acelerar la modernización económica capitalista. Kautsky consideraba la Revolución rusa como un poderoso impulso a la radicalización de enfrentamiento social en toda Europa; además, la victoria del socialismo en países como Alemania era la condición para favorecer en un país atrasado como Rusia una base económica nueva, apta para implantar un sistema productivo socialista.

Finalmente, Kautsky, al revisar las conclusiones a que había llegado en *Die Soziale Revolution*, bajo la influencia de las «lecciones» de la insurrección armada de Moscú (diciembre de 1905), llegó incluso a afirmar que no estaba excluido que en Occidente volviera a tener un papel la lucha armada en la fase del choque frontal entre el proletariado y el Estado capitalista.

El convencimiento de Kautsky de que la socialdemocracia alemana estaba más que nunca imbuida de espíritu revolucionario era desmentido por la realidad, que demostró no comprender. En 1905-1906 el choque entre los sindicatos y el partido acabó con una verdadera capitulación del segundo ante los primeros. El Congreso socialdemócrata de Mannheim (septiembre de 1906) sancionó la rehecha unidad con fórmulas que por un lado preveían la huelga de masas y por otro remitían su aplicación a las calendas griegas. De igual modo que creyó realmente muerto el revisionismo en el Congreso de Dresde, así también, después de Mannheim, Kautsky creyó que la sustancia estaba en la letra de las fórmulas ideológicas y que la unidad rehecha tenía lugar bajo el común denominador del espíritu revolucionario. 1907 fue un año negro por la derrota electoral que el partido sufrió en enero, una derrota que sumió a Kautsky en la mayor consternación. La marcha irresistible hacia el socialismo, medida en términos electorales, había sufrido un brusco frenazo. El termómetro señalaba niveles alarmantes: la Revolución rusa había sido derrotada; en

Alemania von Bülow había logrado transformar las elecciones en un plebiscito contra la socialdemocracia, partido que combatía el futuro de gran potencia del país, logrando un masivo consenso entre las clases medias; la crisis económica, iniciada en 1907, produjo un descenso en el número de afiliados a los «sindicatos libres»; tanto en las filas de los sindicatos como en las filas reformistas-revisionistas se sostenía que era necesario reaccionar ante las dificultades intentando salir del aislamiento con iniciativas inspiradas en el gradualismo y el reformismo, y abandonando el radicalismo pasivo. Aparecía, sobre todo entre los políticos «prácticos» del partido, la exigencia de alejar a toda costa la imagen de que la socialdemocracia era «antinacional», pues semejante imagen constituía el arma más eficaz para aislarla. La iniciativa partió de Noske, que en abril de 1907 declaró en el Reichstag que los socialdemócratas no sólo no se oponían a la eficiencia del ejército nacional, sino que en caso de agresión estarían en primera fila para defender el país. Similar posición fue defendida por Bebel, el jefe del partido, que, por su parte, en agosto de 1907, en el Congreso de la Internacional, afirmó que la socialdemocracia alemana no apoyaría una huelga general en caso de guerra.

Entre 1905 y 1907 Kautsky intervino varias veces en el debate sobre la posición que la socialdemocracia debía y podía asumir ante un peligro concreto de guerra, peligro hecho inminente por la primera crisis marroquí. Diferenciándose de Bebel, partió de un planteamiento según el cual cualquier distinción entre guerras de agresión y guerras de defensa era en sí formal, y el único criterio válido estaba en la sustancia: en los intereses del proletariado. Lo insostenible era la idea de que un proletariado que no tuviera la fuerza de impedir el estallido de una guerra podría abrir un proceso revolucionario con una huelga militar una vez iniciada la guerra: una verdadera «memez heroica». Pero si la burguesía desencadenaba una guerra (afirmaba en 1905), ésta llevaría hasta cierto punto a una crisis política y social, creando las condiciones «para una revolución que instaurare un régimen proletario».<sup>287</sup> Similar planteamiento aparece en los artículos escritos tras el «caso Noske» y recogidos en el folleto *Patriotismus und Sozialdemokratie* (1907), en el cual se señalaba una exigencia fundamental: que en caso de guerra la socialdemocracia no debía adoptar

---

<sup>287</sup> K. KAUTSKY, *Patriotismus, Krieg un Sozialdemokratie*, en «Neue Zeit», XXIII, 1904-1905, vol. II, pp. 370-371.

ninguna estrategia extralegal, pues ésta (escribía) «nos rompería durante mucho tiempo la espina dorsal». Una estrategia prudente y basada esencialmente en la agitación ideológica contra la guerra conseguiría «después de la guerra» «grandes éxitos».<sup>288</sup> Aparecía con claridad que la salvaguardia de la existencia legal de la organización constituía para Kautsky la estrella polar de toda estrategia socialdemócrata y el límite extremo de las formas de acción del movimiento obrero. En el Congreso del partido celebrado en Essen (1907), Kautsky advirtió que si la socialdemocracia regulaba su comportamiento según la naturaleza «ofensiva» o «defensiva» de una guerra, nada les resultaría más fácil a los gobiernos que falsear los hechos.

1907 había sido también el año en que se había iniciado, en el Congreso de la Internacional de Stuttgart, el debate sobre la cuestión de la relación entre partidos socialistas y política colonial. En el congreso apareció sin tapujos la corriente de los defensores de una política colonial «positiva», a la que se invitaba a los socialistas a dar su apoyo. Kautsky dirigió contra ellos, y especialmente contra el holandés Van Kol, contra David y contra Bernstein, un ensayo en el que deshizo toda ilusión de que los socialistas pudieran convertirse en paladines de cualquier política colonial «positiva». En Alemania la cuestión tenía gran actualidad tras las ásperas discusiones suscitadas por la política a seguir en las colonias alemanas del Africa sudoccidental, donde desde hacía unos años terna lugar una feroz represión contra los hereros.

¿Podía la socialdemocracia diferenciarse de la brutal política colonial de las clases dirigentes, favoreciendo por un lado la humanización del régimen colonial, pero respetando por otro las reglas de la evolución económica y por tanto sojuzgamiento de los países coloniales al capitalismo, fase histórica necesaria del desarrollo? Kautsky sostuvo que no era posible un apoyo socialista a la política colonial, necesariamente determinada por las técnicas de la dominación política y económica del capitalismo expansionista. Por tanto: «Si nuestra concepción es justa, se sigue que el proletariado debe oponerse enérgicamente en todas partes a la conquista de nuevas colonias, y que debe favorecer con la misma energía todo movimiento que exprese la aspiración de los habitantes de una colonia a la

---

<sup>288</sup> ID., «Patriotismus und Sozialdemokratie», Leipzig, 1907, p. 5.

independencia. Nuestro objetivo debe ser: renuncia a las colonias y liberación de las nacionalidades oprimidas». <sup>289</sup>

Es importante señalar que Kautsky rechazaba el argumento más «insidioso» de los defensores de una política colonial «positiva», o sea que los países coloniales habían de pasar inevitablemente por el capitalismo. Kautsky objetaba que los países atrasados podían pasar al socialismo saltándose el capitalismo, gracias a la ayuda de los países desarrollados transformados en socialistas. <sup>290</sup>

A juicio de Kautsky, la situación iba evolucionando cada vez más hacia el enfrentamiento decisivo entre capitalismo y proletariado. En Alemania las clases dirigentes se oponían a cualquier reforma en sentido democrático del sistema político, y los empresarios afrontaban los efectos de la crisis económica (con la extensión del paro y el encarecimiento de los precios) con una intransigencia apuntalada en una fuerte unidad y organización. La situación internacional se caracterizaba por la creciente tensión anglo-alemana y por el conflicto de los Balcanes entre Austria, apoyada por Alemania, y Rusia. Se concretaba así una situación en la que, por un lado, crecía la contraposición entre burguesía y proletariado, y por otro la contraposición entre los mismos Estados imperialistas, con un peligro concreto de guerra mundial. Las raíces de la política reaccionaria en el interior y de la política imperialista en el exterior estaban en el hecho de que el imperialismo se había convertido en «la política del capital *tout-court* en todos los Estados modernos». <sup>291</sup> El proletariado, al que se oponía un bloque reaccionario, con el cual se asociaba decididamente una parte significativa de las clases medias, estaba ahora aislado: «El aislamiento del proletariado crece cada vez más, dado que su influencia política no aumenta en esta etapa en la misma medida que su número, que su organización y que su significación económica». <sup>292</sup>

Por consiguiente, el problema dominante que se presentaba a la socialdemocracia era el de romper el aislamiento y unir a su fuerza como clase económica su fuerza como clase política. Esto solamente podía hacerse con una estrategia revolucionaria, no con una política reformista.

---

<sup>289</sup> ID., «Sozialismus und Kolonialpolitik», Berlín, 1907, p. 45.

<sup>290</sup> Ibid., pp. 58-59.

<sup>291</sup> ID., Oesterreich und Serbien, en «Neue Zeit», XXVII, 1908-1909, vol. I, p. 863.

<sup>292</sup> ID., «Oesterreich und die Mächte», *ivi*, p. 942.

Kautsky lo explicó orgánicamente en su opúsculo de 1909 *Der Weg zur Macht*. Kautsky afirmaba en él una serie de tesis: 1) que las relaciones entre proletariado y clases dirigentes eran tales en Alemania que sólo podían superarse con la revolución social, por lo que no se podía «ya hablar de revolución prematura»<sup>293</sup>; 2) que el camino del proletariado hacia el progreso social estaba cortado por un «estancamiento general» no superable «sobre la base de los actuales fundamentos estatales»<sup>294</sup>; 3) que, en conclusión, la alternativa estaba entre el imperialismo, «la única esperanza, la única idea a la que puede recurrir aún la burguesía», y el socialismo. En este punto el proletariado sólo podía plantearse una tarea: adquirir «la fuerza suficiente para determinar la política del Estado»<sup>295</sup>, oponiéndose al bloque antiproletario, constituido en una única «masa reaccionaria».<sup>296</sup>

Pero ¿cuándo y cómo se concretarían las condiciones necesarias y favorables para la revolución social? ¿Cuáles serían las formas de la lucha por el socialismo?

Kautsky señaló las siguientes condiciones para la apertura del proceso hacia el socialismo: la pérdida de confianza de la masa del pueblo en el régimen dominante; la firme guía del partido en el sentido de una «irreductible oposición»; finalmente, elemento importantísimo, la crisis del aparato burocrático y del ejército.<sup>297</sup> En cuanto al empleo de la violencia, Kautsky se remitía al discurso desarrollado desde 1893, en su *Catecismo socialdemócrata*, o sea, que la violencia no tenía valor ofensivo, sino defensivo. En cuanto a las formas de lucha, señalaba el desarrollo incesante de la organización, un creciente consenso electoral capaz de llevar a la mayoría parlamentaria, y la huelga de masas. Kautsky dejaba abierto un interrogante fundamental: ¿qué hacer mientras el gobierno alemán seguía siendo, según una expresión suya, «el más fuerte del mundo», con un aparato de poder económico y político tan sólido detrás suyo, un ejército disciplinado y un aparato burocrático tan fiel? Kautsky sólo tenía una respuesta a este interrogante: proseguir con la estrategia hasta entonces experimentada.

---

<sup>293</sup> ID., «Der Weg zur Macht», Berlín, 1909, p. 97.

<sup>294</sup> Ibid., p. 79.

<sup>295</sup> Ibid., p. 90.

<sup>296</sup> Ibid., p. 103.

<sup>297</sup> Ibid., p. 55.

### 5. Estrategia del desgaste y superimperialismo

El pensamiento expresado por el teórico socialdemócrata en su opúsculo sobre la vía al poder le valió no sólo que la dirección del partido tomara distancias, sino también que la derecha revisionista, apoyada por los dirigentes sindicales, lo acusara de mantener una plataforma ideológica que podía tener como único resultado el encerrar al movimiento obrero alemán en un ghetto. Pero mientras para los revisionistas era un peligroso aunque abstracto revolucionario, muy pronto sería definido por otros más radicales que él como un doctrinario de la revolución tras el que se escondía un moderno filisteo. Los nuevos movimientos de masas de 1910, especialmente en Prusia, donde la clase dirigente rechazó con energía cualquier cambio del régimen electoral, provocó una ruptura en el movimiento obrero alemán, ruptura que tenía cierta semejanza con la de 1905, aunque las líneas divisorias no fueron exactamente las mismas. El ala más radical del partido sentía renacer el espíritu de 1905 y abogaba por las luchas de masas extraparlamentarias para modificar las relaciones de fuerza. Pero en esa ocasión la dirección del partido, los jefes sindicales y los revisionistas estuvieron unidos a la hora de rechazar esta estrategia, temerosos de un contragolpe enérgico por parte del Estado y de las clases dominantes. En este contexto tuvo lugar una violenta pugna ideológica entre Kautsky y Rosa Luxemburg. El planteamiento de Kautsky lo situó en la que fue denominada posición «centrista».

Luxemburg estaba convencida de que había llegado el momento de experimentar en Alemania la lección de los movimientos de masas rusos de 1905, según la teorización que de los mismos había hecho en su ensayo de 1906 *Massenstreik, Partei und Gewerkschaften*. Kautsky, por su parte, razonó que no podían emprenderse acciones de masas generalizadas, señalando cuáles eran las condiciones de debilitamiento del Estado y de las clases dirigentes que podían garantizar el éxito. Rechazó, pues, la referencia a la «lección» de Rusia, sosteniendo que si el proletariado ruso no había podido abatir al Estado zarista, bastante débil, menos podía pensarse que el proletariado alemán pudiera doblegar al Estado mucho más fuerte que existía en Alemania en aquel momento. Del ejemplo ruso,

afirmó Kautsky, «actualmente no podemos partir para nada».<sup>298</sup> Rosa Luxemburg quería comenzar por donde debía acabarse: quería aniquilar al enemigo antes de debilitarlo para poderlo aniquilar. En Alemania era necesario, por el contrario, proseguir la batalla para acumular fuerzas. En este marco Kautsky introdujo su razonamiento acerca de la «estrategia del desgaste» y la «estrategia del aniquilamiento»:

La ciencia militar moderna distingue dos tipos de estrategias: la estrategia del aniquilamiento y la estrategia del desgaste. (...) La estrategia del desgaste se diferencia de la estrategia del aniquilamiento sólo por el hecho de que la primera no tiende directamente a la batalla decisiva, como hace la segunda, sino que la prepara largamente y se dispone a librar esa batalla cuando considera que el enemigo está suficientemente debilitado.<sup>299</sup>

Rosa Luxemburg no dejaba otra alternativa que: «o aniquilar al enemigo o ser aniquilado por él».<sup>300</sup> Lo que Rosa Luxemburg quería introducir en el movimiento obrero alemán era «una nueva estrategia» inspirada en la experiencia rusa de 1905. Kautsky asumía ahora, frente a Rosa Luxemburg, la actitud que los jefes sindicales y revisionistas habían adoptado frente a él en las polémicas de 1905-1906. No es casual que contrapusiera a la línea de Luxemburg la defensa del camino histórico de la socialdemocracia alemana: «Por estrategia del desgaste entiendo el conjunto de prácticas que ha llevado a cabo el proletariado socialdemócrata a partir de los años sesenta. (...) Se incluyen en ella no sólo el parlamentarismo, sino también los movimientos salariales y las manifestaciones callejeras llevadas felizmente a término».<sup>301</sup>

La réplica de Rosa Luxemburg fue tajante: Kautsky se había convertido en el ideólogo del cretinismo parlamentario y en el portavoz de una «tendencia general» orientada a «abrir una clara contradicción entre la Rusia revolucionaria y la «Europa occidental» parlamentaria, y a presen-

---

<sup>298</sup> K. KAUTSKY, *Was nun?*, en «Neue Zeit», XXVIII, 1909-1910, vol. II, p. 36.

<sup>299</sup> *Ibid.*, pp. 37-38.

<sup>300</sup> *Ibid.*, p. 72.

<sup>301</sup> *ID.*, *Eine neue Strategie*, en «Neue Zeit», XXVIII, 1909-1910, vol. II, p. 419.

tar el importante papel que la huelga política de masas ha desempeñado en la Revolución rusa como un producto del atraso económico y político de Rusia». <sup>302</sup>

La polémica con Rosa Luxemburg permitió esclarecer a qué conclusión había llegado Kautsky: una interpretación de la revolución según la cual ésta consistía en formar un gobierno con el proletariado solamente, rechazando cualquier forma de acción que saliese de los medios ofrecidos por las instituciones parlamentarias y por las manifestaciones de masas bajo el control directo de los sindicatos y del partido. Poco después de la polémica con Rosa Luxemburg, Kautsky inició otra con Anton Pannekoek, cuyo elemento de fondo fue la aún más decidida defensa de la vía parlamentaria y el rechazo de cualquier perspectiva de destrucción de las instituciones estatales durante el proceso de transición al socialismo.

Después de que Kautsky expresara en el ensayo *Die Aktion der Masse* toda su aversión por el activismo espontaneísta implícito en la estrategia del movimiento de masas propuesto por los nuevos radicales, por su infravaloración de la importancia de la organización y por su exaltación de las virtudes potencialmente revolucionarias de los «desorganizados», que con el espontaneísmo revolucionario introducían en las luchas un elemento «completamente imprevisible» <sup>303</sup>, Pannekoek, que en la polémica entre Kautsky y Rosa Luxemburg se había sentido bastante próximo de esta última, había replicado que la crisis del reformismo, determinada por el imperialismo, sólo podía ser superada con acciones de masas, o sea, centrandó, sobre todo, las fuerzas en una estrategia extraparlamentaria. No se trataba únicamente de medios nuevos, sino también de fines nuevos. Estos fines se expresaban en un Estado cuya fisonomía fuese obra del proletariado, en contraposición al Estado modelado por la burguesía: «La lucha del proletariado (escribía Pannekoek) no es simplemente una lucha contra la burguesía por el poder estatal como objeto, sino una lucha *contra* el poder estatal», que se expresa según los «instrumentos de poder del proletariado». <sup>304</sup> Era ésta una tesis que contradecía frontalmente la de Kautsky, que defendía la necesidad de emplear la máquina del Estado

---

<sup>302</sup> R. LUXEMBURG, *Die Theorie und die Praxis*, en «Gesammelte Werke», Berlin, 1972, p. 395.

<sup>303</sup> KAUTSKY, *Die Aktion der Masse*, en «Neue Zeit», XXX, 1911-1912, vol. I, p. 116.

<sup>304</sup> A. PANNEKOEK, «Massenaktion und Revolution», *ivi*, vol. II., pp. 541-543.

parlamentario para fines socialistas. Igualmente explosiva era la tesis de Pannekoek según la cual, en caso de guerra, el proletariado debía iniciar el enfrentamiento decisivo contra el poder estatal, «dirigiendo su fuerza contra los instrumentos de fuerza del gobierno».<sup>305</sup>

Kautsky acusó a Pannekoek de ser portavoz de un verdadero «cretinismo de la acción de masas», caracterizado por una mística de la espontaneidad revolucionaria. En cuanto a la posición que Pannekoek proponía en caso de guerra, era una ilusión total: si la clase dirigente tenía la posibilidad de desencadenar una guerra y si el proletariado no era capaz de impedirlo, éste se encontraría en situación de derrota, y una fuerza derrotada no podía ciertamente iniciar la revolución. En cuanto al Estado y a la estrategia parlamentaria, Kautsky afirmaba que la impotencia del reformismo y, por tanto, del Parlamento dependía de la fuerza, aún insuficiente, del proletariado, la cual hacía que, tan inadecuadas fueran, en todo caso, las acciones parlamentarias como las acciones de masas. Las «nuevas tácticas» no servían para nada. Y finalmente, por lo que respecta a las ilusiones de crear nuevas instituciones estatales, expresaban simplemente una incapacidad total de comprender las razones históricas, inamovibles, del Estado parlamentario representativo, que no era sino el Estado moderno. En conclusión, «el fin de nuestra lucha política sigue siendo el que ha sido hasta ahora: la conquista del poder estatal a través de la conquista de la mayoría parlamentaria y la elevación del parlamento a dueño del gobierno. No se trata ciertamente de la destrucción del poder estatal».<sup>306</sup>

Según Kautsky, los puntos de vista de Pannekoek significaban la reparación de tesis semianarquistas en el ámbito de la socialdemocracia.

El contexto histórico-político que hacía de trasfondo a estas controversias presentaba graves dificultades para todas las corrientes de la socialdemocracia, como puede verse con un dato preocupante: el aislamiento del partido socialdemócrata y, en general, del movimiento obrero. Para salir de este aislamiento no valía ninguna de las propuestas avanzadas en el campo socialdemócrata: ni el proyecto de un entendimiento entre socialdemocracia y liberales progresistas, del que se hicieron portavoces los revisionistas, ni las luchas de masas, que eran la

---

<sup>305</sup> Ibid., p. 615.

<sup>306</sup> KAUTSKY, «Die Neue Taktik», ivi, vol. II, p. 147. 254

panacea de los radicales. Entre 1910 y 1913 fallaron las estrategias de unos y otros. No se lograron reformas mediante acuerdos con la burguesía progresista ni se obtuvieron victorias con las luchas de masas. Las movilizaciones de 1910 por la reforma electoral de Prusia se apagaron sin conseguir una vez más su objetivo; las grandes huelgas de 1912 y 1913 no lograron nada. Incluso a nivel parlamentario parecía congelada la fuerza de la socialdemocracia, pese a ser una gran fuerza, ya que en enero de 1912 la socialdemocracia (gracias a una línea que había insistido en posiciones moderadas en política exterior, sobre todo tras la segunda crisis marroquí de 1911, y, en política interior, se había expresado en una eficaz batalla contra las nuevas cargas fiscales) había conseguido una gran victoria electoral, obteniendo el 34,8 por ciento de los votos y convirtiéndose así en el partido más fuerte del Reichstag. Pero esta victoria fue como el canto del cisne, ya que el partido se encontró hasta 1914 políticamente impotente frente a la resistencia de las clases altas alemanas.

Kautsky reaccionó proponiendo una política que podríamos llamar de resistencia o incluso de attentismo, a la espera de nuevas metas parlamentarias, que sin embargo no llegaron. Lo que llegó fue la guerra. Kautsky se entusiasmó con la victoria electoral, convencido de que se abrían nuevas posibilidades de iniciativa en el Reichstag, pero a finales de 1913 se vio obligado a admitir lo poco fundado de estas esperanzas.

En los años inmediatamente anteriores al estallido de la guerra, Kautsky analizó las perspectivas internas en estrecha relación con las internacionales, y abordó en particular el problema de la naturaleza del imperialismo, preguntándose sobre la posibilidad de evitar el estallido de un conflicto interimperialista, que era una amenaza evidente, y por tanto sobre la mayor o menor posibilidad de que la socialdemocracia alemana prosiguiese en la dirección de los éxitos parlamentarios en el marco de la paz internacional. El ala radical de la socialdemocracia sostenía que el imperialismo y la guerra constituían el «destino» inevitable del socialismo, y que por tanto la lucha contra ellos era incompatible con una transformación pacífica de las relaciones de fuerza parlamentarias en el futuro. En este campo, Kautsky, que en 1909, en el ensayo sobre la «vía al poder», había sostenido también que el imperialismo era la única perspectiva del capitalismo, y que todavía en 1910 había considerado impensable una política seria de desarme, sufrió entre 1911 y 1913 una evolución que lo

llevó a modificar sus posiciones. Sostuvo que era sin duda cierto que el imperialismo representaba una amenaza más real que nunca, y que tras él estaba el capitalismo financiero, reaccionario en política interior y agresivo en política exterior, pero que existían sectores del capitalismo industrial que, en cambio, se orientaban a una expansión económica pacífica ligada al libre comercio. El imperialismo representaba un aspecto, una política del capitalismo como sistema, pero no su esencia inevitable ni la única política posible del capitalismo. La tarea de la socialdemocracia internacional era apoyar esta última tendencia y trabajar por el desarme. Era un hecho que Kautsky se había acercado en este terreno a las posiciones de los revisionistas. Las posiciones teóricas de Kautsky recibieron consagración oficial en el Congreso del partido que se celebró en Chemnitz en 1912.

Después de agosto de 1914, Kautsky se negó a una revisión de sus nuevas tesis, claramente condicionadas por la hipótesis según la cual el capitalismo podía tener aún un futuro, y en cualquier caso el movimiento obrero debía procurar reemprender el camino que la guerra había interrumpido. Así, en septiembre de 1914 publicó un ensayo, *Der Imperialismus*, en el que sistematizó conceptualmente los puntos de vista elaborados desde 1914, sosteniendo la posibilidad de que el capitalismo alcanzase una fase de «ultraimperialismo», o sea de que lograra la formación de una entente internacional del capital. Ello indicaba claramente que ya no creía que tras la explosión imperialista el socialismo debía suceder necesariamente al capitalismo. Desde un punto de vista económico era posible que el capitalismo internacional llegara a una entente para regular pacíficamente sus relaciones. Ciertamente seguía siendo posible que el capitalismo continuara hundido en los conflictos interimperialistas, pero ello sucedería por una incapacidad política de las clases dirigentes de los Estados.

Desde un punto de vista económico (afirmaba Kautsky) no está pues excluido que el capitalismo conozca una nueva fase, es decir, la proyección de la política de los cárteles a la esfera de la política exterior, una fase de ultraimperialismo.<sup>307</sup>

---

<sup>307</sup> ID., «Der Imperialismus», ivi, XXXII, 1913-1914, vol. II.

Las grandes transformaciones que esperaba de la guerra eran las siguientes: el surgimiento a nivel mundial, como potencia principal del capitalismo, del coloso estadounidense, tras el fin de la lucha ilusoria entre Alemania y Gran Bretaña por el dominio del mundo; el desencadenamiento de la lucha anticolonial; la destrucción de la Rusia zarista.

En un marco semejante correspondía a los partidos socialistas luchar por una paz democrática, reconstruir, una vez acabada la guerra, las bases de su acción política, y reconstruir la Internacional.

Todo ello no significaba para Kautsky la pérdida de actualidad del socialismo, ni siquiera a corto plazo, una vez terminado el conflicto, sino la convicción de que existía una doble posibilidad con la que el movimiento socialista debía prepararse a ajustar cuentas: la posibilidad de la supervivencia del capitalismo y la posibilidad del advenimiento del socialismo. Para hacer valer su posibilidad, los partidos socialistas no temían otro medio que el de conquistar la confianza de la mayoría del proletariado, tras la conquista de la plena democracia política. El socialismo era actual: para hacerlo realidad faltaba el «dato subjetivo» de la madurez política del proletariado. Por consiguiente, reemprender el camino interrumpido en el marco de la democracia política se convertía para Kautsky en la *conditio sine qua non* del futuro del socialismo en Alemania y en Europa.

#### 6. «No hay socialismo sin democracia.» Kautsky después de 1914

Como es sabido, tras el estallido de la Primera Guerra Mundial, Kautsky perdió la posición de gran líder ideológico del socialismo internacional. Pueden comprenderse fácilmente las razones de esta caída de, digamos, status. En el período de la Segunda Internacional había sido el teórico, casi el «garante», de la marcha necesaria del socialismo hacia el poder. La violencia del conflicto interimperialista descompuso la baraja de cartas de Kautsky. Para muchos marxistas socialdemócratas continuó siendo un «venerador maestro», aunque al mismo tiempo un sobreviviente, si bien en algunos momentos no dejó de mantener una posición punta en las luchas políticas y sobre todo en las grandes controversias ideológicas. Fue ante todo la pérdida de unidad del socialismo internacional lo que privó a Kautsky de la función asumida en el pasado, o sea la función de teórico y custodio de la unidad organizativa y política de los partidos del movimiento obrero.

Durante la guerra se encontró sometido al fuego cruzado tanto de revolucionarios como Rosa Luxemburg y Lenin, los cuales lo consideraban un teórico del «pantano» socialista, con sus tesis sobre el camino interrumpido que debía reemprenderse, con la defensa de una democracia parlamentaria juzgada por ellos como «burguesa», con su teoría del «ultraimperialismo», que negaba la identificación del imperialismo con la fase superior del capitalismo; como de ellos «socialimperialistas» alemanes o de otros países, que veían en el «pacifismo democrático» kautskiano la posición de un ideólogo abstracto incapaz de comprender las tareas de la guerra nacional.

Cuando se concretó en la socialdemocracia alemana la escisión que llevó al nacimiento del Partido Socialdemócrata Independiente (USPD) en abril de 1917, Kautsky confluyó en la nueva formación política, que resultó una amalgama de posiciones divergentes, solamente unidas por el rechazo al «socialimperialismo» de la socialdemocracia mayoritaria. En el nuevo partido se encontraron Kautsky, Bernstein, Rosa Luxemburg, Mehring y Clara Zetkin, Ledebour y Haase. Es significativo que Kautsky se adhirió a la escisión pensando en la reconstrucción de un partido único después de que el fin de la guerra hubiera creado las condiciones para eliminar los odios producidos por ella.

Tras la revolución de noviembre en Alemania, Kautsky se encontró combatiendo a Noske y a los espartaquistas, considerados ambos culpables de obstaculizar la reconstrucción democrático-parlamentaria del país y las condiciones de una convivencia ordenada. Auspiciaba la recuperación de la producción, un enfrentamiento pacífico entre las clases en el marco de una república democrática, la reconstrucción de la unidad política del proletariado alemán como premisa para la conquista de un gobierno socialista y para una gradual socialización de la economía. Con semejante planteamiento, puede comprenderse que Kautsky se encontrara, en la posguerra, cada vez más próximo a la socialdemocracia mayoritaria (a cuyas filas volvió en 1922) y más opuesto a los comunistas alemanes y rusos. Había saludado con entusiasmo la segunda Revolución rusa de febrero de 1917, y no se había mostrado hostil a la toma del poder por los bolcheviques, en los que vio una superioridad estratégica sobre mencheviques y socialrevolucionarios. Pero tras la disolución de la Asamblea constituyente por los bolcheviques y la evidente desaparición, en

Rusia, de toda posibilidad de una vía democrática parlamentaria, después de la formación de la dictadura política del partido bolchevique y de que el bolchevismo se constituyera en alternativa revolucionaria internacional al socialismo «capitulador», en la perspectiva generalizada de la dictadura del proletariado según el modelo bolchevique, Kautsky se hizo intérprete de la oposición ideológica de la socialdemocracia al bolchevismo. Y en esta función reconquistó durante cierto tiempo una influencia internacional como teórico. Las dos obras más importantes de Kautsky contra el bolchevismo fueron *Die Diktatur des Proletariats* (1918) y *Terrorismus und Kommunismus* (1919), que le valieron numerosas réplicas por parte de los comunistas y, sobre todo (lo que indicaba la importancia de la polémica), de Lenin y Trotsky, para quienes Kautsky se había precipitado irremediabilmente en la condición de «renegado».

La tesis central de Kautsky en el ensayo sobre la dictadura del proletariado era que la dictadura no podía ser una tapadera para la supresión de la democracia, ya que sin democracia (entendida en las formas propias, a su juicio, de todo Estado democrático moderno, o sea basada en un principio representativo, el sufragio universal y la pluralidad de partidos) no puede alcanzarse el fin socialista. «Para nosotros (escribía) el socialismo es impensable sin democracia. Por socialismo moderno no entendemos sólo organización social de la producción, sino también organización democrática de la sociedad. Por consiguiente, para nosotros el socialismo está indisolublemente ligado a la democracia. No hay socialismo sin democracia».<sup>308</sup>

Una dictadura de minorías, como la bolchevique, sólo podía gobernar basándose en medios policíacos y burocráticos, cuyo efecto inevitable era deprimir moral y espiritualmente al proletariado, desacreditando la misma idea de socialismo. La dictadura del proletariado era, en el sentido marxiano, el Estado determinado por el acceso del partido al gobierno «único» de la sociedad, pero basado en los instrumentos de la democracia política, y por tanto producto de una voluntad mayoritaria verificada en el cuerpo social: no la dictadura de un partido que se erige con medios despóticos en intérprete de la clase obrera y en dominador de toda la sociedad.

---

<sup>308</sup> K. KAUTSKY, «Die Diktatur des Proletariats», Wien, 1918, pp. 4-6 (trad. cast., «La dictadura del proletariado», Madrid, 1976, p. 17.

En *Terrorismus und Kommunismus*, Kautsky teorizó que la dictadura del partido bolchevique, al no poder gobernar más que con el terrorismo, acababa produciendo un régimen de privilegiados políticos y sociales: una verdadera «nueva clase de funcionarios»<sup>309</sup>, cuya vocación política era una nueva forma de bonapartismo, o sea de despotismo ejercido por una minoría armada sobre una mayoría inerme.

La polémica contra el bolchevismo fue una constante de toda la actividad de Kautsky hasta su muerte, en 1938, a través de sus innumerables escritos. En el estalinismo consolidado vio la prueba del «destino» que empujaba al bolchevismo a una tiranía cada vez más monstruosa, hasta el «cesarismo».

Tras haber asistido a esa derrota del socialismo que, a su juicio, había representado la consolidación del régimen bolchevique, el viejo teórico asistió a la derrota de la República de Weimar y al ascenso del nacionalsocialismo. Reflejando una ilusión común a los socialdemócratas y a los comunistas alemanes, Kautsky pensaba que en Alemania el movimiento obrero era demasiado fuerte para que pudiera suceder en ese país lo que había ocurrido en Italia. Cuando el nazismo conquistó el poder, Kautsky, polemizando con los comunistas y también con corrientes de izquierda de la socialdemocracia, insistió en que el objetivo de la lucha contra el fascismo podía y debía ser uno solo: la reconquista de la democracia política como base de la lucha por el socialismo; rechazó toda perspectiva de hacer que al fascismo le sucediera una «dictadura marxista».

«La cuestión planteada (escribía en 1933) es qué fin político creemos que podemos ofrecer y propagar en la lucha contra el fascismo: ¿la conquista de la democracia o bien una "dictadura marxista"?»<sup>310</sup> Y respondía, exponiendo una «metodología» política que seguía siendo la misma que había aplicado durante la guerra mundial: «Donde perdamos la democracia, nuestro primero y más importante deber es reconquistarla».<sup>311</sup>

Pero hay otra dimensión de la actividad de Kautsky después de la guerra que es importante recordar: la revisión de puntos decisivos de la teoría de Marx, revisión que en algunos aspectos (aunque no en todos) fue también una revisión de su pensamiento pasado. En su libro de 1921 *Die Prole-*

---

<sup>309</sup> ID., «Terrorismus und Kommunismus», Berlín. 1919, pp. 134-135.

<sup>310</sup> ID., «Neue Programme», Wien-Leipzig, 1933, p. 31.

<sup>311</sup> Ibid., p. 34.

*tarische Revolution und ihr Programm*, formuló abiertamente la crítica, ya implícita en los escritos de los años noventa sobre el Estado, a la teoría de la destrucción del Estado parlamentario y de la abolición de la separación de poderes que Marx había desarrollado al comentar la obra de la Comuna de París. Igualmente definió como un sinsentido el proyecto de destruir la burocracia profesional; había que someterla al control del parlamento y de la opinión pública, pero era un instrumento indispensable de gestión administrativa racional. En lo que, en cambio, sometió a revisión no sólo el pensamiento de Marx, sino el suyo propio, fue en la cuestión de la dictadura del proletariado. Reflejando y justificando la experiencia de la socialdemocracia alemana, sostuvo que los tiempos hablaban claramente, en los países democráticos, a favor de la aceptación de la fórmula de los «gobiernos de coalición», como fase intermedia entre gobiernos del capital y gobiernos puramente socialistas (lo que significaba poner en cuestión la dictadura del proletariado, expresión que a su juicio era mejor abandonar a favor de la de «dominio del proletariado»). «Este (decía) existirá donde la conquista del poder político se dé sobre la base de la democracia y ésta es la vía normal para ese objetivo tras el hundimiento de las grandes monarquías militares. Quien todavía rechace actualmente por principio la política de coalición es ciego ante los signos de los tiempos, es incapaz de afrontar sus tareas».<sup>312</sup>

Este «revisiónismo» kautskiano encontró una sistematización orgánica en la gran obra de su vejez, una verdadera enciclopedia (según las intenciones del autor) del marxismo, *Die materialistische Geschichtsauffassung* (1927), en la cual, junto a la vuelta a temas ya mencionados, hay una enérgica crítica de la «utopía» comunista de Marx. La perspectiva de la abolición de la división del trabajo y de la desaparición del Estado, entendidas según la lectura marxiana, son, dice, expresión de influencias del utopismo, depuradas para dar al marxismo un aspecto plenamente realista y científico. Hay que prever una sociedad sin clases, pero no sin Estado. El Estado debe continuar como aparato técnico en el marco de una sociedad inevitablemente basada en la división del trabajo y en la profesionalidad, aunque privadas de los efectos del capitalismo. Un Estado «social» basado en una «democracia sin clases», pero racionalmente organizado

---

<sup>312</sup> ID., «Die proletarische Revolution und ihr Programm», Berlín, 1921, pp. 105-106.

en el plano del trabajo y de la organización administrativa, era el que podía y debía entenderse como «Estado del futuro».<sup>313</sup>

---

<sup>313</sup> ID., «Die materialistische Geschichtsauffassung», Berlín, 1927, vol. II, p. 162.

OSKAR NEGTE

*Rosa Luxemburg y la renovación del marxismo*<sup>314</sup>

Este ensayo es una amplia reelaboración de la ponencia presentada en la «Primera Semana Internacional de Estudios Marxistas», organizada por la Fundación Lelio y Lisli Basso-Issoco, publicada posteriormente en los «Anales» de la Fundación (1976).

En las grandes manifestaciones organizadas en apoyo al Vietnam por jóvenes y estudiantes en 1968, junto a los retratos de Che Guevara y Ho Chi Minh se alzaban con orgullo los de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg: de ellos se admiraba la firmeza política y la integridad moral con que habían combatido la aventura imperialista de la Primera Guerra Mundial, y a ellos se ligaban las esperanzas en una renovación del movimiento socialista similar a la que tuvo lugar con la Liga Espartaquista y con la recomposición de todas las fuerzas revolucionarias dispersas (grupos estudiantiles, radicales de izquierda de Bremen, comunistas internacionalistas, delegados de fábrica revolucionarios, etc.), concretada a finales de 1918 en el congreso de fundación del partido comunista alemán (el KPD).

Si bien no faltan disputas en el seno de la nueva izquierda acerca de los escritos de Rosa Luxemburg, semejantes discusiones se llevaron a cabo con mucha mayor aspereza por parte de los marxistas antidogmáticos de la generación de la que Lelio Basso ha sido tal vez el representante más significativo, en el intento de encontrar una tercera vía al socialismo, una vía consolidada por una política obrera coherente y por un autogobierno democrático. En el movimiento de protesta de los estudiantes y de los jóvenes, Rosa Luxemburg es, en cambio, el símbolo de una nueva moral política y de una democracia socialista, el personaje emblemático de un compromiso existencial sin concesiones, pagado finalmente con la muerte. Encarna en cierto sentido lo que esta generación, salida de los

---

<sup>314</sup> Las obras de Rosa Luxemburg traducidas al castellano se encuentran en la edición «Obras escogidas» en dos volúmenes (trad. de R. García Cotarelo y José L. Iglesias Riopedre), Ed. Ayuso, Madrid, 1978. Las citas del presente volumen proceden de esta edición. (N. del d. de la t.)

«rediles de la clase burguesa» (Gramsci), entiende por los conceptos de espíritu combativo, coraje y elaboración política con vistas a una transformación de las condiciones de vida. Si se consideran las relaciones de una sociedad burguesa desarrollada y en particular las dolorosas experiencias de la historia alemana, representa el *ideal de sí misma* de esta generación de protesta. Ciertamente que temas como sexualidad, disciplina, necesidades, autodecisión (pese a cualquier vivificación de la historia original de la dialéctica marxiana) no pueden traducirse directamente al lenguaje de Rosa Luxemburg, todavía marcado en lo esencial por el contexto en que tuvieron lugar las discusiones de la Segunda Internacional: los debates sobre la huelga general y sobre el revisionismo, sobre la guerra y sobre las experiencias inmediatas de la revolución de Octubre. Y sin embargo permaneció fiel, como ningún otro de sus contemporáneos (Lenin incluido) a la emancipación del individuo concreto, y combatió con fuerza el «socialismo por decreto», la idea de que podía instaurarse el socialismo sin la voluntad y la consciencia activa de las masas. El socialismo es la cuestión que concierne a las masas más de cerca, y si éstas lo rechazan, si no son arrastradas en el proceso revolucionario, porque no sienten que se trata de sus intereses y necesidades, de nada vale la mejor de las vanguardias, y el resultado, aunque se pudiera conquistar el poder estatal gracias a una coyuntura favorable, sería siempre un socialismo corrompido en el mismo momento de nacer. Este pathos de la emancipación subjetiva recorre todos los escritos de Rosa Luxemburg y confiere una impronta tanto a sus teorías sobre la solución del problema organizativo como a su concepción de la huelga general».<sup>315</sup>

### 1. *Un punto de ruptura en el movimiento obrero internacional*

Rosa Luxemburg adquiere conciencia política en la socialdemocracia alemana, pero se distancia de ella progresivamente. En lucha contra la posición conocida como revisionismo, proyectada totalmente en la figura de Bernstein, hace frente común con Kautsky, el cual, a decir verdad, comparte de manera poco más que formal su concepción de la dialéctica entre reforma y revolución. Desde el momento en que ve la dialéctica marxiana como base de auténticas experiencias, no sorprende que haga

---

<sup>315</sup> Será superfluo recordar que la más importante y exhaustiva biografía de Rosa Luxemburg es la de Peter Nettl.

intensamente propia la Revolución rusa de 1905, la cual asume el aspecto de una enorme huelga de masas, y que de ella extraiga las más amplias consecuencias para la redefinición del proceso revolucionario en Europa occidental. El debate sobre la huelga general señala la segunda y profunda fisura en la relación entre Rosa Luxemburg y la socialdemocracia alemana.

En cierto sentido, puede considerarse tardío el hecho de que tuviera lugar en 1910 el distanciamiento de la ortodoxia de Kautsky; en efecto, es probable que los estrechos lazos personales con Kautsky difirieran este paso hacia una separación políticamente madurada tiempo atrás. El viraje decisivo en la relación entre Rosa Luxemburg y la socialdemocracia alemana (a la que admiraba, igual que Lenin, hasta la víspera de la Primera Guerra Mundial, como fuerza teórico-organizativa de fundamental importancia para el proletariado internacional) lo determina la rápida conversión del partido, pese a todas las declaraciones formales contra la guerra hechas a nivel internacional, a una política imperialista de tregua parlamentaria. Rosa Luxemburg, que en su lenguaje de agitadora política soba ser más bien moderada, expresa sin inhibiciones su desilusión por la aprobación de los créditos de guerra el 4 de agosto de 1914: la socialdemocracia alemana, que durante casi dos decenios ha estado a la cabeza del movimiento obrero internacional, no es desde ese día más que un «cadáver maloliente».

La guerra demuestra el fracaso de la socialdemocracia en una cuestión de principios hasta entonces considerada inviolable: el internacionalismo proletario. Es tal vez en ese preciso momento cuando le parece definitivamente claro a Rosa Luxemburg que ese partido, tan rápidamente liberado de sus compromisos con la clase obrera de los otros países e integrado en ese sistema imperialista de relaciones interestatales, combatido hasta el último momento al precio de numerosas víctimas, no será nunca capaz de llevar adelante en el seno de su sociedad una lucha consecuente por su transformación revolucionaria. Quien ha roto los compromisos internacionales ha perdido al mismo tiempo la fuerza interior para hacer frente a los compromisos nacionales.

Su actividad política se centra contra la guerra, pues «cualquiera que sea su resultado militar», representa «la mayor derrota imaginable para

el proletariado europeo». <sup>316</sup> De hecho, «la diaria devastación de la bestialidad imperialista por las llanuras europeas» comporta «la destrucción masiva del proletariado». Y, no sin pathos, observa: «Son las mejores, las más inteligentes, las más preparadas fuerzas del socialismo internacional, los portadores de las más sagradas tradiciones y del más audaz heroísmo del moderno movimiento obrero, las vanguardias de todo el proletariado mundial (...) los que ahora son amordazados y asesinados en masa. Y estos obreros de los países capitalistas dirigentes de Europa son, precisamente, los que tienen la misión histórica de llevar a cabo la transformación. (...) Son justamente estas masas las que son diezmadas en la guerra mundial. (...) Es un atentado (...) a la cultura socialista del futuro, un golpe mortal contra la fuerza que lleva en su seno el futuro de la humanidad y que puede salvar todos los valiosos tesoros del pasado en una sociedad mejor. Aquí el capitalismo descubre su cabeza cadavérica, aquí confiesa que ha caducado su derecho histórico a la existencia, que su dominación ya no es compatible con el progreso de la humanidad». <sup>317</sup>

En la línea de estas consideraciones, Rosa Luxemburg se centra resueltamente en desarrollar alternativas organizativas a la socialdemocracia, que ha dejado de realizar sus tareas esenciales. Hay que reunir y movilizar todas las fuerzas capaces de acabar con la obcecación nacionalista de la pretendida guerra defensiva y capaces de transformar el recíproco genocidio en una guerra de clases. Ciertamente, se da perfecta cuenta de que cuando, en el curso de la guerra, cada una de las partes en lucha puede todavía cultivar la ilusión de vencer gracias a una batalla decisiva, sólo con tenaces esfuerzos e inmenso trabajo se puede conquistar a las masas para una perspectiva semejante. En cualquier caso, era consciente de que con el fin de la guerra las instituciones políticas y la hegemonía burguesa quedarían afectadas por una crisis global, y de que, en el momento decisivo, era fundamental contraponer a la corrompida socialdemocracia una alternativa organizativa para la toma del poder.

Rosa Luxemburg es consciente, más que nadie, de la violenta ruptura histórica que representa la Primera Guerra Mundial. Consideraba la revo-

---

<sup>316</sup> R. LUXEMBURG, «Juniusbroschüre», en iD., «La crisis de la socialdemocracia» (folleto Junius), en «Obras escogidas», Madrid, 1978, vol. 2, p. 103.

<sup>317</sup> Ibid., pp. 106-107.

lución no como una concepción meramente programática, realizada en interés de la emancipación de una sola clase, sino como necesidad existencial para la autoconservación de la humanidad. El término *Menschheit* (humanidad), constantemente repetido en sus discursos, no era una pura metáfora, sino la esencia de lo que históricamente es inalienable. En el congreso de fundación del KPD resumió su peculiar programa en los siguientes términos: «La humanidad se encuentra ante el siguiente dilema: hundimiento en la barbarie o salvación a través del socialismo. Ante los resultados de la guerra mundial es claro que las clases burguesas no pueden encontrar salida alguna si tratan de mantener el dominio de clase y el capitalismo. De esta forma podemos hoy comprobar el acierto, en el sentido más estricto de los términos, de lo que Marx y Engels postularon por primera vez como la base científica del socialismo en el gran documento del *Manifiesto Comunista*: el socialismo se convertirá en una necesidad histórica. El socialismo se ha convertido en una necesidad, no solamente porque el proletariado ya no está dispuesto a continuar bajo las condiciones de vida que le impone la clase capitalista, sino porque, de no cumplir el proletariado sus deberes de clase y no realizar el socialismo, nos espera la catástrofe a todos».<sup>318</sup>

En Ja Revolución alemana de 1918 aparece con evidencia que no había cambiado nada decisivo en las relaciones de clase existentes. Sus representantes estaban tan íntimamente comprometidos con el corrompido sistema dominante y con las fuerzas político-militares que habían sobrevivido, que la vía del parlamentarismo invocada por la asamblea nacional había de llevar necesariamente a la conservación de un *status quo* del que los viejos poderes saldrían a la postre victoriosos. Rosa Luxemburg comprendió en seguida que el gobierno Ebert-Scheidemann sólo podría actuar hasta que la clase dominante gozara de una pausa para recuperarse por completo.

Resulta partidaria de una democracia base, desarrollada a partir de las huelgas de masas y basada, en su forma político-organizativa, en los consejos de obreros y soldados, Rosa Luxemburg combatió desde el principio (y en ello reside la continuidad de su evolución hasta el debate sobre la huelga general) toda forma de mero socialismo de gobierno. En este

---

<sup>318</sup> R. LUXEMBURG, «Nuestro programa y la situación política», *ibid.*, vol. 2, p. 173.

punto crucial de su desarrollo se dibuja otro elemento de ruptura, su específica relación con la revolución de Octubre, que puede definirse como de solidaridad crítica.

Cada vez que la revolución de Octubre era repudiada y criticada desde una posición falsa (como es el caso de Kautsky), proclamaba su ilimitada solidaridad con un acontecimiento tan sensacional en la historia universal. Cuando se trataba de críticas socialdemócratas o reaccionarias, se situaba siempre sin reservas en un frente único con Lenin o con el partido bolchevique, no comprometidos en la gestión de los asuntos de la vieja sociedad, les incumbía el derecho de someter a una crítica radical los métodos y las dificultades con que el partido bolchevique había de luchar en un país arruinado por la guerra e industrialmente subdesarrollado.

De todos modos, no se dejó condicionar por la exigencia de demostrar a toda costa su solidaridad con la revolución de Octubre. Antes que muchos otros, había detectado en la concepción leniniana del partido y en otros puntos algunos rasgos que anunciaban las posibles involuciones de la sociedad soviética y que amenazaban a los elementos esenciales de una democracia socialista. De ahí procede su profundo conocimiento del método materialista y su competente práctica de la dialéctica, cuando se trataba de buscar tendencias latentes todavía no presentes al nivel de la realidad. Temía las consecuencias de la supresión de la libertad, al intuir las condiciones sociales existentes para una deformación semejante. Pero el «arrinconamiento de la democracia», querido por Lenin y Trotsky con la disolución de la Constituyente tras la revolución de Octubre, «es aún peor que el mal que quería curar, ya que sofoca el único impulso vital a partir del cual pueden corregirse todas las insuficiencias congénitas de las instituciones sociales».<sup>319</sup>

## 2. *El «luxemburguismo»; ortodoxia crítica o herejía*

Situar históricamente la teoría política de Rosa Luxemburg crea notables dificultades. Naturalmente estaba en estrecho contacto con los radicales de izquierda; resueltos socialistas consejistas y críticos coherentes del fracaso de la socialdemocracia alemana, no consideraban el materialismo dialéctico simplemente como una estructura omnicompreensiva

---

<sup>319</sup> ID., «La Revolución rusa», *ibid.*, vol. 2, pp. 177 y ss. 270

para una visión unificadora del mundo, sino ante todo como un componente de la praxis, históricamente necesario y determinante. Recuérdese a Anton Pannekoek, que antes del conflicto mundial había desarrollado una actividad política en Bremen con Radek, Fröhlich y Johann Knief. Se trataba de ese frente común contra la guerra que unió a Rosa Luxemburg, Franz Mehring y Karl Liebknecht con Anton Pannekoek, Hermann Gorter y Henriette Roland-Holst. En cualquier caso, Pannekoek permaneció fiel durante toda su vida, frente a cualquier posible viraje del movimiento obrero, a su propia concepción consejista. En Zimmerwarld y en Kienthal, Gorter y Pannekoek, que aún están en un frente común con Lenin, se dan cuenta en seguida de las diferencias que en este punto los separan del revolucionario ruso; por lo demás, *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, de Lenin, se dirigirá sobre todo contra Gorter y Pannekoek, el portavoz del comunismo consejista.

Sin duda, Rosa Luxemburg era tan partidaria de la democracia consejista como Pannekoek, pero tenía una idea totalmente distinta de la organización (la fuerza que concentra la voluntad de las masas), y, a diferencia de Pannekoek, su concepción de la dialéctica materialista, completamente determinada por procesos históricos, no presentaba traza alguna de mentalidad naturalista, lo cual confería desde el principio una base sustancialmente crítica a este respecto de su «ortodoxia». No son las masas que un día se rebelan y lo regulan todo con su espontaneidad las que aburguesarán la victoria del socialismo, ni es tampoco la necesidad de un desarrollo gradual, implícita en la dialéctica de la naturaleza, lo que, procediendo de forma incruenta, garantizará con todos los sufrimientos históricos de la humanidad la victoria final: Rosa Luxemburg (aun cuando falte esa mínima garantía) está profundamente convencida de esa victoria. Más vigorosamente aún que Marx y Engels (y en este caso las trágicas experiencias de la guerra desempeñan un papel decisivo), formuló, en el marco de la teoría materialista, el problema de la contingencia, de la eventualidad, que no es ya una cuestión marginal destinada a transformarse tras una serie de tortuosos recorridos, a veces cruentos, en necesidad progresiva. Tal contingencia indica más bien una probabilidad de valores casi idénticos en determinadas coyunturas históricas: socialismo o barbarie. Esto convierte precisamente la ortodoxia crítica de Rosa Lu-

xemburg, centrada en una revitalización de la dialéctica, en una forma particular de herejía en el seno del movimiento obrero.

La relación con las masas es un elemento esencial en la teoría política de Rosa Luxemburg, y esto le impide precisamente aceptar el rígido partido de cuadros, encerrado en una férrea disciplina conspirativa, como alternativa al partido socialdemócrata, convertido mientras tanto en una mera unión electoral. Aunque el joven Lukács de *Historia y conciencia de clase* se refiere a Rosa Luxemburg en relación con la abierta dialéctica masas-partido, no deformada por esquematismos (lo que por otra parte significa que siempre es posible un distanciamiento del partido proletario de las masas), tal dialéctica aparece nuevamente difuminada por el mismo Lukács. En términos más filosóficos, podría decirse que las condiciones contingentes del objeto, el material engorroso de la acción consciente en la historia, en forma de las relaciones de clase y de los proletarios de carne y hueso, son nuevamente reducidas por él a un «sujeto-objeto», al proletariado en cuanto sujeto idéntico e indestructible, que interviene en la historia y, quiéralo o no, lleva a término el cambio histórico. En cambio, para Rosa Luxemburg los proletarios son individuos empíricos y los soldados son proletarios de uniforme, cuyas cualidades individuales llevan la huella del orden hegemónico existente y sólo en la lucha de clases se recomponen en una voluntad capaz de acción. Lukács traspone la escisión entre sujeto y objeto, que en las luchas reales se mediatizan entre sí, a la indestructible identidad de un partido representante de todo el proletariado, que se presenta como único sujeto real y que, cualquiera que sea la situación histórica, siempre es capaz de actuar. Por el contrario, cada proletario es en mayor o menor medida objeto del trabajo del partido y expresa únicamente una conciencia «psicológica». Frente al partido que encarna el arcano finalmente revelado de la acción ficticia, el individuo es mera materia prima, una vuelta del revés conceptual que se hará realidad cruenta en el estalinismo.

Cierto que estas líneas de desarrollo no aparecen completamente dibujadas en el joven Lukács; pero si consideramos su obra *post festum*, con relación a la actitud inflexiblemente democrática de Rosa Luxemburg, entonces aparecen ya bastante claras y objetivamente posibles en base a su teoría. Sin duda los consejos, como forma política organizativa que quebranta el nexo de reificación de la «prehistoria», no quedan totalmen-

te disueltos en el partido, pero frente a la fuerza histórica que Lukács le asigna a éste, tienen solamente el estatuto de Edén, característico de una construcción utópica, de una «idea reguladora», en el sentido kantiano del término, sin un auténtico contenido de realidad para el proceso de emancipación de la humanidad. Lo que en Rosa Luxemburg, prescindiendo de su actitud política, queda previamente excluido por la estructura de su concepción de un marxismo vivificado, o sea la reducción de la teoría revolucionaria a pura teoría del partido, en Lukács es además teorizado. A pesar de ello, el pensador húngaro es el único gran marxista de los años veinte que se ha esforzado en seguir la herencia legada por Rosa Luxemburg. Mientras las críticas de «luxemburguismo» se convertían en una amenaza para la vida de actividad de partido y en ciertas circunstancias para la misma existencia, los «disidentes» posteriores del KDP, como Korsch o Wilhelm Reich, al formular sus críticas al partido bolchevizado, no se situarán ya, en lo que concierne a sus teorías y a su conducta práctica, en la vía de la tradición que arranca de Rosa Luxemburg.

En la historia del movimiento obrero, el «luxemburguismo» se ha convertido en un tema polémico para aislar una forma determinada de la desviación de izquierdas; en primer lugar, encontramos el reproche a la infravaloración del papel del partido y a la «adoración» por el espontaneísmo de las masas. No podemos discutir aquí si el llamado «luxemburguismo» es, como piensa Peter Nettl, exclusivamente una función del leninismo. Lo único que me parece seguro es que adquiere su función de denuncia solamente en el momento en que se inicia la estalinización de los partidos comunistas de Europa occidental. Ruth Fischer, ella misma una víctima de la estrategia de la bolchevización, habla del bacilo de la sífilis que Rosa Luxemburg habría introducido en el KPD.

El «luxemburguismo» es esencialmente un producto de las luchas fraccionales en el seno del partido comunista soviético, en el que la teoría de la revolución, de la que parten similarmente Lenin y Rosa Luxemburg en sus controversias, queda reducida a una mera teoría del partido. Por eso, en su carta de protesta a la redacción de la revista *Proletarskaia Revoliutsia*, Stalin situó a Rosa Luxemburg, en una hábil combinación con la acentuación de sus méritos revolucionarios, en la serie de los precursores ideológicos de Trotsky, reprochándole (a ella y a Parvus) haber «inventado» el «esquema utópico y semimenchevique de revolución permanen-

te», considerada como «una monstruosa deformación del esquema revolucionario marxista».<sup>320</sup> En 1931 estas palabras no constituían una crítica, sino una condena.

El desacuerdo con Rosa Luxemburg, que abierta o veladamente estalló a propósito del significado revolucionario de la espontaneidad, se prolongó en los partidos comunistas hasta más allá de 1956; en la fase de la desestabilización se quiso superar el irritante problema «Rosa Luxemburg», que seguía subsistiendo, mediante la afirmación de que hacia el final de su vida estaba corrigiendo la mayor parte de sus errores.<sup>321</sup> En la base de esta conjetura hay sin duda un malentendido. Como se ha dicho, la solidaridad práctica con el partido de Lenin cuando (especialmente tras la revolución de Octubre) estaba expuesto a los ataques de la derecha, desde los socialdemócratas y los sindicalistas hasta los partidos burgueses, estuvo fuera de discusión para Rosa Luxemburg: como revolucionaria, en situaciones de lucha de interés inmediato se situaba siempre en el mismo frente que Lenin, cosa que no afectaba a su crítica del partido de Lenin o a otros puntos programáticos de los bolcheviques.<sup>322</sup>

---

<sup>320</sup> J. STALIN, *Sobre algunas cuestiones de la historia del bolchevismo*. Carta a la redacción de la revista «*Proletarskaia Revolutsia*», en ID., «Cuestiones del leninismo», Moscú, 1946, p. 356.

<sup>321</sup> La colección de obras de Rosa Luxemburg publicada bajo la dirección de G. Radczun y A. Laschitza en 1970-1975 representa sin duda un progreso respecto de la antología de escritos, en dos volúmenes, que apareció en 1951. Esta edición fue cuidadosamente preparada para el lector con un prefacio de Wilhelm Pieck y con todas las afirmaciones de Lenin y Stalin sobre Rosa Luxemburg. La edición de Radczun-Laschitza se limita esencialmente a un trabajo editorial exacto, que merece gran respeto. Sin embargo, cuando se trata de tesis polémicas, entra en juego el viejo mecanismo: el artículo *Problemas de organización de la socialdemocracia rusa* aparece comentado en las correspondientes notas a pie de página con las respuestas de Lenin. Aún queda sin resolver un problema decisivo: el destino de Rosa Luxemburg en el marxismo soviético, las condiciones sociales que impidieron, pese a las recomendaciones de Lenin, que las obras de Rosa Luxemburg se utilizaran para la educación de generaciones enteras de comunistas. El vicio del marxismo como ciencia legitimadora ha permanecido hasta hoy casi intacto.

<sup>322</sup> Por otra parte, si he comprendido bien el modo de pensar de Lenin, tal como aparece en su biografía política y tal cual se desprende de sus obras, éste encontró ciertamente ridículos el esfuerzo y la sutileza escolástica para transformar a Rosa Luxemburg en una «leninista». Recuérdese lo que Lenin observaba en uno de sus últimos escritos, las «Notas de un publicista», publicadas en «Pravda» del

Cuando Ernst Thälmann y otros comunistas alemanes creían poder contar como suya a Rosa Luxemburg, porque partían del presupuesto de que ella, bajo la impresión de la revolución de Octubre y con la fundación de su propio partido, no sólo se había alejado de la socialdemocracia, sino que, aproximándose a Lenin, había también reconocido y prácticamente eliminado los pasados errores del radicalismo de izquierdas, ignoraban que no hubo cambio alguno, hasta su muerte, en la valoración fundamental del significado revolucionario de la huelga de masas.

Si hoy se leen las obras de Rosa Luxemburg desde el punto de vista de lo que tiene un significado central para su pensamiento, al mismo tiempo que posee palpante actualidad, aparece claramente un hilo conductor en la multiplicidad de las cuestiones planteadas: la huelga espontánea de masas. La «luz universal en que están inmersos todos los demás colores y cuya particularidad modifica», «la atmósfera particular que (determina) el peso específico de todos los seres en ella existentes» (imágenes metafóricas con las que Marx quiere describir la fuerza diversa y penetrante de la producción, que imprime su huella en todas las relaciones sociales) vale también para este tema, en el que se expresa con especial vigor la dialéctica histórica de espontaneidad y organización aplicada a la producción material o intelectual. Ciertamente, la espontaneidad no es la ley dinámica de las masas; pero sin la espontaneidad, mediante la cual las masas confieren expresión demostrativa y pública a sus intereses, éstas se mueven siempre en el ámbito y en el interés del orden de poder existente. Precisamente la dialéctica entre espontaneidad y organización es la que guía los procesos sociales, más allá de toda mecánica del automovimiento en los modos de pensar y en los comportamientos unilaterales objetivos; dicha dialéctica determina no sólo la ley de la dinámica política de la

---

16 de abril de 1924 y redactada a finales de febrero de 1922: «A veces las águilas vuelan más bajo que las gallinas, pero las gallinas jamás podrán elevarse a la altura de las águilas. Rosa Luxemburg se equivocó en el problema de la independencia de Polonia; se equivocó en la teoría de la acumulación del capital; se equivocó en julio de 1914, cuando junto con Plejánov, Vandervelde, Kautsky y otros defendió la unidad de los bolcheviques y los mencheviques; se equivocó en sus escritos de la cárcel, en 1918 (por lo demás, ella misma al salir en libertad, a fines de 1918 y principios de 1919, corrigió gran parte de sus errores). Pero, a pesar de todos sus errores, Rosa Luxemburg fue y seguirá siendo un águila» (V. I. LENIN, «Obras completas», citvol. 36, p. 169).

emancipación de la clase proletaria, sino también la estructura de la teoría que le es propia y cuyo núcleo es la dialéctica materialista.

Cuando en tal contexto se emplea la palabra «espontáneo», es necesario salir en seguida al paso de una objeción corriente. La espontaneidad, tal cual se expresa en la huelga de masas, no es nunca una espontaneidad inmediata, sino siempre mediata, y precisamente en dos sentidos: primero, se da un comportamiento espontáneo de los obreros incluso cuando aparece una tendencia contra los aparatos burocráticos de los partidos proletarios y de las organizaciones sindicales, una tendencia mediatizada por una organización y a menudo también por las capacidades organizativas de cada individuo adquiridas en esas organizaciones; separar la espontaneidad de tales elementos organizativos es hacer una pura abstracción; segundo, la huelga espontánea de masas resulta necesariamente, en determinadas condiciones, de la producción, del proceso de la vida material de la sociedad; dicha huelga está mediatizada por un contexto social global que determina las contradicciones del modo de producción capitalista en un estadio histórico concreto de desarrollo. Por ello su eficacia política presupone también una teoría y una consciencia de la totalidad.

Si la huelga espontánea de masas se comprende en este sentido desprovisto de los más groseros malentendidos, no puede haber duda alguna de que constituye el centro dinámico interno de la actividad política y del modo de pensar dialéctico de Rosa Luxemburg. Por eso, quien quiere desarrollar la dialéctica de espontaneidad y organización ha de referirse a esta constante de su teoría y de su personalidad política.

Sin embargo, Rosa Luxemburg no pensó nunca, contrariamente a la acusación artificiosamente elaborada por sus adversarios, en una separación mecanicista o en una relación contradictoria entre espontaneidad y organización. Antes bien, en su discurso al congreso de fundación del KPD, lo que Rosa Luxemburg critica es la falta de espontaneidad y el predominio de las cuestiones políticas en la revolución que tiene lugar ante sus ojos; espera que la incipiente ola de huelgas espontáneas se convierta en el punto central, en la cuestión principal de la revolución, pues representan en general la «forma externa de la lucha por el socialismo».<sup>323</sup> Más

---

<sup>323</sup> LUXEMBURGO, «Nuestro programa...», cit.

aún: cuando en este contexto Rosa Luxemburg habla de un «socialismo por decreto», ciertamente no alude sólo a la acción política de Ebert y Scheidemann; con tal expresión ataca implícitamente a todos los partidos que no valoran correctamente el carácter revolucionario de las acciones económicas de masas.

El combate por el socialismo, sin embargo, únicamente lo pueden librar las masas, de modo directo, a brazo partido con el capitalismo; en cada empresa, cada proletario contra su patrón. Solamente así se convertirá este combate en una revolución socialista. (...) El socialismo no se construye ni se puede construir por medio de decretos, ni siquiera promulgados por un gran gobierno socialista. El socialismo es tarea de las masas y de cada proletario. Los proletarios han de romper las cadenas que los atan al capital.<sup>324</sup>

Con esto se alude a esa forma de organización no por casualidad caracterizada por Marx, en analogía con la acumulación primitiva, como «previous organization» (organización previa), que se desarrolla en las luchas económicas inmediatas de la clase obrera y que comprende en primer lugar las experiencias adquiridas en los conflictos cotidianos con el capital; a esta «previous organization» se le colocó luego la etiqueta de la simple lucha sindical, relegándola al saco del conflicto de intereses no políticos. En cambio, en una carta del 23 de noviembre de 1871 dirigida a Friedrich Bolte, Marx ve de modo muy concreto esta relación entre movimiento económico y movimiento político: «La tentativa de obligar mediante huelgas a capitalistas aislados a reducir la jornada de trabajo en determinada fábrica o rama de la industria es un movimiento puramente económico; por el contrario, el movimiento con vistas a obligar a que se decrete la *ley* de la jornada de ocho horas, etc., es un movimiento *político*. Así pues, de los movimientos económicos separados de los obreros nace en todas partes un movimiento *político*, es decir, un movimiento de la *clase*, cuyo objeto es que se dé satisfacción a sus intereses en forma general, es decir, en forma que sea compulsoria para toda la sociedad. Si bien es cierto que estos movimientos presuponen cierta organización previa,

---

<sup>324</sup> Ibid., p. 181.

no es menos cierto que representan un medio para desarrollar esta organización».<sup>325</sup>

El día antes de su muerte, Rosa Luxemburg confirma una vez más su arraigada convicción de que «las luchas económicas, verdadero torrente volcánico que alimenta ininterrumpidamente la lucha de clases revolucionaria, apenas están en el estudio inicial».<sup>326</sup>

Entre los inventores y los críticos del «luxemburguismo» se sitúa, a considerable distancia, el propio Lenin; el catálogo de los errores de Luxemburg, que se encuentra en las *Notas de un publicista*, probablemente el último trabajo de Lenin, contiene las cuestiones sobre la independencia de Polonia, el juicio sobre el menchevismo, la teoría de la acumulación de capital, etc. Nada se dice de la espontaneidad y de la huelga de masas.<sup>327</sup> Evidentemente, para Lenin estos errores conciernen solamente a temas concretos que no afectan al contenido de experiencia sustancial de la teoría luxemburguiana. Esta ponderación de las concepciones de Rosa Luxemburg, entendidas como errores, indica que tampoco para Lenin la cuestión de la organización puede resolverse con medidas técnico-organizativas, sino que debe entenderse como tema político que no admite una reflexión al margen de la situación social e histórica concreta.

La controversia entre Lenin y Rosa Luxemburg sobre la organización, referente al significado de la huelga de masas y la espontaneidad, etc., sólo puede ser en cierto modo útil si la relación misma entre espontaneidad y organización se considera como una relación históricamente determinada, como una relación sujeta a la dialéctica histórica; no existe una regla de conducta fija de una vez por todas y adaptada a cualquier situación. En lo que de condicionada pueda estar tal relación por situaciones sociales concretas, puede no obstante decirse que Lenin examina la estructura del proceso revolucionario fundamentalmente desde el punto de vista de la organización, mientras Rosa Luxemburg la examina desde el punto de vista de la espontaneidad y la iniciativa de las masas. Pero no es una simple diferencia de acento, sino de principio, la que caracteriza las

---

<sup>325</sup> Marx a F. Bolte, 23 de noviembre de 1871, en K. MARX y F. ENGELS, «Obras escogidas», vol. 2, p. 448.

<sup>326</sup> R. LUXEMBURG, L'ordine regna a Berlino, en ÍD., «Scritti scelti», a cargo de L. Amodio, Turin, p. 507.

<sup>327</sup> LENIN, «Notas de un publicista», cit.

determinaciones del pensamiento de ambos teóricos incluso en el planteamiento lógico y gnoseológico de los problemas. Una diferencia que es resultado de las concretas situaciones sociales, de las situaciones en que se desarrollan las luchas de clases: para Rosa Luxemburg, el permanente enfrentamiento con el centro burocrático de Kautsky y con las tendencias reformistas del partido socialdemócrata y de los sindicatos, en los que los aparatos de dirección se alejan cada vez más de las necesidades y los deseos revolucionarios de las masas; para Lenin, la incesante elaboración de una grave realidad constituida por el hecho de que un proletariado todavía no desarrollado con plenitud ha de conquistar y estabilizar su papel de guía en la organización, frente a los campesinos y a las masas pequeño-burguesas. Esta lógica, cada vez más específica, de la situación histórica y social penetra tan profundamente en el pensamiento de Rosa Luxemburg y de Lenin que sólo partiendo de ella puede comprenderse hasta qué punto ambos intentaron asimilar, elaborar y generalizar las experiencias de los países respectivos en la lucha por la emancipación de la clase obrera. Como se sabe, Rosa Luxemburg adquirió de Rusia casi todas las ideas concretas sobre la huelga de masas, mientras Lenin puso de manifiesto, hasta 1914, la ejemplaridad de la organización de la socialdemocracia alemana.

Rosa Luxemburg concebía la huelga de masas como una forma de expresión espontánea, elemental y creativa de las experiencias y las necesidades de los obreros. Según ella, los momentos de espontaneidad que se dan en toda huelga de masas contradicen la convicción, extendida entre los anarquistas y los burócratas sindicales, de que se puede instrumentalizar la huelga de masas y utilizarla como un instrumento político al que recurrir en cualquier ocasión; poniendo la huelga de masas en el centro de su teoría, Rosa Luxemburg formula al mismo tiempo su valoración de la dialéctica materialista, como «el modo específico de pensar del proletariado ascendente, con conciencia de clase».<sup>328</sup> Su concepto de dialéctica marxista presenta un aspecto muy particular: recoge la exigencia de Marx de proceder de lo abstracto a lo concreto, una orientación de pensamiento que contrasta con las tradiciones de pensamiento europeas, tradiciones

---

<sup>328</sup> R. LUXEMBURG, «Reformismo o revolución», en «Obras escogidas», cit., vol. 1, p. 101.

de pensamiento que ella ve revivir no sólo en la socialdemocracia alemana, sino también en la concepción del partido de Lenin. Ahora bien, ni Rosa Luxemburg tiene que ver con la hostilidad a la filosofía, con «el rechazo de todas las lucubraciones cerebrales» de su amigo Nehring, ni presta tampoco atención al desarrollo sistemático de categorías dialécticas que tienden a una «concepción cerrada del mundo». Y no por falta de tiempo o debido a la historia de su formación individual. Para ella la dialéctica es precisamente, como piensa Hegel, el método, la forma, la consecuencia del automovimiento de su contenido. Por eso la manera en que inicia el análisis de las relaciones sociales y de las luchas de clases no se dirige nunca «hacia arriba», hacia las ideas, los programas, las directrices organizativas y los comités centrales, y por tanto nunca es idealista; al contrario, los conceptos analíticos de la crítica de la economía política se dirigen «hacia abajo», hacia las experiencias reales de las masas y de los individuos. Lelio Basso señaló con exactitud este punto central del concepto luxemburguiano de la dialéctica:

La obra de Luxemburg consiste precisamente en el esfuerzo por insertar el método dialéctico de Marx en el centro de la lucha de clases, por hacer de él no sólo un método para la interpretación de la historia y el análisis de la sociedad presente, sino un método aplicado también para hacer la historia, o sea aplicado a la acción de las grandes masas y a la construcción consciente del futuro. Como pocos marxistas, sentía la realidad y la historia de modo dialéctico.<sup>329</sup>

En realidad, al llegar a este punto se plantea la cuestión de si el programa de Rosa Luxemburg (abrir las categorías de la crítica de la economía política hacia abajo, hacia las experiencias y formas de acción de las masas) se expresa realmente en el contexto en el que debería haber dado sus mejores resultados: su obra sobre *La acumulación del capital*. Por ello son necesarias algunas consideraciones.

---

<sup>329</sup> L. BASSO, *Introduzione a R. LUXEMBURG*, «Scritti politici», cit., p. 26.

### 3. «La acumulación del capital» y la fuerza revolucionaria del desarrollo desigual

Son conocidas las elecciones introductorias sobre economía política que Rosa Luxemburg impartió en la escuela del partido con intenciones divulgadoras. Pero no se trata de vulgarización cuando habla de abrir las categorías de la crítica de la economía política a las experiencias de las masas. Cuando, poco antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, se publicó la teoría de la acumulación de Rosa Luxemburg, pensada como contribución a una explicación económica del imperialismo, se encontró con una casi total desaprobación de los «expertos» de la ortodoxia marxista, a la cabeza de los cuales estaban los austromarxistas y Kautsky. Rosa Luxemburg quedó anonadada por la masiva y unánime resistencia: en su libro había creído haber formulado y aplicado mejor al desarrollo capitalista algunas verdades obvias de la teoría de Marx, según la tendencia de su contenido interno.

A esta crítica de la teoría de la acumulación de Rosa Luxemburg, a la que se aplicó fácilmente la etiqueta de «teoría del subconsumo» ya escarnekida por Marx, se unieron después, por diferentes motivos y distintos resultados críticos, los leninistas. Por último, en su libro sobre el capitalismo tardío, Ernest Mandel ha vuelto a plantear una vez más los problemas tratados en aquellas discusiones, y por su parte ha puesto en el mismo saco a Rosa Luxemburg y a sus críticos, sobre la base de un fundamental error común: la equivocada valoración de la función cognoscitiva de los esquemas de reproducción de Marx deducidos del segundo libro de *El Capital* (sobre todo de los capítulos 18-21). Sería necesario un análisis más específico para examinar si la formulación de la teoría sobre el imperialismo que enlaza con la crítica y la continuación de los esquemas de reproducción de Marx es o no verdadera. Lo que aquí interesa es solamente la orientación metodológica del análisis de Rosa Luxemburg.

Su lucha se dirige contra el epigonismo teórico de los «expertos del marxismo oficial» de la Segunda Internacional. Estos redujeron la teoría marxiana, y ante todo los esquemas de reproducción, a fórmulas ajenas a la vida y a la realidad, con las cuales ponían a prueba su agudeza matemática y filológica. Sin duda es cierto que Marx, en el análisis de la reproducción, pero sobre todo en la reproducción ampliada del capital total, trabaja con simplificaciones y abstracciones introducidas metodológica-

mente. La más importante de estas abstracciones es que supone una sociedad capitalista en todas sus partes, una sociedad en la que a fin de cuentas sólo existen obreros asalariados y capitalistas. ¿Es admisible aplicar un esquema lógico para explicar un estadio histórico del desarrollo del capitalismo? Ciertamente, no. Pero ¿por qué Rosa Luxemburg no comprendió este pensamiento elemental de Marx? Fue el interés teórico-político lo que le impidió seguir la vía de la distinción entre análisis histórico-empírico y análisis lógico-sistemático, señalada por el marxismo de los expertos. Por eso «es necesario plantear el problema de la acumulación, concebible como proceso global, sobre la base concreta del intercambio entre el capital y el medio histórico que le rodea».<sup>330</sup> El centro de gravedad del análisis de Rosa Luxemburg consiste en determinar la función de los elementos no capitalistas, de lo que es contingente en el capitalismo, en la relación interna de mercado de los estratos y los grupos precapitalistas, en la periferia exterior de los países potencialmente colonizadores. En sus esfuerzos por obtener la plusvalía, el capitalista se encuentra con las barreras del mercado interior, condicionado por la limitación del consumo. Rosa Luxemburg ve el punto débil del análisis de Marx en el hecho de que éste analiza el proceso de acumulación en un «sistema cerrado»; por otra parte, constata que el capitalismo no se limita a nacer en un contexto social no capitalista, sino que se desarrolla también en él; Marx tuvo en cuenta este hecho en el marco de la «acumulación primitiva», pero no en la época del capitalismo maduro.

Mientras el capitalismo pueda absorber sustancia no capitalista por medio de la colonización de otros países y de sus propias regiones, por medio de la violencia y de la creación de nuevos mercados, es posible la reproducción ampliada, la acumulación a niveles cada vez más amplios; la fase en que ha llegado a formar el mundo a su imagen anuncia al mismo tiempo la hora de su muerte. Entonces se estanca, deja de ser el vehículo histórico del desarrollo de las fuerzas productivas y alcanza definitivamente, a nivel internacional, su límite histórico, ya que la acumulación es imposible en un contexto exclusivamente capitalista.

Rosa Luxemburg reconoce muy claramente la dimensión revolucionaria de la desigualdad del desarrollo; no consigue ligar una sociedad ente-

---

<sup>330</sup> R. LUXEMBURG, Una anticrítica, apéndice a «La acumulación del capital», México, 1967, p. 382.

ramente penetrada por el capital, en la que sólo existan obreros asalariados y capitalistas, con la idea de una estructura de necesidades de los consumidores más o menos autónoma, producida por vez primera, y constantemente reproducida, sobre bases capitalistas. Según su concepción, las capas de consumidores que producen la plusvalía necesaria para la acumulación han de proceder de esferas no capitalistas. Característica del imperialismo es, como última lucha de competencia por el dominio capitalista del mundo, «el rebote de la lucha decisiva por la expansión de los territorios que constituyen su objeto, a los países de origen. De esta manera, el imperialismo hace que la catástrofe, como forma de vida, se retrotraiga de la periferia de la evolución capitalista a su punto de partida».<sup>331</sup>

La dialéctica histórica que Rosa Luxemburg pone de relieve en sus escritos políticos en el marco de la producción capitalista, al tratar de la huelga de masas y de la organización proletaria, sería adecuada ciertamente a la lógica del capital, pero no al desarrollo histórico concreto ni, por consiguiente, al desarrollo referido a la praxis revolucionaria. Desde el punto de vista histórico, la relación capitalista está obligada a deteriorarse con su contrario, con los elementos no capitalistas y contingentes respecto de la lógica del capital. Por tanto, en el plano histórico mundial, Rosa Luxemburg localiza correctamente las revoluciones sociales en las zonas de choque entre el capital y formas de sociedad precapitalistas; todas las revoluciones pasadas autónomas han tenido lugar en estas áreas.

Nace, desde el primer momento de la evolución capitalista, el impulso hacia la expansión a capas y países no capitalistas, la ruina de artesanos y campesinos, la proletarización de las clases medias, la política colonial, la apertura de mercados, la exportación de capitales. Sólo por la expansión constante a nuevos dominios de la producción y nuevos países, ha sido posible la existencia y desarrollo del capitalismo. Pero la expansión, en su impulso mundial, conduce a choques entre el capital y las formas sociales precapitalistas. De aquí que, violencia, guerra, revolución, catástrofe,

---

<sup>331</sup> Ibid., p. 452.

sean en suma el elemento vital del capitalismo desde su principio hasta su fin.<sup>332</sup>

Pero tampoco aquí sucede nada de modo mecanicista; depende de la conciencia y de la combatividad del proletariado el que se alcance este punto de catástrofe. También en este caso se plantea para Rosa Luxemburg la alternativa: «el hundimiento de la civilización o el paso al modo de producción socialista».<sup>333</sup>

#### 4. *Dialéctica y politización de los intereses cotidianos*

Una especie de instinto materialista preserva a Rosa Luxemburg de aplicar a las situaciones, de una forma muerta, simplemente desde fuera, el andamiaje de las categorías dialécticas, sobre todo de las categorías de la crítica de la economía política, y de reproducir, por tanto, ese dualismo de concepto y realidad, de teoría y praxis, característico del modo de pensar burgués.<sup>334</sup> Estaba claro para ella que este dualismo no podía eliminarse con un salto de filosofía de la identidad: conciencia significa siempre ser consciente, y por tanto tiene como objeto insuprimible la materialidad del mundo. Este significado real y gnoseológico del mundo exterior, tan aireado por los teóricos de la teoría del reflejo, está fuera de duda; pero solamente indica el principio del pensamiento materialista, no

---

<sup>332</sup> Ibid., p. 450.

<sup>333</sup> Ibid., p. 452.

<sup>334</sup> También Rosa Luxemburg lleva a cabo, como Lenin, un trabajo de restauración de la teoría de la sociedad de Marx, y ambos se centraron en lo esencial: la recuperación del contenido revolucionario de la dialéctica materialista. Pero esta recuperación del contenido revolucionario de la teoría de Marx no va totalmente ligada, en su significado, a los productos literarios. Karl Korsch pone en guardia, con razón, contra la concepción primitiva según la cual el revolucionario práctico está siempre a la altura de su conciencia literaria, y por tanto es capaz de aplicar con coherencia a todo objeto posible la teoría desarrollada y el método dialéctico. Korsch cita el pasaje de «Las luchas de clases en Francia» en el que Marx atribuye a la clase revolucionaria, apenas se ha sublevado, la capacidad de encontrar «inmediatamente en su misma situación el contenido y el material de su actividad revolucionaria: abatir a los enemigos, tomar medidas impuestas por las mismas necesidades de la lucha. Las consecuencias derivadas de sus acciones la impulsan hacia delante. No inicia investigaciones teóricas sobre sus tareas». Korsch subraya el momento de lo inconsciente, de lo no-teórico de la acción: elementos de una dialéctica inmanente, inconsciente y natural.

sus formas reales. La estructura contradictoria de las formas dinámicas materiales de las cosas y de las relaciones se revela no mediante la supresión del sujeto cognoscente ni mediante la simple reproducción de los fenómenos, sino mediante la extrema tensión del sujeto en la observación y en el análisis, de los cuales, pese a la intersubjetividad necesaria para todo conocimiento objetivo, no pueden separarse en modo alguno partes subjetivas de la historia de la formación individual. Rosa Luxemburg lo demuestra con el cambio de función de la huelga de masas.

De este modo, la dialéctica de la historia, la roca sobre la que se levanta toda la doctrina del socialismo de Marx, tuvo por resultado que hoy el anarquismo, que estuvo ligado indisolublemente a la idea de la huelga de masas, haya entrado en contradicción con la práctica de la misma huelga de masas. Y esta última, a su vez, combatida en otra época como contraria a la acción política del proletariado, se presenta hoy como el arma más poderosa de la lucha política por la conquista de los derechos políticos. Si la Revolución rusa hace necesaria una profunda revisión del antiguo punto de vista marxista sobre la huelga de masas, sólo el marxismo, sin embargo, con sus métodos y sus puntos de vista generales, podrá alcanzar la victoria bajo una forma nueva.<sup>335</sup>

Para Rosa Luxemburg el pensamiento idealista no es una simple corriente filosófica que bastaría caracterizar mediante determinadas posturas gnoseológicas, por ejemplo, sobre el status de un mundo exterior independiente de la consciencia; el pensamiento idealista indica casi siempre situaciones de hecho muy simples, cotidianas, pero políticamente llenas de consecuencias. Hasta su tardío y fragmentario escrito sobre la revolución de Octubre, del que se retractó además en comunicaciones confidenciales, Rosa Luxemburg, al insistir constantemente en la necesidad de la actividad espontánea, de la iniciativa y del trabajo organizativo autónomo de las masas, intentó prevenir el peligro de que entre la tendencia de movimiento del vértice, de las organizaciones, del comité central, y la tendencia real de movimiento de las masas se abrieron un abismo imposible de salvar ni siquiera en situaciones revolucionarias explosivas, cuando el sistema de dominación de la sociedad clasista está a punto de derrumbarse, con el consiguiente peligro de obstaculizar el lo-

---

<sup>335</sup> R. LUXEMBURG, «Huelga de masas, partido y sindicatos», en «Obras escogidas», cit., vol. 1, pp. 136-137.

gro del objetivo final del socialismo. Sólo son dos aspectos de la misma realidad, y Rosa Luxemburg arranca del mismo punto de partida al declarar la guerra al oportunismo y al revisionismo de la socialdemocracia alemana y del movimiento sindical alemán, enfermos «de cretinismo parlamentario», y al ultracentralismo que sospecha que existe en la concepción leninista del partido; en ambos casos teme una escisión entre organización y espontaneidad, significando ésta no sólo la forma de nacimiento de una huelga de interés inmediato, sino un nombre colectivo que indica todo lo que constituye el contexto de la vida del proletariado, las esperanzas, los deseos, las necesidades de cada proletario en su praxis diaria y el modo en que estos distintos momentos se unifican y organizan, sin la intervención de esa pedantería, que tanto detesta, de que el adiestramiento de las masas viene de fuera de ellas.

Rosa Luxemburg no analizó realmente con detalle la estructura psíquica de los proletarios determinada por la sociedad clasista, pero situó bien el problema, de fundamental importancia ya en 1914, y más aún para la historia del nacimiento del fascismo. Si no se politizan los intereses cotidianos de los hombres, si no se rompen cada día, y con una actividad espontánea colectiva, las cadenas de la alienante producción capitalista de mercancías allí donde existen, en la fábrica, en la familia, en la escuela, en el tiempo libre, etc., falta entonces la base material, el fundamento de la conciencia de clase, que es muy frágil como simple conciencia, como capacidad intelectual para la comprensión de la estructura de la sociedad clasista y de las tareas históricas del proletariado.

En nuestro caso, tenemos que trabajar de abajo arriba, lo cual hace corresponder el carácter de masas de nuestra revolución con los objetivos que surgen de la base de la constitución social y corresponde también con el carácter de la revolución proletaria actual, en el sentido de que hemos de realizar la conquista del poder político desde abajo y no desde arriba.<sup>336</sup>

Esta fórmula constantemente repetida («trabajar de abajo arriba») que en ningún momento y en ninguna acción espontánea de los obreros suscita en ella la sospecha de anarquismo (al contrario, los anarquistas, al menos en la medida en que se conciben a sí mismos como propagandistas de la acción, actúan, según ella, exactamente como los blanquistas, «des-

---

<sup>336</sup> ID., «Nuestro programa...», cit, p. 189.

de arriba»), está dirigida de hecho, en el contexto de la cita, contra las ideas según las cuales se podría desplazar, según la tipografía de las revoluciones burguesas, al gobierno oficial del centro del poder y sustituir simplemente el personal gubernativo. Dicha fórmula va incluso más lejos. Para Rosa Luxemburg, el carácter fundamental e inmutablemente democrático de la estructura organizativa de las organizaciones proletarias (igual que la estructura democrática de la revolución socialista, que se prolonga hasta la dictadura del proletariado) no es solamente un postulado derivado de la idea del objetivo final (la liberación de los hombres de la opresión y la explotación), sino que tiene también un fundamento metodológico: toda organización o movimiento obrero no democrático entra en contradicción con la dialéctica materialista y, aunque se lleve a cabo la conquista revolucionaria del poder, lleva de una u otra forma al fracaso.

##### *5. Disciplina como autorreglamentación*

En los años inmediatamente anteriores al ascenso del fascismo al poder pudo captarse el significado de esta síntesis del pensamiento materialista y de la democracia proletaria: mientras los partidos socialdemócratas y comunistas continuaban refiriéndose con orgullo a las masas obreras y a los proletariados combativos, estas masas, y no sólo las pequeñoburguesas en sentido estricto, se movían ya en una dirección completamente distinta. En efecto, las organizaciones ingeniosamente creadas, que representaban grandes bloques, «sociedades dentro de la sociedad», tenían reglamentadas y perfectamente organizadas las relaciones de vida de los proletarios, los cuales eran «enrolados» desde su nacimiento hasta su muerte en diversas organizaciones, centros infantiles, organizaciones juveniles, asociaciones deportivas, etc. Pero lo que le faltaba a esta reglamentación y a esta organización rígida, cuya finalidad debía ser la de elevar la fuerza combativa de los obreros conscientes, era el momento de la libre y espontánea articulación de las necesidades y de la participación colectiva y autónoma; le faltaba una forma de autorreglamentación que, comenzando por la educación de los niños y llegando hasta la huelga de masas, arrancase a cada proletario, política, ideológica y psíquicamente, de la influencia de las clases dominantes. Allí donde esta disciplina y autodisciplina continúan siendo una parte esencial de la moral represiva burguesa, aunque se dé a dicha disciplina otro sentido, per-

manecen intactos el aparato psíquico de los individuos forjados por la familia burguesa, el proceso de producción y el Estado, así como su acatamiento a la autoridad, sus miedos existenciales, etc., con el agravante de que siempre pueden ser fácilmente movilizados por la derecha política.

Una organización proletaria se distingue de una organización burguesa por el hecho de que la emancipación individual es un elemento esencial de su estrategia de lucha.

Rosa Luxemburg caracterizó con gran precisión esta ambivalencia del concepto de disciplina, en el que el momento de solidaridad y cooperación se transforma de repente en un poder de mando alienado, exterior o, peor aún, interiorizado y vasallo de la autoridad, si las acciones pierden la base de una autoorganización espontánea. Rosa Luxemburg concebía la huelga de masas como una importante forma fenoménica de una fase de la lucha de clases, que prevalece necesariamente en virtud del nivel del desarrollo capitalista y que confiere a la socialdemocracia el papel de «revelar a la conciencia de la clase obrera esa tendencia del desarrollo, para que los trabajadores estén a la altura de sus tareas y sean un pueblo educado, disciplinado, maduro, decidido y activo»<sup>337</sup>; no es casual que Rosa Luxemburg relacione esta forma de la disciplina solidaria con una actividad espontánea anterior de las masas, por ser ésta su fundamento material. Por otro lado, Rosa Luxemburg critica con una dureza ciertamente injusta desde el punto de vista histórico, pero que anticipa tendencias de desarrollo futuras, el intento de Lenin de hacer de la disciplina un elemento central de la organización:

No es posible educar al proletario para la nueva disciplina, la autodisciplina voluntaria de la socialdemocracia, aprovechando la que le ha inculcado el Estado capitalista y pasando la vara de manos de la burguesía a las de un comité central; para conseguir esa educación es necesario quebrar, desarraigar ese espíritu de disciplina esclava.<sup>338</sup>

---

<sup>337</sup> R. LUXEMBURG, «Militarismo, guerra e classe operaia», en «Scritti politici», a cargo de L. Basso, Roma, 1967, pp. 614-615.

<sup>338</sup> ID., «Problemas de organización de la socialdemocracia rusa», en «Obras escogidas», cit, vol. 1, p. 118. Cuando Lenin defiende a Marx, en «El Estado y la revolución», de la sospecha de una interpretación federalista de la Comuna de

Si el Estado burgués no puede ser simplemente asumido por la clase proletaria ni utilizado en interés suyo, tampoco basta con transformar en sentido socialista la disciplina impuesta al proletariado en la sociedad burguesa para despojarla de su carácter de clase. El que la disciplina sea necesaria para la lucha de emancipación del proletariado, está fuera de duda para Rosa Luxemburg; pero aquélla presupone «la extirpación del espíritu esclavista de la disciplina», la extirpación práctica de esas estructuras de pensamiento y de comportamiento inculcadas por la fábrica, la familia, el cuartel o la burocracia, y en parte interiorizadas, que tan profundamente han penetrado en la vida de los obreros. Sin intentar una praxis antiautoritaria, sin imaginación política, no es posible tal «extirpación». También para este aspecto particular de política revolucionaria vale la frase de Marx: «Un paso adelante del movimiento real es más importante que una docena de programas».

Tras la publicación, en julio de 1914, en la *Iskra*, del artículo «Problemas de organización de la socialdemocracia rusa», que representa una invitación a comprender la relatividad histórica de la organización, su viva relación con la realidad, Rosa Luxemburg llamó constantemente la atención sobre el hecho de que el partido de Lenin, organizado según el principio del centralismo democrático, por verse obligado a trabajar en las condiciones sociales atrasadas de Rusia, debía asumir tareas auxiliares y en parte distintas de las que habían de desarrollar los partidos socialis-

---

París, muestra de manera apropiada el componente centralista, dirigida contra los proudhonianos, del análisis de Marx (a decir verdad, en contradicción con la forma *histórica* de la Comuna). Marx no defiende el federalismo, que siempre le pareció una imagen especular y una variante del particularismo alemán. Sin embargo, conoció con mucha precisión la relación entre disciplina y centralismo. Para él, como para Engels, la disciplina rígida es expresión de un movimiento herético, pero no del movimiento obrero. Lo que, al contrario de Schweitzer, dice en una carta del 13 de octubre de 1868 a propósito de una organización centralista de las Trade Unions vale para cualquier organización proletaria: «Aunque [una organización centralizada] fuera posible (y yo declaro *tout bonnement* que es imposible) no sería deseable, y aún menos que en ningún sitio en Alemania. Aquí, donde el obrero es educado desde la infancia con métodos burocráticos y obedece a la autoridad, a los superiores, lo más importante es *enseñarle a andar solo*» (K. MARX y F. ENGELS, «Opere», vol. 43, Roma, 1975, páginas 619-620).

tas en los países altamente industrializados. La gran precisión con que Rosa Luxemburg capta uno de los puntos esenciales de la concepción leninista del partido, al observar que en general el partido debe ante todo crear la «materia prima que, en otros casos, viene preparada por la sociedad burguesa»<sup>339</sup>, es confirmada por el mismo Lenin, que señala: «Desde el punto de vista del comunismo, negar el principio de partido significa tratar de dar un salto desde la víspera del desmoronamiento del capitalismo en Alemania, no sólo hasta la fase inferior o intermedia del comunismo, sino hasta la fase superior. (...) Abolir las clases no sólo significa echar a los terratenientes y a los capitalistas, cosa que nosotros hicimos con relativa facilidad; significa también abolir a los pequeños productores de mercancías, y éstos no pueden ser echados o aplastados; debemos aprender a convivir con ellos. (...) Ellos rodean al proletariado, por todas partes, con un ambiente pequeñoburgués, que penetra y corrompe al proletariado y que provoca constantemente en el proletariado reincidencias en la pusilanimidad pequeñoburguesa, la desunión, el individualismo y estados de ánimo alternativos de exaltación y abatimiento. Para contrarrestar esto, para permitir que el proletariado ejerza acertada, eficaz y victoriosamente su papel de organizador (y ése es su papel principal) son imprescindibles la centralización y la disciplina más rigurosas en el partido político del proletariado».<sup>340</sup>

De esta determinación de la función del partido derivan dos tareas auxiliares, características del tipo de partido bolchevique y necesarias para la producción de la «materia prima», que no fue creada por la burguesía rusa, salvo en unos cuantos centros industriales: 1) la conservación de la identidad organizativa y de la posición dirigente de un proletariado industrial rodeado por una aplastante mayoría de campesinos y pequeños productores de mercancías, y constantemente amenazado desde el punto de vista político e ideológico; 2) la idea de partido como encarnación de la disciplina y de la moral de la eficiencia, que anticipa, a escala reducida, normas y modos de comportamiento necesarios para el inminente proceso de industrialización de toda la sociedad rusa. Es evidente que la advertencia de Lenin a propósito de las peligrosas consecuencias de la abolición

---

<sup>339</sup> LUXEMBURG, «Problemas de organización», cit., p. 113.

<sup>340</sup> V. LENIN, «El "izquierdismo", enfermedad infantil del comunismo», en «Obras completas», cit., vol. 33, pp. 148-149.

de la disciplina, de la constancia y de la unanimidad en la conducta vale todavía más para una sociedad en que la masa de la población ha de aprender aún las reglas de la disciplina del trabajo industrial experimentadas durante el desarrollo capitalista mediante una penosa historia del poder, la interiorización y la educación.

Estas condiciones han cambiado notablemente en las sociedades industriales capitalistas avanzadas, superando de lejos el estadio descrito por Rosa Luxemburg. En la situación histórica del movimiento obrero es característico el hecho de que, allí donde se sigue rígidamente aferrado al tipo de partido consolidado con la revolución de Octubre, pero ya muy cambiado durante el estalinismo a favor de su carácter centralista, aparecen, en grupos organizados concretos o en movimientos de base, elementos de organización espontáneos, orientados hacia las necesidades de emancipación de las masas, que a veces se convierten en fuerzas revolucionarias de arrastre incluso para este tipo de partidos. Tales fenómenos, que pueden observarse desde hace unos diez años en varios países capitalistas, y también en el Tercer Mundo, tienen solamente una relación metafórica con el radicalismo de izquierdas de que hablaba Lenin; indican más bien que hoy la estructura de los procesos revolucionarios ha cambiado, y que tales procesos han asumido los rasgos de una praxis descentralizada en mayor medida de lo que cabía imaginar en los años veinte del presente siglo.

#### *6. La democracia consejista*

Sobre la base del debate acerca de la huelga de masas de comienzos de siglo, era opinión unánime de varios partidos socialdemócratas y, luego, de algunos partidos comunistas, que es imposible una abolición privada de la propiedad privada y que la huelga de masas sólo puede ser un instrumento político defensivo, de defensa de los derechos conquistados por la clase obrera y de resistencia contra la abolición de las instituciones democráticas. Hoy, la huelga de masas pone de manifiesto dos elementos nuevos: en primer lugar, la creciente tendencia a la apropiación espontánea de los medios de producción, pues la riqueza social producida en masa e inmediatamente perceptible permite posibilidades cada vez menores de justificar la «base limitada» de este modo de producción; y, en segundo lugar, la voluntad de articular y afirmar las propias necesidades y los

propios intereses, que sólo con dificultad pueden ser ocultados por las ideologías del bien común, por la difuminación organizada de la propia condición de clase y por la educación. En esta espontaneidad, en esta inmediatez, que con frecuencia prescinde de las mediaciones sociales y de las mediaciones históricas, ambos elementos representan en parte una muestra de impaciencia revolucionaria, pero cada vez se van convirtiendo más en elementos constitutivos del mismo proceso revolucionario; se trata de formas de acción encaminadas a la emancipación individual, que ya no puede postergarse al gran día que sigue a la revolución; antes incluso de la transformación revolucionaria de toda la sociedad, son no sólo formas de organización de la autoeducación, sino también órganos de lucha y de poder con funciones de control; como tales, están constantemente en peligro, y no sólo en el período prerrevolucionario.

Lo que Rosa Luxemburg dice a propósito de los consejos de obreros y soldados durante la revolución de Noviembre en Alemania tiene que ver con problemas generales que afectan a los órganos que expresan los intereses, la voluntad y la conciencia de la clase obrera, los cuales deben sin duda definirse unívocamente de una vez por todas en sus tareas históricas específicas, aunque no en su estructura organizativa. En el congreso de fundación del partido comunista alemán (KDP), Rosa Luxemburg manifestó:

Ejerciendo el poder es como las masas tienen que aprender a ejercer el poder; y no existe otra forma de enseñárselo. Afortunadamente hemos superado ya la época en que se pretendía dar una educación socialista al proletariado. (...) La educación socialista de las masas proletarias consistía en darles charlas y repartirles panfletos y folletos.<sup>341</sup>

Y antes había advertido: «Tenemos que prepararnos, desde abajo, para dar tal poder a los consejos de obreros y soldados que, cuando se derroque el gobierno de Ebert-Scheidemann, o cualquier otro similar, ello no sea más que el acto final. De este modo, la conquista del Estado no puede ser un hecho único, sino un proceso ininterrumpido durante el cual

---

<sup>341</sup> LUXEMBURG, «Nuestro programa...», cit., p. 189.

nos introducimos en el Estado burgués hasta que hemos copado todas las posiciones y las defendemos con uñas y dientes. (...) de lo que se trata aquí es de luchar paso a paso, codo a codo, en cada Estado, en cada ciudad, en cada aldea y en cada municipio, a fin de transferir a los consejos de obreros y soldados todos los medios de poder del Estado que hay que arrancar poco a poco a la burguesía».<sup>342</sup>

Si, por tanto, el problema del poder se plantea como problema de lucha cotidiana en la que se da la alternativa de continuar la revolución hasta la conquista de todo el poder social o de contrarrevolución, entonces lo que sin duda procede es la lucha trozo a trozo, posición a posición; la agudización de la lucha de clases, que avanza así midiendo los pasos, amenaza al movimiento de los Consejos en su conjunto. Pero aquí no se plantea el problema de la trampa reformista, de la integración de las formas de organización similares a los Consejos en el sistema de poder existente, un problema de actualidad en los países capitalistas. Hay muy pocos teóricos de partidos y exponentes de grupos sectarios disfrazados de partido que no hagan en este reproche de integración; cuanto más sectarios son, más convencidos están de que la lucha no puede llevarse a cabo trozo a trozo, posición a posición, por parte de grupos de base y de otras formas de organización que desempeñan, parcialmente, en las actuales relaciones de poder, funciones de los Consejos (por ejemplo, la autoeducación y el control), y de que la lucha y las escuelas de cuadros son solamente trabajos preparatorios para la gran batalla en la que las vanguardias asumirán la dirección.

A este respecto son necesarias algunas observaciones de principio. Toda reforma, todo cambio parcial del sistema de poder existente (trátase de la conquista de nuevos derechos y de la defensa de derechos adquiridos, o tratase de la afirmación del derecho a la autodeterminación y a la coparticipación en las decisiones, de la «humanización» de la producción, que impone la clase obrera o introduce el capital en el sentido del incremento de la productividad), en las condiciones capitalistas de producción y de valorización que continúan existiendo, desempeñan una función contradictoria; lo mismo pueden servir para la integración y el desarme de la lucha de clases que para sentar las bases de nuevos conflictos y agu-

---

<sup>342</sup> Ibid., p. 188.

dizar la lucha de clases. El capitalismo crea constantemente necesidades que no puede satisfacer plenamente en el marco capitalista. Así, los «espacios autónomos» que los obreros conquistan en el proceso de producción tienen siempre el efecto de reducir el sentimiento de sometimiento y de miedo, en favor del aumento de la autoconsciencia y de las exigencias de los obreros. Si se quisiera interpretar estos procesos solamente en el sentido de una creciente estabilidad del capitalismo, debería suponerse que por medio de estos cambios en la producción y por medio de reformas sociales el capitalismo podría inmunizarse contra las crisis; ello equivaldría a ignorar la experiencia histórica y a sustituir el análisis de la sociedad por la mitología política.

De cualquier modo que queramos definir las formas de organización que tienden a la autogestión, a la autodeterminación y al control, a la democracia de los obreros, dichas formas son, en toda su multiplicidad, formas temporales de emancipación de los oprimidos, de los explotados y de los desheredados de este mundo. Los partidos u otros organismos que no las tienen como base y parte constitutiva abandonan la vía de la democratización proletaria. Sobre este punto Rosa Luxemburg formuló un programa histórico que continúa siendo actual hoy. En los países capitalistas industrializados se discute de nuevo acerca del modelo de la democracia consejista. La romántica admiración por la autogestión de los obreros yugoslavos ha ido disminuyendo, y puede pensarse que los soviets revolucionarios de octubre no pueden transferirse a sociedades altamente industrializadas, pero, pese a que es evidente que ningún orden social hoy existente está organizado según la idea originaria de los Consejos, esta idea no ha perdido su gran poder fascinante, y no porque continúen propagándola pequeños grupos utópicos que ignoran las leyes objetivas de las sociedades industriales: la idea de la autogestión a través de los consejos gana terreno cuando los sistemas de poder político oficiales llevan en su seno el germen de la descomposición, cuando las burocracias de partido o los órganos representativos del Estado burgués se hacen autónomos de la base y dejan de poder expresar los intereses elementales de la gran mayoría del pueblo. Una fugaz referencia al fracaso de la república consejista de Munich, a la supresión del soviets en Rusia o a las tendencias burocráticas en la autogestión de los obreros yugoslavos no constituye una objeción válida contra la idea de la democracia directa. Las democracias

burguesas más avanzadas han necesitado siglos para consolidarse; no es posible que la construcción de democracias socialistas, que quieran eliminar la dominación política en cuanto tal y la política como esfera separada, en el ámbito de la división del trabajo, de las relaciones de vida de la sociedad, requiera un período más corto de tiempo.

### *7. La organización, forma de mediación entre el ser social y la conciencia*

Ya hemos dicho que Rosa Luxemburg no plantea una alternativa abstracta entre espontaneidad y organización; todo depende de las mediaciones históricas concretas. Lo demuestra su concepto específico de organización. Como en todas sus tesis, también en ésta son muy importantes los matices; no pocos malentendidos sobre la teoría de Rosa Luxemburg derivan del hecho de que se ha intentado hacer encajar su pensamiento dialéctico en esquemas de definiciones lógico-formales. En virtud de estas definiciones formales, el partido aparece como la encarnación de una serie de atributos que se mantienen idénticos a través de las situaciones y de los que se desprende la esencia de un partido revolucionario. La opinión de que todos los conceptos realmente históricos no se pueden definir (un juicio de la filosofía idealista) es compartida por Rosa Luxemburg y por Lenin. La imposibilidad de definir unívocamente los conceptos históricos vale sobre todo para conceptos como «organización» y «partido». Mientras Lukács había definido la organización como la «forma de mediación entre la teoría y la praxis» (lo cual, analizado más a fondo, si se define la teoría como la encarnación de la plena conciencia de la totalidad social y de la misión histórica del proletariado, significa siempre un momento mecanicista de la trasposición de la teoría, considerada exacta de una vez por todas, a la praxis), para Rosa Luxemburg la organización es la «forma de mediación entre el ser social y la conciencia». Organización, partido y socialdemocracia son grados de mediación a los que se adecúan las teorías revolucionarias del movimiento obrero, en los que se hacen conscientes las actividades revolucionarias de las masas y a los que se refiere cada paso concreto del movimiento real hacia el objetivo final, la eliminación de la dominación de clase. Rosa Luxemburg concibe la socialdemocracia, que entonces era simplemente sinónimo de partido, más como proceso que como estructura rígida e institucional: «El movimiento proletario todavía no es completamente socialdemócrata; ni

siquiera en Alemania, sino que lo va siendo día a día, lo va siendo al tiempo que va superando las desviaciones extremas del anarquismo y del oportunismo, pues que ambos no son más que fases de la socialdemocracia comprendida como un proceso».<sup>343</sup>

La organización interviene estructurando y en cierto sentido anticipando e ilustrando, mediante las experiencias y las formas de lucha de los proletarios, sus momentos revolucionarios en la perspectiva del objetivo final: «los rasgos generales de la táctica de lucha de la socialdemocracia no los «inventa» nadie, sino que son el resultado de una serie ininterrumpida de grandes actos creadores de la lucha primitiva de clase de carácter experimental. También aquí lo inconsciente precede a lo consciente y la lógica del proceso histórico objetivo a la lógica subjetiva de los actores».<sup>344</sup>

Semejante concepto de organización no se ajusta a los movimientos casuales y pasajeros; presupone la dialéctica de identidad y no-identidad, objetivos revolucionarios firmes y experiencias de las masas no previsibles y diversas; por tanto, implica máxima sensibilidad para los cambios, las tendencias y los conflictos que tienen un efecto de freno o de aceleración del proceso revolucionario.

Espontaneidad y organización no mantienen entre sí una relación externa, sino que contienen una dialéctica inmanente; si se intenta aislar a una de la otra o establecer entre ellas una superficial identidad, pueden transformarse en su contrario a través de su movimiento histórico. Si la organización proletaria se distancia de las masas (lo que no tiene que ver con la pérdida de votos o de militantes), abre paso casi forzosamente a acciones espontáneas de los obreros, que pueden incluso revolverse contra ella; si la espontaneidad se distancia de la fuerza organizativa de la clase obrera, cae entonces en el fetichismo organizativo de grupos sectarios o en el mecanicismo de las actitudes de protesta, que estallan y luego se apagan, de grupos que no son capaces de desarrollar los esfuerzos de un trabajo teórico prolongado ni los esfuerzos de un trabajo práctico-organizativo. Rosa Luxemburg luchó durante toda su vida en dos direcciones: contra el oportunismo burocrático y contra las estrategias sectarias que llevan al aislamiento de las masas. Y no obstante le era

---

<sup>343</sup> ID., «Reformismo o revolución», cit., p. 106.

<sup>344</sup> ID., «Problemas de organización...», cit., pp. 119-120.

completamente ajena la mentalidad de aparato y el miedo típico de las organizaciones constituidas según el modelo jerárquico de las asociaciones burguesas, que ven una amenaza en cualquier acción no controlada o no emprendida por el partido; su confianza en la capacidad de experiencia de las masas implicaba la convicción de que las masas son capaces de corregir sus propios errores. «Los pasos en falso que realiza un movimiento obrero realmente revolucionario son en el plano histórico infinitamente más fecundos y valiosos que el mejor "comité central"».

A ello se añade el hecho de que el «instinto revolucionario» y la lógica de la situación histórica someten también a los revolucionarios a las leyes de la acción, que convierten en papel mojado los programas mejor estructurados. En la introducción de 1891 a *La guerra civil en Francia de Marx*, Engels puso de manifiesto el nexo entre programas y praxis real en el comportamiento de los proudhonianos y de los blanquistas, que constituían la mayoría en la Comuna de París: «Pero aún es más asombroso el acierto de muchas de las cosas que se hicieron, a pesar de estar compuesta la Comuna de proudhonianos y blanquistas. Por supuesto, cabe a los proudhonianos la principal responsabilidad por los decretos económicos de la Comuna, lo mismo en lo que atañe a sus méritos como a sus defectos; a los blanquistas les incumbe la responsabilidad principal por los actos y las omisiones políticas. Y, en ambos casos, la ironía de la historia quiso (como acontece generalmente cuando el poder cae en manos de doctrinarios) que tanto unos como otros hiciesen lo contrario de lo que la doctrina de su escuela respectiva prescribía».<sup>345</sup>

Rosa Luxemburg concibe el partido no como una institución rígida, como único centro activo del proceso revolucionario, sino como un proceso en el que se integran, se hacen conscientes y se desarrollan las experiencias colectivas y las múltiples tentativas de organización de la clase obrera, orientadas hacia el objetivo final, con la ayuda de la dialéctica materialista.<sup>346</sup> «La organización, la ilustración y la lucha no son momen-

---

<sup>345</sup> F. ENGELS, Introducción a K. MARX, «La guerra civil en Francia», en MARX-ENGELS, «Obras escogidas», vol. 2, páginas 196-197.

<sup>346</sup> También en este caso sería un falseamiento de la realidad abrir una gran brecha entre Lenin y Rosa Luxemburg: lo que les diferencia es la distinta situación social que hace que las mismas intenciones (por ejemplo, con relación al centralismo democrático) lleguen a resultados totalmente distintos. De hecho, la crítica

tos separados, mecánica y temporalmente, como en un movimiento blanquista»<sup>347</sup> sino que forman, más bien, una unidad contradictoria, aspectos distintos del mismo proceso dialéctico. No se puede transformar a Rosa Luxemburg, como han intentado muchos, en una iluminista idealista que cree posible superar la sociedad clasista simplemente con convicción; sin embargo, el pathos del iluminismo imprime un carácter tan fuerte a su pensamiento que incluso es perceptible en cuestiones de organización: así, piensa que la lucha contra el oportunismo en el partido proletario y en los sindicatos es esencialmente una lucha intelectual que no puede decidirse con medidas organizativas. De igual modo, manifiesta en general una profunda aversión a las expulsiones del partido y a las medidas disciplinarias (la petición de expulsión de Bernstein del partido es totalmente atípica).

Esta pasión antiburocrática caracteriza ya su primer lance con Lenin. A Rosa Luxemburg no le interesa la abstracta disputa sobre problemas de organización o, como dice Lenin en la respuesta a su crítica, la defensa de «las tesis elementales de cualquier sistema de cualquier organización imaginable de partido»<sup>348</sup>, sino la dirección política, mediatizada por la organización, en condiciones sociales concretas. Aunque en general pueden extraerse algunas generalizaciones de las determinaciones del conte-

---

de Rosa Luxemburg al comité central de Lenin no es ajena al mismo Lenin. Tal vez Lenin llegue a parecer incluso espontaneísta; pero el partido de Lenin no siguió siendo lo que era bajo su dirección. Las siguientes frases pertenecientes al escrito de Lenin *El «izquierdismo», enfermedad infantil del comunismo*, publicado en 1920, podrían ser perfectamente de Rosa Luxemburg: «La historia en general, y la historia de las revoluciones en particular, es siempre más rica de contenido, más variada, más multiforme, más viva y más "astuta" de lo que imaginan los mejores partidos, las vanguardias con mayor conciencia de clase de las clases más avanzadas. Y esto es fácil de comprender, pues incluso las mejores vanguardias expresan la conciencia de clase, la voluntad, la pasión y la imaginación de decenas de miles de personas, mientras que, en momentos de una gran exaltación y tensión de todas las facultades humanas, las revoluciones las hacen la conciencia de clase, la voluntad, la pasión y la imaginación de decenas de millones de personas, incitadas por la más aguda lucha de clases» (LENIN, «Obras completas», vol. 33, p. 203).

<sup>347</sup> LUXEMBURG, «Problemas de organización...», cit., p. 116.

<sup>348</sup> V. I. LENIN, «Un paso adelante, dos atrás», en «Obras completas», cit., vol. 7, pp. 229 y ss.

nido histórico y de las tareas de la organización, es no obstante posible remitirlas al principio formal, pero lleno de consecuencias políticas, de que las organizaciones proletarias deben construirse «desde abajo», de modo coherentemente democrático, para que puedan asumir sus tareas históricas: se trata de una visión del partido, definido con referencia a sus tareas y no a meros principios organizativos, que podemos encontrar también en Lenin, aunque modificada por la presencia de una idea de dirección sin duda rechazada por Rosa Luxemburg. Para ella,

lo único que pueden hacer «por propia voluntad» el partido de la lucha consciente de clases, o sea la socialdemocracia, y los sindicatos, por encontrarse en el terreno de la lucha de clases, es intentar darse cuenta anticipadamente de las condiciones históricas, sociales y políticas que hacen necesario el nacimiento de tales formas de la lucha de clases, para participar conscientemente en el desarrollo o marchar a su cabeza en la dirección históricamente considerada necesaria.<sup>349</sup>

Rosa Luxemburg no puso nunca en duda la necesidad de un partido proletario para luchar por el poder; pero la respuesta a los problemas organizativos sólo puede darse en el terreno de una autoorganización espontánea de las masas; el partido es de hecho un «factor importante, pero sólo un factor entre muchos».<sup>350</sup> Es cierto que no valoró suficientemente la influencia de las organizaciones burocráticas, que bloquean la capacidad de experiencia y de desarrollo de las masas, convencida como estaba de que las burocracias parasitarias y sus jefes cederían ante el primer gran asalto de masas de los obreros. Sin duda valoró equivocadamente la cuestión de los campesinos (a la que Lenin intentó dar respuesta con la consigna de «toda la tierra a los campesinos», casi imposible de justificar desde el punto de vista socialista), porque en el contexto de la primera revolución socialista triunfante lo consideró todo partiendo del objetivo final del socialismo y no de las posibilidades del desarrollo revolucionario concreto. Ningún poder hubiera tenido éxito en el país, en contra de los

---

<sup>349</sup> R. LUXEMBURG, Die Debatten in Köln, en ÍD., «Gesammelte Werke», vol. 1, Berlín, 1970, p. 581.

<sup>350</sup> ÍD., «Huelga de masas...», cit., p. 141.

intereses explícitamente privados de los campesinos rusos y en contra de los sueños seculares de una propiedad de la tierra, sueños e intereses que debían satisfacerse y realizarse para insertar activamente a los campesinos en el proceso revolucionario; quizá tampoco se dio cuenta Rosa Luxemburg de lo necesario que fue el partido bolchevique en determinadas fases de la revolución de Octubre, sobre todo para vencer la contrarrevolución. Pero es completamente falso atribuir a Rosa Luxemburg un concepto organicista de revolución, ligado a las revoluciones burguesas pasadas, como intenta hacer el primer Lukács en su audaz manera de liberarse decididamente de su pasado de crítico de la cultura y de demostrar su identidad de leninista genuino.<sup>351</sup> Precisamente en el escrito del que Lukács intenta deducir esta crítica encontramos todo lo contrario de ideas orgánicas sobre los procesos revolucionarios: «La situación real de la Revolución rusa quedó determinada, luego de algunos meses, en la disyuntiva: victoria de la contrarrevolución o dictadura del proletariado, Kaledin o Lenin. Tal era la situación objetiva, que se da en toda revolución una vez que se ha disipado el entusiasmo originario, que también se manifestó en Rusia en razón de las cuestiones concretas y esenciales de la paz y la tierra y para las cuales no había solución posible en el marco de la revolución burguesa».<sup>352</sup>

¿Qué hay de organicista en esta valoración de la situación decisiva antes y durante la revolución de Octubre? ¿En qué consiste la característica burguesa de esta idea de revolución, si precisamente Rosa Luxemburg dice lo contrario? A esta y análogas preguntas sólo cabe una respuesta: esta primera crítica a Rosa Luxemburg muestra ya los gérmenes del marxismo convertido en ciencia legitimadora; tal crítica no se aventura nunca sin reservas en la cosa criticada; está siempre por encima de esa cosa, critica posiciones que no ha sostenido quien es objeto de ataque, y mira cuidadosamente que se confirmen y legitimen las posiciones propias, en las que se percibe coerción y violencia. Ni siquiera a Lukács le interesa comprender a Rosa Luxemburg en el marco de su actividad específica, en su peculiar sistema de opciones teóricas y prácticas, y por tanto comprenderla de modo más inmanente; lo que le interesa es demostrar, sirviéndose del ejemplo de Rosa Luxemburg, la justeza del leninismo. Este

---

<sup>351</sup> Cf. G. LUKÁCS, «Historia y conciencia de clase», cit.

<sup>352</sup> LUXEMBURG, «La Revolución rusa», cit., pp. 123-124.

tipo de argumentación siempre deducida, establecida a priori mediante axiomas históricos, como la ha definido Stalin, ha caracterizado perfectamente hasta hoy las disputas con Rosa Luxemburg. A fin de rebatir la acusación de idea organicista de revolución es conveniente extraer de aquel escrito una cita que constituye el objeto de la crítica de Lukács. Rosa Luxemburg comprende con toda su claridad la situación de la revolución en la que impera la política de la fuerza, y no habla en absoluto de que los procesos revolucionarios se lleven a cabo de modo orgánico.

La revolución rusa no ha hecho aquí más que confirmar la enseñanza fundamental de toda gran revolución, cuya ley vital es que, o avanza de modo rápido y decisivo, destruyendo los obstáculos con puño de hierro y fijándose de continuo objetivos más ambiciosos, o la contrarrevolución la aplasta de inmediato, haciéndola retroceder a una situación débil, anterior a su punto de origen. La revolución no puede inmovilizarse, dar vueltas en torno al mismo punto, ni tampoco resignarse con el primer objetivo que haya alcanzado. Y quien pretenda aplicar las trivialidades de la batracomiomaquia parlamentaria a la táctica revolucionaria prueba con esto que la psicología e, incluso, la ley vital de la revolución le resultan tan ajenas y tan llenas de misterios como la propia experiencia histórica.<sup>353</sup>

Esta dialéctica histórica concreta de espontaneidad y organización es precisamente la que determina la ley de la revolución. Tal visión lleva a Rosa Luxemburg a una crítica severa tanto de la idea de Kautsky sobre la «huelga de masas apolítica», no precedida en absoluto de un período de luchas económicas y políticas de masas en el que la clase obrera se educa, se prepara y se fortalece en su resistencia, como de la idea de procesos revolucionarios que se divorcian por completo de sus fundamentos democráticos. Quien sitúa en un mismo plano esta estructura democrática de los procesos revolucionarios y las ideas organicistas no tiene ciertamente problemas para demostrar que Rosa Luxemburg es culpable de una imperdonable sobrevaloración de lo «orgánico» en la conducta revolucionaria. Sin embargo, a Rosa Luxemburg le importa en primer lugar la aportación de la actividad de masas a tales movimientos. Así, no puede haber ninguna duda de que la creación de los soviets, que se remonta a las experiencias de la revolución de 1905, no fue un resultado de una iniciati-

---

<sup>353</sup> Ibid., p. 124.

va de partido, si bien el partido, en el sentido luxemburguiano, tuvo una influencia estructurante sobre ellos. La consigna de Lenin: «¡todo el poder a los soviets!», se basaba ya en la experiencia de que eran los verdaderos detentadores del poder político en el país.

La proliferación de formas de organización revolucionarias y de tentativas de organización ha aumentado tanto en la actualidad, que cualquier pretensión monopolística de un tipo único de partido lleva al absurdo. Son formas prácticas de organización, organismos de trabajo, como los definió Marx, refiriéndose a la construcción de toda la sociedad y del Estado, a la Comuna de París de 1871, que nadie puede concebir previamente a su existencia y que sin duda se remiten a modelos y a experiencias pasados, pero que en el fondo son formas de expresión de las experiencias políticas y de la historia de la emancipación de las masas, insustituibles y caracterizadas por concretas relaciones históricas y sociales de sus respectivos países. Los partidos y sindicatos que no tienen en cuenta este elemento básico de autoorganización espontánea acaban por lo general reducidos al papel de organizaciones limitadas a controlar y disciplinar. Comienzan separando de la base de experiencia de las masas el elemento político-organizativo que se encuentra en las mismas acciones de masas y llevándolo de nuevo a las masas en forma de directrices, en un segundo momento y desde fuera; eso, si las acciones espontáneas no acaban pronto o no pueden ser reprimidas con medidas administrativas y hasta, en determinados casos, con medidas policíacas o militares. Evidentemente, la razón de tal actitud estriba en que los partidos proletarios marcados por el marxismo soviético parten del supuesto de que las acciones a largo plazo e históricamente eficaces sólo pueden ser resultado de iniciativas de partido. No hay ningún ejemplo en la historia del movimiento obrero que demuestre que una concepción semejante no haya llevado a fin de cuentas al fracaso. Rosa Luxemburg pertenece a esos revolucionarios de Europa occidental que no consideran la autocrítica referida a las personas como una forma suficiente de autocorrección de las decisiones, necesaria para impedir la extrañación del partido de las masas; con gran agudeza, Rosa Luxemburg consideró las tendencias burocráticas como mecanismos objetivos a los que se somete incluso la organización más revolucionaria cuando opera en el marco de una sociedad productora, que se

expresa en leyes, reglas formales y decisiones técnicas, la que amenaza el modo vital de existencia de toda organización separada de las masas.

#### 8. *La esfera pública proletaria*

Verdaderamente sería una inadmisibile reducción de la teoría de Rosa Luxemburg tratar la huelga de masas y la relación entre espontaneidad y organización, que se desarrolla especialmente en ella, como un problema especial y ponerlo en el mismo plano que otros problemas; precisamente es una característica del pensamiento de Rosa Luxemburg el que su forma de renovación y reavivamiento de la dialéctica marxiana no consiste solamente en la unión de un tipo de reflexión lógico-sistemática con un tipo de reflexión histórica (un postulado muy repetido hasta hoy, pero no resuelto en el análisis concreto). Rosa Luxemburg va mucho más allá de este postulado: su pensamiento consiste en asimilar las categorías lógicas y gnoseológicas a las leyes dinámicas materiales de la praxis proletaria. Espontaneidad y organización son al mismo tiempo principios del pensamiento dialéctico coherente y principios del movimiento histórico de la clase obrera: son categorías de la realidad, atributos objetivos del pensamiento que caracterizan la estructura de los procesos sociales y la estructura del pensamiento emancipador.

Por ejemplo, la visión de la totalidad, que con razón Lukács considera como la diferencia decisiva entre el modo de pensar marxista y el modo de pensar burgués, el mismo Lukács la toma de la tradición del idealismo alemán y la invierte materialistamente, consolidándola en una forma de organización históricamente específica, pero generalizada, que la hace impermeable a las influencias objetivadoras y burocráticas de la producción capitalista de mercancías. El fundamento de la visión de la totalidad no es en Rosa Luxemburg ni una imaginaria esencia de clase (por ejemplo, el proletariado como sujeto histórico), ni una organización, sino la misma clase obrera, o, más exactamente, una esfera pública proletaria respecto de la cual debe demostrarse ante todo qué teoría y qué organización son o no adecuadas a las experiencias que en ella se forman. En las obras de Rosa Luxemburg hay muchas referencias a esta concepción de la esfera pública proletaria (aunque creo que no emplea explícitamente este concepto) como una categoría de la experiencia política y de la formación de la conciencia de clase. Esta esfera pública proletaria, fuera de la cual las

derrotas, los defectos y los errores no pueden transformarse en juicios constructivos ni en experiencias que hacen avanzar, se caracteriza porque no conoce el mecanismo de exclusión típico de la esfera pública burguesa, mediante el cual se excluyen de los intereses públicos, en cuanto son privados, algunas esferas esenciales de la vida y esferas como las de la producción y la socialización (la educación). La mentalidad de grupo, detectada por Rosa Luxemburg en la socialdemocracia alemana que (mediante un aumento cuantitativo, las elecciones y el incremento del número de afiliados) se convertiría en una potencia cada vez más fuerte e imbatible, es completamente ajena a su pensamiento; comprende que la libre comunicación social se ha convertido en una necesidad vital para los individuos socializados. La esfera pública proletaria, que no puede captarse en sentido empírico, que no indica una simple descripción de las opiniones del proletariado ni representa tampoco la más alta instancia organizativa, sino que designa el centro de un proceso orientado a la producción de experiencias, parece la única y real instancia decisoria que Rosa Luxemburg reconoció; tal esfera no puede ser definida, y no obstante determina el contenido de la realidad de la lucha de clases del proletariado. La teoría de Rosa Luxemburg, al querer penetrar todas las esferas sustanciales de la vida de la sociedad, no deja nada que no esté ocupado por la voluntad de cambio del proletariado.<sup>354</sup>

Este aspecto de la esfera pública proletaria ligado a la producción de experiencias se manifiesta en muchos ejemplos presentes en las obras de Rosa Luxemburg. Ni siquiera durante una guerra se justifica la eliminación de tal contexto; al contrario, el proletariado debe practicar una política de clase autónoma en el sentido, precisamente, de la defensa de una posible agresión, al igual que el ejército revolucionario francés que derrotó a los ejércitos coaligados de la restauración; un aparato militar no se compone únicamente de oficiales ni es un bloque monolítico, sino que también lo integran «proletarios obligados a ir de uniforme». Si es cierto que el proletariado no tiene exclusivamente características proletarias, también lo es que las capas y los grupos sociales en los que dominan el

---

<sup>354</sup> Para una definición más precisa del concepto de «esfera pública proletaria», usado en este contexto, cf. O. NEGT y A. KLUGE, «*Öffentlichkeit und Erfahrung. Zur Organisationsanalyse von bürgerlicher und proletarischer Öffentlichkeit*», Frankfurt de Main, 1972.

elemento burgués, las ideologías y los modos de comportamiento burgueses pueden ser influidos por el movimiento proletario. El conocimiento productivo de la totalidad social concreta, la superación del modo de juzgar que aísla y excluye, subsumiendo las cosas en conceptos universales y sustrayéndolas así a la corriente del movimiento particular, autónomo y espontáneo, es, por ejemplo, una de las razones por las que Rosa Luxemburg, crítica severa de la socialdemocracia reformista, no saca consecuencias organizativas de su crítica durante un largo período, o por las que habla de «utilización revolucionaria de la Asamblea nacional» mientras ve en los consejos de obreros y soldados la única forma adecuada del poder proletario.

Rosa Luxemburg parte del convencimiento de que todas las relaciones, cosas y personas que no ocupan el pensamiento y la voluntad del proletariado no se quedan desocupadas, libres, sino que acaban siendo ocupadas por el enemigo. Por eso, el hecho de que la revolución de Noviembre sea una revolución política y urbana significa al mismo tiempo que el enemigo posee reservas contrarrevolucionarias en el terreno económico y en el campo; esta alternativa se plantea a cada instante y en cada paso de política práctica. «Ya no reconocemos programa mínimo y programa máximo alguno; el socialismo es lo uno y lo otro; el socialismo es lo mínimo que tenemos que implantar hoy».<sup>355</sup> De ahí que sólo sea cuestión de coherencia el que Rosa Luxemburg no pueda imaginarse un socialismo en un solo país; sólo en la transformación de la Revolución alemana en revolución mundial ve la base «sobre la que puede construirse el edificio del futuro».

#### 9. «*La libertad es solamente libertad para los que piensan de otro modo*»

La estructura de la opinión pública proletaria dirigida a la comprensión de la totalidad de las esferas de la vida social, de la que se considera parte Rosa Luxemburg y desde cuyo seno argumenta, está en franca contradicción con la coerción del sistema positivista e idealista en el que las cosas están total y jerárquicamente dispuestas y catalogadas según principios lógico-formales y, con las concepciones del mundo en las cuales, desde los tiempos de Kautsky, para cada pregunta hay preparada una

---

<sup>355</sup> LUXEMBURG, «Nuestro programa...», cit., pp. 173-174.

respuesta. No hay casi ninguna teoría marxista que comprenda con el rigor de Rosa Luxemburg la relación entre fetichización y organización, racionalidad burocrática y pensamiento lógico-formal, que clasifica y, por tanto, controla hombres y cosas. Las formas puramente lógicas son formas muertas, son formas de expresión del poder y, en tiempos más recientes, del poder del trabajo muerto sobre el trabajo vivo. Incluso cuando se emplean en interés del proletariado, estas formas de pensamiento tienen en sí mismas la tendencia a adecuarse a las necesidades funcionales del capital, a la lógica del capital. Rosa Luxemburg ve que si el pensamiento marxista no quiere convertirse en simple legitimación y organización de relaciones existentes, sino que quiere penetrar en las relaciones de la vida, necesita un momento antisistemático y espontáneo de relación con la realidad, y por consiguiente un momento de lo que Lukács integra en la categoría de lo nuevo y del que se siente su falta en la sociedad productora de mercancías.

Es cierto que Rosa Luxemburg habla frecuentemente de la lógica de las cosas que hace necesaria tal o cual cosa, pero entiende por ello algo contingente y casual; la materialidad de las cosas y de los movimientos no puede resolverse en el concepto; en el plano gnoseológico, el pensamiento dialéctico debe medirse continuamente con el sistema kantiano para no caer en ilusiones. Se trata de la «lógica de la situación histórica» en la que subsiste una específica constelación de factores que incluye incluso factores contingentes. Con su fórmula «socialismo o barbarie», Rosa Luxemburg no se limita a señalar un programa político, sino que se dirige también contra toda forma de lógica optimista del progreso, que minimiza las derrotas en lugar de comprenderlas, y para la cual la victoria está asegurada de igual modo que lo está para Hegel la realización del Espíritu absoluto. El hundimiento total, la barbarie o el retroceso de las clases en lucha no son para ella una posibilidad abstracta, sino una alternativa continuamente presente. La eliminación de este pensamiento coherentemente materialista de Rosa Luxemburg en la historia de la clase obrera es, a mi juicio, una de las razones por las que el pensamiento marxista no comprendió a fondo la inminente catástrofe de 1933 en Alemania.

Sin la combinación de espontaneidad, liberación de conceptos predefinidos y conducta organizada es posible un pensamiento lógico-formal, pero no un pensamiento materialista. En la filosofía clásica del

idealismo alemán, espontaneidad era el concepto opuesto a receptividad, al inevitable impacto de una percepción sensible; espontaneidad es el pensamiento organizado, la actividad del sujeto en el proceso del pensamiento-trabajo y el esfuerzo del concepto. Uno de estos momentos ha de incluirse en toda teoría dialéctica de la sociedad. La clase burguesa puede manipular la espontaneidad, puede crear pretextos para movilizar a las masas, puede introducir innovaciones en el mercado para hacer más atractivos los productos; pero en el marco de una opinión pública proletaria este momento significa algo cualitativamente distinto. Cuando Rosa Luxemburg afirma que «la libertad es solamente libertad para los que piensan de otro modo»<sup>356</sup> su afirmación no es un retorno al liberalismo, sino un elemento, una parte constitutiva vital de una opinión pública proletaria que no puede limitarse a reproducir y a aclamar decisiones, programas prefijados o directrices de pensamiento establecidas. No se puede eliminar del mundo «al otro» simplemente con la violencia; éste indica más bien las resistencias y la gravedad de las relaciones materiales con que debe enfrentarse toda teoría marxista si no quiere caer en una ontología totalmente abstraída de estas relaciones, o en una coerción idealista del sistema en el que sólo se pueda subsumir lo homónimo, en la que predomine el principio de la unificación.

La independencia de las directrices de partido, que establecen mediante decisiones lo que es justo y lo que es falso, lo que es históricamente relevante y lo que es históricamente accidental, es muy importante para la formación misma de la teoría. Ya Engels, en una carta del 1 de mayo de 1891 a Bebel, pone de relieve, con un lenguaje preciso para desenmascarar a los pedantes socialdemócratas, «la autonomía del trabajo teórico» respecto del partido, autonomía que para Rosa Luxemburg es un elemento natural del pensamiento marxista. Cito este largo pasaje de la carta porque explica que el modo de producción teórica de la clase obrera no es totalmente idéntico a las resoluciones del partido; al contrario, debe conservar cierto grado de autonomía respecto del partido, debe mantener una libertad de movimiento reflexiva para poder desempeñar a largo plazo su función partidista en la lucha por la emancipación del proletariado.

---

<sup>356</sup> ID., «La Revolución rusa», cit., p. 142.

Si tenéis la tentación de impedir por la fuerza la publicación del artículo [un artículo que no coincidía con la opinión del presidente del partido] y advertís a la «N[eue] Z[eit]» que, si se repite algo parecido, podrá ser absorbida por el partido y sometida a censura, me quedará claro que el partido se está adueñando de toda vuestra prensa. Si introducís en vuestras mismas filas una ley antisocialista, ¿en qué os distinguiréis de Puttkamer? A mí, personalmente, me resulta bastante indiferente: ningún partido de ningún país puede hacerme callar si decido hablar. Pero reflexionad si no sería mejor que fuerais un poco menos sensibles y, en la acción, un poco menos... prusianos. Vosotros (el partido) necesitáis la ciencia socialista, y ésta no puede vivir sin libertad de movimientos. Hay que tener también en cuenta las opiniones contrarias y hacerlo del mejor modo posible, con dignidad, sin ponerse nerviosos. Una disensión, aunque fuera leve, y no digamos una ruptura entre el partido alemán y la ciencia socialista sería realmente una desdicha y una vergüenza. Que la dirección o tú, personalmente, mantengáis y debáis mantener una importante influencia *moral* sobre la «N[eue] Z[eit]», o incluso sobre todo lo que se publica, se da por descontado. Pero esto puede y debe ser suficiente. En el «Vorwärts» alardean siempre de la intocable libertad de discusión, pero no se ve mucha. No os imagináis la mala impresión que causa esa tendencia a emplear medidas represivas aquí en el exterior, donde estamos acostumbrados a ver cómo son llamados a rendir cuentas en el seno del propio partido los dirigentes más ancianos (por ej. el gobierno conservador por parte de lord Randolph Churchill). Y tampoco podéis olvidar que la disciplina en un gran partido no puede ser tan rígida como en una pequeña secta ni que las leyes antisocialistas, que unieron a lassallianos y eisenachianos (según L[ie]bknecht) quien los unió fue su magnífico programa) e hicieron necesaria esa estrecha unión, ya no existen.<sup>357</sup>

---

<sup>357</sup> Engels a Bebel, 1 de mayo de 1891, en MARX-ENGELS, «Werke», vol. 38, pp. 94-95.

De ningún modo puede pasar inadvertido el hecho de que sin cierto grado de autonomía productiva del pensamiento es imposible la formación de una teoría marxista. La ruptura de la relación entre espontaneidad y organización en el pensamiento, que la mayoría de las veces se produce a favor del control, es funesta para las experiencias teóricas vitales. Es significativo que Lenin definiera con exactitud en la teoría, y sobre todo en sus notas sobre *La ciencia de la lógica* de Hegel, esa relación que no verificó ni podía evidentemente verificar en las condiciones históricas que vivió; en esos momentos, y prescindiendo de la continua confirmación de conceptos hegelianos como «unidad viva, concreta orgánica», «actividad y desarrollo inmanentes», «vía que se autoconstruye», etc., el pensamiento dialéctico es la quintaesencia de espontaneidad y organización. Quien examine a fondo sus comentarios sobre Hegel, observará continuamente que Lenin aprueba a Hegel, sobre todo allí donde se trata de la autoorganización espontánea de los pensamientos, o sea donde se trata de lo que no se lleva a las cosas desde fuera, mediante la simple violencia.<sup>358</sup> Al contrario que la espontaneidad abstracta, la espontaneidad concreta se basa en el automovimiento espontáneo inmanente y necesario de las cosas y de las relaciones, que sólo en el pensamiento se reflejan en todos sus aspectos. Espontaneidad como *inmediatez refleja* es un momento central de la praxis social, y por ello constituye un criterio para el contenido de verdad de una teoría. Lo universal-concreto contiene en sí la riqueza de lo particular, de lo individual, de lo singular. No es pues casual que cuando describen los procesos del automovimiento, Rosa Luxemburg y Lenin hacen igualmente referencia a Hegel. En la profundidad de las cosas, por debajo de la superficie, Rosa Luxemburg ve que «el trabajo de topo de la revolución prosigue sin tregua, día tras día, hora tras hora».<sup>359</sup>

Hoy debemos volver a pensar en sentido histórico, de una manera nueva y más intensa. Los esquemas ahistóricos o las derrotas convertidas en modelos de futuras victorias, que han asumido carácter de fetiches, no hacen avanzar ni en la teoría ni en la práctica. Sólo podemos aprender del pasado si se concibe éste sin coerción legitimadora. Lo que divide y lo que une a Rosa Luxemburg y a Lenin no son ni simples errores intelectuales ni

---

<sup>358</sup> Cf. V. I. LENIN, «Cuadernos filosóficos», en «Obras completas», cit., vol. 42, pp. 83 y ss.

<sup>359</sup> LUXEMBURG, «Huelga de masas...», cit., p. 154

verdades universales; uno y otra llevan la huella característica de las relaciones históricas y sociales en que se vieron obligados a trabajar y a pensar. Es evidente que, precisamente porque tenían clara conciencia de sus diferentes tareas históricas, había entre Rosa Luxemburg y Lenin un profundo aprecio mutuo, ejemplo para cualquier forma de crítica solidaria.

El día anterior a su asesinato por oficiales del Reich, el 14 de enero de 1919, salía en la *Rote Fahne* un artículo de Rosa Luxemburg titulado «El orden reina en Berlín», que concluía así:

Ha faltado la dirección. Pero la dirección puede y debe crearse de nuevo por las masas y entre las masas. Las masas son el factor decisivo, con la roca sobre la que se edificará la victoria final de la revolución. Las masas han estado a la altura de la situación y han hecho de esta «derrota» un eslabón de esa cadena de derrotas históricas que son el orgullo y la fuerza del socialismo internacional. Por eso de esta derrota nacerá la futura victoria. «¡El orden reina en Berlín!» ¡Estúpidos esbirros! Vuestro «orden» está construido sobre arena. Ya desde mañana la revolución «se pondrá de nuevo en pie con estruendo» y para terror vuestro anunciará con clamor de trompetas: ¡Era, soy y seré!<sup>360</sup>

---

<sup>360</sup> ID., «L'ordine regna a Berlino», cit., pp. 681-682.

## Obras publicadas:

- La mitad del cielo* – Claudie Broyelle  
*Obras escogidas, Vol. 1* – Évald Iliénkov  
*La guardia roja conquista China* – Robinson Rojas  
*Obras escogidas, Vol. 2* – Évald Iliénkov  
*Las luchas de clases en la URSS (1930-1941): Los dominados* – Charles Bettelheim  
*Ensayos sobre la teoría marxista del valor* – Isaak Rubin  
*Notas sobre Wagner y Manuscritos (1861-1863)* – Karl Marx  
*Obras escogidas, Vol. 3* – Évald Iliénkov  
*El comunismo ante la cuestión LGTB+* – VV.AA.  
*El debate soviético sobre la ley del valor* – VV.AA.  
*Lógica dialéctica* – Évald Iliénkov  
*Dialéctica de lo concreto y otros escritos* – Karel Kosík  
*Conciencia y revolución en la filosofía soviética* – David Bakhurst  
*Sobre la génesis de «El capital» de Marx* – Roman Rosdolsky  
*Estrategia y táctica en Marx y Engels* – Bambirra, Dos, Santos  
*Estrategia y táctica en Lenin* – Bambirra, Dos, Santos  
*Marx, marginalismo y sociología moderna* – Simon Clarke  
*La dialéctica, seguido de Anexos* – Ramón Valls Plana  
*Las luchas de clases en la URSS (1930-1941): La nueva clase dominante* – Bettelheim  
*Hegel contra la sociología* – Gillian Rose  
*Historia del marxismo, Vol. 1: El marxismo en tiempos de Marx (I)* – VV.AA.  
*La danza de la dialéctica* – Bertell Ollman  
*Cuento suprematista sobre dos cuadrados en seis construcciones* – El Lissitzky  
*Historia del Partido Comunista Chino (1921-1949)* – Jacques Guillermez  
*Historia del marxismo, Vol. 2: El marxismo en tiempos de Marx (II)* – VV.AA.  
*Lenin, los campesinos y Taylor* – Robert Linhart  
*Lenin, seguido de Anexos* – Vladimir Maiakovski  
*Historia del marxismo, Vol. 3: El marxismo de la II Internacional (I)* – VV.AA.  
*Historia del marxismo, Vol. 4: El marxismo de la II Internacional (II)* – VV.AA.

## NOTA

Agradecemos profundamente cualquier comentario u opinión acerca de la edición que ofrecemos, así como cualquier otra sugerencia.

Nuestro contacto:  
[info@doscuadrados.es](mailto:info@doscuadrados.es)

HISTORIA DEL MARXISMO una colección de 12 libros en la que se aborda de manera rigurosa y detallada el desarrollo del pensamiento marxista y sus diferentes corrientes. En su elaboración participaron Eric J. Hobsbawm, George Haupt, Franz Marek, Ernesto Ragioneri, Vittorio Strada y Corrado Vivanti, con la colaboración de más teóricos y académicos vinculados al marxismo.

Este cuarto volumen, "El marxismo en la época de la II Internacional (II)", incluye textos acerca de la formación y consolidación de la ortodoxia marxista, de la estrategia de la socialdemocracia alemana desde el debate entre Bernstein y Kautsky hasta los posicionamientos de Rosa Luxemburg respecto al asalto al poder frente a la estrategia de desgaste.

